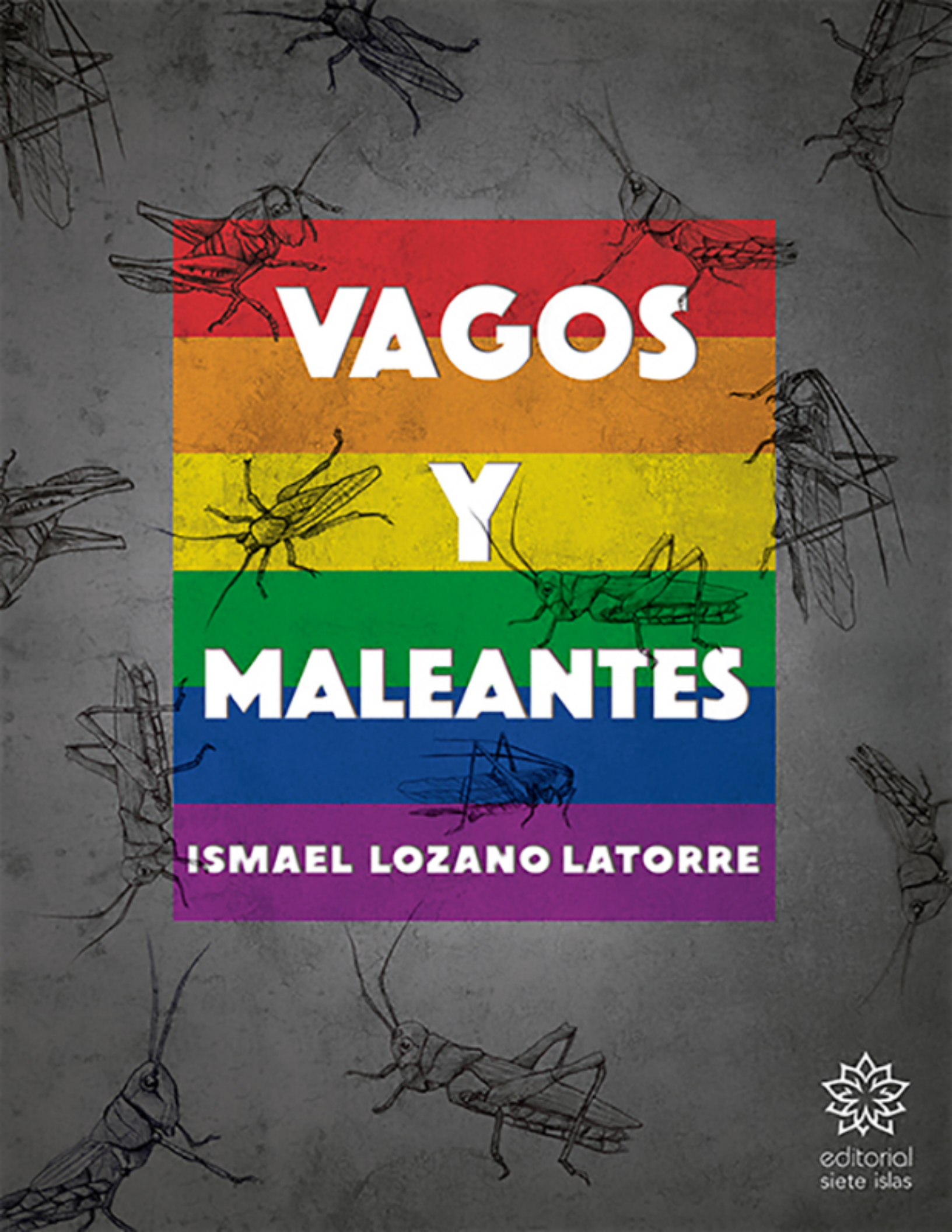
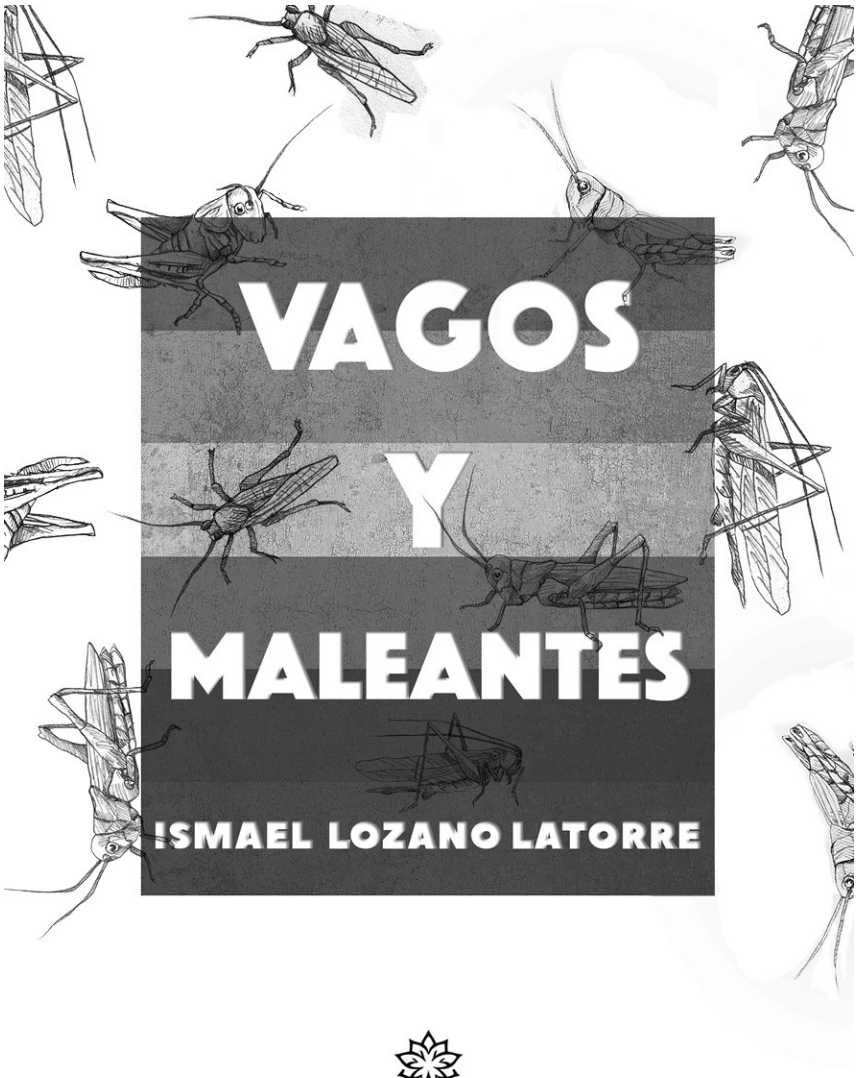

VAGOS
Y
MALEANTES
ISMAEL LOZANO LATORRE
editorial
siete islas



VAGOS Y MALEANTES

ISMAEL LOZANO LATORRE

editorial
siete islas

© Título: Vagos y maleantes
© Ismael Lozano Latorre

ISBN: 978-84-121228-5-5

Depósito Legal: GC 70-2020
Primera edición: Febrero 2020

Edición: Editorial siete islas www.editorialsieteislas.com
Correcciones y estilo: Marta Mozo Holgado y Laura Ruiz Medina
Ilustración portada e interior: Nareme Melián
Maquetación: David Márquez

Visita nuestro blog: https://www.editorialsieteislas.com/blog y nuestro canal de Youtube

Si quiere recibir información sobre nuestras novedades envíe un correo electrónico a la dirección: editorialsieteislas@gmail.com

Y recuerde que puede encontrarnos en las redes sociales donde estaremos encantados de leer vuestros comentarios.

#vagosymaleantes #editorialsieteislas

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin la autorización previa por escrito del editor. Todos los derechos están reservados.

En memoria de todos
los superhéroes sin capa
que lucharon por
nuestros derechos.

PRÓLOGO

Ella sabía que la iba a matar, que tarde o temprano aquel juego macabro se le escaparía de las manos y acabaría con su vida. Lo tenía asumido: iba a morir y no podía hacer nada para evitarlo, solo llorar y suplicarle que la dejara tranquila, pero aquel malnacido no la iba a olvidar, estaba dolido, enamorado y pensaba que ella le pertenecía.

—Suéltame, por favor —le rogaba, pero sus garras enfermizas la sujetaban y le ponían las cadenas.

Presa, indefensa, cautiva, encerrada en esa habitación sin poder escapar. No importaba que gritara o golpeara la puerta. Aunque la oyeran, nadie la ayudaría. Ella no era nadie, no era nada, y sus intentos de resistirse solo lo excitaban más. Aquel ser demoniaco disfrutaba con su sufrimiento, y con el tiempo aprendió que lo único que podía hacer para sobrevivir era someterse y dejar que hiciese con ella lo que quisiera.

Al maniaco le gustaba atarla y arrastrarla de los pelos. A veces se divertía poniéndole una soga en el cuello, ahorcándola y viendo cuánto tiempo aguantaba sin respirar; otras veces simplemente la violaba, la penetraba con su sexo o con cualquier objeto oxidado que encontrara en el lugar. Todo valía, todo estaba permitido. Ella lloraba, mientras al otro lado de la puerta, la vida continuaba sin inmutarse, aunque sabían lo que estaba sucediendo.

—Eres mía —le susurraba al oído, poniéndole la punta de una navaja en el cuello—. Eres mía, me perteneces y puedo hacer contigo lo que quiera.

Las sesiones podían durar una hora, dos o tres, dependiendo de lo sádico que el hombre se sintiera en ese momento. A veces, acudía a buscarla una vez al mes, otras veces, al trimestre, y en ocasiones esporádicas regresaba varias veces a la semana. Ella nunca sabía cuándo volvería y la arrastrarían a esa celda.

—Eres una zorra desagradecida y esto es lo que te mereces.

Llorar, llorar y doblegarse tragándose sus lágrimas. Cerrar los ojos y desear que todo acabara. Permitirle que le pegara, que la insultara, que la humillara,

que la quemara con cigarrillos en el pecho y en las nalgas.

Sus visitas siempre terminaban igual: el hombre eyaculaba en su cara ensangrentada y pedía que fueran a recogerla; ella se quedaba inmóvil, sin respirar, acurrucada en una esquina como una rata asustada; los funcionarios entraban en la habitación y la tendían en la camilla.

—Ya ha terminado, ya ha terminado… —le decían para tranquilizarla, y ella los maldecía en voz baja por permitir que aquello pasara.

Ella sabía que la iba a matar, que tarde o temprano aquel juego macabro se le escaparía de las manos y acabaría con su vida.

Ella sabía que iba a morir, pero hacía años que la vida le daba más miedo que la muerte.

PARTE I

VAGOS Y MALEANTES

UNO

Sentado en una silla de ruedas junto a la ventana, con un cigarro en la mano y una bolsa para la orina entre las piernas, miraba por la ventana y contemplaba el sol, pero el paisaje volcánico que veía desde su casa había desaparecido, ahora solo había un patio interior con una fuente seca rodeada de ancianos marchitos.

Una calada al cigarro, dos, tres… Aspirar el humo y expulsarlo lentamente, disfrutar del sabor del alquitrán, mientras la nicotina recorría sus terminaciones nerviosas.

El pañal le apretaba y le dolían las piernas, los pies habían empezado a hinchársele y deseaba ponerlos en alto, pero no podía, los tenía colgando en la silla, los miraba con sus zapatillas de paño y calcetines de lana y parecía que no eran suyos, que no le pertenecían.

Hacía calor, la calefacción estaba demasiado alta o quizá había vuelto a subirle la fiebre.

—Bendito veneno —susurró inhalando humo mientras un golpe de tos lo sacaba de sus ensoñaciones.

Al anciano le gustaba quebrantar las normas, cumplir las pautas que marcaban las gerocultoras, lo aburría. Él no había llegado a los ochenta para portarse bien, ya lo había hecho demasiados años, había sido sumiso, obediente, y ahora que el tiempo se agotaba, quería disfrutar, y ese era uno de los pocos placeres que todavía podía permitirse.

—¡Don Manuel! ¿Otra vez fumando? —le riñó una voz conocida desde la puerta—. ¿Cuántas veces tengo que decirle que aquí no se puede fumar? El tabaco mata ¿Es que quiere que le dé otro ataque de asma?

El anciano, azorado, apagó el cigarrillo en el marco de la ventana y lanzó la colilla al patio. Había tenido suerte, era Encarna; si llega a sorprenderle Úrsula, otro gallo habría cantado.

—No estaba fumando —mintió, y la mujer, divertida, entró en la habitación agitando la mano como si tuviese que apartar el humo para pasar.

—¡No me haga regañarle, don Manuel! ¡Que ya no es un crío! —le pidió—. El tabaco no le hace bien a nadie ¡Y menos a usted! ¿Es que quiere que me

chive a las «gero»?

Encarna era pelirroja y de caderas anchas. Todas las mañanas iba a su habitación a vaciarle la papelera y repasar el baño. Pasaba poco tiempo con él, pero una vez a la semana limpiaba el cuarto a fondo y disponían de tiempo suficiente para bromear. A ella le gustaba su compañía, decía que don Manuel tenía la sabiduría de las personas que habían vivido demasiado.

—No se lo digas a Úrsula, por favor —le suplicó el anciano preocupado, y ella, pícaramente, le golpeó el hombro con la bayeta para que supiera que estaba bromeando.

—No me chivo, a cambio de que me confiese quién le vende los cigarrillos —le propuso la mujer, y él negó con la cabeza.

—Soy una tumba —le contestó—. Tengo demasiados enemigos en esta residencia como para quedarme sin aliados.

Encarna vació el contenido de la papelera en una bolsa grande de basura y puso una nueva. Sus ojos castaños lo observaban y sintió que el anciano estaba más pálido que de costumbre, que se estaba apagando. Había visto aquello más veces y sabía cómo acababa, pero en este caso sentía que su partida le iba a afectar más de la cuenta.

—De todos modos —le informó la mujer—, ya no tiene que temer por Úrsula; no le va a reñir más.

Manuel, extrañado, movió las ruedas de su silla con las manos para aproximarse a ella.

—¿Y eso? —le preguntó preocupado.

—La han llamado del Hospital General y le han hecho un contrato de seis meses. Dudo mucho que vuelva.

El anciano, sorprendido, negó con la cabeza.

—¡No puedes ser! —exclamó.

Encarna dejó lo que estaba haciendo y lo miró con extrañeza.

—¿No pasó por aquí para despedirse? —le preguntó.

Manuel, apesadumbrado, desvió la mirada al suelo.

—No.

La limpiadora, entristecida, intentó disculparla.

—Seguro que se le olvidó —le explicó—. La pobre… Tendrías que haber visto cómo lloraba al despedirse de las chicas en el cuarto de gerocultores… Pero va a estar mejor allí… Se gana más dinero y los turnos son mejores. Es lo

que ella quería. Cuando venga a visitarnos seguro que se despide de usted como se merece.

—¿No dijo nada sobre mí? —insistió el anciano compungido.

Encarna, intrigada, negó con la cabeza.

El juramento, el juramento… Aquello era importante para él… ¿Cómo se había ido sin decirle nada?

El anciano, decepcionado, suspiró. Se alegraba por Úrsula, era una chica amable, lista y válida, se lo merecía y era un reconocimiento justo, pero la gerocultora y él habían hecho un pacto, ella le había prometido que lo ayudaría si se portaba bien. ¡Y él había cumplido su parte! ¿Tan poco significaba para ella?

—¿Quién va a ocuparse ahora de mí? —preguntó contrariado.

Encarna, que a veces parecía de la oficina de información en vez de la encargada de limpieza, se acercó a él y lo miró como si estuviera deseando hablar del tema.

—Un chico nuevo —le explicó—. ¡Empezó ayer! Tiene veinticuatro años y un nombre raro. ¡Es de fuera! Creo que de tu tierra —continuó—. Y al parecer, es la primera vez que trabaja en una residencia. Mari Puri dice que se le ve un poco alelado, pero seguro que es solo al principio. Todos llegan bastante verdes y les cuesta al comenzar. ¿No te acuerdas de Andrea? La pobre lloraba todas las tardes agobiada en el baño.

Andrea… Había pasado tanta gente por allí en esos años que a él le costaba recordar sus nombres.

—Pero estoy segura de que a ti te va a gustar —vaticinó.

—¿Y eso? —le preguntó Manuel desconcertado.

Encarna, haciéndose la interesante, se paseó por la habitación moviendo descaradamente las caderas e hizo una pausa antes de continuar.

—Porque el chico es un bombón —le confesó.

Manuel, con el sabor de la nicotina todavía reposando en sus labios, rio en voz baja como si le pesaran los bronquios.

—¡No digas boberías! —protestó divertido—. ¿De verdad piensas que a mi edad me interesan los chicos guapos?

Y Encarna, sin dejar de pavonearse por el cuarto, le sacó la lengua y guiñó un ojo.

—Si algo he aprendido en este trabajo es que a todos, con independencia de

la edad que tengamos, nos encanta alegrarnos la vista.

DOS

Antía cerró la maleta sabiendo que finalizaba así la parte más inocente de su vida. Atrás quedaba su infancia, que permanecería atrapada para siempre en aquella habitación entre los osos de peluche y las muñecas que decoraban las estanterías.

Era una tarde oscura y sombría, las nubes habían conquistado el cielo y amenazaban con tronar. Antía tenía los vellos de punta, siempre le ocurría: antes de que el primer rayo cayese lo sentía en su cuerpo, atravesaba su piel.

—Eso es porque eres muy receptiva —le había explicado su madre una noche de tormenta—. A la abuela Isabela, que era un poco meiga, también le pasaba, tenía una sensibilidad especial para los fenómenos meteorológicos.

Sensible. Valiente. Emotiva.

Antía sentía en ese momento mil emociones distintas. Sus manos, inseguras, tiraban de la maleta sin atreverse a salir de la habitación en la que había dormido toda su vida.

Un último vistazo, volver la vista atrás y observar su cuarto sin poder decir adiós. No estaba preparada para abandonarlo.

Su mesa, su cama, su silla, aquellas cortinas rosas con aviones azules que antes tanto le gustaban pero que ahora parecían demasiado infantiles, la lámpara-cohete, la jarapa que su padre le trajo de La Alpujarra, los libros que había ido almacenando durante los últimos años, su despertador, el perchero… ¿Por qué se sentía tan apegada a aquellas cosas? Solo eran objetos… recuerdos.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —se preguntó a sí misma en voz baja, pero no obtuvo respuesta.

El salón estaba vacío y en la mesa de la cocina aún descansaban los restos del almuerzo. No había quitado el mantel y había comido sola, sus padres estaban trabajando y no llegarían hasta las nueve o las diez de la noche. Siempre llegaban tarde, muy tarde. Trabajaban demasiado. Quizá ni se dieran cuenta de que ya no estaba allí.

—No digas tonterías —se riñó a sí misma por pensar así.

Enfadada, Antía estaba cabreada, furiosa. Había tenido una discusión muy fuerte con sus padres la noche anterior y el veneno de las palabras que había pronunciado aún quemaba su boca. No se sentía orgullosa de lo que había dicho, se avergonzaba, se arrepentía, pero ellos habían conseguido sacarla de sus casillas y ella había terminado explotando.

¡No entendía por qué actuaban así! Le imponían sus criterios sin tener en cuenta su opinión, se olvidaban de que ya era adulta y tomaba sus propias decisiones. ¡No iba a hacer siempre lo que ellos quisieran! Se habían pasado de la raya, era intolerable.

—¿De verdad pensáis que voy a haceros caso? —les había chillado furiosa —. ¿Por qué iba a hacerlo? Vosotros ni siquiera sois mis padres.

«No sois mis padres».

«No sois mis padres».

Una puñalada. Una puñalada profunda y dolorosa. La más oscura, la más traicionera.

Ojos vidriosos. Bocas que se abren para decir algo pero que no pueden hablar. Unas manos que se alargan para abrazarla y que ella esquiva. Un portazo. Gritos. Todo se había desmoronado.

Era la primera vez que lo pronunciaba en voz alta.

«No sois mis padres».

Desde que lo había descubierto, el secreto siempre había estado ahí, latente, escondido, durmiendo en la sombra. La abuela Isabela se lo había confesado antes de morir porque creía que era lo más justo, la niña ya era mayor y debía saberlo, era su vida, ¡su historia!, pero sus padres desconocían que tenía esa información.

«Estaré bien, no os preocupéis».

Una nota en la nevera, un trozo de papel adherido a la puerta con el imán del viaje que hicieron juntos a Nueva York.

Solo eso. No había despedida ni disculpa, aunque se arrepentía de lo que les había dicho no pensaba dar marcha atrás, su decisión era inmutable.

—No sois mis padres. ¡No sois mis padres! No tengo por qué someterme a vuestros deseos. No tengo por qué acatar vuestras órdenes. No tenéis razón. ¡No! No la tenéis. Yo debo elegir mi camino.

—Mientras estés bajo nuestro techo tendrás que hacernos caso.

Nuestro techo. Nuestro techo.

—¡No quiero vuestro techo!

Su padre la había llamado al teléfono dieciocho veces durante el día y no le había respondido. Su madre le había mandado wasaps y mensajes de texto, pero con el mismo resultado. Estaban preocupados, pensaban que ella seguía enfadada pero que se le pasaría, creían que cuando llegaran a casa esa noche hablarían y solucionarían las cosas. Una nota en la nevera.

«Estaré bien, no os preocupéis».

—Es lo correcto,—repetía mientras avanzaba por la casa arrastrando la maleta con lágrimas en los ojos—. Ya soy mayor, debo tomar mis propias decisiones y asumir las consecuencias.

Lo correcto. «Estaré bien, no os preocupéis».

¿Estaba segura de eso? ¿Cometía un error? ¿Se estaba equivocando?

—Mientras estés bajo nuestro techo tendrás que hacernos caso.

Si hacía lo correcto, ¿por qué tenía un nudo en el pecho que no la dejaba respirar?

TRES

La primera semana siempre es complicada: acudes al trabajo con ilusión, pero también preocupado. Es una mezcla heterogénea de emociones que varía en proporciones gigantescas según avanza la jornada. Por un lado estás obsesionado por hacerlo bien, pero por otro no quieres destacar en ningún sentido, analizas al milímetro los movimientos de tus compañeros para repetirlos, tienes miedo, estás inseguro.

«Aco, no la cagues».

Acoydan necesitaba una buena nota en las prácticas para obtener el título de Grado Medio de Técnico Auxiliar de Geriatría y Dependencia. Los exámenes los había aprobado, pero no tenía una media brillante. El director de la residencia le había hecho un contrato de dos meses y le había dicho que si obtenía la titulación podría optar a quedarse.

—Solo hay una plaza —le había informado—. Y sois cuatro estudiantes, así que tendrás que esforzarte para ser el mejor.

Competir, hacerlo bien, ser amable, superarse… Eran demasiadas pretensiones para una semana en la que ni siquiera sabía con exactitud cuáles eran sus funciones. Una cosa era la teoría y otra la práctica. El trabajo real era muy distinto a como venía definido en los libros.

Dirígete a los usuarios siempre por su nombre, el trato con ellos debe ser siempre de respeto, no debe confundirse el cariño con tomarse demasiadas confianzas, aunque algunos tengan las facultades mentales disminuidas debes tratarlos como adultos, está terminantemente prohibido gritarles o levantarles en exceso la voz, debes hablarles mirándoles a los ojos y con una sonrisa, está prohibido aceptar regalos o dinero de ellos, debes tener paciencia, mucha paciencia, darles las instrucciones de una en una y otorgarles tiempo para asimilar conceptos y contestar, si alguno presenta delirios no lo contradigas, no te enfades porque influirás en su estado anímico y en la relación con ellos en el futuro…

Normas… Pautas de actuación…

Hacer las camas, recoger las sábanas, llevarlas a la lavandería, dar de comer

a los usuarios, asearlos, realizar cambios posturales a los que no se mueven, supervisar que se toman la medicación, limpiar utensilios…

—¿Todos los días es así? —preguntó agobiado, y el gerocultor que lo supervisaba asintió sin ocultar la sonrisa.

—Y puede ser peor… Hoy es un día tranquilo —le contestó—. ¡Así que ve haciéndote a la idea! Los «gero» cobramos una mierda y no paramos ni un segundo, siempre faltan medios y personal, pero no nos quejamos, hay residencias mucho peores que esta.

La Residencia Cumbres Doradas era considerada de gama alta dentro de la comunidad de Madrid. Sus profesores del grado le habían dicho que había tenido mucha suerte por haber sido seleccionado para las prácticas allí.

—No todo el mundo va a centros como el que te ha tocado a ti —le había explicado su tutora—. Vas a tener la oportunidad de quedarte en una de las mejores residencias de la zona, ¡así que tienes que esforzarte! Trenes así no pasan todos los días.

Esforzarte…

Oportunidad…

Trenes así no pasan todos los días…

—Lo más importante son los usuarios —le había dicho la jefa de gerocultores en la reunión inicial—. Nuestro trabajo consiste en ayudarlos a realizar las actividades que no pueden hacer ellos solos, suplir sus carencias. Los lavamos, los alimentamos, les damos paseos… Pero debemos aprender a ser algo más, administrarles un trato personal y suplir también sus necesidades afectivas.

Necesidades afectivas, necesidades afectivas…

—Cuando entráis por esta puerta, los usuarios son lo primero, vuestros problemas y preocupaciones deben quedarse atrás. Aquí venimos a cuidarlos y a hacerlos sentirse mejor, no para contaminarlos con nuestras «mierdas». En esta casa no puede haber ni un mal gesto ni una mala cara. ¿Comprendido?

Acoydan, silencioso, asintió con la cabeza.

—Y tampoco quiero quejas ni faltas injustificadas. Los gerocultores tenemos demasiado trabajo y no podemos perder el tiempo ocupándonos de los niños de prácticas.

CUATRO

Remedios no sabía que aquel martes, 3 de abril, iba a cambiarle la vida. Había salido de trabajar a las cinco y cuarto y se había puesto un vestido azul que su prima Encarna le había hecho imitando uno que llevaba Sara Montiel en una de sus últimas películas.

Estaba muy guapa. La joven se había ahuecado el pelo y se había puesto unas gotas de perfume en la nuca, sus labios pintados de rojo le sonreían al mirarse al espejo.

—Pareces una actriz de Hollywood —se piropeó coqueta—. Esta tarde a Ramiro se le va a caer la baba.

Remedios estaba enamorada y para ella su novio era la esencia de su vida. Llevaban dos años viéndose a escondidas y al pensar en él se estremecía de los pies a la cabeza. Aunque vivía un amor prohibido, se emocionaba soñando con un futuro en común, un futuro que no tendrían pero que ella anhelaba por encima de todas las cosas.

—Me gustaría casarme de blanco en la Macarena —le había confesado a su prima aquella mañana—. Tú podrías hacerme el vestido y quizá también el traje de él. Seríamos los novios más guapos que haya visto jamás Sevilla. Todo el mundo acudiría a vernos y mi velo sería el más largo que se haya hecho jamás. ¿No te haría ilusión coserlo?

Encarna la miraba con ternura y tristeza a la vez.

—¡Estás loca, Remedios! —le reñía intentando que pusiera los pies en la tierra—. Confórmate con lo que tienes, que ya es mucho más de lo que pensabas que ibas a tener.

Remedios suspiraba y se dejaba querer.

—Lo sé,—musitaba—. Pero permíteme, aunque sea, hacerlo realidad en mis sueños.

Ramiro la esperaba, como cada tarde, en el callejón que había detrás de la tienda. Vestía un pantalón gris y una camisa blanca con varios botones desabrochados. El chico era fuerte, robusto, atractivo, con una nariz prominente, más grande de la cuenta, que le daba un aspecto misterioso y

tierno a la vez. Al verla llegar, hizo un mohín de disgusto con la cara y tiró al suelo la colilla del cigarro que se estaba fumando.

—Siempre llegas tarde —la reprendió malhumorado, y ella, divertida, sonrió como si aquella protesta formara parte de su protocolo diario.

—Las señoritas siempre tardamos más —se disculpó, y él le indicó con la cabeza que lo siguiera porque se estaban retrasando.

Ramiro comenzó a andar y ella caminó varios metros detrás de él. Nunca paseaban juntos ni la cogía de la mano, siempre actuaban igual, el mismo juego, las mismas reglas, callejones oscuros por donde no pasaba nadie, solo ellos, una pareja que vivía en las sombras porque nadie debía averiguar que estaban juntos.

—Algún día me gustaría ir al cine contigo —había comentado la chica una tarde después de hacer el amor, y Ramiro, horrorizado, se había levantado de la cama bruscamente y puesto la camiseta.

—¿Estás loca? —le preguntó escandalizado—. ¿Es que quieres que nos tiren piedras?

Remedios agachó la cabeza avergonzada y tapó su cuerpo con las sábanas.

—No te estaba pidiendo hacerlo —le explicó entristecida—. Solo comentaba que sería bonito poder hacer cosas normales contigo.

Ramiro, dándose cuenta de que su reacción exagerada había sido una metedura de pata, se acercó a la cama y acarició su mejilla con ternura.

—Sabes que no podemos hacerlo —le contestó—. Pero si pudiéramos yo te llevaría de la mano hasta la puerta del cine y te comería a besos delante del revisor.

Remedios, divertida, se sonrojó de los pies a la cabeza.

—Te quiero —le confesó enternecida, y él la miró como solo sus ojos sabían mirarla, viéndola a ella más allá de su piel.

—Y yo a ti —le contestó.

Ramiro entró en el edificio primero y ella quince minutos después. Los zapatos de tacón le apretaban y se le había hecho una carrera en la media.

—¡Mierda! —masculló.

El portal era oscuro y olía a bolitas de alcanfor. Remedios tocó con su mano la pared para buscar el interruptor. Un zumbido pequeño, después dos. La bombilla del techo encendiéndose y la anciana del primero B apareciendo por

las escaleras y mirándola con asco y odio a la vez.

—No hables con ella —le había pedido Ramiro la primera vez que visitaron el edificio—. Si te cruzas con la vecina, intenta ignorarla y pasar desapercibida. Era amiga de mi abuela y es muy cotilla. Nadie puede saber que venimos aquí.

La anciana, con su rebeca de lana y ojos febriles, levantó su dedo tembloroso y la señaló como si hubiese visto a un fantasma, abrió la boca para decir algo, pero Remedios no la escuchó, agachó la cabeza y avanzó por el pasillo lo más rápido que pudo, actuó como si lo que acababa de pasar no hubiese sucedido, aquella señora desequilibrada no estaba allí.

—Remedios, ¿estás bien? —le preguntó Ramiro al abrir la puerta.

La mujer, con labios temblorosos, asintió con la cabeza, aunque no podía sonreír.

—Sí, estoy bien —le contestó—. Es solo que me he encontrado a la loca en el portal.

El rictus de Ramiro se tensó.

—No le hagas caso —le pidió—. Ya sabes que no le gusta que nadie entre en el edificio. Desde que murió mi abuela es la única que vive en el bloque y piensa que es suyo.

—Quizá deberíamos buscar otro sitio para vernos —propuso Remedios asustada—. Este piso cada vez es menos seguro y en el almacén de mis padres podríamos quedar.

Ramiro, que todavía no se había quitado la ropa, miró al suelo afligido y negó con la cabeza. Estaba muy raro, su rostro preocupado escondía una noticia que no se había atrevido a compartir.

—Remedios… en realidad… yo quería hablar contigo.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Remedios se había levantado aquella mañana con un mal presentimiento: aquel 3 de abril iba a cambiarle la vida y algo le decía que no iba a ser bueno.

El oxígeno faltándole.

Su velo, el velo de su traje de novia elevándose en el cielo más allá del campanario de la basílica de la Macarena, arroz cayendo al suelo y lágrimas también.

El río Guadalquivir mirándola, observándola.

Raro, Ramiro estaba raro. Lo había notado desde que se habían encontrado

en el callejón. No había habido un roce ni una caricia, solamente había torcido el cuello y le había pedido que lo siguiera, ni siquiera la había piropeado por su vestido nuevo y eso que ella se había pasado treinta minutos frente al espejo poniéndose guapa para él.

—¿Qué ocurre, Ramiro? —lo interrogó angustiada—. Me estás asustando.

El apartamento a oscuras, las cortinas cerradas y las persianas también, la cama donde solían hacer el amor con las sábanas revueltas. El chico agachando la mirada y observando la puntera desgastada de sus zapatos.

—Me trasladan a Canarias —se limitó a decir.

Remedios, sobrecogida, se encogió de hombros como si no lo comprendiera.

Canarias… Ella no había terminado la escuela y no sabía exactamente dónde estaban ubicadas las islas, pero eso sonaba demasiado lejos.

—¿Canarias? —repitió aterrada.

Ramiro, agachó la cabeza y dejó que ella se acercara.

—¡¿Cuándo te vas?!

Los ojos del chico tristes, marchitos.

—El miércoles que viene.

Temblor en las piernas, en el alma.

El velo cruzando el río, surcando los montes, perdiéndose en el horizonte.

Se va… Se va… Ramiro se iba…

El tiempo paralizándose mientras su corazón se resquebrajaba, lo escuchaba crujir perfectamente, primero una grieta, después dos, pequeñas hendiduras se apoderaban de sus entrañas hasta dejarlo reducido a cenizas.

No podía ver, no podía respirar. Sus pulmones se encharcaban de miedo y tristeza.

Se va… Se va… Ramiro se iba…

El chico observándola, sus manos ásperas acercándose y buscando las de ella. Iba a hablar, estaba moviendo la boca, aunque ella no podía escucharlo, iba a decir algo importante, tenía que concentrarse.

—¿Te vendrías conmigo?

Esa pregunta, esa simple pregunta saliendo de sus labios hizo que sus ojos se inundaran y gritara de felicidad.

—¡Sí! ¡Sí! —chilló entusiasmada, aunque no tenía ni idea de dónde sacarían el dinero para pagar su pasaje.

CINCO

La habitación 112 estaba al final del pasillo, en una zona despejada, tranquila, fuera del bullicio y el ruido. Acoydan, aliviado, marcó una X en el control interno y empujó el carro. Aquel usuario era el último de su ronda… atrás quedaban ocho horas de nervios y las dudas que lo habían asaltado en todo momento.

Pantalón blanco y bata sanitaria celeste con zuecos anatómicos a juego: ese era su uniforme. El joven avanzaba por el pasillo como si temiese que en cualquier instante la jefa de gerocultores pudiese aparecer en una esquina y regañarle por lo que estaba haciendo.

—¿Es que no te han enseñado nada en clase? —le había reñido Mari Puri al descubrir que el joven no sabía cumplimentar los registros—. ¡Trae! —le pidió, arrebatándole los papeles que le había entregado—. ¡Es muy fácil! Están los datos del usuario, el historial, el registro de incidencias, el de actividades terapéuticas… ¡Solo tienes que prestar un poco de atención! No es tan complicado…

La jefa de gerocultores lo observaba mientras Acoydan se disculpaba una y otra vez. A pesar de lo indeciso y lento que era, sabía que de los cuatro chicos de prácticas que habían entrado ese mes, él era su única esperanza. ¡Siempre le ocurría! Mari Puri tenía un don natural para descubrir a las personas que servían para ese trabajo y pensaba que Acoydan, aunque estaba muy verde, tenía aptitudes suficientes para empatizar con los ancianos, aunque había que espabilarlo, y por eso debía ser dura con él.

—Espero que el trato con los usuarios se te dé mejor, porque en la parte administrativa eres un desastre.

Un armario de dos puertas, una mesita de noche, la caja fuerte, una televisión de pantalla plana en la que no se veían todos los canales y una mecedora: esas eran todas sus pertenencias. En la pared, un cuadro con cinco molinos de viento en el que podía leerse «Campos de Criptana».

—Manuel Artiles Fajardo —susurró—. Paciente parapléjico con principio de alzhéimer. Ochenta y dos años, homosexual, soltero y sin familia. No

recibe llamadas ni visitas. Nacido en Teguise, Lanzarote. No le gusta hablar de su pasado y puede resultar violento en algunas ocasiones.

Violento, violento…

A simple vista el bulto canoso que se escondía bajo las sábanas no parecía muy peligroso. La habitación olía sudor, tabaco y orines secos. El sol entraba por la ventana e iluminaba las baldosas del suelo. El anciano estaba de espaldas, parecía que dormía, así que el joven entró de puntillas para intentar no despertarlo.

«No la cagues, Aco, no la cagues».

El sonido de su respiración, lento, acompasado… El usuario dormitaba y no tenía intención de despertarse.

—Don Manuel, soy Acoydan, su nuevo ayudante —anunció en voz baja tal y como establecía el protocolo—. He venido a asearlo y a sacarlo a dar un paseo por el patio si a usted le apetece.

El anciano, de espaldas, no hizo ningún movimiento, ni el más leve ruido. Acoydan, preocupado, avanzó hacia él temiendo que en su primer día de trabajo tuviera que encargarse de un fallecimiento.

—Don Manuel —le preguntó angustiado—, ¿se encuentra bien?

Flequillo canoso, rostro arrugado, una hilera de babas cayendo de la comisura de sus labios hasta empapar el colchón, camiseta blanca, la sonda saliendo del pañal y la bolsa de orina enganchada a la cama.

Esponja jabonosa, guantes, palangana, jarra con agua templada, toallas de diversos tamaños, champú… Todo preparado. Acoydan cerró la puerta para que no hubiese corriente.

—Don Manuel —insistió, acercando su rostro al suyo—. Despierte por favor, tengo que asearlo, no es la hora de la siesta.

Olor a tabaco, tabaco negro, Krüger, así olía su aliento. El joven, indeciso, no sabía cómo actuar. ¿Qué era mejor? ¿Despertarlo o apuntar en el parte que no había podido hacer su trabajo?

—Como llame a la jefa de gerocultores para preguntarle esto me la va a montar…

Los molinos de viento del cuadro mirándolo, retándolo como si fuesen gigantes maléficos que se hubieran aburrido de atormentar a Don Quijote y ahora hubiesen decidido atacarlo a él.

—Don Manuel, por favor —le pidió sacudiendo levemente su almohada, y los ojos del anciano se abrieron sobresaltados como si no pudiesen creer lo que

estaba viendo.

Silencio.

Sorpresa.

Estupefacción.

El octogenario había abierto los párpados y lo miraba como si hubiera visto una aparición, sus pupilas amplias, dilatadas y su mano temblorosa se levantó de la cama dirigiéndose hacia él, intentando acariciarlo.

—¡¿Lorenzo, eres tú?! —le preguntó asombrado.

Nervios.

Desconcierto.

Su rostro escudriñándolo sorprendido y emocionado a la vez. Acoydan, paralizado, no sabía que pasaba ni qué hacer.

—Lorenzo —repetía conmocionado.

Sudor, escalofríos…. El anciano lo había confundido con alguien y por la sonrisa de su boca se intuía que se alegraba mucho de verlo. Su actitud desprendía ternura y miedo a la vez.

—No me lo puedo creer, Lorenzo —continuó impresionado—. Me dijeron que te habías ido a Argentina y que no ibas a volver.

¿Qué decía el protocolo de actuación? No contradecirlos. Si algún usuario presentaba delirios, no había que llevarle la contraria, ya que intentar hacerlo entrar en razón podía enfadarlo e influir en su estado anímico.

Violento, violento, en ocasiones podía ponerse violento.

—¡Pensaba que habías muerto! —continuó Manuel sin poder contener las lágrimas—. ¡Y mírate! ¡Estás igual! No has cambiado nada en todos estos años.

Sus manos temblorosas aproximándose para acariciarlo y él dejándose acariciar.

—Dios mío, Lorenzo —suspiraba—. ¡No te imaginas lo feliz que me hace verte!

Sus dedos recorriendo su frente, tocando su nariz, rozando sus labios, su boca… Un gemido escapándose de unos ojos emocionados que no podían dejar de mirarlo.

—Pensaba que estabas muerto —repetía—. Muerto…

Una bruma misteriosa cubría su conciencia y no le permitía discernir lo real de lo incierto.

Lágrimas.

Suspiros.

El anciano, aturdido, intentó incorporarse en la cama y sintió cómo la sonda que tenía introducida en la uretra le daba un tirón. Miró hacia abajo despreocupado y su rostro cambió por completo: la duda y la confusión se apoderaron de él. Había olvidado que estaba en un hospital y, al descubrirlo, se puso muy nervioso; no comprendía qué estaba sucediendo.

Miedo.

Terror.

Desconfianza.

Su mano convulsa agarró la bata del chico y comenzó a gritar como si lo estuvieran torturando.

—¡¿Qué ocurre, Lorenzo?! ¿Qué pasa? —le preguntó aterrado—. ¿Qué me han hecho esos hijos de puta? ¿Por qué no me puedo mover? ¿Ha sido el general Oramas? ¿Ha sido él? ¿Me ha convertido en una babosa?

Acoydan tenso, Acoydan asustado. El joven inexperto se alejó de él.

—Don Manuel, creo que me está confundiendo con alguien —balbuceó sin saber si hacía lo correcto—. Yo no soy Lorenzo, soy Acoydan, su nuevo ayudante. He venido a asearlo y a sacarlo de paseo, estoy sustituyendo a Úrsula.

Confuso, desorientado. Las brumas que lo habían trasladado al pasado comenzaban a disiparse y la realidad le había escupido en la cara toda su crudeza.

Alzhéimer, alzhéimer…

El anciano clavó en él sus ojos castaños y lo miró como si fuera el responsable de su desdicha.

—¡Vete de aquí! —vociferó fuera de sí—. ¡Vete de aquí si no quieres que te parta la boca! —insistió, avergonzado de que lo vieran en ese estado—. ¡No quiero que me toques ni que te acerques!

Temblor en las piernas, nudo en la garganta, el joven, angustiado, dio otro paso hacia atrás, tropezó con la silla de ruedas y estuvo a punto de caerse. Su cadera golpeó la mesita de noche y algo que había sobre ella se precipitó al vació y se rompió en mil pedazos.

—¡Veeeeeeeete! —le chilló Manuel endemoniado, y Acoydan, aterrado, salió corriendo de la habitación.

SEIS

Era una tarde fría de finales de octubre en la que las hojas de los árboles se habían teñido de amarillo y luchaban por no caerse de las ramas. Antía y sus padres habían comprado un picnic en la Quinta Avenida y se dirigieron a Central Park aprovechando los primeros rayos de sol que se escapaban de las nubes.

—Es por la falta de luz —le había explicado su padre—. En otoño, los días son más cortos y cambia la producción de pigmentos de las hojas, por eso adquieren esas tonalidades…

Antía, sentada en una bolsa sobre el césped, lo miraba llena de admiración. Le encantaba escuchar a su padre. A veces pensaba que era el hombre más inteligente de la Tierra.

—Ten cuidado, cariño —le pidió su madre—. Intenta no salirte de la bolsa de plástico, que te vas a manchar el pantalón vaquero.

A su madre no le gustaba el campo ni la hierba. Cuando su marido había sugerido comer en el parque se había quejado porque decía que si la hubieran avisado con tiempo habría traído un mantel y se habría vestido más adecuadamente para la ocasión. Caminar con tacones por Sheep Meadow no era fácil, los zapatos se hundían y la hacían sentirse fuera de lugar, pero Antía se divertía y eso compensaba cualquier sufrimiento.

—… las hojas se vuelven amarillas cuando desaparece la clorofila —prosiguió don Ignacio—. Marrones cuando lo hacen los carotenoides, y las antocianinas tienen la culpa de los tonos rojizos…

Pan de centeno, fruta, coca cola *light*, varias piezas de *sushi* y ensalada de pasta.

Los rascacielos asomándose sobre las copas de los árboles como si quisieran escapar del bullicio de la ciudad y sumergirse en aquel refugio bucólico donde las familias se reunían y los niños corrían felices.

—…pero también influyen otros factores como la humedad, la temperatura y las condiciones del suelo en otoño.

El sonido de un claxon la hizo regresar al presente. El imán de la nevera, con

el que les había dejado el mensaje, la había hecho viajar en el tiempo.

«Estaré bien, no os preocupéis».

La maleta de ruedas, la luz verde del taxi y el conductor bajándose del vehículo para abrir el portaequipaje ¿Había cogido suficiente dinero?

Central Park, Nueva York, las conversaciones con su padre…

Antía se montó en el coche con lágrimas en los ojos. Aunque intentaba aparentar que estaba bien, no lo conseguía. Sabía que iba a echarlos mucho de menos, que su madre iba a morirse de preocupación esa noche cuando llegara a casa y ella no estuviera.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó el taxista.

Y ella asintió con la cabeza.

—Es por la falta de luz —respondió—. Cambian los colores de las hojas y me pone triste.

SIETE

—Alzhéimer.

El doctor había pronunciado esa palabra lentamente, como si al articular cada una de las sílabas se hubieran enredado en sus labios, pero el anciano no reaccionó, se limitó a encogerse de hombros y asentir con la cabeza como si estuviera acostumbrado a que todas las desgracias del mundo se cebaran con él y ya solo pudiera resignarse.

—¿Se encuentra bien, don Manuel? —le preguntó el médico preocupado ante la ausencia de respuestas.

El paciente, observando a aquel doctor de treinta y pocos años que podría ser su nieto, sonrió para dejar al descubierto una amarillenta dentadura donde faltaban algunas piezas.

—Sí, estoy bien —le contestó—. Con ochenta y dos años, cuando vas al médico no esperas nunca buenas noticias. Solo tengo que mirarme al espejo para saber que estoy más cerca del otro barrio que de aquí, pero no esperaba que la cabeza también empezara a fallarme. Por ahora era lo único que se mantenía intacto.

El doctor, enternecido con la naturalidad con la que don Manuel se había tomado la noticia, sonrió.

—No debe asustarse, señor Artiles —continuó intentando ser lo más amable posible—. Está en la etapa inicial y con un tratamiento y ejercicios adecuados se puede ralentizar el avance de la enfermedad. ¿Sabe en qué consiste?

Don Manuel, sin estar muy seguro, negó con la cabeza.

—Una de cada diez personas mayores de sesenta y cinco años padece alzhéimer —prosiguió el médico como si comentar que es un mal de muchos pudiese hacerle sentir mejor—. Es una dolencia cuya principal consecuencia es la pérdida de células nerviosas del cerebro, lo que provoca problemas de memoria. El enfermo va olvidando sus recuerdos y, en la fase final del proceso, ignora su propia identidad y llega incluso a perder el lenguaje y a no reconocer su entorno.

Tranquilizador, lo que se dice tranquilizador, no estaba siendo el discurso.

—Pero esto no tiene por qué suceder… —se apresuró a decir el médico al ver cómo su rostro se contraía y se ponía tenso—. Afortunadamente, hemos pillado la enfermedad a tiempo y, aunque es un proceso degenerativo y la pérdida de células nerviosas es irreversible, se puede conseguir, con el tratamiento adecuado, que la enfermedad avance lentamente.

Lentamente… Acercarse despacio al barranco del olvido… Una mancha negra, oscura, profunda… ¿En eso iba a convertirse su memoria?

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —le preguntó asustado.

El doctor, observándolo con sus ojos grises a través de la montura plateada de sus gafas, asintió como si fuese una buena pregunta.

—La enfermedad suele durar entre siete y quince años, pero depende del paciente.

Olvidar.

Había muchas cosas que prefería olvidar, pero otras en cambio le aterraba que se borraran. Cuando uno llega a cierta edad, lo único que le quedan son sus recuerdos ¿También iban a arrebatarle eso?

La sonrisa de Lorenzo flotando por la habitación… No quería olvidarlo… Quería retenerlo en su pecho para siempre y que nada ni nadie lo separase de él.

—Un hombre sin memoria no es nada —comentó en voz baja, y el doctor lo miró sin saber qué responder.

OCHO

El Guadalquivir se secó y del firmamento se cayeron las estrellas. Cuando Ramiro se fue, el cielo se volvió gris y el sol se oscureció para siempre.

Remedios no dejaba de llorar. Se pasaba la mañana en la tienda, detrás del mostrador, intentando contener las lágrimas, pero no lo conseguía. Su madre la miraba preocupada, pero no sabía qué hacer para consolarla.

—Compórtate —le pedía—. No puedes actuar así delante de las clientas.

Pero, aunque Remedios lo intentaba, cualquier cosa que veía le recordaba a él, a sus manos, a sus ojos, a su pecho… Su ausencia era insufrible, la sentía en cada rincón de su piel.

—Llevo mes y medio sin verlo —se lamentaba a su prima—. ¡Mes y medio! Y cada día que pasa me siento más lejos de él.

Encarna la acariciaba con ternura e intentaba tranquilizarla.

—Pero te ha escrito una carta, ¿no?

Remedios, con los ojos encharcados, afirmaba con la cabeza.

—Sí, una carta, pero solo una. Por lo visto está muy ocupado y no puede escribir. Yo le escribo todos los días.

Su prima, enternecida, cogía un cepillo del baño y peinaba su melena para tranquilizarla.

—¿Te falta mucho dinero para el pasaje?

Remedios, desesperada, se llevaba las manos a la cara y ocultaba su dolor.

—Con lo que gano en la tienda necesitaría trabajar dos años para pagarlo, y Ramiro tampoco tiene dinero.

Angustia, sufrimiento… Remedios se tumbaba en la cama y no se quería levantar.

—Quizá… ir a Canarias no es tan buena idea —le aconsejó su prima, intentando hacerla entrar en razón—. Aquí tienes familia y trabajo ¿Allí de qué vas a sobrevivir?

La chica, enfadada, puso los brazos en jarra y la miró acusadora, como si hubiera dicho una blasfemia.

—Buscaré trabajo —le contestó ofendida—. ¡Algo me saldrá!

Su prima, que la amaba con locura y no le gustaba hablarle de esa manera, agachó la mirada antes de continuar. Sabía que lo que iba a decirle era horrible, pero era mejor ser franca y mostrarle la realidad.

—Remedios… ¿de verdad piensas que va a contratarte alguien? —le preguntó entristecida—. Aquí porque tienes la tienda de tus padres, si no…

La joven, furiosa, se levantó de la cama y se fue al salón. ¡No quería seguir escuchándola!

—¡Haré lo que sea! ¿Sabes? ¡Lo que sea! —gritó irritada—. ¡Haré cualquier cosa por estar junto a él!

NUEVE

Silencio.

A veces los silencios pueden son más dolorosos que cualquier sonido o reproche.

El silencio es el ruido que produce la soledad, mudo, cortante.

Cuando llevas demasiado tiempo sin oír nada, la congoja te anuda el pecho y te impide respirar.

No hay nadie.

Nada.

Estás solo.

La luz de la habitación apagada y la luna enganchada en las cortinas. Don Manuel miraba al techo en silencio y las sombras huían de su mirada.

Solo.

Él era el único usuario de la residencia que no recibía visitas ni cartas ni llamadas.

Nada.

El trato con los gerocultores era lo más parecido que tenía a un amigo o al encuentro con un familiar.

Solo.

«Monstruo, enfermo, desviado. ¡Arderás en el infierno!».

Voces del pasado que regresaban a su mente y lo hacían estremecer. Insultos que creía olvidados se adherían a su cuerpo y recorrían su piel.

«Invertido, violeta, sarasa...».El viento entrando por la ventana, paredes sucias, techo mugriento, el barracón cochambroso olía a sudor y sufrimiento, petates tirados en el suelo, cuerpos anémicos con casacas grises que se quejaban al menor movimiento.

«No llores, mi niño, no llores», le pedía una voz amiga. «No les des el gusto de verte llorar».

Miedo. ¡Vergüenza!

Polvo, montañas rojizas y ansiedad.

Las aspas del molino girando.

Golpes, insultos, latigazos.

Langostas, langostas voraces destruyéndolo todo.

«Intenta no destacar, ser invisible, transparente».

Silencio.

A don Manuel le daba miedo el silencio porque le hacía regresar a lugares en los que tenía prohibido pensar.

Pánico, rabia, desesperación… Aunque habían pasado muchos años, esos sentimientos que albergaba su alma todavía lo atormentaban y lo hacían tiritar.

«Cuando la herida es muy profunda no cura del todo», le había dicho un compañero. «Puede cicatrizar, pero no sana… El veneno se queda dentro de la piel para siempre».

Solo.

Don Manuel se encogía y tapaba su cabeza con las sábanas.

«¡Coge el mazo, maricón! ¡Levántate del suelo y empieza a picar! ¡Ponte a trabajar si no quieres que te rompa el culo ahora mismo!».

Miedo.

Terror.

El silencio era el sonido mudo que producía su soledad.

DIEZ

Volver a la habitación 112 le preocupaba. Acoydan estuvo dando vueltas por el pasillo unos minutos antes de decidirse a entrar porque no sabía lo que iba a encontrarse. La última vez que lo había visitado el anciano estaba enajenado y se había comportado de manera violenta.

—Don Manuel, ¿se puede? —preguntó tocando con los nudillos la puerta —. Soy Acoydan, su nuevo ayudante, vengo a asearlo y a sacarlo de paseo si usted lo desea.

Olor a tabaco y orines secos.

La luz de la mañana entrando por la ventana y salpicando el suelo de destellos.

—Pasa, —le contestó.

Acoydan, indeciso, entró en el cuarto empujando el carro donde llevaba la palangana, el gel, las toallas, las esponjas y el resto de utensilios. No sabía cómo actuar. Debía andar con pies de plomo si no quería que otro episodio desagradable volviera a producirse. Tenía que ganarse al usuario, llevarse bien con él.

—¿Cómo se encuentra hoy? —le preguntó intentando ser amable.

El octogenario, con cara de pocos amigos, lo observaba desde la cama. Acababa de despertarse y una baba reseca caía de la comisura de sus labios y se perdía en las arrugas de su cuello. Acoydan era guapo, Encarna no le había mentido: el gerocultor tenía los ojos verdes y unos labios carnosos de esos que apetece besar. El anciano lo miró unos segundos con curiosidad, pero se aburrió al instante, él estaba acostumbrado a Úrsula y la echaba de menos. ¿Por qué había tenido que irse?

—Bueno… Veo que está poco conversador… No se preocupe —continuó el joven siguiendo las pautas marcadas en los procedimientos internos—. Si no le importa, voy a cerrar la puerta y la ventana y empiezo a preparar las cosas para asearlo.

Manuel, con gesto mohíno, se giró y volvió la cara hacia la ventana. No le apetecía hablar con él, estaba cansado y quería seguir durmiendo, pero el chico parecía que no se lo iba a permitir.

—Comenzamos…

La bolsa de la orina colgando junto a la cama. Una mosca volando por la habitación y posándose en su hombro. El gerocultor retirando las sábanas y colocándola con cuidado a sus pies. No iba a dejarle dormir, estaba claro, así que con el ceño fruncido se giró hacia el enfermero y lo señaló de forma acusadora.

—Rompiste mi transistor —se limitó a decir.

Acoydan, que estaba cogiendo el empapador para ponerlo debajo del anciano, lo miró como si no lo comprendiera.

—Disculpe don Manuel, ¿qué ha dicho?

El octogenario, fingiendo enfado, continuó persistente.

—El otro día, cuando saliste corriendo de aquí, golpeaste la mesita de noche y tiraste mi transistor al suelo. Se ha roto. Ya no funciona.

El chico, recordando aquel vergonzoso incidente, se ruborizó.

—Disculpe… No sabe cuánto lo lamento.

Algo se cayó, algo se cayó… Y fue su transistor.

—No… Discúlpame tú —le contestó el anciano, siendo amable por primera vez—. Mi comportamiento no fue muy correcto.

Acoydan, con los guantes puestos, se aproximó a él y le pidió que se inclinara para poder quitarle la camiseta de tirantes que llevaba puesta.

—La cabeza a veces me falla, pero no suelo ser así —prosiguió el octogenario justificándose.

Cicatrices, la espalda del anciano estaba llena de cicatrices, cicatrices antiguas, rojas, profundas, el espectáculo más estremecedor que había visto nunca. ¿Qué le había pasado? ¡Era una carnicería! Al verlas, Acoydan se estremeció por completo, pero pensó que no era apropiado preguntarle en ese momento qué le había ocurrido.

—No se preocupe… Y discúlpeme usted a mí también —le rogó—. Era mi primer día y estaba nervioso. Debí haber actuado de otro modo.

Acoydan mojó la esponja en el barreño con agua caliente y comenzó a lavarle el cuello y las orejas.

El anciano lo observaba en silencio. Aunque llevaba tiempo postrado en una cama, no terminaba de acostumbrarse a que desconocidos lo desvistieran e hicieran aquellas tareas por él. Las manos inexpertas del joven recorrían los pliegues de su piel con una toalla pequeña y él comenzaba a abochornarse.

—Eres canario, ¿no? —le preguntó el octogenario para distraerse.

Acoydan, que todavía seguía consternado por las profundas cicatrices que había visto en su espalda, asintió.

—Sí, soy de Las Palmas.

Don Manuel, con la sonrisa manchada de nostalgia, sonrió.

—Yo soy conejero.

Acoydan despegó los cierres del pañal para poder seguir lavándolo.

Vergüenza, decoro.

Sexo blanco, blando, inerte…

—Lo sé… Lo pone en su ficha personal.

La esponja sumergiéndose de nuevo en el barreño y la mano enguantada del chico aseando su zona genital…

—¿Y qué más pone en mi ficha? —le preguntó el anciano, curioso.

Acoydan, sonrojándose porque quizá había hablado más de la cuenta, le esquivó la mirada y trató de quitarle importancia.

—Nada más… —se apresuró a decir—. La información médica que puede hacernos falta.

Don Manuel, divertido porque el joven se ruborizase con tanta facilidad, se rio haciendo que Acoydan se avergonzara aún más.

—Pues debería ser más completa —bromeó sin dejar de reír—, y avisar de que, si un chico guapo me desnuda y me toca el pito, puedo acabar empalmándome.

ONCE

El uno de junio, ochos semanas después de que Ramiro se marchara, la desesperanza provocó que Remedios hiciera algo de lo que se arrepentiría el resto de su vida. A las diez y media de la noche, después de cerrar la tienda, la chica se escondió en el almacén con el corazón en un puño y el rostro cubierto de lágrimas.

Miedo, tristeza, desesperación…

Era una noche estrellada, y Remedios, con una foto de Ramiro en el monedero, esperó pacientemente hasta que no quedaba nadie en la mercería.

Lágrimas, lágrimas y suspiros, el rímel manchando su rostro, mientras sus manos temblorosas se apoyaban para levantarse del suelo.

—Perdonadme —rogaba, aunque nadie podía oírla.

Remedios, con la maleta, salió de su escondite. La chica sabía perfectamente dónde estaba la caja fuerte y la contraseña, sus padres guardaban allí sus ahorros y el dinero de la tienda y ella había tenido que abrirla más de una vez para pagarle a los proveedores los días que ellos no estaban presentes.

—¡Que nunca te vea nadie poner el código! —le había avisado su padre—. Uno no puede fiarse de nadie, ni siquiera de sus amigos.

Ni de sus amigos… Ni de su hija.

Remedios estaba tan desesperada que cometió una atrocidad, llenó una bolsa de dinero y salió corriendo de la tienda arrastrando su maleta.

Ramiro… Ramiro… La foto de su novio en la cartera observándola con devoción…

—¡Haré lo que sea! ¿Sabes? ¡Lo que sea! ¡Haré cualquier cosa por estar junto a él!

Remedios abandonó la ciudad aquella noche estrellada sin que nadie la viera. Huyó como una ladrona para reencontrarse con su amor. Llevaba dos meses llorando y echándolo de menos. Su prima Encarna le había aconsejado que no lo hiciera, pero ella no la escuchó. Quizá, si la hubiera escuchado, su vida habría sido distinta, pero no lo hizo. Se fugó antes de que llegara la segunda carta en la que Ramiro le pedía que no fuese a las Islas Canarias.

«He conocido a otra», ponía con letra clara, pero ella no lo leyó.

DOCE

—Mari Puri, perdona… ¿Podemos hablar un segundo?

Las manos le sudaban cuando se ponía nervioso. Siempre le ocurría, y en ese momento estaba sucediendo, no lo podía evitar, sus palmas se encharcaban y se le volvía lenta la lengua.

La jefa de gerocultores, que estaba sentada frente a la pantalla de su ordenador, levantó la cabeza disgustada, como si la hubiera interrumpido en algo importante.

—¿Hablar? —repitió como si fuese un atrevimiento—. ¿Hablar de qué? ¿Qué ocurre?

Los ojos verdes de Acoydan esquivaron los suyos. Desde que había entrado en su despacho se había dado cuenta de que aquello era una equivocación. Era su primera semana en la residencia y estaba en prácticas, así que lo más inteligente habría sido callarse e intentar pasar desapercibido, pero creía necesario hablar con ella.

—De don Manuel Artiles Fajardo, el usuario de la habitación 112 —contestó, y la mujer, intrigada, lo miró como si hubiera conseguido captar su atención.

—¿Qué ocurre con él?

El reloj de la pared marcando las cinco y media, su jefa observándolo y Acoydan clavándose las uñas en la palma de la mano mientras las gotas de sudor se escurrían entre sus dedos…

—Creo que debería quitarlo de mi ronda —le explicó tartamudeando en las últimas sílabas.

Mari Puri, que hasta ese momento había permanecido sentada, se levantó de la silla y, al hacerlo, movió el flexo. El joven la miraba en silencio, esperando que le contestara, pero la mujer parecía que no tenía la menor intención de decir nada. En lugar de eso, se acercó a la mesa supletoria que había junto al archivador y se sirvió un poco de café del termo.

—¿Quieres uno? —le ofreció, y él negó con la cabeza.

Estanterías llenas de archivadores e historiales médicos, pósteres sobre el alzhéimer y la tercera edad, un reloj de IKEA junto a una planta de plástico,

un cuadro con una fotografía de dos niñas sobre la pantalla del ordenador.

—¿Y me quieres explicar por qué debería cambiarlo? —le pidió pausadamente, mientras sus dedos agitaban una cucharilla de plástico.

Acoydan, que cada vez se sentía más incómodo con la situación, miró hacia la puerta y pensó que al acudir a su jefa había cometido un error. La probabilidad de seguir realizando las prácticas allí disminuían por segundos, pero Mari Puri no parecía enfadada; al contrario, lo miraba curiosa, estaba intrigada por lo que iba a decirle.

—No hemos conectado —se limitó a decir recordando cómo el anciano lo había agarrado por el cuello de la bata la primera vez y lo incómodo que lo había hecho sentir ese día mientras lo lavaba—. No le caigo bien.

La gerocultora, muy tranquila, le dio un pequeño trago a su café y, mientras lo hacía, pensó en la mejor manera de manejar esa situación, porque quería que al joven le sirviera de lección.

—Aquí no venimos a hacer amigos, Acoydan, creo que lo dejé claro en la presentación.

Sudor en las manos, sus zuecos anotómicos celestes escurriéndose en sus pies…

—Ya… —intentó disculparse—. Pero el trato personal es lo más importante con el usuario, y él y yo no hemos empezado con buen pie.

—¿Y?

—Pues que creo que en nuestro caso va a resultar imposible que conectemos.

El segundero del reloj avanzaba. Mari Puri tenía el pelo corto y teñido de violeta. Aparentaba cuarenta y cinco años, pero posiblemente tuviese más edad. Llevaba gafas grandes, vistosas y un pañuelo rosa chicle anudado al cuello.

—¿Por qué?

«Violento, violento… En ocasiones puede volverse violento».

—Me ha hecho sentir incómodo —confesó, suavizando muchísimo las emociones que había experimentado en las dos visitas a su habitación.

La jefa de gerocultores se aproximó a él y lo miró como si no lo comprendiera.

—¿Incómodo? —le preguntó sorprendida.

—Sí —le contestó el tartamudeando, y se ruborizó.

Mari Puri le dio el último trago a su café, aplastó el vaso de plástico como si

fuese una bola de papel y lo lanzó a la papelera.

—Mira, Acoydan —comenzó a explicarle como si lo que tuviese que decirle fuese muy evidente—. Don Manuel lleva diez años con nosotros, es tetrapléjico y se hace sus necesidades encima, tiene ataques de asma y ansiedad y, para colmo, hace un par de meses le diagnosticaron alzhéimer con el miedo que ello conlleva. ¿Y me estás diciendo que eres tú el que se siente incómodo?

Silencio. Expuesto de aquella manera parecía que el joven era un egoísta por haberse planteado algo así.

—Don Manuel es de tu tierra, es canario y está solo —prosiguió Mari Puri haciéndole entender su error—. No sé cuántos meses o años le quedan de vida, quizá pocos, así que hazme un favor… Deja de pensar en ti y en cómo te sientes y piensa en qué puedes hacer por él. En eso consiste nuestro trabajo, en atenderlo e intentar hacer sus días más llevaderos. ¿Podrás conseguirlo?

Acoydan tragó saliva y fue incapaz de contestar.

—¡Pues entonces no hay nada más que hablar! —zanjó la gerocultora jefa —. Don Manuel te ha sido asignado y seguirás con él en tu ronda, así que por el bien de los dos espero que consigáis congeniar, porque os quedan muchas horas juntos.

TRECE

Cuando abrió la puerta la encontró con la ropa empapada, el pelo chorreando y los ojos azules cubiertos de lágrimas. Lejos y cerca a la vez, con una expresión en su rostro a la que no le tenía acostumbrado. Antía era fuerte, valiente y en esos momentos parecía la chica más débil y vulnerable que había visto en su vida, un pájaro herido, un gorrión que se había caído de su nido y necesitaba ayuda para volar.

—¿Antía, qué ocurre? —la interrogó alarmado—. ¿Estás bien? —Y ella asintió con la cabeza intentando tranquilizarlo, pero la pena se apoderó de su pecho impidiéndole respirar.

Desolación.

Desespero.

La amaba. ¡Dios sabía cuánto la amaba! Y al verla tan pérdida no pudo evitar rodearla con sus brazos y dejar que la joven se derrumbara. No sabía qué sucedía, pero no le importaba, lo único que deseaba en ese momento era tranquilizarla y hacerla sentir mejor.

—Te quiero —le susurró al oído, y ella sonrió. Sonrió con la sonrisa que le puso el día que se conocieron, y él se derritió.

—Yo también —le contestó limpiándose la nariz con un pañuelo de papel —. ¿Puedo pasar?

El chico, sorprendido de que aún siguieran en la puerta, asintió sin saber qué significaba realmente su pregunta, porque de pronto descubrió la maleta y entendió el alcance real. No le estaba pidiendo permiso para entrar en el salón, sino para quedarse en su casa.

Antía se cambió de ropa en la habitación, mientras él le preparaba una taza de té. Seguía deprimida, pero estar con él la reconfortaba, la hacía sentirse más segura, y en esos momentos, la seguridad era lo que más le faltaba.

—¿Qué ha ocurrido, Antía? —le preguntó el joven preocupado mientras le servía la taza con la infusión humeante.

La chica, abrumada, le esquivó la mirada y cogió la bebida que él acababa de prepararle.

—He discutido con mis padres —confesó—. Anoche tuvimos una pelea

muy gorda y me he ido de casa.

Problemas…

—Pero… —comenzó a articular su novio como si no la hubiera comprendido—. ¿Qué quieres decir con eso?

La maleta en medio del salón, los ojos azules de la chica observándolo, y el joven paralizado, sin asimilar lo que estaba sucediendo.

—Ya te lo he dicho… —le explicó molesta—. He discutido con ellos y me he largado. No pienso volver a esa casa nunca más.

Ojos llorosos, labio mordido, las mejillas de Antía estaban sonrojadas y su ropa mojada en la cesta de la ropa sucia.

El joven, agobiado, la miró sin comprenderla.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó como si la respuesta no fuese evidente.

Antía, que acababa de darle el primer sorbo al té, se irguió en la silla alerta.

—Pensaba quedarme aquí —le explicó dolida—. Pero si no te parece bien, me voy —continuó haciendo ademán de levantarse, pero él la cortó.

—¡No! —la espetó—. No te estoy diciendo eso… Mi casa es tu casa… ¡Eso ya lo sabes! Solo te preguntaba si lo has pensado bien. Decisiones así no deben tomarse en caliente. ¿Estás segura de que no te has precipitado?

La joven, apenada, agachó la mirada y dejó que las lágrimas invadieran su rostro. Seguridad, eso era lo que le faltaba en ese momento.

—No sé —confesó.

Silencio.

El chico, conmovido, se sentó a su lado y la rodeó con sus brazos. El perfume de su cabello le embriagó, la quería tanto que era incapaz de negarle nada.

—¿Me puedes hacer un favor? —le preguntó la chica como si fuese importante.

El joven, desconcertado, la miró. Ella siempre lograba hacerle sentir así, agitado y perdido, siempre iba mil pasos por delante de él.

—Claro, lo que quieras —le respondió, y ella se pegó a su cuerpo esperando que la arropara.

—Pues abrázame… Abrázame y no me hagas más preguntas… Hoy no, por favor… Hoy solamente, limítate a quererme.

CATORCE

—Quiero un cartón de Krüger.

Acoydan, que estaba abstraído, lo miró extrañado, sin comprender lo que estaba diciendo.

—¡Que quiero un cartón de Krüger! —insistió.

El gerocultor, que había acudido a la habitación con intención de levantarlo y darle un paseo por el pasillo, estaba ayudándole a comer en la cama porque se había negado a salir.

—No diga boberías, don Manuel. ¿Cómo le voy a traer un cartón de Krüger? El tabaco está prohibido en la residencia.

El anciano, cabreado, cerró la boca impidiendo que le metiera la cuchara de puré.

—¡No sea crío, por favor! —le pidió Acoydan molesto—. Si no quiere salir, se queda en la cama, pero tiene que comer, a eso no puede negarse.

La lluvia golpeaba los cristales como si quisiera entrar en la habitación. Aquella mañana había amanecido lluviosa y las nubes habían oscurecido el cielo. Acoydan estaba absorto y preocupado: había dejado a Antía sola en su apartamento y no sabía cómo se la encontraría cuando volviera.

—¡Me rompiste el transistor! —le acusó el octogenario—. Y para compensarme, te estoy pidiendo que me traigas un cartón de Krüger. ¡No creo que esté pidiendo mucho!

Acoydan dejó la cuchara en el plato y cogió la servilleta para limpiarle los restos de puré que se le habían escurrido por la barbilla.

—Mire… —le advirtió molesto—. Hoy no estoy en mi mejor día, así que no me cabree más. ¡Tiene que comer! ¿Entiende? Si no quiere coger la cuchara, se la doy yo, pero no siga poniéndome a prueba, porque hoy no tengo ganas de historias.

El anciano, preocupado, lo observó. Estaba tenso, irritable, si continuaba con esa actitud dudaba mucho que durara una semana más en la residencia. Quería ayudarlo, el chico le caía bien y sabía que, con un poco de paciencia, se convertiría en un gran gerocultor, pero no le gustaba lo que había descubierto esa mañana.

—Encarna me contó que pediste que me quitaran de tu ronda —le informó, haciendo que Acoydan saliese de su ensimismamiento—. ¿Es verdad?

El chico, sorprendido, dejó lo que estaba haciendo y se sonrojó. Le desconcertaba que una conversación privada estuviera circulando por la residencia y hubiera acabado en los oídos del anciano. Le avergonzaba que supiese lo que pensaba de él.

—Sí, hablé con Mari Puri —confesó.

Don Manuel, decepcionado, le quitó la cuchara y comenzó a comer solo, no necesitaba oír nada más. En el fondo, esperaba que Acoydan le dijese que los cotilleos de la limpiadora eran mentira, pero era verdad, el chico había ido a hablar con la jefa de gerocultores para quejarse de él.

¡Estaba ofendido! No habían empezado con buen pie y habían tenido un enfrentamiento. ¡Pero ambos eran canarios! ¿Es que eso no significaba nada para él? Debían apoyarse porque los dos sabían lo duro que era estar lejos de casa.

—Hablé con ella y le dije que no habíamos conectado —le explicó.

El anciano, que comenzaba a cogerle cariño, se encogió de hombros y lo miró como si no lo comprendiera.

—¿Conectado? —le preguntó dudoso—. ¿Fue por la broma del otro día? ¿Cuándo te dije que me iba a empalmar?

Acoydan, recordando ese momento, se sonrojó y agachó la cabeza.

—Si es por eso, no tienes por qué preocuparte —continuó don Manuel a modo de disculpa—. Hace más de diez años que estoy muerto de la cintura para abajo, soy inofensivo.

Las manos del enfermero cogieron la servilleta y limpiaron las gotas que habían caído sobre la bandeja. No lo miraba. Aquella situación lo avergonzaba y no sabía cómo comportarse. Era como si le hubieran contado a su profesor el mote que le había puesto en el colegio y le estuviera pidiendo explicaciones.

—¿Eres homófobo? —le soltó de pronto, haciendo que el gerocultor dejara lo que estaba haciendo—. ¿Es eso? ¿No te gustan los gais?

Acoydan se separó de él y lo miró como si acabara de decir una monstruosidad.

—¡Yo no soy homófobo! —le cortó cabreado—. No tengo problema con los gais ¡Lo tengo con usted! La primera vez que lo vi intentó pegarme, y la segunda se burló de mí. ¡A mí me dan igual sus tendencias sexuales! Lo único que quiero es hacer mi trabajo. ¡Y usted no me deja! Así que haga el favor de

dejar de hacerme sentir mal para que le traiga tabaco, porque no voy a incumplir las normas.

Don Manuel, que le gustaba que el chico sacara carácter, sonrió mostrando los huecos que había entre sus dientes.

—Úrsula me compraba el tabaco antes —le confesó—. Era ella la que me lo traía.

Su voz triste, cansada…

La persona que se lo prohibía, se lo suministraba a escondidas.

—Yo no recibo visitas —prosiguió—. No viene nadie a verme, y por eso no pueden traerme cosas de fuera, solo os tengo a vosotros. ¿Sabes?

Escucharle hablar así le hacía enternecerse y olvidarse de lo que había pasado.

—Sé que el tabaco no está permitido y Úrsula me reñía cada vez que me pillaba fumando, pero ella me lo traía porque sabía que nadie más lo podía hacer.

Acoydan, confuso, se encogió de hombros.

—¡Pero usted es asmático! —protestó—. El tabaco no le hace bien.

Don Manuel se incorporó en la cama y lo miró como hacía tiempo que nadie lo miraba.

—Tengo ochenta y dos años, paraplejia y alzhéimer —le explicó—. Ya nada me hace bien. Ni el tabaco ni las medicinas ¡Ni estos purés que me hacéis tomarme! No tengo nada, no tengo a nadie, y estoy esperando la muerte. ¿Tampoco voy a poder darme un capricho?

Acoydan cogió la manzana de su bandeja y comenzó a pelársela. Aunque sabía que el tabaco era perjudicial para la salud, comprendía que era lo único que el anciano podía permitirse dadas las circunstancias. Era su obsesión, su acto de rebeldía.

—Lo comprendo… —trató de explicarle mientras partía la fruta en trozos pequeños para que los pudiera morder—. Pero también debe entenderme usted a mí… Estoy en prácticas… No puedo saltarme las normas… Si me pillan, me expulsarán, y este trabajo es muy importante para mí.

El octogenario, que hasta ese momento había permanecido tranquilo, giró la cabeza y puso los ojos en blanco como si lo que acababa de decirle le hubiera decepcionado.

—¡Lo que pensaba! —refunfuñó—. Aunque sabes que es lo correcto, no te atreves… ¡Te faltan pelotas! ¡A los de vuestra generación parece que os han

hecho de mantequilla!

De mantequilla… De mantequilla… Te faltan pelotas…

Era la segunda vez que se lo decían en el día… Esa misma mañana había discutido con Antía y la chica le había dicho lo mismo. ¡Que no tenía agallas! El joven pensaba que su novia estaba actuando mal y debía llamar a sus padres, y ella le había contestado que lo que sucedía es que él era un cobarde incapaz de quebrantar las normas. ¿De verdad era esa la imagen que proyectaba? ¿La de un pusilánime?

Acoydan era tímido, indeciso, inseguro… ¡Pero no era gallina! Le daba miedo equivocarse. ¡Y que le suspendieran las prácticas! Pero eso no significaba que no tuviera coraje suficiente para hacer lo que pensaba que era correcto.

Uno, dos, tres…

Tener agallas… Fuerza… Valentía.

—¡Si quiere un cartón de Krüger, se lo traeré! —exclamó de pronto, sin creerse ni él mismo lo que estaba escuchando—. Pero a cambio, debe prometerme que me hará caso siempre.

Don Manuel, con su camisa manchada de puré, sonrió y dejó al descubierto sus amarillentos dientes.

—Lo prometo —le contestó, aunque sabía que no iba a cumplirlo.

Acoydan, satisfecho, sonrió.

—¡Y no vuelva a llamarme cobarde, porque no lo soy! ¡Ni cobarde ni homófobo! ¿Entendido?

Y el anciano, sorprendido, asintió y no pudo reprimir la carcajada.

QUINCE

Remedios jamás olvidaría el día que llegó a Santa Cruz de Tenerife. Era un martes por la mañana y el sol presidía el paisaje con todo su esplendor. Canarias era tal y como se la habían descrito: cielos azules, aguas claras y un clima cálido que no llegaba a ser sofocante.

La ciudad era preciosa: calles empedradas y edificios neoclásicos mezclados con majestuosas iglesias del barroco canario como la Concepción, de estilo toscano, cuya torre y balcones eran una delicia para contemplar. La gente y los olores se mezclaban con el rumor de las olas.

«Un sitio perfecto para iniciar una nueva vida», pensó al bajarse del barco, pero los ojos que se cruzaron con ella la miraban con la misma aversión que la miraban en Sevilla.

La mujer arrastraba su maleta con desidia, la travesía había sido horrible y no había parado de vomitar, había perdido un par de kilos en el trayecto y sabía que su aspecto no era muy halagüeño.

—Debería arreglarme un poco antes de ir a buscar a Ramiro —comentó.

Ramiro… El nombre del chico había sido su talismán durante el viaje. Cada vez que se ponía triste lo repetía una y otra vez como si, al hacerlo, aquella locura cobrase sentido. ¡Había abandonado Sevilla y les había robado a sus padres! ¡Jamás podría volver! Había arriesgado la seguridad de su hogar por un futuro incierto en el que solo estaba él, Ramiro, su novio, el hombre que la había amado, y que en esos momentos estaba durmiendo con otra, aunque ella no lo supiese.

«Aquí seremos felices, encontraré trabajo y le devolveré hasta el último céntimo a mis padres».

Remedios entró en una cafetería y pidió un café con leche. Los hombres de la barra la miraron con sus rostros serios, angulosos. Hubo uno que, incluso, llegó a hacer un comentario desagradable, pero ella hizo como si no lo hubiese oído; nada ni nadie podía estropearle ese día. En breve se reencontraría con Ramiro, estaría con él.

Se ahuecó el pelo en el baño y se puso un poco de carmín y colorete. Quería que Ramiro la viera guapa cuando se encontraran. Se iba a llevar una gran

sorpresa. Solo tenía la dirección de su oficina, que venía impresa en el remite de la primera carta que le envió. ¿A qué hora saldría? ¿A las cinco o las seis?

Falda azul marino, zapatos negros, medias de nailon, camiseta blanca con escote comedido, una onda en el pelo. Remedios de pie en la acera, esperando que Ramiro saliera del trabajo para sorprenderlo y hablar con él. ¡Había hecho muchísimos kilómetros para estar a su lado! ¡Y llevaban casi tres meses sin verse! ¿La besaría cuando la viera? ¿Podría controlarse?

Nervios, presión, acelero, el sudor cayendo por su espalda mientras las horas pasaban y le rugía el estómago. No había comido nada desde que había llegado, solo el café. Su maleta de cartón en el suelo, apoyada entre sus piernas.

Estaba cansada y nerviosa.

Las cinco, las seis, las siete… ¿A qué hora saldría Ramiro?

El sol bajaba en el horizonte, mientras los coches pasaban por su lado y hacían sonar el claxon. Mujeres morenas, de pelo y piel, la observaban de lejos sin entender qué estaba haciendo, la analizaban, la juzgaban… ¿A qué se estaba exponiendo?

«Ramiro… ¿Dónde te metes?»

A las ocho y cuarto, el último hombre salió del edificio y cerró la puerta. Las luces de todas las plantas se apagaron. Remedios, cansada, agachó la cabeza y dejó escapar un suspiro que se estrelló contra sus doloridos pies. ¡No podía creer lo que estaba pasando! ¡Todo estaba saliendo mal! ¿Dónde estaba Ramiro? Se suponía que en esos momentos debería estar besándola y haciéndole el amor. ¡Aquello era muy distinto a lo que había soñado!

Agotada y rendida, la chica avanzó por la calle arrastrando la maleta hasta llegar a la primera pensión que encontró en su camino.

—¿Tiene dinero? —le preguntó desconfiado un señor obeso con aliento agrio—. Hay que pagar una semana por adelantado si te quieres quedar.

Remedios le explicó que solo sería una noche, que había llegado de Sevilla para reunirse con su novio y no había dado con él, pero que estaba segura de que al día siguiente lo encontraría y podría trasladarse a su casa.

El dueño de la hospedería la miró con sorna y escupió bajo la mesa como si su sola presencia le molestara.

—Es una semana por adelantado —repitió—. Si tienes dinero, te quedas, ¡y si no, te largas!

La joven, resignada, sacó su billetera y, ante la avariciosa mirada del

hospedero, le tendió los billetes que le estaba pidiendo.

—¡Y una cosa más! —le gritó el hombre mientras subía agotada las cochambrosas escaleras que llegaban a la planta de arriba—. Si traes clientes a la pensión, no hagas mucho ruido. ¡Aquí hay gente decente descansando!

DIECISÉIS

Envejecer no es fácil, porque el cuerpo lo hace antes que el alma. Te miras al espejo y no entiendes lo que ves, ya que tus ojos te muestran una persona que no reconoces: tu rostro está cubierto de arrugas y tú no.

Admitir que estás llegando a la última etapa de la vida es complicado. Por mucho que te hayas concienciado, cuando te ves postrado en una cama sin poder moverte te planteas muchas cosas.

—¿Cómo se encuentra hoy, don Manuel? —le preguntó Acoydan al entrar en la habitación, y él no supo qué contestarle.

Dolor de cabeza, contractura en la espalda, migraña, hinchazón en las piernas… Ese era su estado actual y, a todo eso, había que sumarle que no tenía buen humor. Don Manuel estaba irritado, le molestaba la sonda y sabía que si lo notificaba iban a quitársela y ponérsela otra vez, y no odiaba nada más en el mundo que la enfermera cogiera su miembro herido y le metiera, tras aplicar un poco de lubricante, ese tubo rasposo por la uretra.

—Que no se salga… —solía mascullar él, pero a veces era imposible y tenían que empezar de nuevo.

Cortinas cerradas y olor a sudor en la habitación. El octogenario disgustado y Acoydan entrando lentamente en la estancia intentando no molestarlo.

—Le traigo un regalo —le informó el gerocultor esperando que la noticia lo animara.

Don Manuel, que hasta ese momento había estado en silencio, se giró y sonrió como si supiera de antemano lo que iba a ofrecerle.

—¿Es mi cartón de Krüger? —preguntó ilusionado, y el gerocultor, asustado, palideció porque había hablado más alto de la cuenta—. Me estaba quedando sin tabaco y llevaba dos días racionando los cigarrillos. ¡Mételo en mi caja fuerte, por favor!

Acoydan, temeroso, lo miró sabiendo que al seguir sus indicaciones incumplía otra de las normas que le había dado la jefa de gerocultores.

«Nunca, bajo ningún concepto, estáis autorizados a abrir las cajas fuertes de los usuarios. Ahí guardan sus pertenencias privadas y las más caras. Si las tocáis y se pierde algo, será responsabilidad vuestra».Responsabilidad vuestra.

—La clave es 1975, el año que murió el Caudillo.

Don Manuel le había dado la contraseña y cualquier cosa que hubiese dentro a partir de ese momento sería su responsabilidad.

Un dígito, otro, tres, cuatro… La caja de seguridad emitió un chasquido y la puerta se abrió lentamente.

Una carpeta azul con papeles y una caja misteriosa, ese era todo el contenido. Una cajita forrada con papel de estraza y atada con un cordón. ¿Qué habría dentro? Acoydan intentó meter el cartón de tabaco dentro, pero no cabía.

—¿Puedo sacar la caja? —le preguntó el gerocultor. Y el anciano, que no podía moverse, pegó un brinco en la cama e intentó detenerlo.

—¡No toques eso! —le advirtió como si le fuese la vida en ello.

Acoydan, extrañado por su reacción, se quedó en silencio mirando el objeto. ¿Por qué se había alterado tanto al insinuar que la iba a sacar? ¿Qué tenía dentro?

—Rompe el cartón de tabaco y mete los paquetes sueltos, así cabrá entero.

Incumplir normas… Saltárselas… Transgredirlas… Eso estaba consiguiendo don Manuel de él.

—Oye, chaval…

Acoydan, que estaba cerrando el armario, lo miró sin imaginar lo que iba a decirle.

—Gracias —pronunció.

Y tras pronunciar esa palabra, ambos esbozaron una sonrisa que prometía ser el inicio de una bonita amistad.

DIECISIETE

La primera vez que la vio bailaba en la pista en mitad de una discoteca. Era un viernes por la noche y los focos de colores iluminaban su rostro y jugaban con su piel. Era guapa, muy guapa, tanto que dolía mirarla, y Acoydan era demasiado tímido como para intentar hablar con ella.

—¡Eh, canario! —le llamó el chico que lo acompañaba—. ¿Quieres otro botellín? Voy a ir a la barra.

Acoydan asintió, aunque no sabía a qué contestaba. Los ojos azules de la chica acababan de mirarlo y el mundo se había parado para él.

Temblor en las piernas, escalofrío, la lengua se le anudó y las palmas de las manos comenzaron a sudarle.

—Aquí tienes —le dijo su amigo.

Un trago a la cerveza, un trago de cerveza largo, intenso, refrescante.

La chica de los ojos azules seguía bailando, pero ya no lo miraba.

—Gracias, tío.

La música sonaba y Acoydan estaba acelerado. No solía salir de fiesta, había aceptado la invitación de Manuel, porque habían acabado los exámenes y de algún modo tenía que celebrarlo.

—No seas soso, canario, ¡que a veces pareces nuestro padre!

Acoydan era vergonzoso y no le gustaban los actos sociales, no sabía de qué hablar con desconocidos y siempre se encontraba fuera de lugar. Aquella noche, Manuel le había prometido que le iba a presentar a unas chicas, y solo de pensarlo había estado a punto de vomitar.

Una canción, dos, tres… Los focos brillando y la bola de cristal inundándolo todo con sus destellos. Mareo. Era el cuarto botellín, y antes se habían bebido algunos chupitos de tequila. No le gustaba perder el control.

Los ojos azules de la chica atacaban de nuevo: volvían a mirarlo. El tirante de su vestido rojo se había resbalado y caía por su hombro. Lo observaba, lo señalaba. ¿O no era a él? Manuel, al verla, le devolvió la sonrisa.

—¡Corre, ven! —le ordenó su amigo—. Están allí.

Miraba a Manuel. Aquellos ojos azules que lo habían embrujado desde el principio no lo miraban a él, observaban a su compañero porque lo conocía… Vergüenza… Decepción… ¿O se estaba equivocando?

La música estridente retumbaba en los altavoces y en su sien. Acoydan fue arrastrado por la pista sin opción a escapatoria, las palmas de sus manos humedeciéndose… ¡Quería que se lo tragara la tierra!

—Acoydan, esta es mi prima Esmeralda —le informó entre risas y abrazos —. Y esta es Antía, su amiga.

Antía, Antía…

—Encantada.

Besos, abrazos… Acoydan cerró los ojos e inspiró el perfume de su nuca al entrar en contacto con su piel.

—Tú no eres de aquí, ¿no? —le dijo la chica al saludarlo, y él se limitó a negar con la cabeza.

Una canción, dos, tres… Silencio incómodo entre notas discordantes. El DJ pinchando uno de los últimos éxitos de la radio, y Manuel y su prima dando brincos en mitad de la pista. ¿Se divertían o los estaban dejando solos a propósito?

«Háblale, háblale…», se ordenaba a sí mismo, pero, cuando ella lo miraba, parecía que cualquier cosa que fuese a decir era demasiado estúpida.

—¿Eres mudo? —le preguntó Antía con sorna, y él lo único que acertó a hacer fue agachar la cabeza y mirarse la puntera de los zapatos.

La noche avanzaba y el alcohol empeoró la situación. Manuel le contó que su prima le había dicho que Antía lo había dejado con su novio hacía un par de semanas y que quería conocer a alguien para olvidarse de él.

—¡Éntrale, cabrón, que la tienes a huevo!

Los chupitos y la cerveza removiéndose en su estómago, nervios, agobio, sudor.

—Me voy.

Los ojos de Manuel saliéndose de sus órbitas…

—¿Pero estás tonto? —le preguntó como si hubiera dicho una locura.

—No, en serio, no me encuentro bien.

Esmeralda mirándolo y cuchicheando con su amiga…

—Pues tú mismo, tío —le dijo Manuel desconcertado—, pero estás

haciendo el gilipollas.

Acoydan agachó la cabeza y salió de la discoteca. Si seguía un segundo más allí se iba a quedar sin aire, se sentía estúpido y ridículo a la vez. Con los años debía haber aprendido cómo actuar en determinadas situaciones, pero él seguía sin lograrlo. En el ambiente nocturno siempre desentonaba, y eso lo hacía sentirse frustrado.

«Soy un cobarde… Un cobarde», repetía. «Antía es muy guapa, pero pensará que soy idiota… ¿Por qué me he comportado así?».

Hacía frío. Acoydan se abrochó la chaqueta y añoró por un segundo la brisa marina que soplaba en su tierra. Se sentía muy solo en Madrid, lejos del mar y de su familia.

Alcohol, tristeza, fracaso… Una pequeña lágrima se formó en su ojo y estuvo a punto de salir.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Acoydan! —una voz gritaba su nombre y lo sacó de su ensimismamiento—. ¿De verdad te ibas a ir sin decirme adiós? ¿Qué modales son esos?

El chico se giró sin creerse lo que estaba viendo: Antía había salido de la discoteca a buscarlo y, al verlo, había echado a correr hacia él descalza, con los tacones en la mano.

—Perdona —se disculpó avergonzado, y ella le regaló una sonrisa.

—No pasa nada —le dijo la chica, que a la luz de las farolas era aún más guapa que en la oscuridad—, pero me has hecho correr y los pies me están matando.

Las mejillas de Acoydan sonrojadas y las palmas de sus manos llenas de sudor…

—Perdóname por no despedirme y por haberme comportado como un gilipollas esta noche —insistió, sin ser capaz de mirarla.

Antía, que en esos momentos había vuelto a calzarse, se subió el tirante del vestido y sonrió.

—A mí no me has parecido un gilipollas —le contestó.

Timidez, eso era lo que reflejaban sus ojos castaños.

—No suelo salir mucho de noche… Y no me gustan las discotecas —confesó—. Me pongo tenso… Hoy he salido por Manuel y parece que no ha sido buena idea.

Antía, que cada vez que Acoydan hablaba lo veía más adorable, no pudo

evitar acercarse un poco más.

—¿Y qué te gusta hacer? —le preguntó.

El chico, más cómodo, levantó la cabeza y sus miradas se encontraron.

—Lo normal: pasear, leer, ir al cine…

Ella, coqueta, se mordió el labio y se ruborizó como si se avergonzara de lo que iba a decir.

—A mí me gusta escribir, quiero ser escritora.

—¿En serio? —le preguntó Acoydan como si le resultara impresionante—. Me gustaría leer algo tuyo, si me dejas.

Sonrisa tímida, los ojos azules de Antía mirándolo con una ternura con la que no lo había mirado en toda la noche…

—Te dejaré leer alguno de mis relatos, si me invitas al cine —le propuso, y Acoydan no pudo decir que no.

DIECIOCHO

—¡No me lleves al patio! —le pidió don Manuel alzando la voz más de la cuenta.

Acoydan, que estaba empujando su silla de ruedas, frenó en seco y lo miró con extrañeza.

—¿Por qué? —le preguntó desconfiado—. Ha salido el sol después de tres días de lluvia, todos sus compañeros están fuera, debería aprovechar el buen tiempo y socializar un poco, hablar con ellos. ¡No puede pasarse el día encerrado en la habitación!

Don Manuel, que estaba recién aseado, asintió.

—¡Por eso mismo! —le respondió gruñón—. No quiero ir al patio porque solo hay viejos. ¡No me siento cómodo con ellos! Solo hablan de enfermedades, médicos y estupideces.

Acoydan, desconcertado, se encogió de hombros sin saber qué contestarle.

—¿Entonces? —le preguntó—. ¿Dónde quiere que vayamos?

El octogenario, con mirada pícara, hizo un gesto con el cuello en otra dirección.

—Llévame a la entrada de personal —le pidió—. Allí también da el sol y podré echarme un pitillo hablando con gente joven.

Acoydan, que le aterraba la jefa de gerocultores, palideció.

—¡Don Manuel, sabe que eso está prohibido! —protestó, y el anciano soltó una carcajada.

—Mira que eres aburrido… ¡Vamos! —le pidió mientras giraba con agilidad la silla de ruedas en dirección opuesta—. ¡No te quedes ahí y sígueme, que pareces un pasmarote!

Estar fuera de la residencia le cambiaba la cara, esa funesta sombra que siempre lo perseguía, se evaporaba. Don Manuel sonreía como no lo había visto sonreír hasta entonces, con sonrisa amplia, sincera, llena de confianza.

El anciano estaba guapo, parecía más joven que en días anteriores, afeitarle la barba lo hacía rejuvenecer. Acoydan se había esmerado en el aseo y había conseguido aplastarle hasta sus rebeldes cabellos.

—Parezco un donjuán —bromeó el octogenario al mirarse en el espejo—. Casi podría ligarme a un chico como tú.

Era una mañana soleada. La lluvia había cesado y el paraje que los rodeaba brillaba con esplendor. Flores salvajes, amarillas, decoraban el césped, y el anciano, pletórico, infló sus pulmones de oxígeno antes de darle la primera calada al cigarro.

—Esto es vida —comentó don Manuel, que se sentía como un pájaro al que acabaran de sacar de su jaula.

El gerocultor, nervioso, se acercó a él sin dejar de vigilar la puerta por si llegaba alguien.

—¿No le gusta la residencia? —le preguntó extrañado.

El usuario, que contemplaba la forma que adoptaban las nubes, se rio como si el chico le hubiera preguntado una tontería.

—Eres canario como yo —le contestó con nostalgia—. ¿Te sentirías cómodo encerrado en un edificio de hormigón?

Acoydan, que seguía sin relajarse por estar incumpliendo las normas, negó con la cabeza.

—No —confesó sincero—. Yo prefiero estar cerca del mar. En cuanto tenga ocasión, volveré a las islas.

El anciano, melancólico, lanzó un suspiro y miró al horizonte como si sus ojos pudieran ver más allá y trasladarlo al lugar donde se encontraban sus recuerdos más felices.

—A mí ya no me queda tiempo para volver —comentó apenado—. Y si regreso algún día, dudo mucho que mi memoria me permita reconocer la tierra donde crecí.

Alzhéimer, alzhéimer… Esa odiosa enfermedad que estaba acabando con su esencia, con su ser.

—¿Por qué se fue de las islas? —le preguntó el chico, sin darse cuenta de que rompía así la barrera impersonal que se había creado entre ellos desde el principio.

El anciano, que sostenía el cigarro entre los labios, agachó la mirada como si le hubiera recordado algo doloroso.

—Me vine buscando trabajo, porque allí no encontraba. Las cosas se pusieron difíciles. Malvendí la casa de mis padres, las tierras y dejé atrás los mejores recuerdos.

Acoydan, que instintivamente le había apoyado la mano en el hombro, frunció el ceño y lo animó a seguir hablando.

—El amor… —continuó el anciano—. El amor es capaz de mover montañas y de separar a un marinero del mar. Cuando me fui de Lanzarote, pensé estúpidamente que aquí tendría más posibilidades de encontrarlo de nuevo.

Sus ojos oscuros se tiñeron de nostalgia y su sonrisa se cubrió de sal.

—¿Lorenzo? —se aventuró a preguntarle el chico al recordar lo sucedido la primera vez que se vieron, y el octogenario asintió.

Las flores amarillas del césped marchitándose y el cielo perdiendo su color… La sonrisa del anciano palideciendo… Cicatrices en su espalda y un paquete misterioso guardado en la caja fuerte…

Tristeza. Enigmas. Misterios.

—¿Sabes cuál es mi mayor miedo? —le preguntó don Manuel de pronto.

Acoydan, sin dejar de vigilar la puerta, se limpió el sudor de las manos en el pantalón de su uniforme.

—¿El qué? —le preguntó.

El octogenario le dio una última calada al cigarro y tiró la colilla al suelo. Estaba serio, calmado, pero su mirada transmitía una tristeza profunda que estaba devorándolo por dentro. Don Manuel sufría y Acoydan desconocía el origen de su pena.

—Que al despertarme una mañana, el alzhéimer me haya robado lo único que me queda de él… —pronunció mientras una lágrima se escapaba de sus ojos—. Su recuerdo.

DIECINUEVE

La primera cita fue un infierno. Acoydan estaba tan nervioso que no podía articular palabra y Antía, vivaracha, monopolizaba la conversación. Hablaron sobre cine, libros y música mientras se tomaban un refresco en una de las cafeterías de la plaza Mayor.

—¿Siempre eres tan tímido o solo te pasa conmigo? —le preguntó Antía al cabo de media hora, y Acoydan, ruborizándose de arriba abajo, le contestó: —prefiero escucharte, que hablar de mí mismo.

La chica, que no parecía dispuesta a darse por vencida, puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—No estoy de acuerdo… Cuéntame algo de ti.

El hielo, derritiéndose en la coca cola, y las manos del joven cogiendo una servilleta para secarse el sudor…

—¿Qué quieres saber? —se ofreció nervioso.

Los ojos azules de la chica escrutaron su rostro.

—No sé… Cuéntame qué haces aquí, tan lejos de Canarias.

El chico, con la mirada perdida, dejó la servilleta mojada en el cenicero.

—Vine a estudiar aquí. Un tío mío tenía un apartamento vacío en el centro y aproveché. Aunque me gusta mi isla, necesitaba salir fuera para poder verla desde otra perspectiva…

Antía, que cada vez se sentía más atraída por él, se encogió de hombros.

—¿Y por qué entraste en el Grado Medio de Técnico Auxiliar de Geriatría y Dependencia? ¿Siempre te gustaron las personas mayores?

El canario, que se avergonzaba un poco de lo que iba a decirle, le dio un pequeño trago a su refresco y continuó.

—Yo quería estudiar Medicina y la nota me dio, pero por desgracia, mi familia no podía permitirse pagarme la carrera y por eso elegí un módulo.

La carrera… Los padres de Antía le habían dicho que, llegado el momento, podría elegir la Universidad que prefiriese del mundo, que no se limitara a pensar en Madrid, que fuese más ambiciosa.

—Mi intención es acabar el módulo, empezar a trabajar y con el dinero que gane ir matriculándome en unas cuantas asignaturas cada año.

Valiente. Serio. Decidido. Una actitud como la suya le hacía darse cuenta de la suerte que tenía.

—¿Y tú? ¿Qué vas a estudiar cuando termines?

Antía, que estaba sorbiendo su refresco con una pajita, puso los ojos en blanco y frunció el ceño.

—Periodismo —contestó como si fuese muy evidente.

Sus manos buscándose encima de la mesa y el sol de Madrid llenándolos de luz…

—Te pega —bromeó el chico—. Te gusta hacer muchas preguntas.

La joven, coqueta, le sacó la lengua.

—¿Y te puedo preguntar algo más? —perseveró la joven picaruela, y él, divertido, asintió—. ¿En qué momento de la cita tienes pensando besarme?

VEINTE

El hambre es un animal herido que aúlla por las noches. Remedios estaba tan desfallecida que a veces no podía dormir. Tenía la sensación de que sus jugos gástricos, ansiosos, habían corroído las paredes de su estómago y habían comenzado a devorarla.

Le dolía el vientre, le pinchaba el abdomen. A veces estaba tan cansada, que casi no podía bajarse de la cama, subsistía con agua y algún trozo de pan, su aspecto frente al espejo empezaba a ser lamentable, había perdido el lustre que la caracterizaba, ella siempre había sido muy robusta, y menguaba por segundos.

«¿Dónde estás, Ramiro? ¿Dónde estás?».

El miedo, el hambre y la tristeza son malas compañeras: pueden acabar destruyéndote. Remedios lo sabía porque venían a visitarla a la destartalada cama de la pensión todas las noches desde que llegó a Santa Cruz de Tenerife.

Manchas de humedad, humedad en las paredes y en el alma. Había llorado tanto que le había crecido musgo en las mejillas.

«¿Dónde estás, Ramiro? ¿Dónde estás?».

El dinero, el maldito dinero se estaba agotando. Tendría que elegir entre comer o dormir en la calle, apurar hasta la última moneda para tener lo suficiente hasta que diera con él.

Ramiro, el dueño de su corazón y sus suspiros. ¿Qué le habría pasado? ¿Por qué no aparecía?

Remedios había acudido puntualmente todas las mañanas a la dirección en la que su novio le había dicho que estaba trabajando. ¡Llegaba antes de que abrieran las oficinas y se marchaba al anochecer! No hacía pausas para comer ni para ir al baño. Permanecía alerta, vigilante, aguantaba obcecada intentando mantener la compostura ante la atenta mirada de los curiosos que se acumulaban por aquellos parajes.

«La loca de la esquina», así la llamaban y así se estaba comportando.

Seria, rígida, erguida, con el viento abofeteándole la cara y cubriendo sus

lágrimas de sal.

Horas pasando, días, semanas… y Remedios intrépida, aguantando la guardia que se había convertido en su único cometido.

«Seguro que me escribió una carta indicándome su nueva dirección y yo no la he recibido», se lamentaba. «¡Pero después de lo que hice no puedo contactar con mis padres para preguntarles!».

¡Veinte días! Veinte días haciendo lo mismo sin ningún resultado. Veinte días en los que la mujer fue perdiendo la paciencia. ¡Y no sabía nada de él! El portero del edificio le había dicho que no le sonaba que hubiera ningún andaluz trabajando por las inmediaciones. ¡Y ella estaba enloqueciendo!

«¿Dónde estás, Ramiro? ¿Dónde estás?».

El dinero que había robado escaseaba y el dueño de la pensión se estaba poniendo nervioso.

—¡Las semanas se pagan por adelantado! —le había recordado esa mañana —. Si el miércoles no tienes el dinero, tendrás que marcharte.

Comer o dormir bajo techo, ese era el dilema.

«Mañana aparecerá, mañana aparece… Seguro que Ramiro está buscándome».

Vestidos sudados y medias caídas: la apariencia impoluta con la que Remedios había llegado a la isla iba destiñéndose como si fuera un pañuelo estampado que alguien hubiera dejado a la intemperie esperando que el sol lo consumiera por completo.

—No me queda dinero —le confesó al hospedero el jueves por la noche, esperando que, tras un mes alojada en aquella pensión, aquel hombre sucio y amargado tuviera algún tipo de miramiento—. Solo le ruego que tenga un poco de paciencia. Le juro que cuando encuentre a mi novio le devolveré todo lo que le deba sin faltarle ni un centavo.

El usurero, que había escuchado historias como aquellas más de una vez, escupió al suelo con socarronería y la miró con lascivia.

—Te quedarás esta noche —le gruñó mientras escrutaba su cuerpo—. ¡Pero solo esta noche!

Remedios, eternamente agradecida, no pudo contenerse y se acercó a él para darle dos besos.

—Mil gracias, don Jacinto. ¡Es usted un bendito!

El hospedero, sintiendo las turgentes carnes de la mujer acercarse a su cuerpo, no pudo evitar salivar como una alimaña antes de pronunciar la siguiente frase.

—¡No lo celebres tanto! —la avisó haciendo que ella se preocupara—. Te quedarás aquí, pero no será gratis, antes tendrás que hacer algo por mí.

La mujer, desesperada, la miró con ojos llorosos.

—Lo que sea, don Jacinto, lo que sea —le contestó sin ser consciente de lo que estaba proponiéndole hasta que aquel hombre sudoroso abrió su sucia bragueta.

VEINTIUNO

—Reconózcame que el patio tampoco está mal.

Don Manuel, que intentaba agacharse el flequillo con saliva, miró hacia arriba y puso los ojos en blanco en señal de protesta.

—He estado en sitios mejores —le contestó aburrido—. Y aquí no se puede fumar.

Acoydan, empujando la silla de ruedas, buscó un rincón donde los rayos del sol se escapaban de los muros de hormigón. La fuente del centro estaba apagada y dos gorriones famélicos bebían del charco que se había formado en el fondo de la misma. Hacía frío. Debería haber cogido la rebeca del anciano y ponérsela antes de salir a pasear.

—¿Le traigo una manta? —le ofreció solícito al octogenario, y don Manuel negó con la cabeza.

—Preferiría una botella de ron.

Un anciano de unos setenta años se acercó a ellos y saludó a don Manuel con su bastón. No intercambiaron palabras, solo sonidos, y Acoydan sonrió al darse cuenta de que la residencia no era muy diferente al patio de un instituto.

—¿No tiene amigos aquí? —le preguntó, rompiendo la quietud del momento.

Don Manuel, que estaba buscando en el bolsillo de su pantalón el paquete de tabaco, se encogió de hombros y negó con la cabeza, como si lo que acabara de preguntar fuera muy obvio.

—¿Amigos? ¿Para qué? —le contestó.

—No sé… —le respondió Acoydan confuso—. Los amigos son necesarios, te ayudan a distraerte y te apoyan cuando te sientes mal.

El octogenario sonrió con tristeza, como si lo que acabara de decir el chico fuese una estupidez.

—El mejor amigo que puedes tener en la vida eres tú mismo —le respondió con franqueza—. A ese es el que debes aprender a amar y respetar. Si lo consigues, jamás necesitarás a nadie más.

El gerocultor, que se negaba a aceptar una filosofía tan deprimente, se encogió de hombros y volvió a preguntar.

—¿Usted nunca tuvo un mejor amigo? —le interrogó desconcertado.

El anciano, echando la vista atrás, sonrió con amargura.

—No, en mi caso no fue amigo, sino amiga.

Brillo en los ojos. Al hablar de ella, el rostro de don Manuel se dulcificó y se llenó de destellos.

—¿Cómo se llamaba? —le preguntó Acoydan curioso.

El octogenario, agarrando el reposabrazos de su silla de ruedas con las manos, miró al cielo como si la estuviera saludando.

—Remedios —contestó—. Se llamaba Remedios, y gracias a ella estoy ahora aquí.

El olor de la comida que la cocinera había preparado para el almuerzo llegando hasta el patio, uno de los gorriones que bebía agua en la fuente alzando el vuelo y el otro saliendo detrás de él. El anciano del bastón sentándose en un banco y mirando distraído un mensaje en su teléfono móvil.

—¿Qué hizo su amiga por usted? —insistió el gerocultor sin saber que se estaba metiendo en recuerdos dolorosos.

Don Manuel se encogió de hombros y sonrió con tristeza.

—Dio su vida por mí —contestó, y Acoydan se dio cuenta de que no era momento de hacer más preguntas.

VEINTIDÓS

Doña Agustina era jueza en el Tribunal Superior de Justicia, tenía cuarenta y siete años y había llegado a lo más alto que se podía llegar en su profesión. Había roto las previsiones, sacado la cabeza por encima del techo de cristal y reventado las estadísticas. Su carrera profesional la había encumbrado, era famosa, íntegra y respetable, un ejemplo a seguir para futuras generaciones de mujeres que luchaban por la equidad, una heroína para todas menos para Antía, que solía criticarla.

—¡Eres una esnob, mamá! —la acusaba cuando hacía algún comentario fuera de lo normal, y la señora, sin inmutarse, negaba con la cabeza.

—Te equivocas, cariño, no lo soy, lo que ocurre es que, por desgracia, tengo más experiencia que la mayoría de las personas en hechos desagradables.

Juzgar, estudiar y emitir veredictos, tanto en el juzgado como en su vida personal. Doña Agustina era una experta; sacaba sus propias conclusiones y las consideraba una verdad universal.

La mujer, cuando debatían en familia, defendía que había tres tipos de individuos, los que ella clasificaba como A, B y C, siendo el mejor el A y el peor el C, y por políticamente incorrecto que pareciera, el pertenecer a uno u otro grupo dependía, exclusivamente, del estatus económico de la persona y de su nivel de estudios.

—¿Estás diciendo que los pobres son más peligrosos que los ricos? —le preguntó su hija indignada una mañana, sin salir de su asombro.

Doña Agustina, que estaba tomándose su tercera taza de té, levantó el dedo índice con suavidad y asintió con la cabeza.

—No he dicho eso, cariño —aclaró—. Lo que estoy tratando de explicarte es que la gente con menos recursos económicos tiene más probabilidades de cometer ciertos tipos de delitos que los adinerados, porque tienen más motivaciones para hacerlo que la gente de estatus social alto.

Antía, que era totalmente contraria a la filosofía que intentaban inculcarle sus padres, agachó la cabeza y se mordió el labio.

—¡Eso es una estupidez! —protestó—. No se puede generalizar, y menos en

algo así. ¿Estás diciendo que los ricos son mejores personas?

La mujer, que acababa de darle el último sorbo a su infusión, dejó la taza sobre la mesa sin inmutarse.

—No estoy diciendo eso, solamente que, puestos a elegir un grupo de amigos, si escoges gente de nuestro entorno, puedes evitar verte envuelta en situaciones desagradables.

Antía, que no podía creer lo que estaba oyendo, se levantó de la mesa y puso los brazos en jarra.

—¡¿Todo esto es por mis amigos?! —explotó fuera de sí—. ¿En serio?

Doña Agustina, que sabía que cuando su hija estallaba no dejaba títere con cabeza, decidió recular para que el sábado no se tiñera de tragedia.

—No cariño, no hablo de nadie en particular —le respondió intentando sonar sincera—. Solo estábamos comentando las noticias.

Antía, que sabía cuándo su madre mentía, resopló e intentó tranquilizarse.

—Es mi vida, mamá… ¿Comprendes? Sé que no te gusta Esmeralda y el resto de mis amigos, ¡pero eso no es asunto tuyo! A mis amigos los elijo yo, y te puedo asegurar que me caen mucho mejor que los presuntuosos del club de hípica.Hípica, ballet, piano… una larga serie de actividades extraescolares en las que su madre la había obligado a participar y en las que ella no había encajado. ¡Antía quería ser periodista! ¡Escritora! Y para eso debía pertenecer al mundo real, no a esa élite encorsetada de mamarrachos que hablaban sin mover los labios.

—Estás renunciando a círculos a los que todo el mundo no tiene acceso y espero que algún día no tengas que arrepentirte de ello —le dijo su madre para terminar—. Me acusas de esnob por juzgar a tus amigos y lo único que trato de hacerte entender es que tú haces exactamente lo mismo. No se puede juzgar a la gente por lo que tiene, estoy de acuerdo, pero deberías aplicarlo en ambas direcciones.

VEINTITRÉS

El protocolo de emergencia de la Residencia Cumbres Doradas establecía que, en el caso de que se produjese una situación de alarma, lo más importante era conservar la calma para no alterar al resto de usuarios. Mari Puri había insistido mucho en ello en las reuniones semanales y todo el personal del centro estaba entrenado para actuar en consecuencia.

Alarma.¡Emergencia!
Sangre derramada en el suelo y gritos en la habitación.

Mari Puri confirmó que Acoydan iba a convertirse en el mejor gerocultor de su plantilla el martes de la segunda semana de prácticas. Eran las siete y cuarto de la mañana y el joven, despistado, llegaba tarde a trabajar porque había discutido con Antía y tenía en la cabeza mil cosas. Por eso, cuando entró, no se dio cuenta de que algo en el ambiente era distinto, el aire era denso, irrespirable y no reaccionó hasta que uno de sus compañeros chocó con él en el pasillo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Acoydan sobresaltado al ver que corría hacia la planta superior.

El gerocultor, con el rostro desencajado, lo miró como si fuese un ser insignificante.

—¿Es que no te has enterado? —le reprochó alterado—. ¡Han herido a Humberto! ¡Le han clavado unas tijeras! Y la jefa ha llamado a los de seguridad para reducir al usuario.

Acoydan, que estaba medio dormido, se despertó de un plumazo. ¿Humberto? ¿Tijeras? ¿Reducir? ¿Qué significaba exactamente reducir?

Su corazón se aceleró. Era la primera vez que vivía una situación como esa en la residencia y tenía un mal presentimiento.

—Pero… ¿quién es? —insistió alarmado—. ¿Qué ha pasado?

Su compañero, que no parecía dispuesto a quedarse en mitad del pasillo a conversar, se limitó a negar con la cabeza y continuar corriendo.

—¡Es don Manuel! ¡El de las 212! —le gritó antes de desaparecer—. Por lo visto ha perdido la cabeza.

Violento. Loco. Agresivo. Lo ponía en su ficha.

La bolsa con su uniforme cayéndosele de la mano, el reloj de pared marcando las siete y diecisiete… Hacía quince minutos que debía haber empezado su ronda. Un nudo en la garganta, ganas de gritar…

¿Reducir? ¿Qué significaba exactamente reducir?

Sin saber por qué, Acoydan empezó a correr y subió los escalones de la escalera de tres en tres. En la entrada de la segunda planta había una luz roja encendida, y Encarna, asustada, lo agarró de la camiseta para que no pasara.

—¿Estás loco? —le amonestó la limpiadora—. Los de seguridad están dentro y van a sujetar a don Manuel para que la enfermera le pinche un calmante. ¡Ni se te ocurra acercarte!

Sus ojos verdes temblaban. Sangre, sangre en el suelo, gotas rojas sobre azulejos que alguien había pisado. Humberto debía de estar en la enfermería.

—¿Cómo está? —le preguntó preocupado mientras intentaba librarse de sus manos.

—¿Humberto? Bien… Por fortuna solo le ha hecho un corte en el brazo. Le están cogiendo puntos ahora, pero podía haber sido mucho peor… Ni te imaginas cómo está don Manuel.

Gritos. Un horrendo chillido hizo que se le pusieran los vellos de punta. El anciano estaba aterrado.

Su corazón se encogió. Por alguna extraña razón, don Manuel había conseguido ganárselo. En la última semana habían pasado mucho tiempo juntos y le había cogido cariño; no era tan insoportable, solo necesitaba que lo escucharan y le prestaran atención.

—Solo nos tiene a nosotros y vamos a atarlo a la cama —masculló Encarna en voz baja, y él decidió que debía impedirlo.

«Gallina».

«Pusilánime».

«¡Te faltan agallas!».

Don Manuel lo hacía reír constantemente, bromeaba sobre el resto de usuarios y el personal, y a veces se ponía nostálgico y hablaba de Canarias.

—Lo que más echo de menos es el sonido del mar —le había confesado el anciano—. El rumor de las olas.

Sangre. Gritos. Alarma.
Sujetar, reducir.

—Tengo que entrar, Encarna, lo siento.

El joven empujó a la limpiadora y abrió la puerta que lo separaba del pasillo principal, y aunque un compañero intentó impedírselo, corrió hacia la habitación 212 hasta que se encontró de frente con Mari Puri.
Silencio.
Miedo.
Pavor.
Respiración alterada, entrecortada.
La jefa de gerocultores lo miraba enfadada.
—¿Dónde piensas que vas? —le preguntó.
El chico de prácticas no debía estar allí, no era su sitio.

Dos gorilas vestidos de uniforme atravesaron la puerta. Don Manuel, en la cama, con los ojos fuera de sus órbitas, estaba atemorizado. Sangre en las sábanas, su mano temblorosa blandía las tijeras y amenazaba con clavárselas a quien se atreviera a entrar.

Violento, en ocasiones puede ponerse violento.

Acoydan, conmocionado, sintió como una lágrima descendía por su mejilla. No podía creerse que el anciano se pusiera así.
—Tranquilo —le susurró Mari Puri mientras le cogía con ternura el brazo para que se calmara.
—¿Qué le ocurre? —le preguntó consternado a su jefa.
Mari Puri, preocupada, se mordió el labio inferior y le respondió sin apartar la vista del cuarto.
—Está bien… Es normal… —le explicó—. Es solo un brote… A algunos pacientes les sucede. Está confuso. Se asusta… Es por el alzhéimer… Van a atarlo para poder sedarlo.
Atarlo… Atarlo… Esos matones iban a coger a don Manuel por la fuerza y le iban a poner correas.
—¡Fuera! ¡¡Fuera!! —chillaba el octogenario fuera de sí—. ¡¡Fuera, hijos de puta!! ¡Sé que os manda él! ¡El general Oramas! Quiere que me cojáis para machacarme las piernas. No os atreváis a acercaros porque voy a sacaros los

ojos. ¿Entendéis? Voy a acabar con vosotros… Os daré cincuenta puñaladas. ¡Una detrás de otra! No voy a permitir que la toquéis, que le hagáis daño…

Hacerle daño… Hacerle daño… ¿De quién hablaba?

La jefa de gerocultores seria, indicándole a los miembros de seguridad que avanzaran. Chaqueta rosa y pelo violeta, gafas de pasta y ganas de llorar. No se acostumbraba. Aunque fuera un procedimiento normal, a veces le costaba tomar esas decisiones.

La voz de Acoydan surgió de la nada.

—Voy a entrar —dijo, aunque sabía que no debía.

Mari Puri, sorprendida, trató de retenerlo. Le enternecía el arrebato del joven, su implicación. Iba a exponerse al peligro por evitarle un acto traumático al anciano, pero no podía permitírselo.

—No… —le ordenó—. Estás de prácticas… Ni siquiera deberías estar aquí.

El joven, decidido, dio un paso al frente.

—Déjeme intentarlo —le suplicó—. Prometo no acercarme… Él no se puede mover… No podrá hacerme daño.

Impedido, don Manuel estaba impedido, pero le había clavado las tijeras a Humberto en el brazo y ahora las levantaba como si fuese un arma arrojadiza.

Mari Puri compungida. El octogenario llevaba diez años con ellos y no podía soportar verlo así.

Gritos. Uno de los guardias de seguridad se había abalanzado sobre el anciano y, al intentar quitarle su arma, don Manuel le había mordido la mano.

Sangre. Insultos. Blasfemia.

—¡Anselmo Oramas Lemes! —vociferaba don Manuel—. ¡Sé que estás ahí! ¡Sal, hijo de puta! ¿O es que solo te atreves a pegarle a las mujeres?

La ventana abierta y el viento jugando con la cortina…La bolsa de la orina se había caído al suelo y su contenido se había esparcido y había formado un charco bajo la cama.

El cabello del anciano despeinado… su rostro marchito cubierto por el velo de la locura. ¡No era él! A Acoydan le costaba reconocerlo. Don Manuel estaba a miles de kilómetros de allí, en otro instante, en otra época… Había cambiado, parecía otra persona.

—Pasado y presente —masculló Acoydan en voz baja—. Don Manuel

mezcla el pasado y el presente. No está aquí… No está aquí… Está en Canarias.

Mari Puri, sin escucharlo, corrió hacia la puerta para atender al guardia de seguridad que salía de la habitación con la mano ensangrentada. Su compañero, en vez de quedarse con el anciano, le seguía. Don Manuel se había quedado solo, gritaba, chillaba, estaba enloqueciendo.

El tiempo se congela.
Un paso, uno y dos.
Solo eso.

«Gallina».
«Pusilánime».
«¡No tienes agallas!».

No se lo pensó: Acoydan atravesó la puerta y se quedó parado en mitad de la habitación.

Silencio.
Los ojos del anciano lo miraban desconcertados.
El corazón desbocado en el pecho.
Mari Puri, descompuesta, le ordenaba que saliera de allí.

—Don Manuel, soy yo, Acoydan.

Su voz débil, lenta, quebradiza… El octogenario, con el que había pasado muchas las últimas semanas lo miraba sin reconocerlo mientras lo amenazaba con las tijeras para que no avanzara más.

—Soy yo, Acoydan, el chico de Las Palmas que lo está cuidando. ¿Me recuerda?

No lo reconocía. La cara del anciano denotaba que no tenía ni la más remota idea de quién era.

La jefa de gerocultores chillándole y él como si no la escuchara.

—¿Te manda él? —preguntó el anciano, y Acoydan reconoció el miedo en sus ojos.

Pánico.
Terror.

Don Manuel tenía cicatrices en la espalda y cara de haber sufrido los mayores tormentos.

¿Dónde estaba?
¿Qué pensaba?
¿Conseguiría hacerlo volver?

Un paso más.
Un paso más para ponerse a la distancia suficiente.
Contacto visual.

—Don Manuel, por favor, cálmese… —le pidió intentando acariciar su brazo—. Soy Acoydan… Deme las tijeras por favor…

El anciano, con su camiseta de tirantes manchada de sudor, lo miró como si no lo estuviera entendiendo.

—¿Eres uno de ellos? —le preguntó desconfiado—. ¿Te manda el general o don Prudencio?

Acoydan, desconcertado, negó con la cabeza y se aproximó un poco más.
Cerca, muy cerca.
El corazón acelerado.
El olor a orines era insoportable.
Mari Puri le gritaba y ordenó a uno de los guardias de seguridad que entrara en la habitación y sacara a Acoydan a rastras.

La mano de don Manuel temblando, la afilada punta de las tijeras señalando al gerocultor.

Una idea.
Una idea descabellada pasando por su cabeza.
Un paso más, solo uno.
Necesitaba estar más cerca para llevarla a cabo, aproximarse, casi rozarlo.

—No… No me manda el general ni don Prudencio —le contestó poniendo voz tierna—. Soy Lorenzo… ¿No me reconoces?

Lorenzo… Lorenzo…
Cortocircuito.

Recuerdos del pasado invadiendo la habitación: besos prohibidos en el trastero, abrazos, caricias, el sabor del pan con aceite en la orilla del mar, sus ojos verdes, sus muslos, sus preguntas, el sonido de su risa y los hoyuelos que le salían al sonreír…

Langostas, langostas voraces que arrasaron con todo, hasta con su corazón.

El semblante del anciano cambiando por completo, pasando del terror a la felicidad más absoluta…

—¿Eres tú de verdad? —le preguntó emocionado—. ¿Lorenzo? ¿Cuándo has vuelto? ¿Cómo me has encontrado?

Sudor en las manos. Acoydan secándose la palma de las manos en la pernera de su pantalón. Las tijeras ensangrentadas frente a él. Se estaba arriesgando mucho. La persona que estaba frente a él no era el anciano que él conocía en esos momentos. Se arriesgaba a que lo pinchara y a perder su trabajo. ¿Por qué lo hacía? ¿Para que el anciano no se llevara un disgusto? Posiblemente, cuando despertara, ni siquiera lo recordara. ¿O sí?

Debía hacerlo. Algo en su interior le decía que debía hacerlo.

—¿Cómo me has encontrado?

Una lágrima. Los ojos castaños de don Manuel licuándose y llorando de emoción. Su mano temblorosa alargándose e intentando acariciarlo.

—Te busqué… Siempre te he buscado.

Tijera ensangrentada. Tijera ensangrentada y carótida expuesta.

Mari Puri deteniendo al personal de seguridad.

Acoydan se sentó en la cama y dejó que lentamente acariciara su rostro. El octogenario estaba tan emocionado que le costaba trabajo respirar.

—Estás muy guapo, Lorenzo, como siempre.

Las manos del gerocultor buscaron las suyas, sus dedos se enlazaron y la tijera cayó encima de la cama.

—¿Me puedo tumbar contigo? —le preguntó Acoydan, y don Manuel, sin creer lo que está oyendo, asintió complacido.

—Claro —le contestó irradiando felicidad por cada poro de su piel—. No se me ocurre nadie mejor con el que compartir este colchón.

Mari Puri observaba en silencio la escena sin creer lo que estaba viendo. Don Manuel, que hasta hace unos segundos estaba chillando y había herido a dos miembros de su personal, estaba calmado y rodeaba con sus brazos a Acoydan.

El jefe de seguridad le hizo una señal a la mujer pidiéndole autorización para intervenir.

—Esperad un momento —le pidió la jefa de gerocultores.

Le enfermera, cabreada, no entendía por qué violaba el procedimiento y bufó mientras cargaba la jeringuilla con sedante. El usuario se había calmado, solo tenía que entrar y pincharle en la pierna.

—¿Por qué? —le preguntó desorientada.

Mari Puri, que hasta ese momento había logrado contenerse, dejó que una lágrima se escurriera bajo los cristales empañados de sus gafas.

Acoydan y el anciano se abrazaban.

—Porque es feliz —le respondió—. En estos momentos, don Manuel es el hombre más feliz de la Tierra.

VEINTICUATRO

Cuando llegó a su apartamento, Antía estaba tumbada en la cama escribiendo en su libreta, ajena a lo que había ocurrido esa mañana en la residencia. La chica lo miró con ternura y sonrió como si fuese la persona a la que más ansiaba ver en ese momento.

—Huele rico —comentó Acoydan.

Antía, con el bolígrafo en la mano, asintió y le hizo un hueco en el colchón para que se tumbara a su lado.

—He hecho pasta —le informó—. Con espinacas, calabacines y un poco de beicon.

Acoydan, que venía muerto de hambre, se relamió.

—Suena genial —le contestó y le dio un suave beso en los labios antes de quitarse los zapatos—. Podría acostumbrarme a esto —le susurró al oído, y ella se estremeció.

—¿Qué tal tu día? —le preguntó Antía mientras le servía un poco de vino en la copa.

Acoydan, abrumado por la experiencia que había vivido esa mañana, decidió ocultárselo durante la cena para no preocuparla.

—Mejor —respondió sin entrar en detalles—. Poco a poco mejorando.

La pasta humeante en los platos, el pan cortado, tacos de jamón y un poco de queso.

—Me alegro.

Antía, cariñosa, sonrió y se metió con gula el tenedor en la boca como si estuviera hambrienta.

—¿Y tú? —la interrogó Acoydan, aunque sabía que, al hacerlo, entraba en zona pantanosa—. ¿Alguna novedad?

La chica, con una nube enturbiando su alegría, le dio un sorbo a su vino y contestó:—Nada, he estado en casa intentando escribir toda la mañana, pero sin resultados. No me centro, me cuesta encontrar una trama que merezca la pena.

El gerocultor, cariñoso, le acarició la mejilla.

—Paciencia, ya verás como pronto te llega la inspiración.

Antía, deprimida, suspiró. Sabía que sus problemas personales influían en su capacidad para escribir. Hasta que no los solucionara, no iba a avanzar ni una línea.

—¿Te han llamado tus padres?

La joven, recordando cómo su móvil no había dejado de sonar en todo el día, afirmó con la cabeza y le explicó sin palabras que no les había contestado.

—Deberías hablar con ellos… —insistió Acoydan.

La chica, molesta, negó con la cabeza.

—O por lo menos volver a clase —continuó—. No puedes seguir faltando, vas a echar el curso a perder.

La joven, que sabía que si lo hacía sus padres la encontrarían y la obligarían a volver a su casa, se metió el tenedor en la boca y frunció el ceño disgustada.

—¡Solo he faltado una semana! —le informó—. ¡Y Esmeralda me pasará los apuntes!

Esmeralda… Esmeralda… Su amiga había puesto el grito en el cielo cuando le había contado lo que había hecho.

—Pero Antía… —protestó Acoydan—. Las cosas no funcionan así… No puedes seguir escondiéndote… Tienes que hacer frente a lo que ha pasado y tomar una decisión, normalizarlo… ¿Es que no vas a volver a hablar con tus padres jamás?

La chica, que odiaba sus monsergas, levantó la copa de vino como si hiciese un brindis imaginario y se bebió todo el contenido de un trago.

—Hablaré con ellos, ¡pero ahora mismo no! No me apetece, necesito estar tranquila unos días…

Acoydan, disgustado, cogió un trozo de queso y se lo metió en la boca. Ya habían discutido sobre eso más de una vez y parecía que su novia no iba a dar su brazo a torcer.

—¿Sabes lo preocupados que deben de estar tus padres ahora mismo? Les dejaste una nota. ¡Solo eso! No saben dónde estás ni cómo te encuentras… ¡Tienen que estar desquiciados! Es cruel, deberías llamarlos. No te digo que vuelvas con ellos. ¡Solo que los llames para tranquilizarlos! Se merecen que les digas que estás en mi casa y que te encuentras bien, ¿no crees?

Antía, que empezaba a cabrearse, se mordió el labio y puso los ojos en blanco.

—¡Déjalo, Aco! —le rogó—. Es asunto mío.

El joven no podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Joder, Antía! —protestó alzando la voz más de la cuenta—. ¿No te das cuenta de que al venirte a vivir conmigo, tus problemas ahora son míos? Te has presentado en mi casa con la maleta, ¡y tus padres te están buscando! Soy cómplice de tu desaparición. ¡Y ni siquiera quieres contarme lo que ha pasado! ¡Es injusto! ¡Estás siendo injusta con ellos y conmigo!

La chica, que no quería seguir escuchándolo, puso los brazos en jarra y lo miró desafiante. ¡No podía creer lo que estaba sucediendo! Acoydan, en vez de apoyarla, se estaba poniendo de parte de sus padres. ¿Es que tampoco podía confiar en él?

—¡Vete a la mierda, Aco! —le chilló dolida—. ¡A la mierda! ¿Entiendes?

El gerocultor, sorprendido, dejó el tenedor en la mesa y la miró sin comprenderla.

—¿Cómo puedes ser tan gilipollas? —le gritó alterada—. ¡Vengo aquí, te digo que estoy fatal porque he peleado con mis padres y en vez de ayudarme, te pasas el día diciéndome que los llame! ¡Te preocupas más por ellos que por cómo me siento yo! ¿Es que quieres que me vaya?

Acoydan se quedó mudo, sin saber qué contestar. Cuando Antía sacaba su carácter, siempre le sucedía lo mismo: no sabía reaccionar, se limitaba a escucharla porque sabía que cualquier cosa que dijese podría ser usada en su contra.

—Pero, Antía… —le rebatió haciendo un gran esfuerzo—. No puedes pedirme que te entienda si no me explicas qué ha pasado.

Sus ojos azules mirándolo…

—¿De verdad quieres saber qué ha pasado? —le preguntó desafiante.

Acoydan, que cada vez estaba más perdido, asintió.

—¡Pues hemos discutido por ti! —le explicó, y el joven se quedó sin palabras.

VEINTICINCO

—Gracias.

Acoydan entró en la habitación y esa fue la única palabra que pronunció el anciano cuando lo vio.

Su aspecto era triste, deprimente. El octogenario estaba tumbado en la cama y unas gruesas correas sujetaban sus muñecas y las ataban a los barrotes.

—Gracias —insistió.

Pálido, derrotado y ojeroso. El episodio violento que había protagonizado el día anterior le había pasado factura físicamente, y también en el ánimo.

—¿Gracias por qué? —le preguntó el chico haciéndose el despistado.

Don Manuel, con sus ojos castaños emocionados, lo miró como miraría un abuelo a un nieto del que se sintiera orgulloso.

—Por lo que hiciste ayer. Encarna me lo ha contado.

¿Un acto heroico?

¿Una insensatez?

Mari Puri, enfadada, le había dado una charla de más de una hora en su despacho. La vena del cuello se le inflamaba y contraía a la vez, le habló de lo estúpido que había sido por exponer su vida, las funciones del gerocultor eran otras y la residencia asumía muchas responsabilidades al aceptar chicos en prácticas. Una actitud kamikaze, como la suya, ponía en peligro el convenio de colaboración con el centro de enseñanza y el futuro de muchos jóvenes.

—¡Nunca, nunca, nunca te pongas en peligro! ¿Comprendes? —le había chillado la jefa de gerocultores fuera de sí—. ¡Esa no es nuestra función! ¡Para eso está el personal de seguridad! ¡Nosotros no somos superhéroes ni debemos serlo!Acoydan, en silencio, se miraba la puntera de las zapatillas. Ni siquiera le había dado tiempo a ponerse el uniforme. Seguía con la ropa de calle y ya había protagonizado el episodio más comentado por sus compañeros en las próximas semanas.

Tragó saliva.

Tenía miedo a que lo echaran.

Miedo a que le suspendieran las prácticas.

Miedo a perder esa oportunidad.

—Prometo no hacer ninguna estupidez más —susurró el joven con las palmas de las manos sudorosas.

Mari Puri, aunque debía sermonearlo, se sentía orgullosa de él.

—Eso espero… —le advirtió—. Porque con esto te has ganado una falta grave, y con dos estás en la calle.

Falta grave, falta grave…

En la calle.

Una más y suspendería las prácticas. El grado.

Decepcionaría a su familia.

El sol entrando por la ventana y los ojos del anciano observándolo mientras depositaba la bandeja del almuerzo en la mesita de noche…

—¿Quién lo ha atado? —le preguntó Acoydan disgustado al ver las rozaduras de las correas en sus muñecas.

El octogenario, con rostro triste, se encogió de hombros como si no lo supiera. Probablemente, cuando despertó de los sedantes ya estuviera así.

—Son órdenes de tu jefa —le contestó—. Medidas preventivas por lo que pasó. Supongo que me lo merezco.

Me lo merezco. Me lo merezco.

Soy un loco.

Un loco peligroso que ataca al personal con tijeras.

Don Manuel había dicho «tu jefa» en vez de «Mari Puri», como solía llamarla.

Silencio. El puré de verduras humeante en la taza y el gotero con el calmante colgando entre los dos.

—Entiendo… —masculló Acoydan mientras observaba cómo las manos del octogenario empezaban a hincharse.

Resignarse. Suspirar. Ver lo bajo que podía llegar a caer.

—¡Ya ves! Un parapléjico atado… —bromeó don Manuel intentando quitarle hierro al asunto—. ¡Eso es lo que he conseguido! Pero lo comprendo… —sentenció con un halo de tristeza en la voz—. Dicen que Humberto se niega a volver a mi habitación.

Acoydan sonrió intentado quitarle importancia al asunto.

—Él se lo pierde, ¿no?

El anciano, apenado, intento devolverle la sonrisa, pero no pudo. Una horrible mueca se apoderó de su cara y se perdió entre los pliegues de su piel.

—Estoy muy avergonzado —confesó mientras una diminuta lágrima salía de su lagrimal—. No sé qué me pasó… pero mi intención no era herirlo.

El gerocultor removió el puré de calabacín con una cucharilla y dejó que el aroma envolviera la habitación.

—No tiene por qué estarlo —lo animó—. No fue usted, fue la enfermedad.

La enfermedad, la puta enfermedad.

—Ya… —respondió don Manuel—. El médico me ha dicho esta mañana que va más rápido de lo que pensábamos…

Alzhéimer. Alzhéimer.

La niebla a veces lo envolvía y no le permitía ver lo que había a su alrededor. Cada vez le pasaba con más frecuencia: el presente y el pasado se mezclaban y sus recuerdos se escapaban entre las rendijas de sus dedos.

—Algún día vendrás y no sabré quién eres. Quizá no sepa ni quién soy yo.

Tristeza en sus ojos, en su boca, en su corazón. La niebla cubría su memoria y hacía que el tiempo se desdoblara y se partiera por la mitad.

—Tengo miedo… —terminó confesando.

Una lágrima descendió por su mejilla.

—Tranquilo —le pidió, pero, aunque don Manuel lo intentaba, la pena se iba apoderando de él.

El viento moviendo las cortinas y la luz de la tarde colándose a través del visillo… Acoydan sintiendo cómo el corazón se le encogía. No podía verlo así por más tiempo.

—Esto es absurdo —masculló enfadado, y mientras lo hacía comenzó a desabrocharle las correas que sujetaban sus muñecas.

—¿Qué haces? —le preguntó el octogenario sorprendido.

El gerocultor liberó sus manos y revisó sus dedos uno a uno para valorar el nivel de la hinchazón.

—A mí no me asusta —le susurró poniendo cara de rebelde—. Por lo menos, mientras esté conmigo, no estará atado.

Falta grave. Falta grave.

Una más y estaría en la calle.

El anciano, agradecido, sonrió y acercó su recién liberada mano al joven para

acariciar su mejilla.

—Estaba equivocado contigo… —le confesó cariñoso—. Sí que tienes pelotas.

Acoydan, ruborizado, agachó la cabeza.

—Gracias —le contestó, y el rostro de don Manuel dibujó una sonrisa.

—Tienes pelotas o estás más loco que yo —concluyó, y ambos asintieron sin poder contener la risa.

VEINTISÉIS

—Remedios, ¿eres tú?

Ramiro apareció cuando había perdido la esperanza de encontrarlo. Había pasado tantos meses buscándolo que, al final, la hipótesis de que se hubiera marchado de la isla había cobrado fuerza en su cabeza y había llegado a creérsela.

«Volvió a Sevilla», solía repetirse a sí misma mientras vendía su cuerpo en el puerto por unas pesetas. «No podía estar separado de mí y dejó el trabajo para ir a buscarme, pero cuando regresó no me encontró, porque yo ya me había ido y mis padres no quisieron decirle nada. ¡Él no sabe que estoy aquí! Estamos separados por un océano y jamás vamos a encontrarnos».

Se fue…

Se fue…

Lo había repetido tantas veces que ya lo había asumido y en el fondo de su corazón, más que apenarla, la aliviaba, porque no soportaba la idea de que Ramiro descubriese en lo que se había convertido.

«Tengo que comer… Tengo que pagar la pensión».Remedios necesitaba dinero y había pocas cosas que una mujer como ella pudiera hacer en un sitio como ese. ¡Su prima tenía razón! La rechazaron en tiendas, hoteles, mataderos y en cualquier otro sitio que fuese a preguntar.

«Nunca debí dejar la casa de mis padres… Nunca…».

La primera vez fue con el hospedero. Le hizo una felación rápida para conseguir una noche gratis en la pensión, y el sabor agrio de su semen se mezcló con el salado de sus lágrimas.

Iba a ser solo una vez, solo una, porque estaba hambrienta, desesperada y no podía dormir en la calle.

La segunda vez también fue con él, y la tercera y la cuarta. Remedios salía a buscar trabajo, pero nadie la aceptaba. Solo le quedaba una opción: seguir poniéndose de rodillas bajo la mesa del hospedero para tener, aunque fuese, un techo bajo el que dormir. Pero el usurero fue subiendo la tarifa según pasaban

los días y ella caía en el pozo del desespero. El hombre, avaro, fue exigiéndole el resto de su cuerpo porque sus labios ya no eran suficiente.

—Sabía que eras puta desde que llegaste. Nunca me creí esa historia del novio, sabía a qué te dedicabas —le dijo tras eyacular en su cara la primera vez, y Remedios, con la dignidad por los suelos, no quiso llevarle la contraria.

Víctima de la sociedad, del hambre y de las circunstancias, un animal herido aullaba en su estómago y cada vez rugía más.

—Toma, ten —le dijo el dueño de la pensión la última vez mientras se subía las bragas—. Llévate este trozo de pan y cómetelo, que no me apetece follarme a un saco de huesos.

Hambre, tristeza y deshonra.

Labios pintados de carmín fingiendo una sonrisa que no existía.

Remedios paseaba por el puerto esperando que algún marinero le hiciese una señal para prestarle sus servicios a un módico precio.

«Puta, siempre supe que eras una puta».

—Remedios, ¿eres tú?

Ramiro apareció de la nada. Fue un sábado por la mañana en la que ella llegaba de trabajar. Había pasado la noche en la casa de un anciano decrépito que le gustaba lamerle los pies. Remedios estaba asqueada y se sentía sucia, como si las babas de aquel vejestorio estuvieran escurriéndose por toda su piel. Su falda negra estaba manchada y tenía una carrera en las medias, estaba despeinada, no tenía su mejor aspecto.

—Remedios, ¿eres tú?

Ramiro estaba guapo, más guapo que la última vez que lo vio. Llevaba una camisa blanca recién planchada, unos pantalones azul marino y zapatos nuevos. El sol de las Islas Canarias había bronceado su piel y su sonrisa, que seguía siendo tan atractiva como siempre.

—¿Eres tú? —insistió con perplejidad.

A Ramiro le costaba creer lo que estaba viendo. Ni en sus peores pesadillas podía imaginarse que Remedios estuviera allí. El chico pensaba que su exnovia seguía en Sevilla, creía que continuaba en casa de sus padres haciéndose cargo de la mercería como había hecho toda su vida.

Silencio.

Remedios no pudo contestar. Un nudo se le cogió en la garganta y la rabia

acumulada en los últimos meses se desbordó y se deshizo en un mar de lágrimas. Intentó abrazarlo, después golpearlo y la cara de Ramiro pasó de la sorpresa a la estupefacción.

Fueron sus ojos. Los ojos de Ramiro despertaron su ira porque le dijeron sin palabras que algo había cambiado. Se alegraba de verla, pero se había contagiado de la repulsa con la que la miraba el resto de la gente. ¡No la aceptaba! Era eso: Ramiro ya no veía su interior, solo la fachada, y la miraba de forma diferente.

—¿Qué haces aquí? —insistió asustado, como si su presencia pudiera comprometerlo en algo—. ¿No recibiste mi carta?

Su carta… Su última carta… Una carta donde le explicaba que había conocido a alguien y que ella jamás abrió… Llegó a casa de sus padres después de que Remedios se marchara… De que les robara… De que embarcara rumbo a Canarias.

—Vine por ti —se limitó a contestar—. A buscarte tal y como habíamos quedado.

Esos encuentros furtivos en el piso de su abuela, las luces apagadas y las cortinas también, sus manos que se tocan, que se encuentran, que se buscan, su sexo erecto ansiándola, devorándola… ¿Dónde quedaban ahora todas aquellas promesas de amor que ella silenciaba con besos? ¿Dónde los sueños? ¿Las plegarias? ¿Los anhelos?

—Pero… —protestó Ramiro—. ¡Yo te pedí que no lo hicieras!

Los ojos de Remedios llorando, el rímel reseco que se había aplicado la noche anterior cayendo por sus mejillas, el corazón destrozado… ¿Qué esperaba? ¿De verdad pensaba que Ramiro iba a volver con ella? ¿No se había dado cuenta, en todos estos meses, que él no estaba buscándola?

Un beso… Eso era lo único que Remedios esperaba, que la cogiera entre sus brazos y su beso compensara todo el infierno que había tenido que pasar hasta llegar ese momento. ¡Era él! ¡Ramiro! El hombre por el que lo había abandonado todo hasta volverse loca.

«Puta, siempre supe que eras una puta».

—Remedios, yo… —comenzó a disculparse—. Yo he rehecho mi vida aquí… Tengo novia, un trabajo fijo, un nombre… Debes entenderlo… —El hombre estaba inquieto, acelerado, se notaba que tenía prisa por acabar la conversación—. Siento mucho que vinieras hasta aquí a buscarme, pero yo te

avisé… No te debo nada.

No te debo nada…

No te debo nada…

—Les robé a mis padres —le explicó como si todo lo que estuviera sucediendo fuera algo demasiado cruel para ser verdad—. Les robé a mis padres para pagarme el pasaje y durante meses he estado haciendo guardia delante de la oficina donde se suponía que trabajabas por si te dignabas a pasar por allí. Te he esperado, he venido desde muy lejos buscando tu cariño e incluso he hecho cosas que jamás pensé que iba hacer para seguir aquí. ¿Y lo único que se te ocurre decirme es que no me debes nada?

Silencio. El antiguo Ramiro asomándose a su mirada, el chico que le metió la mano por debajo de la falda por primera vez, el que la besó en el almacén de sus padres, el que la enseñó que besar era algo más que juntar los labios y que también se podía usar la lengua.

—¿Ya no me quieres? —le preguntó Remedios destrozada.

Ramiro, que inconscientemente había ido alejándose de la acera y se había refugiado en un portal para que los transeúntes no los vieran, negó con la cabeza. Negó con lentitud y seguridad, aunque ninguno de los dos lo creyera.

—¿Estás seguro? —insistió la chica desesperada.

Ramiro, que hasta ese momento había conseguido mantenerse firme, flaqueó y dejó que una lágrima saliese de sus ojos.

—Remedios, entiéndeme… —le pidió apesadumbrado—. Al llegar aquí tuve la oportunidad de empezar de cero, conocí a una chica y con ella puedo llevar una relación normal.

Normal, normal, normal…

Ese era el problema, siempre lo había sido.

¿Cuándo Remedios había dejado de ser normal para sus ojos?

—Quiero ser padre, ¿comprendes? —continuó justificándose—. Ser padre y poder pasear con mi mujer de la mano por el parque rodeado de niños.

Normal, normal, normal…

El corazón encogido y el rostro también. El recuerdo de todos los momentos desagradables que había vivido en Tenerife volvían a su mente: el hospedero sacando su miembro pestilente de la sucia bragueta, el marinero que la ató con cuerdas y la abofeteó hasta que le rompió el labio, los gritos, la soledad, los tres borrachos que la violaron y le quitaron todo el dinero que había recaudado una noche de luna llena, el hambre, los jadeos, los lamentos…

Remedios lo había arriesgado todo por él y Ramiro se lo pagaba con excusas.

—Vete a la mierda, Ramiro —masculló llena de rabia—. Vete a la mierda. Para mí ya no existes. Puedes estar tranquilo porque, aunque esté aquí, no interferiré en tu maravillosa vida ni en ninguno de tus proyectos. ¡Pero no vuelvas a mirarme a la cara! —lo amenazó—. No me mires ni me busques, porque lo único que conseguirás es que te escupa, ¡porque yo no me merezco un hombre como tú!. Puede que yo no sea lo suficientemente mujer para ti, pero tú… tú tampoco eres un hombre. ¡Así que vete! Olvida que me has visto y no vuelvas a pronunciar mi nombre en tu vida.

VEINTISIETE

Manuel nunca había estado en La Mancha y a su edad ya no tenía intención de hacerlo. La lámina de Campos de Criptana que adornaba su habitación no era suya, sino heredada. Cuando se instaló en aquel cuarto, hacía diez años, ya estaba allí bajo los cables del televisor y con el paso del tiempo se había acostumbrado a mirarla y no concebía su habitación sin los molinos de viento.

—¿Por qué no la quita? —le había preguntado Acoydan una tarde mientras lo sentaba en su silla de ruedas—. Podría colgar un póster de Famara o de cualquier otra playa de Lanzarote.

El anciano, con nostalgia, negó con la cabeza.

—Lleva muchos años acompañándome y la echaría de menos.

Silencio. Una sonrisa amarga se formó en su rostro y se evaporó. Parecía que unas palabras estaban a punto de salir de su boca, pero las censuró. Acoydan, atento, lo miró con ternura para que se atreviese a soltarlas.

—Y además, da igual —prosiguió—. Después de todo… —pronunció con tristeza—. Dentro de poco, ya no recordaré de dónde provengo.

Alzheimer, alzhéimer. Maldita enfermedad.

Desde el lamentable incidente que el octogenario había protagonizado con Humberto, el anciano no levantaba cabeza. Estaba apático y más desanimado que nunca. El médico le había anunciado que el proceso avanzaba más rápido de lo que pensaron inicialmente, y don Manuel, agobiado, iba a tirar la toalla.

La niebla a veces lo envolvía y no le permitía ver lo que había a su alrededor. Era más fácil tumbarse y dejarse devorar por ella que luchar contra las sombras.

—Un hombre sin memoria no es nada —susurró, y Acoydan no supo qué responderle.

El gerocultor empujó la silla de ruedas por el pasillo y se dirigió a la entrada de personal para intentar animarlo. Don Manuel, complacido, giro la cabeza y le sonrió, aunque parecía que su mente estaba lejos de allí.

Pasado y presente se mezclaban a veces, y voces del pasado lo atormentaban

como si vivieran en la Residencia.

«¡Maricón!».

«¡Violeta!».

«¡Desviado!».

Cuando se han pasado la vida insultándote, pueden llegar a convencerte.

Le habían dicho tantas veces que era un engendro, que él mismo había llegado a creérselo.

«Personas como tú son la vergüenza de este país».

«¡España! ¡Una! ¡Grande! ¡Libre! ¡Arriba España! ¡Arriba!».

La puerta de metal abriéndose y los rayos de sol iluminando su cara. Mari Puri, apoyada en la barandilla se estaba tomando un café y, al verlos llegar, en vez de regañarles, los saludó haciendo un mohín de enfado que ninguno de los tres se creyó.

—Don Manuel, ¿usted otra vez por aquí? —le preguntó sarcástica—. Veo que ya ha convencido al «nuevo» para que se salte todas las normas.

Acoydan, sonrojado, agachó la cabeza.

—Es buen chico —le contestó el anciano protector—. Un poco parado, pero no está mal de todo. ¡Así que haz el favor de conservarlo, Mari Puri! Gerocultores como este no se ven mucho.

Mari Puri, con su pelo violeta agitado por el viento, sonrió siendo consciente de que lo que decía era cierto, pero las obligaciones apremiaban y no le quedó más remedio que ponerse seria y susurrarle al chico al oído:

—Cuando se fume el cigarro, llévalo de nuevo a su cuarto, no quiero que los demás usuarios piensen que tiene privilegios después de la que organizó el otro día.

El gerocultor y el anciano se quedaron a solas en la rampa de acceso y don Manuel, con parsimonia, sacó el paquete de Krüger del bolsillo de su pantalón.

—Tengo miedo —confesó el octogenario como si llevase tiempo pensándolo —. Miedo a olvidar y a dejar de ser quien soy.

Acoydan, que había apoyado su mano en su hombro, lo apretó con fuerza mostrándole su cariño.

—Cuando pierda la memoria, muchas cosas se olvidarán conmigo, y una vez prometí que no dejaría que eso pasara. ¡Juré que lo contaría para que las generaciones futuras lo supieran! Pero no le he hecho…—suspiró—. Era más

fácil fingir que todo aquello no pasó para seguir adelante con mi vida.

«Cuando la herida es muy profunda no cura del todo… Puede cicatrizar, pero no sana… El veneno se queda dentro de la piel para siempre».

Una calada al cigarro y sus ojos castaños llenándose de bruma…

—España tiene un problema con su memoria histórica —prosiguió—. Cuando viajas a Alemania, puedes visitar los campos de concentración y los memoriales destinados a las víctimas del holocausto. Los alemanes se avergüenzan de lo que hicieron y exponen sus miserias para que no se vuelva a repetir. Es la forma que tienen de educar a sus hijos. En España, en cambio, preferimos olvidar, no remover las cenizas, aunque con ello estemos omitiendo a los culpables y no le hagamos justicia a las víctimas.

Una lágrima, una lágrima saliendo de sus ojos y perdiéndose en los pliegues de su piel…

—En España, durante la Dictadura se cometieron muchas atrocidades. Unas cincuenta mil personas fueron ejecutadas después de la Guerra Civil, y a esas hay que sumarles la gente que murió en las cárceles por las pésimas condiciones en las que vivían. Se hizo daño, mucho daño. Hubo gente a la que le arrancaron cosas más valiosas que la propia vida… Y sin embargo, no se habla de ello, preferimos callar. ¡Y no han pasado tantos años! Algunas heridas todavía siguen abiertas.

Secretos, mentiras… Acoydan recordó las cicatrices que el anciano tenía en la espalda y sintió un escalofrío.

—Los franquistas hicieron mucho daño, ¿no? —le preguntó horrorizado.

Don Manuel, que hasta ese momento no lo había mirado, se giró y levantó un dedo en señal de advertencia.

—¡No te equivoques! —le reprendió—. En la Guerra Civil se cometieron muchas barbaridades. ¡Pero fue en ambos bandos!, tanto franquistas como comunistas… Cuando le entregas un arma a alguien le estás dando el poder de abusar del prójimo, y el ser humano es egoísta por naturaleza y puede llegar a ser muy cruel, sobre todo cuando piensa que tiene derecho a ello.

Silencio.

El canto de los pájaros mezclado con el suspiro del viento.

—Vagos y maleantes —continuó relatándole—. Bajo el amparo de la Ley de Vagos y Maleantes, de Peligrosidad y Rehabilitación Social se cometieron verdaderas atrocidades en España durante la Dictadura.

Acoydan, que no sabía de qué estaba hablando, frunció el ceño porque

desconocía esa parte de la historia.

—La homosexualidad estaba penada —le explicó—. El artículo 431 del Código Penal condenaba a los gais, porque decía que éramos un escándalo para la moral colectiva, y tras la reforma de la Ley de Vagos y Maleantes de 1954, las persecuciones contra nosotros se endurecieron. ¡Éramos un peligro para la patria, porque nuestros valores eran contrarios a la familia y a la sexualidad procreativa!

El viento soplando y agitando su flequillo, los ojos del anciano afligidos… Parecía que hablar de aquella época le hacía rememorar antiguos traumas que no había superado.

¿Cuántos años tenía don Manuel en 1954?

Dieciocho años.

Era más joven que él.

—¿Y qué penas se les imponía a los homosexuales? —le preguntó intrigado.

El octogenario, que las había sufrido en su propia piel, suspiró como si aquella pregunta le hiciese más daño de lo que aparentaba *a priori*.

—La ley no los consideraba penas, sino medidas preventivas para proteger y reformar.

Proteger y reformar…

Nunca esas palabras le habían sonado tan atroces.

—¿Y en qué consistían?

Un nudo en la garganta, el anciano tirando la colilla al suelo y mirando al cielo como si alguien lo pudiera escuchar…

Hambre, miedo, sed…

Insultos, palizas, vejaciones…

Trabajos forzados para lograr el arrepentimiento y la redención de sus almas.

—Tefia —susurró, como si al pronunciar aquel nombre se le helara la sangre —. En mi caso fue Tefía, una colonia agrícola penitenciaria que formaba parte de las instituciones especiales de carácter reformador que protegían a la sociedad de los actos de los homosexuales.

Silencio.

La mano del anciano temblando y apoyándola en la silla de ruedas para que

él no lo viera…

Casacas grises, castigos, torturas, sufrimientos, construir muros, cargar agua, arrancar hierbas, hambre, frío, esclavitud, ponerse de rodillas y repetir hasta la extenuación «por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa…», recibir golpes, insultos, latigazos, comer batatas podridas y trozos mohosos de pan…

Los barracones oscuros, fríos, siniestros…Los lamentos de los reclusos que azotaban y que a todos obligaban a presenciar…

Acoydan intentando asimilar lo que le estaba contando…

Colonia agrícola penitenciaria.

Carácter reformador.

Moral colectiva.Se le erizaba la piel.

—¿Quién es Anselmo? —preguntó por fin, haciendo que el anciano escapara de sus recuerdos—. El otro día, cuando deliraba… —le explicó—, repitió su nombre mil veces.

Don Manuel, con los pantalones del pijama manchados y su camiseta de tirantes sucia, lo miró cabreado, como si escuchar ese nombre hiciera salir lo peor de él.

—El general Oramas era el diablo.

Acoydan, empujando la silla de ruedas para llevarlo al patio, se encogió de hombros.

—¿El diablo? —repitió.

El octogenario, que no estaba dispuesto a que pusieran esa afirmación en duda, giró el cuello y lo miró malhumorado.

—El mal. Anselmo Oramas Lemes era general de la Falange en Canarias y el mal personificado… Todo lo que te cuenten de él se queda corto… No hay suficiente castigo para su alma.

Su alma… Su alma… (Suponiendo que la tuviese).

La mano derecha de don Manuel volvió a temblar, estaba poniéndose nervioso. Era mejor llevarlo a su habitación para que se tranquilizara.

Alzheimer, alzhéimer, maldita enfermedad.

—¡No quiero que se olvide! —exclamó de pronto, como si aquello fuese realmente importante para él—. Una vez prometí que contaría nuestra vida, que no permitiría que se olvidara, y no sé si voy a tener tiempo para cumplir

mi promesa. Si lo olvido, todo lo que pasó y lo que sufrimos en Tefía, no habrá servido para nada. Debe conocerse, explicarse, que la gente sepa los horrores que se cometieron para que no vuelva a suceder. Memoria histórica.

Niebla, niebla envolviendo su mente y sus recuerdos, la mano del gerocultor cogiendo la suya.

—Úrsula iba a ayudarme —le confesó avergonzado—. La gerocultora que antes ocupaba tu puesto me prometió que si me portaba bien me iba ayudar, pero se fue y me dejó colgado. Ni siquiera vino a despedirse.

Acoydan, que no tenía muy claro si le estaba pidiendo algo, lo miró con la ternura con la que un nieto mira a un abuelo.

—¿Ayudarlo a qué?

Don Manuel, que llevaba desde que le diagnosticaron la enfermedad dándole vueltas al asunto, asintió.

—¡A escribirla! —le contestó—. Le prometí a Remedios que escribiría nuestra historia para que no se olvidara, pero no lo hice. Me pase la vida intentando olvidar esos años y ahora que la enfermedad va a borrarlos, me arrepiento de no haber cumplido mi promesa.

Sus dedos enlazados, sudor en el corazón…

—Debo hacerlo antes de que sea demasiado tarde —insistió preocupado—. Antes de que el alzhéimer la elimine para siempre.

Silencio.

Las cortinas de la habitación cerradas y las zapatillas de paño colocadas junto a la cama.

—¿Me ayudarías? —le preguntó don Manuel como si fuese algo realmente importante—. ¿Escribirías nuestra historia por mí?

Acoydan, decidido, asintió con la cabeza.

—Yo no soy bueno redactando… —le confesó avergonzado—. Pero conozco a la persona ideal para hacer lo que me está pidiendo.

PARTE II

INVERTIDO, SARASA, VIOLETA

UNO

Teguise (Lanzarote) 10.12.54

Queridísimo hermano:

Espero que a la llegada de la presente, estés bien. En casa todos te echamos de menos y tenemos muchas ganas de verte, en especial madre, que desde que te fuiste no para de llorar. La pena se ha instalado en su alma y no la deja dormir ni respirar, llora todo el tiempo, desde que se acuesta hasta que se levanta y nunca sale de la cama.

La tía Jacinta está muy preocupada y ya no sabe cómo ayudarla.

El médico ha venido a verla un par de veces y nos ha dicho que su enfermedad no está en su cuerpo sino en su mente, y que no hay medicina que pueda curarla. Lo único que calmaría su agonía sería tener noticias tuyas y por eso te suplico que contestes mis cartas.

Te extraño mucho, hermanito, cada segundo que pasa me acuerdo de ti y sufro por estar separados. El sol ya no se pone en el horizonte y se han apagado los colores del paisaje.

Escríbenos y devuélvele la alegría a madre y a mí también.

Te quiere, tu hermana,

Marta

DOS

La Residencia Cumbres Doradas era diferente a como ella se lo había imaginado. Acoydan le había hablado tanto de ella que se había hecho una idea en su cabeza mucho más elitista de lo que era en realidad. Pensaba que el centro era un edificio moderno, sofisticado y elegante, y en vez de eso se encontró con un establecimiento clásico, de estructura opaca, que olía a enfermedad y desinfectante.

—Don Manuel está muy emocionado —le explicó Acoydan mientras avanzaban por el pasillo—. Le dije que eras escritora y no se lo podía creer.

La chica, sonrojada, agachó la cabeza. Le avergonzaba que su novio la presentara como una estrella mediática cuando en realidad solo era una aficionada a la escritura que empezaba a dar los primeros pasos.

—¿Le pediste permiso a tu jefa para que pudiera entrar aquí? —le preguntó preocupada.

Acoydan, poniendo los ojos en blanco, afirmó con la cabeza. Le gustaba que Antía estuviera allí. ¡Estaba contento! ¡Nervioso! Quería que conociese a sus compañeros y su lugar de trabajo

—Sí —le explicó—. Don Manuel no recibe visitas y dice que le vendrá bien compañía. ¡Pero insistió en que tuvieras cuidado! Si notas algún comportamiento extraño debes salir de la habitación y avisar a un gerocultor.

Violento, violento… En ocasiones se pone violento… Tijeras ensangrentadas.

Pantalón vaquero, camiseta blanca y zapatillas deportivas, ese había sido el atuendo elegido por la chica para ir a conocer al anciano que quería que escribiera sus memorias.

—Así que esta es la famosa Antía —pronunció don Manuel al verla aparecer —. Ya veo que Acoydan se quedó corto describiéndote, eres mucho más guapa de lo que pensaba.

Antía, agradecida, sonrió.

—Usted tampoco está mal —contestó, y ambos se rieron.

La habitación 112 era una de las más luminosas de la residencia, pero el

anciano siempre cerraba las cortinas y permanecía en penumbra. La joven, adaptándose a la falta de luz, se aproximó a la cama con cuidado y miró a su alrededor curiosa, analizándolo todo: un armario con dos puertas, una mesita de noche, un vaso de agua, un cuadro con cinco molinos de viento, un televisor de pantalla plana, la cama, la sonda, la bolsa de orina… A Antía le costó un poco acostumbrarse a aquel universo.

—¿No te gusta la «*suite* imperial»? —bromeó don Manuel al ver cómo la chica fruncía el ceño.

Antía, avergonzada, negó con la cabeza.

—No es eso —le respondió—. Solo me sorprende. Usted lleva diez años viviendo aquí y no tiene ninguna foto colgada.

Don Manuel, al que le gustaban las personas perspicaces y directas, se encogió de hombros y carraspeó.

—No me gustan las fotos de los muertos —le explicó—. Y todos mis seres queridos están bajo tierra.

Antía, conmovida, asintió.

La joven, intentando dar imagen de profesionalidad, acercó una silla a la cama y sacó su grabadora.

—¿Empezamos? —le preguntó sin preámbulos, y el anciano, impaciente, afirmó con la cabeza.

Antía le expuso a don Manuel el procedimiento que iban a seguir. Básicamente, necesitaba que se concentrara y le relatara su crónica con el mayor grado de detalle y más tarde, ella en su casa, lo redactaría y completaría la historia con datos que pudiera encontrar en la hemeroteca.

—¿Le parece bien?

Don Manuel, sonriente, asintió.

—Todos los días, antes de empezar, le leeré lo que haya escrito y usted me dará el visto bueno.

Contento. Aquella chica parecía que sabía lo que hacía.

—¿Y por dónde quiere que empecemos? —le preguntó.

El octogenario, desconcertado, se encogió de hombros. Sabía que debía contar su historia, pero nunca había pensado cuál sería el comienzo. ¿Remedios?, ¿Tefía?, ¿la represión?, ¿don Anselmo?...

—No sé… —le contestó perdido.

La mano temblorosa de don Manuel se alargó para coger el vaso de agua.

Estaba agobiándose. Le sucedía siempre cuando su cabeza era incapaz de encontrar el hilo del que empezar a tirar.

—Háblele de Lorenzo —le propuso Acoydan, que había permanecido en silencio mientras los dos se conocían, y el anciano, agradecido por su ayuda, le sonrió.

—Tienes razón —le contestó con cariño—. Quizá lo mejor sea empezar por él. Lorenzo es y será siempre el principio de todo.

TRES

Teguise (Lanzarote) – 1944-1951

Lorenzo era el sobrino del cura. Nos conocíamos desde que éramos pequeños porque vivíamos puerta con puerta en Teguise. Crecimos juntos jugando a la bola, a las carreras y al escondite. Su recuerdo siempre está asociado al pan con aceite que su madre le daba para merendar y que muchas veces él compartía conmigo. Era mi mejor amigo, con el que más me reía y en el que más confiaba. Todas las tardes me tocaba en la ventana para que saliera a jugar con él.

—¿Has hecho ya las tareas del colegio? —me interrogaba mi madre cuando me veía salir corriendo—. ¿Y has ayudado a tu padre? —insistía, y yo siempre contestaba que sí, aunque no fuese cierto.

Los domingos íbamos juntos a misa. Su familia y la mía se vestían para la ocasión y nos sentábamos en el mismo banco a escuchar los sermones de su tío. Después de la liturgia salíamos a jugar y mi madre me gritaba que no diera patadas a las piedras con los zapatos nuevos.

La familia de Lorenzo siempre tuvo más dinero que la mía, su casa era más nueva y su ropa de mayor calidad, pero eso nunca nos importó ni nos hizo distanciarnos, al contrario, Lorenzo siempre compartió lo que tenía conmigo y yo… yo le tenía un cariño especial que no supe que era amor hasta llegada la adolescencia.

Lorenzo era guapo, muy guapo, siempre destacó por eso. Tenía los ojos verdes de su padre y un cabello ensortijado que había heredado de su madre. Al sonreír se le formaban hoyuelos y su risa era la cosa más bonita que yo había oído en mi vida. Me gustaba hacerlo reír, le hacía cosquillas sin parar por el simple hecho de escucharlo. Lorenzo decía que yo era un sádico y que me encantaba torturarlo, pero en realidad, lo que ocurría es que me encantaba tumbarme encima de él y acariciarlo, aunque fuese haciéndole cosquillas.

—Eres mi mejor amigo —solía decirme, y yo suspiraba porque inconscientemente deseaba ser algo más.

CUATRO

Teguise (Lanzarote) – 1951

En el verano de 1951, cuando Lorenzo y yo teníamos quince años, su madre le pidió permiso a la mía para llevarme una semana a la casa que la familia del cura tenía en Fariones. Era un agosto caluroso y la calima se había apoderado del cielo llenándolo de arena del desierto.

—No me gusta que pase tanto tiempo con ellos —escuché protestar a mi madre en la intimidad de nuestro hogar—. Se le está llenando la cabeza de pájaros y nosotros somos distintos, él nunca tendrá las oportunidades que va a tener Lorenzo, las vacaciones son solo para los ricos.

Mi padre, un hombre de campo y sincero, acarició a mi madre con cariño y trató de darle consuelo.

—Déjalo que vaya, mujer —le pidió—. El chinijo se deja la piel en las tierras ayudándome, déjalo que disfrute unos días, que eso no le viene mal a nadie y así ve algo distinto.

La isla estaba cambiando y era algo que, poco a poco, todos debíamos asumir. Lanzarote empezaba a convertirse en un destino turístico en auge. El aeropuerto se había abierto al tráfico nacional de pasajeros en 1947 y desde entonces la situación iba en ascenso. En 1948 se iniciaron las primeras rutas en camello por Timanfaya, y en 1950, coincidiendo con la visita de Franco a la isla, se inauguró el Hospital Insular. Ese verano, cuando fui con la familia de Lorenzo a Puerto del Carmen, de lo que más se hablaba era del Parador de Turismo que, tras varios años en construcción, abrió sus puertas en Arrecife el 1 de junio. Todos decían que el edificio era de los más lujosos de la isla: tenía un salón impresionante, bar y catorce habitaciones para huéspedes.

—La isla terminará llenándose de turistas y perderá su encanto —se quejaba el padre de Lorenzo y nosotros, ajenos a todo, disfrutábamos de las vacaciones.

Puerto del Carmen en 1951 era un paraíso salvaje de aguas turquesas. Lorenzo y yo pasábamos las horas en la playa nadando y haciendo guerras de arena en la orilla. Nos reíamos, ¡Dios sabe cuánto nos reíamos! Y su madre, puntual como un reloj suizo, nos llamaba todos los días a las cinco y media

para darnos pan con aceite para merendar.

—¡Lorenzo! ¡Manuel! ¡Venid! —nos llamó una tarde, y el niño y yo corrimos a su encuentro con los pies descalzos llenos de tierra—. Tengo un trabajo para vosotros, quiero que me ayudéis.

Lorenzo, que no estaba acostumbrado a que su madre le asignara tareas, arrugó el entrecejo disgustado porque prefería seguir jugando en la arena.

—¿Qué ocurre, madre? —le preguntó con desgana.

—Los ingleses que se van a quedar en casa de tu tía Francisquita ya han llegado al aeropuerto —nos informó—. Y necesito que los ayudéis con las maletas. El hombre es mayor y no puede cargar con ellas.

Lorenzo, molesto, asintió con la cabeza. Lo haría porque sabía que el anciano era amigo de su padre, pero no le apetecía; yo, en cambio, estaba entusiasmado. ¡Nunca había hablado con un inglés! Y conocer una familia de tan lejos me parecía una aventura.

El inglés se llamaba Ian Brown y tenía setenta años. Era un señor mayor, encorvado, con muletas, que me decepcionó al conocerlo. No había nada exótico ni extraño en él, hablaba español, un español rudimentario que había aprendido cuando vivió en Mallorca, y las maletas que traía pesaban como si estuvieran llenas de piedras.

Cinco veces tuvimos que ir Lorenzo y yo del coche hasta el apartamento para llevar todo el equipaje. La esposa del señor Brown nos vigilaba por la ventana como si temiera que en cualquier momento pudiéramos estropear sus pertenencias.

—Muchas gracias —nos dijo el señor Brown cuando terminamos nuestro cometido—. Como habéis sido tan amables, os voy a dar algo que nadie debe ver jamás.

Lorenzo y yo, sorprendidos, miramos al anciano sin comprenderlo, mientras el inglés, misterioso, nos pedía que pasáramos a la habitación donde guardaba sus pertenencias.

—Tomad —nos dijo mostrando una pícara sonrisa—. Pero guardadla donde nadie pueda verla y no digáis jamás que os la he dado yo.

El corazón acelerado… Lorenzo me miró con los ojos muy abiertos y guardó el preciado tesoro bajo su camiseta. Sudor. Escalofríos. Si su madre o la mía se enteraban de lo que teníamos, nos caería un buen castigo.

—¿Me la enseñas? —le pregunté excitado cuando habíamos corrido un par

de kilómetros.

Lorenzo, con cara seria, me dijo que no, que la reservaríamos para después, en su habitación, cuando nadie nos viera.

Las horas aquel día pasaron lentamente. Contaba nervioso los minutos que quedaban hasta que terminara la cena y pudiésemos encerrarnos en el cuarto. Lorenzo había escondido nuestro tesoro debajo del colchón, y su madre nos miraba como si imaginara que algo malo estábamos tramando.

—¿Todo bien con el inglés? —nos preguntó—. ¿Os ha dado propina por el encargo?

Lorenzo, que sabía mentir a la perfección, negó con la cabeza.

—No, no nos ha dado ni las gracias.

La mujer, disgustada, puso otro trozo de batata en mi plato y suspiró.

—Bueno, no pasa nada —nos contestó—. Los favores no se hacen buscando nada a cambio. Es de buenos cristianos ayudarnos los unos a los otros.

El crucifijo en la pared y una estampa de la Virgen de los Dolores sobre la mesa.

A las nueve y media, Lorenzo y yo nos metimos en la cama. Yo estaba tan nervioso que tuve que ir a orinar dos veces, apagamos la luz y nos quedamos solamente con el pequeño resplandor de una vela que había en la mesita de noche, la puerta de la habitación cerrada y el cerrojo cuidadosamente puesto.

—¿La sacas ya? —le pregunté desesperado.

Lorenzo, haciéndose el interesante, metió la mano bajo el colchón y sacó la revista. Con mirada maliciosa me pidió que me sentara junto a él y de un salto, impaciente, me metí en su cama.

Las sábanas olían a él y sus piernas rozaban las mías.

Mujeres en ropa interior con posturas sugerentes. Lorenzo y yo pasábamos las hojas sin podernos creer lo que estábamos viendo: encajes, labios turgentes y miradas lascivas y, en la parte central, el plato fuerte: una chica rubia, con pinta de extranjera, con unas pequeñas braguitas y los pechos fuera.

Noté su erección de inmediato y aquello ocasionó la mía. Con la inocencia adolescente, el empezó a masajearse por encima del pantalón y yo hice lo propio. No tardó mucho en sacársela. Su pene erecto salió de su *slip* y empezó a masturbarse. Su mano subía y bajaba a gran velocidad y yo lo observaba con el deseo ardiendo en mi pecho.

—¿No vas a meneártela? —me preguntó con sorpresa.

Con timidez y vergüenza dije que sí. No era la primera vez que me masturbaba, pero nunca lo había hecho acompañado, siempre en privado, en el baño o en mi habitación y siempre pensando en él, en Lorenzo, y ni en mis mejores fantasías había podido imaginar un momento como ese.

La luz de la vela se movía mientras los dos nos dedicábamos al onanismo; la mujer rubia de la revista nos observaba sin poder contener la sonrisa.

—¿Me ayudas? —me pidió Lorenzo, y antes de tocar su miembro viril, el mío estalló manchando las sábanas.

CINCO

Teguise (Lanzarote) 18.12.54

Queridísimo hermano:

Diciembre está siendo muy duro en casa, el viento del norte se ha instalado en el salón y ha congelado nuestras ganas de vivir. Lo único que podría alegrarnos es recibir noticias tuyas, pero siguen sin llegarnos.

¿Estás leyendo mis cartas?

Pensar en ti me hace sufrir, eres la primera imagen que veo al despertarme y la última cuando cierro los ojos para dormir, estás presente en cada una de mis plegarias. Te extraño mucho, hermano, tanto que se hace insoportable.

Mamá sigue débil y su salud ha empeorado. La semana pasada cerró la boca y se niega a probar bocado, dice que no comerá hasta que su hijo vuelva a casa y aunque la tía Jacinta ha intentado hacerla entrar en razón, ha sido imposible. ¡Ya sabes lo tozuda que puede llegar a ser mamá! Estamos preocupados por ella y también por papá.

Escríbenos y devuélvele la alegría a madre y a mí también.

Te quiere, tu hermana,

Marta

SEIS

Teguise (Lanzarote) – 1951

La revista del señor Brown fue el inicio de nuestras visitas al trastero. Todos los días, después de merendar, Lorenzo y yo subíamos a escondidas y nos dábamos placer mutuamente usando la mano del otro. Yo, generalmente, terminaba tan excitado que, tras eyacular, me empalmaba de nuevo y tenía que masturbarme solo.

—Vamos a ir al infierno —me dijo Lorenzo un día tras escuchar uno de los sermones de su tío sobre los pecados de la carne.

—No seas bobo—le contesté—. Si Dios no quisiera que nos la tocáramos, no nos la habría puesto entre las piernas.

Lorenzo cumplió dieciséis años, su cuerpo se desarrolló y se convirtió en un adonis de piel firme y músculos cincelados. Las horas de natación que dedicaba a la semana habían servido para que su espalda se ensanchara y sus piernas se desarrollaran más de la cuenta. Estaba guapo, muy guapo, y cada vez le salían más pretendientas.

—¿No te gusta ninguna? —le interrogué una tarde, y Lorenzo, con la sonrisa que le caracterizaba, negó con la cabeza.

—Ninguna está a la altura de nuestras chicas de la revista —me contestó, mientras en su cara se formaban dos adorables hoyuelos.

Páginas pegadas y fotografías descoloridas. La publicación, con los meses, se convirtió en un amasijo de papel amarillo y semen reseco, una excusa perfecta para quedarnos a solas y darnos placer el uno al otro. Yo lo sabía, pero Lorenzo insistía en buscar otra revista para continuar con nuestros encuentros.

—¿Estás loco? ¿Dónde vamos a conseguirla? —le pregunté alarmado—. Si tu madre o la mía se enteran nos van a castigar. ¡Imagínate que se lo cuentan a tu tío!

Don Hermenegildo, el cura del pueblo: rostro ceniciento y sotana negra cubierta de manchas de vino, la rectitud y la soberbia contenida en la misma persona, mirada de superioridad, de culpa, de sospecha, la inquisición con

piernas paseándose a pocos metros de nosotros.

—No sé… Podemos preguntarle a Benito o a algún otro chico mayor del pueblo… No tiene que ser tan complicado.

Sudor frío… Solo de pensarlo me entraba vértigo…

—¿Es que no tienes suficiente con esta? —le interrogué dolido, como si fuese a mí a quién me estuviera rechazando.

La chica rubia de las páginas centrales pegajosa y desteñida, los bordes de las páginas roídos… Lorenzo la miraba como si ya se la supiera de memoria, se estaba aburriendo, lo notaba, lo sabía.

—Quizá deberíamos tirarla y dejar de venir aquí —sentenció, haciendo que mi corazón se parara—. Me estoy cansando de hacer siempre lo mismo.

El trastero a oscuras, muebles viejos cubiertos de polvo y en una esquina Lorenzo y yo, la revista arrugada en el suelo, mi amigo levantándose y yo con ganas de llorar.

—No —me limité a decir agarrándole la mano—. No te vayas.

Lorenzo, sorprendido por mi reacción, se encogió de hombros y volvió a sentarse a mi lado.

—¿Qué pasa, Manuel? —me preguntó.

Mi boca enmudecida quería decirle muchas cosas, pero no tenía el valor suficiente para hacerlo. Mil sentimientos convergían en mi cabeza en esos momentos y en el centro de todos estaba él, Lorenzo, con sus ojos verdes y esos hoyuelos que me volvían loco y siempre me hacían sonreír.

—Dime, ¿qué ocurre? —insistió preocupado.

Ojos llorosos. Las manos temblándome y las piernas también. No quería aquellos encuentros furtivos terminaran.

—Yo… —comencé a decir, pero las palabras se secaron en mis labios y no terminaron de salir.

Me costaba reconocer lo que sentía, estaba enamorado y no quería renunciar a él. Lorenzo, angustiado, me abrazó para que se pasara. El corazón acelerado. Ganas de reír, de llorar, ¡de gritar!

Cerca, muy cerca, más de lo que solíamos estarlo. Tenerlo tan cerca me hizo enfebrecer, perdí la cabeza, lo hice sin pensarlo, me aproximé a él y lo besé.

¡Lo besé!

Fueron solo unos segundos. Mis labios rozaron los suyos y su rostro me miró aturdido, pero no se separó de mí, dejó que mi lengua rozara la suya y entrara dentro de su boca.

—Lorenzo, yo… —comencé a decir, y él se apartó de mi lado.

—Será mejor que te vayas —me aconsejó.

Silencio. Escalofrío.

Nervioso, me levanté del suelo y mis piernas tropezaron la una con la otra. Los ojos verdes de mi amigo me miraban como no me habían mirado nunca, pero no lograba discernir si era amor u odio lo que irradiaban sus pupilas.

—Lorenzo, yo… —insistí.

Mi amigo, enfadado, se levantó del suelo, y ante mi atónita mirada, cogió la revista que tan buenos momentos nos había brindado y la partió por la mitad. Hizo con rabia jirones de cada una de sus páginas, como si aquella publicación fuera la culpable de lo que estaba sucediendo.

Lágrimas, lágrimas cayendo por mis mejillas, mientras la rubia de las páginas centrales se despedía de nosotros para siempre.

—Vete —me pidió—. Vete y no vuelvas.

SIETE

Acoydan estaba asustado cuando entró en el despacho, la boca del estómago se le había cerrado y le sudaban las palmas de las manos. Mari Puri lo esperaba sentada frente a su ordenador, lo había citado a las doce y media y no tenía ni idea de qué estaba pasando.

Falta grave… Tenía una… Con dos estaría en la calle.

—Mari Puri, ¿se puede?

Su voz tímida, asustada, casi infantil.

La mujer, levantando la vista de la pantalla le hizo un gesto con la cabeza para que pasara y se sentara en una silla.

—Sí, claro, te estaba esperando.

Esperando… Falta grave… El final de sus prácticas.

Su pelo corto teñido de violeta, sus gafas rosadas, las manos arregladas y uñas de gel. La mujer miraba divertida cómo el joven sufría y no pudo evitar mostrar una sonrisa.

—Tranquilo —le dijo para que se relajara—. No tienes nada de que temer, solo te he llamado para que me cuentes que tal te va todo y felicitarte.

Los nervios de Acoydan desinflándose en la silla.

—Hace un par de semanas viniste a pedirme que quitara a don Manuel de tu ronda porque no habíais conectado y hoy eres la persona en la que más confía —prosiguió—. Has pensando en el usuario y en su felicidad y has logrado que sus días aquí cambien por completo. ¡Nunca lo había visto así! Tu actitud y las visitas de Antía le están haciendo mucho bien.

El gerocultor, ruborizado, agachó la cabeza.

—No obstante, quería darte un toque de atención —continuó Mari Puri mirándolo por encima de sus gafas y cambiando el tono de voz—. Ser un buen gerocultor no es sinónimo de saltarse las normas —le reprendió—. Sé que todo lo haces pensando en él, pero en este centro existen unas normas que todos debemos cumplir. ¡No es por capricho! Lo hacemos para velar por la seguridad de los usuarios y el personal.

Acoydan se avergonzó y asintió con la cabeza. Si sumaba todas las infracciones al código que había llevado a cabo con don Manuel en las dos

últimas semanas, podía llenar una libreta: salir a la zona de personal, desatarle las muñecas, abrir su caja fuerte, comprarle tabaco, dejarle fumar…

Sudor en las manos.

Si suspendía las prácticas no sabía qué iba a hacer.

El segundero del reloj avanzando.

Los ojos del chico esquivando los suyos.

Nervios.

—Lo que has hecho hasta ahora es el camino fácil —prosiguió Mari Puri—. Ahora te pido que sigas dando el mismo nivel de servicio, pero respetando nuestros procedimientos internos. ¿Podrás hacerlo?

Acoydan tragó saliva y volvió a asentir.

—¡Pues ya sabes! ¡A trabajar!

El gerocultor se levantó torpemente de la silla y antes de salir del cuarto, se giró y le hizo una última pregunta.

—Mari Puri, ¿hay algún problema con que Antía siga viniendo?

La jefa de gerocultores, que se divertía cuando el chico se ponía nervioso, negó con la cabeza.

—No, al contrario, creo que estáis haciendo un gran trabajo con don Manuel. Contar su historia lo está liberando.

OCHO

Teguise (Lanzarote) – 1952

Lorenzo y yo nos distanciamos tras el suceso de la revista. Cuando nos veíamos en clase o por la calle, me saludaba, pero poco más; se limitaba a asentir con la cabeza y seguir su camino. ¡Me trataba como si fuese un apestado! Se avergonzaba de mí y de lo que había hecho, podía verlo, sentirlo. Cuando sus ojos me miraban se llenaban de decepción, como si le diera lástima ver el monstruo en que me había convertido.

—Manuel, ¿estás bien? —me preguntaba mi madre preocupada—. No has probado bocado en todo el día.

Mi padre, que podía ver más allá de donde veían los ojos, la calmaba para que no me agobiara.

—El chinijo está bien —la cortaba—. Solo necesita que lo dejemos tranquilo.

Yo lloraba de noche y lloraba de día. La imagen de Lorenzo rompiendo la revista me había partido el corazón. Me sentía triste, vejado, mi mejor amigo me había rechazado y ahora se comportaba como si yo no existiera. Lo había perdido para siempre y no podía soportarlo.

Lágrimas, lágrimas y suspiros…

Las semanas pasaban sin que supiera nada de él. ¡Ni siquiera se sentaba en el mismo banco que yo en misa! El distanciamiento fue tal, que nuestros padres, preocupados, llegaron a tomar cartas en el asunto. Su madre fue a visitar a la mía para preguntarle si sabía que nos había pasado.

—Seguro que ha sido por una chica —escuché aventurar a mi madre, y yo, escondido, no pude evitar esbozar una sonrisa—. ¡Ya sabe cómo es esa edad!

Adolescencia… Bendita adolescencia.

Rezar era lo único que me quedaba. Me sentaba en el salón con mi madre a rezar y a suplicarle a Dios que extirpara esos sentimientos perversos que albergaba mi pecho.

Pecado.

Lascivia.

Depravación.

¡Quería dejar de llorar! ¡De sufrir! Pero por encima de todo, ansiaba que Lorenzo volviera a mi vida, porque lo anhelaba cada segundo.

Al final, mis súplicas fueron oídas.

—¿Está Manuel?

Sucedió así, de pronto, un sábado por la tarde. Después de dos meses sin hablarme, Lorenzo se presentó en la puerta de mi casa y le preguntó a mi madre por mí.

Su voz, su voz… Era su voz… Yo, desde la planta de arriba, no podía creérmelo. El corazón iba a salírseme del pecho, me puse tan histérico que casi me caigo al bajar las escaleras. Estaba esperándome en la entrada con las manos en los bolsillos, y yo, si no me controlaba, iba a vomitar.

—¿Damos un paseo? —me preguntó y, desconcertado, lo único que acerté a hacer fue asentir con la cabeza.

Lorenzo y yo anduvimos durante horas sin decir nada. Yo tenía muchas cosas que confesarle, pero mis sentimientos eran silenciados por el miedo. Durante nuestro distanciamiento había descubierto lo que sentía por él, ya no tenía dudas. Aunque fuese algo inmoral y obsceno, estaba enamorado de él; mi cariño hacia Lorenzo era más fuerte que el de una amistad.

Recorrimos las calles empedradas de Teguise sin rumbo fijo, subimos el sendero del castillo de Santa Bárbara y lo bajamos empujados por el viento, contemplamos el paisaje llenos de dudas hasta que nuestros pies, indecisos, se dirigieron al camino de tierra que iba a Famara.

Terreno seco, infértil, aulagas y alguna lagartija.

Sus ojos, sus manos, sus labios, su boca…

Tenerlo cerca y sentirlo tan lejos de mí, me hacía enloquecer. No comprendía cómo la dulce complicidad que habíamos experimentado siempre se había evaporado y se había convertido de pronto en algo inmoral y pecaminoso.

Monstruo.

Invertido.

Depravado.

Lorenzo me odiaba, lo sabía, podía notarlo. Me hacía responsable de unos sentimientos pecaminosos que habían nacido en él y que eran contrarios a la

estricta educación cristiana bajo la que se había criado.

Dos hombres no pueden amarse…

Inmorales aberraciones, extravíos sexuales, actos libidinosos repugnantes…

¿Me quería?

¿Era eso?

¿Por eso no podía mirarme a la cara?

El camino se eternizaba y yo iba perdiendo la paciencia. Estaba ansioso, desesperado, tenía ganas y miedo de escuchar lo que iba a decirme. No podía esperar más, los minutos se estiraban haciéndose insoportables.

—Lorenzo, ¿por qué has venido a buscarme? —me decidí por fin a preguntarle.

Silencio.

Mis pies parados.

Aquellas palabras fueron suficientes para romper la burbuja de apatía en la que nos encontrábamos desde que habíamos salido de mi casa. Sus zapatos se pusieron frente a los míos y nuestros ojos se cruzaron por primera vez; me miraba con una frialdad con la que no me habían mirado nunca.

Una frase formándose en su boca que era incapaz de pronunciar, el viento agitando su pelo y su camisa blanca pegándose a su piel.

—¿Eres maricón? —me preguntó directo, sin aviso, sin anestesia.

Maricón, invertido, desviado...

El pulso se me paró y se me hizo un nudo en la boca del estómago. Lorenzo había pronunciado la palabra que más miedo me daba en la vida.

Maricón, maricón, ¡maricón!

Una palabra saliendo de su boca que hizo que mis cimientos se resquebrajaran y pusiera mi mundo del revés.

Marica, afeminado, sarasa…

Yo amaba a Lorenzo, lo amaba con toda mi alma, pero evitaba pensar en las consecuencias. Había asimilado que lo quería, pero no en lo que me convertía por eso. ¡Era más fácil así! En el colegio nos habían enseñado que los homosexuales eran enfermos, proscritos, ¡seres repulsivos y pecaminosos! Y lo que yo sentía por Lorenzo no tenía nada que ver con eso. ¡El amor es bonito y yo estaba enamorado! ¿Me convertía eso en un monstruo?

El rostro de don Hermenegildo flotando en el aire, sus ojos acusadores mirándome…

Sodomita, bujarra, violeta…

¿Qué estaba pasando? ¿Qué estaba haciendo?

Lorenzo estaba delante de mí esperando una respuesta y yo era incapaz de articular palabra. Su voz había sonado clara, limpia, rotunda, y yo me había quedado paralizado sin saber qué decir.

Tragar saliva, tragar saliva y contestar sin pensarlo demasiado, dejar salir los sentimientos, liberarme, dejar atrás los miedos y los prejuicios.

—Si por amarte soy maricón, entonces lo soy —le respondí con franqueza.

Silencio.

Los segundos pasando lentamente mientras su rostro se endurecía.

El viento agitando las aulagas y el rostro de don Hermenegildo alzándose en el cielo y señalándome con su afilada garra.

Temor. Escalofrío.

Yo esperaba que Lorenzo me empujara y me partiera la boca, que gritara, que me insultara, pero nada de eso pasó. Mi amigo no reaccionó, se limitó a quedarse de pie sin decir nada mientras se me paraba el corazón.

Un minuto, dos…

Yo aguardaba una respuesta, pero no me la dio. Se encogió de hombros, agachó la cabeza y, ante mi sorpresa, comenzó a andar y dejó solo.

Solo.

¡Solo!

Solo con la confesión más dolorosa que había hecho en mi vida quemándome en los labios.

«Si por amarte soy maricón, entonces lo soy».Se fue, se marchó dejándome en aquel páramo del desconsuelo donde el viento soplaba y se reía de mi desgracia.

NUEVE

Teguise (Lanzarote) 03.01.55

Queridísimo hermano:

La Navidad sin ti no ha sido Navidad. La silla vacía en nuestra mesa ha sido insoportable.

Mamá preparó un menú especial para Nochebuena, pero no probó bocado. Se pasó toda la cena llorando y preguntando por ti.

Te extrañamos, no te imaginas lo tangible que es tu ausencia en casa. La pena se puede tocar y nos mira cada mañana recordándonos que ya no estás entre nosotros.

¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes? ¿Por qué no contestas?

Te extraño.

Te quiere, tu hermana,

Marta

DIEZ

Teguise (Lanzarote) – 1952

Miedo, represión política y social, control ideológico, hambre, pobreza, carencia de libertades… La posguerra fue una época oscura para los que no colaboraban activamente con el Régimen.

Mi padre me había contado que la mayor parte de los desaparecidos en las Islas Canarias habían sido arrojados al mar en sacos y otros habían acabado en fosas comunes, como la de Fuencaliente en La Palma o el Pozo de las Brujas en Arucas.

—Es mejor no destacar, no llamar la atención —me repetía una y otra vez —. Que no te vean, que no te sientan.

Ocultarse, callar, ser invisible.

Un consejo que más tarde me darían en otro lugar.

Siempre el mismo perro con distinto collar.

Ser homosexual en la posguerra era complicado. La Iglesia nos condenaba por realizar actos impuros ajenos a la reproducción y los militares decían que el sexo entre hombres era una traición a sus valores. Socialmente se nos marcaba como enfermos y sujetos inmorales que debían ser reeducados.

Los homosexuales en aquella época estaban condenados al silencio y la clandestinidad.

¿Estaba preparado para ello?

"Repugnantes aberraciones".

"Actos libidinosos contra natura".

"Nefando tráfico sodomítico".

El domingo, después de misa, Lorenzo vino a hablar conmigo. No nos habíamos visto desde del paseo que habíamos dado juntos por el campo. Él no había ido a buscarme a mi casa ni yo a la suya. Ambos habíamos mantenido la distancia fingiendo que aquella conversación nunca se había producido.

Me avergonzaba terriblemente de lo que le había dicho, había expuesto mis sentimientos y él había salido corriendo.

—Hola —me saludó ante mi sorpresa.

La calle empedrada… Mis padres habían salido de la iglesia y los suyos también, caminaban delante de nosotros, a unos cien metros, y él se quedó detrás para hablar conmigo.

—Hola —le contesté.

Silencio.

Lorenzo y yo éramos amigos desde pequeños y nunca habíamos tenido problemas para hablar; él me lo contaba todo y yo hacía lo mismo. Era la persona en la que más confiaba, compartíamos sueños, risas e ilusiones, pero parecía que esa complicidad, tras los últimos acontecimientos, se había esfumado para siempre.

—Te echo de menos —me limité a confesar, y él se encogió de hombros.

Lorenzo, consternado, le dio un puntapié a un guijarro que había en el suelo y suspiró. Sus ojos verdes me rehuían, parecía que temía que, si nuestras miradas se encontraban, descubriera algo que no me quería contar.

—Yo también —confesó, pero sus palabras, al pronunciarlas, se enturbiaron por los prejuicios y el miedo.

Caminamos un rato en silencio, disfrutando de la compañía el uno del otro sin hablar. Seguimos a nuestros padres en el recorrido que unía la iglesia con nuestra calle y, al llegar a su portón, como otras veces, Lorenzo me hizo un gesto con el cuello y me pidió que lo siguiera.

Era la primera vez que estábamos a solas en su habitación desde que Lorenzo rompió la revista. El chico se sentó en la cama y yo, indeciso, decidí coger un taburete, porque me daba pánico ponerme a su lado. Aunque habíamos estado mil veces en esa situación, el beso que le había dado en la buhardilla convertía el momento en algo totalmente nuevo y distinto.

—¿No te da miedo? —me preguntó por fin, como si fuese algo que lo angustiara.

Yo, sin saber a qué se refería, fruncí el ceño.

—Ir al infierno —me aclaró, y al oír sus palabras no pude evitar sentir un escalofrío.

Esa mañana, don Hermenegildo había soltado un sermón sobre Adán, Eva y las tentaciones, había hablado durante más de diez minutos sobre el pecado original y había dejado claro que la tentación era la obra del diablo para arrastrarnos al infierno.

«Para resistir la tentación», había dicho, «debemos cultivar la virtud, orar y mejorar nuestra relación con Dios». ¿Era Lorenzo mi manzana? ¿A eso se estaba refiriendo?

—Yo no voy a ir al infierno —le contesté despreocupado.

Lorenzo, que empezaba a relajarse, puso los ojos en blanco y exigió una explicación porque no comprendía por qué estaba tan seguro.

—Dios es amor —le contesté—. Por eso dudo que vaya a castigarme por amarte.

Amarte… Amarte… Era la segunda vez que le decía que lo quería.

—¿Y la cárcel? ¿No te asusta?

La homosexualidad estaba penada por ley.

Almas descarriadas a las que había que encerrar para redimirlas, enderezarlas.

Por amar me convertía en un proscrito, un escándalo para la moral colectiva.

—Eres la única persona que sabe lo mío —le respondí—. Y no creo que vayas a denunciarme.

Los ojos de Lorenzo buscaron los míos. Esa antigua conexión que antes nos unía volvió a aparecer, mariposas en el estómago, Lorenzo con ganas de acercarse, pero paralizado por sus prejuicios.

—Yo nunca te denunciaría —pronunció en voz baja—. Jamás haría algo que te pudiese dañar.

Una sonrisa, una sonrisa saliendo de mis labios y dibujándose en los suyos…

—Pues no te alejes de mí —le rogué—. Porque tus ausencias me hacen daño.

Suspiro.

Las cortinas de su habitación moviéndose y el aroma del estofado que su madre estaba preparando en la cocina colándose por debajo de la puerta…

—Me asustaste —admitió en un susurro—. El otro día, cuando me dijiste que me querías, no supe qué contestarte.

Su voz sonaba frágil, quebradiza, como si realmente estuviera afectado.

—No sé… —prosiguió—. Me hubiera gustado decirte muchas cosas en ese momento, pero no pude hacerlo.

Sus labios, su boca, su sonrisa… Tenerlo tan cerca me hacía enfebrecer. Quería abrazarlo, arroparlo, hacerlo sentir mejor.

—¿Por qué? —le pregunté preocupado.

Sus ojos verdes se enturbiaron y se alejaron de mí.

—Yo no soy tan valiente como tú —me confesó—. A mí me da miedo el infierno, el pecado y la cárcel. Yo no tengo el valor suficiente para permitirme amar a un hombre.

ONCE

Aquella tarde, al terminar de contar esa parte de su historia, don Manuel se quedó en silencio como si los recuerdos le hubiesen afectado más de la cuenta. Antía, con la grabadora en la mano, lo miró preocupada. Acoydan tenía razón, era fácil cogerle cariño.

—Don Manuel, ¿se encuentra bien? —le preguntó.

El octogenario, que parecía estar a mil kilómetros de allí, asintió con la cabeza.

—Sí —le contestó con tristeza—. Estaba pensando en lo injusta que es la vida y en lo diferente que habría sido mi historia si hubiera nacido cincuenta años después.

Antía, que no sabía a qué se refería, hizo una mueca con las cejas que al anciano le divirtió.

—¿Usted cree? —lo interrogó.

—¡Claro! —le respondió el octogenario como si fuese muy evidente—. En mi juventud, los homosexuales vivíamos aterrados, con miedo a que nos pillaran en cualquier momento. Estar en el armario no era una decisión, sino un instinto de supervivencia. Nuestros problemas eran mucho más graves que confesarles a nuestros padres que éramos gais, nosotros temíamos por nuestra vida.

La chica, que notó que el anciano necesitaba desahogarse, asintió con la cabeza para animarlo a continuar.

—Los gais de hoy en día no son conscientes de la suerte que tienen —continuó con amargura—. Sus derechos, poco a poco, han ido equiparándose a los de los heterosexuales, aunque aún queda un largo camino por andar. ¡Pero la inmensa mayoría no se preocupa de ello! Prefieren cosas tan superficiales como el culto al cuerpo y tener seguidores en las redes sociales. ¡Purpurina! Eso es lo que se ve en el Día del Orgullo, jóvenes con purpurina luciendo abdominales. ¿Qué reivindicación es esa? En vez de comprarse modelitos para ese día, deberían estar rindiendo homenaje a todos esos homosexuales que fueron torturados o perdieron sus vidas exigiendo el derecho a ser felices —sus ojos vidriosos, su mano sin dejar de temblar—. ¿Es que no se dan cuenta

del camino tan doloroso que hemos tenido que recorrer algunos para que ellos puedan vivir así? ¡No pueden relajarse! ¡No deben! —exclamó enfadado—. Se han conseguido muchas cosas, pero queda bastante que hacer, los puentes que hemos levantado pueden caerse de nuevo, deberían dedicarse a construir y huir de la imagen de superficialidad que venden de nosotros en la tele.

Antía, que había permanecido en silencio todo el rato, abrió la boca para protestar, pero prefirió quedarse callada. ¡No estaba de acuerdo con su discurso! Ella tenía amigos homosexuales que pertenecían a agrupaciones LGTBI que luchaban por la igualdad, y en la manifestación del orgullo de todas las ciudades había innumerables asociaciones que reivindicaban sus derechos. Y era cierto que muchos jóvenes eran superficiales y no se implicaban en nada. ¡Pero eso no tenía que ver con sus tendencias sexuales! Ella pensaba que era una apatía generalizada de la sociedad que cada vez se estaba volviendo más individualista.

—Los chicos de vuestra generación, en general, son muy blanditos —prosiguió—. Escucho vuestros problemas en los programas de televisión y no salgo de mi asombro: adolescentes que viven atormentados porque sus padres no aceptan su orientación sexual o porque son incapaces de decirles que son gais a sus amigos. ¿Qué drama es ese?

Su voz triste, su voz cansada…

Antía intentaba imaginar los horrores por los que el anciano había tenido que pasar, pero era incapaz de concebirlos. Acoydan le había hablado de la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía y de las cicatrices que tenía en la espalda. ¿Qué ocultaba don Manuel? ¿Qué omitía? ¿Por qué la rabia ensuciaba su lengua y ennegrecía su corazón? ¿Qué aberraciones habían cometido contra él? ¿Qué iba a contarle?

—A mí me denunció mi madre —pronunció finalmente, haciendo que el aire de la habitación se congelara—. Ella fue la responsable de los tormentos que viví con mi detención. Ella me condenó al infierno. La mujer que más quería me acusó a la policía y me encerraron como si fuese un criminal.

Su piel erizándose y su boca cerrada, sin ser capaz de hablar.

De todas las hipótesis que había imaginado sobre la detención de don Manuel, aquella era la única que no había pasado por su cabeza.

—¿Y sabes lo que les hacían a los que eran como yo en la cárcel? —le preguntó con voz áspera, seca, muda—. ¡Nos pegaban! ¡Nos insultaban! ¡Y nos usaban como objetos sexuales! —su retina impregnada con las imágenes

de todas las atrocidades que le había tocado presenciar. ¡Cuánta crueldad ¡Cuánta injusticia!—. Me violaron, me violaron muchas veces —susurró como si fuese algo de lo que se avergonzara—. En la cárcel los abusos sexuales eran el pan de cada día y un chico joven y asustado como yo era una presa fácil —manos temblorosas, ceño fruncido, el dolor de aquellos recuerdos era algo que el tiempo no había conseguido curar—. Me violaron reclusos y también funcionarios. Los guardias se dejaban sobornar y algunos presos pagaban por pasar un rato a solas conmigo. —Lágrimas, lágrimas que tardaban en llegar asomándose a sus ojos y escurriéndose entre los pliegues de su piel—. Yo no era nada, no era nadie, solo un trozo de carne con el que saciar sus peores instintos. ¡Y no podía denunciarlos porque mis carceleros estaban de su parte! Si lo hacía terminaba en una celda de castigo donde recibía las peores visitas.

Silencio.

El viento entrando por la ventana y la bolsa de la orina colgando en la silla de ruedas.

Rabia, tristeza.

Antía aterrada, sus ojos abriéndose más de la cuenta.

—Solo tenía dieciocho años —continuó mientras se sonaba la nariz con un pañuelo—. Era un crío inocente que no se merecía el infierno por el que le hicieron pasar. Me hicieron sentir que era un monstruo y mi único delito había sido amar.

Recuerdos dolorosos, heridas que se abrían y todavía sangraban, aunque hubieran pasado muchos años.

—¡Por eso me duele! —continuó—. Por eso, cuando veo la imagen frívola que proyectan de nosotros en algunos programas de televisión, me cabreo. ¡No hemos sufrido y luchado tanto para convertirnos en esto! —gritó como si fuese una protesta—. Los homosexuales no somos de tal o cual manera, cada uno es diferente, al igual que tú, y deberíamos tener los mismos derechos —sus ojos alterados, su espíritu hambriento—. Yo no soy mejor ni peor por ser gay, solo soy una persona normal a la que le gustan los hombres.

Antía se acercó a él y le cogió la mano para que se calmara.

—Ahora nos podemos casar… —susurró como si fuese algo con lo que jamás hubiera soñado—. Casarnos y adoptar niños… Formar una familia… ¿Comprendes? Y yo no podía darle una muestra de afecto a Lorenzo en la calle por miedo a que nos volaran la cabeza de un tiro.

El rostro del anciano ensombreciéndose, su camiseta de tirantes manchada y

el paquete de tabaco en el bolsillo de su pantalón…

—He llegado tarde —concluyó—. He llegado tarde para vivir la vida que me merecía pero que otros decidieron que no era para mí.

DOCE

Teguise (Lanzarote) – 1952

Lo vi salir del agua con el rostro desencajado por el esfuerzo. Lorenzo pisó la arena desorientado mientras se quitaba el gorro y me buscaba con la mirada. Yo estaba allí, como siempre que tenía una competición, esperándolo en la orilla con la toalla en la mano y diciéndole sin palabras que lo había hecho muy bien. Había quedado entre los cinco primeros de su categoría. Me sentía orgulloso, orgulloso de él y sus triunfos.

—Enhorabuena —lo felicité, y una sonrisa enorme inundó su cara formando sus preciosos hoyuelos.

Aquella tarde celebramos su resultado por todo lo alto. Conseguimos tres botellas de vino y nos fuimos con unos amigos a beber. Lorenzo estaba de lo más elocuente y no paraba de bromear, mientras yo, preocupado, lo vigilaba porque estaba bebiendo más de la cuenta.

—Es hora de irnos—le aconsejé cuando noté que se le trababa la lengua; y Lorenzo, divertido, negó con la cabeza.

—Pascual ha ido a su casa a robarle otra botella de vino a su padre. ¡No seas aguafiestas!

Yo puse los ojos en blanco y lo dejé continuar.

Aquella noche, Lorenzo estaba tan borracho que casi no se podía mantener en pie. Me tuvieron que acompañar dos amigos para llevarlo a su casa y, por el camino, Lorenzo vomitó dos veces.

—Tenías razón… —repetía todo el rato—. Una retirada a tiempo es una victoria.

Cuando llegamos a su puerta, su madre puso el grito en el cielo. Empezó a chillarle que era el sobrino del cura y que le debía un respeto. ¡No podía comportarse así! Se escandalizó por lo ebrio que estaba y por que lo hubiéramos tenido que llevar a rastras por el pueblo.

—Súbelo a su cuarto, Manuel, por favor —me pidió—. Ayúdale a meterse en la cama, que no quiero que su padre lo vea. Como lo vea así nos va a costar

un disgusto. Acuéstalo y quédate con él hasta que se duerma.

Lorenzo se apoyó en mis hombros y comenzamos a ascender por las escaleras. Sus zapatos resbalaban y más de una vez tuve que sujetarlo para que no se cayera.

—No sé qué haría sin ti —me susurró al oído, y yo no pude evitar ruborizarme.

Lorenzo se desplomó en la cama al llegar a su habitación. Con cuidado le quité los zapatos y un calcetín. Sus ojos verdes me miraban de una forma tierna y lasciva a la vez; estaba agotado, pero no me quitaba la vista de encima.

Quitarle la ropa y ponerle el pijama, en condiciones normales, no era un problema, pero tras los últimos acontecimientos entre nosotros me parecía un atrevimiento. ¡Pero debía hacerlo!

Le desabroché el cinturón lentamente y al pasar la mano cerca de su bragueta descubrí, sorprendido, que Lorenzo estaba excitado.

—Lo siento —me dijo avergonzado.

Silencio. Nerviosismo. La luz de la habitación apagada y la puerta con el cerrojo puesto.

—No pasa nada —le contesté restándole importancia.

La camisa de Lorenzo desabrochada dejando al descubierto su pecho, pectorales firmes, abdominales duros, cuerpo de nadador…

—Túmbate conmigo, por favor —me pidió—. Necesito que me abracen.

Miedo. Indecisión.

Lo que más me apetecía en ese instante era acostarme con él y rodearlo con mis brazos. Lorenzo apoyó su cabeza en mi hombro e inspiré el aroma salado de su piel. Cara con cara, boca con boca, sus ojos me miraban y la sonrisa de sus labios me animaba a seguir. Estaba borracho, se le notaba, pero la invitación a que acariciara su cuerpo, no era fruto del alcohol.

—Manuel, yo… —empezó a decir mientras sus labios se acercaban a los míos.

—No digas nada —le pedí.

Su lengua rozó mis labios mientras su cuerpo se adhería al mío. No había espacio entre nosotros para el aire ni la indecisión. Sus manos, ansiosas, bajaban por mi espalda buscando mis glúteos, sus dedos, valientes, abrieron mis nalgas buscando mi interior.

—Despacio, por favor —le rogué, pero Lorenzo estaba enfebrecido y no podía calmarse. La erección de su entrepierna chocó con la mía y su boca se llenó de jadeos.

—Te quiero —susurró.

Te quiero, te quiero…

Las palabras que llevaba meses esperando escuchar por fin habían salido de su boca.

¡Te quiero! ¡Te quiero!

Su camisa en el suelo y el pantalón también, mis labios humedeciendo su pecho mientras sus calzoncillos se hinchaban de placer.

—Prométeme que nadie se enterará de esto —me pidió cuando su sexo, vigoroso, entró en mi boca, y yo asentí, asentí porque en esos momentos le hubiera prometido cualquier cosa.

TRECE

Teguise (Lanzarote) 12.01.55

Queridísimo hermano:

Hoy nos han contado que van a trasladarte y nos hemos alegrado mucho, aunque no sabemos si son buenas noticias o no, dejas la prisión de Barranco Seco de Gran Canaria y te trasladan a la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefia el resto de tu condena.

Mamá está contenta porque dice que así estás más cerca de casa.

Papá, en cambio, no ha dicho nada, sigue mustio, compungido. Parece que con tu detención le han arrancado el alma, no ha vuelto a sonreír desde que te fuiste y bebe más de la cuenta.

La tía Jacinta está preocupada por él porque piensa que algún día puede hacer una locura, pero se equivoca, nuestro padre siempre ha sido pacífico y lo seguirá siendo, lo que le ocurre es que tiene una herida en el alma que no puede curar. Él fue el último que te vio, el que estaba contigo cuando te llevaron y las imágenes de lo que sucedió se repiten una y otra vez en su cabeza.

Langostas, langostas… La maldita plaga de langostas que llenó de desgracias nuestra familia. ¡Ojalá nunca hubieran llegado! ¡Ojalá nunca te hubieran detenido!

No te olvides de nosotros. No te olvides de mí, y cuando te sientas triste recuerda que te estamos esperando.

Te quiere, tu hermana,

Marta

CATORCE

Teguise (Lanzarote) – 1952 - 1954

Labio con labio, piel sobre piel, sus dedos inexpertos recorriendo mi espalda mientras mis ojos lo miraban y admiraban su ser.

Felicidad en estado puro.

Las primeras semanas contábamos los segundos que faltaban hasta que pudiéramos quedarnos a solas. Nos encerrábamos en su buhardilla o nos escondíamos en mi habitación. Cualquier excusa era buena para escaparnos, y su risa decoró cada instante de nuestra relación.

Éramos afortunados, estábamos enamorados y creíamos que nada ni nadie podría acabar con nuestro amor. Los jadeos se escuchaban por encima de las olas y su cariño logró curar mi corazón.

—Te quiero —le susurré una noche, y él no me contestó.

Lorenzo estaba agobiado. Su severa educación cristiana oscureció nuestra alcoba y carcomió sus cimientos, el estigma de la culpa comenzó a estar presente en cada uno de nuestros encuentros y las lágrimas sustituyeron a la risa.

—¿Estamos enfermos? —me preguntó una tarde preocupado y yo, con cariño, negué con la cabeza.

—Si esto es una enfermedad —le contesté con dulzura—, espero que no nos curemos nunca.

Besos, arrumacos, caricias…

Sus ojos verdes me miraban, pero no había amor en ellos, solo angustia.

Paré, frené, cogí sus manos entre las mías y las acerqué a mi pecho.

—Te quiero… Y digas lo que digas, no me enfadaré —le susurré al oído—. Así que, por favor, habla, saca todo eso que llevas dentro y no te deja respirar.

Un suspiro.

Su flequillo ensortijado cayendo sobre su frente y sus labios sonriendo con timidez… Lo conocía bien, quizá demasiado, por eso sabía cuando algo le preocupaba.

—Es más fuerte que mi fe —terminó confesando—. Aunque he intentado resistirme, no puedo evitar sentirme atraído por ti.

Lágrimas, lágrimas descendiendo por sus mejillas…

Estaba traicionando sus creencias, luchando contra todo lo que le habían enseñado.

—Esto no está bien —prosiguió—. Dos hombres no deberían amarse.

—Pero nos amamos —le interrumpí—. Y el amor no es malo… Es bueno.

Lorenzo, derrotado, dejó que lo rodeara con los brazos y se acurrucó en mi pecho.

—Quiero estar contigo —continuó entre sollozos—. Pero también ser un buen cristiano.

La tarde acababa y el sol se ocultaba en el horizonte tiñéndolo todo de tonos anaranjados. Yo, compungido, apreté su cuerpo contra el mío deseando que nada ni nadie pudiera herirlo jamás. Acaricié su pelo con ternura y recogí sus lágrimas con mis labios.

—No tienes que elegir entre Dios y yo —le expliqué—. Puedes amarnos a ambos. Yo jamás te haría elegir entre los dos y estoy seguro de que Él tampoco querría tal cosa.

QUINCE

Teguise (Lanzarote) – 1952 - 1954

Amar, sentir, llorar.

Lorenzo y yo vivimos una relación clandestina que duró casi dos años marcada por el temor, la vergüenza y los remordimientos. Sus ojos me miraban con ternura y yo veía en ellos miedo y felicidad.

El pavor a que nos descubrieran nos perseguía cada mañana. Cada uno de nuestros movimientos estaba condicionado por el disimulo.

Encubrir, camuflar, disfrazarnos…

—Puedo aparentar que soy heterosexual, pero no fingir que no te quiero.

Su mano cogiendo la mía, ese gesto tan inocente, era un mundo para los dos. Las parejas heterosexuales podían hacerlo libremente en la calle, en el cine e incluso en el trabajo… pero nosotros, en cambio, solo podíamos en la intimidad.

Secreto.

Que no lo sepan.

Que no lo averigüen.

Que no lo vean.

El rostro de don Hermenegildo nos obsesionaba y estábamos atentos a cualquier rumor sobre nosotros que pudiera saltar.

—Tengo miedo —solía decirme Lorenzo cuando nos quedábamos a solas, y yo lo silenciaba con un beso.

Amar, sentir, llorar.

Escondernos en su habitación y fingir que estudiábamos mientras nos comíamos a besos.

A Lorenzo le encantaba que jugara con mi lengua en su oreja. Le excitaba que lo hiciese mientras le decía cosas picantes.

—Eres un obseso —me reñía entre risas, y yo le contestaba que por eso me amaba.

Lamerlo, morderlo, acariciarlo, sentir sus embestidas dentro de mí,

mientras mis jadeos eran silenciados por la almohada.

Amor prohibido. Amor reñido.

Los meses que estuvimos juntos fueron los mejores de mi vida.

¡Lo quería! ¡Dios sabes cuánto lo quería!

Piel con piel, labio con labio, su sexo erecto entre mis manos mientras el mío se perdía entre sus nalgas.

—Juntos podremos con todo —solía decirle cuando se agobiaba.

—¿Hasta con Franco? —me preguntaba con ironía, y yo asentía para hacer sonreír a sus ojillos tristes.

—Hasta con Franco —le contestaba.

Persecuciones.

Encierros.

Denuncias.

Los homosexuales eran sistemáticamente objeto de retenciones y abusos por parte de la policía. Muchas eran las historias que se escuchaban sobre palizas, violaciones y fusilamientos a hombres afeminados…

Aprensión.

Desasosiego.

Los gais vivíamos aterrorizados porque sabíamos que en cualquier momento podíamos ser detenidos.

—¿Por qué prohíben nuestro amor? —se quejó una noche cabreado, y yo, intentando alegrarlo, acaricié su flequillo ensortijado y le di un beso en la punta de la nariz.

—A la gente le da miedo lo desconocido —le respondí—. Y no entienden que dos personas arriesguen su vida por amor. Nos persiguen porque saben que somos demasiado valientes para el Régimen.

La represión contra los homosexuales se endureció en 1954.

El diecisiete de julio de 1954 se publicó en la página 4862 del Boletín Oficial del Estado número 198, la Ley de 15 de julio por la que se modificaban los artículos 2º y 6º de la Ley de Vagos y Maleantes, y los cambios fueron un ataque directo a los homosexuales, que a partir de entonces debían ser apartados del resto de reclusos.

«Los homosexuales deberán ser internados en instituciones especiales, y en

todo caso, con absoluta separación de los demás».El encierro podía llegar a ser de tres años y, a su salida, se les prohibía residir en su zona habitual.

«Desterrado… Si me pillan me obligarán a irme de la isla y no podré volver en un año».

Crueldad.

Injusticia.

Los falangistas querían llevar a cabo una «operación de limpieza» para librar a España de los gais, porque defendían que éramos una amenaza para la Patria. Poníamos en entredicho la virilidad del país y cualquier excusa era buena para encerrarnos sin una sentencia condenatoria. ¡Querían terminar con nosotros! Pero cuantos más encerraban, ¡más aparecían! Y el turismo no hizo más que empeorar las cosas.

¡Acabar con ellos!

Los homosexuales éramos una maldición para el Régimen. Querían encarcelarnos y someternos a vigilancia para salvaguardarnos de nuestros depravados instintos, reeducarnos con mano dura para intentar reinsertarnos en la sociedad.

Un pájaro no puede dejar de volar.

Un pez siempre nadará, aunque no haya agua.

—¿Merece la pena? —me preguntó Lorenzo una noche con lágrimas en los ojos—. ¿De verdad compensa que nos arriesguemos por estar juntos?

Yo, que todavía temblaba porque un falangista nos había mirado más de la cuenta en la calle, asentí, aunque no estaba seguro del todo.

—Es preferible vivir con miedo que no atreverse a vivir —le contesté.

DIECISÉIS

El timbre, estridente, sonó para indicar el final de la clase. Esmeralda, con cara apática, guardó los libros en su mochila y consultó su móvil para comprobar si tenía algún wasap o llamadas perdidas, pero no había nada. Todo el mundo estaba demasiado ocupado esa mañana para acordarse de ella.

—Hijo de puta —masculló en voz baja, pero nadie pudo oírla.

Jonathan y ella se habían acostado el viernes anterior. Esmeralda llevaba meses suspirando por sus huesos y finalmente, esa noche, el chico se había acercado a ella y habían acabado en su coche. Hicieron tres veces el amor, dos en el asiento delantero y una en el trasero, la última vez sin condón, y desde entonces el chico no había vuelto a ponerse en contacto con ella.

Esmeralda, compungida, avanzó por el pasillo esperando encontrar el rostro del chico apoyado en alguna taquilla, pero Jonathan no estaba allí. Por lo que le había contado Katia, el chico no había ido hoy a clase.

—Antía, tía… coge el teléfono.

Esmeralda, llena de angustia, había intentado hablar con su mejor amiga, pero Antía estaba sin cobertura. Desde que había empezado a escribir la biografía del anciano, no había quien la pillara, no tenía tiempo para nadie, ni siquiera para ella.

Esmeralda salió al patio arrastrada por la corriente bulliciosa de hormonas que dejaban sus compañeros. Estaba triste y furiosa a la vez, por eso, al llegar a la puerta, no se dio cuenta de que alguien la estaba esperando.

—¡Esmeralda! —la llamaron.

Tensión.

Incertidumbre.

Esmeralda frenó en seco.

La chica solo había visto a la madre de Antía una vez. Fue a recogerlas a la salida de un concierto de Pablo Alborán en el WiZink Center, y desde entonces había pasado mucho tiempo, pero no tuvo dudas en cuanto la vio. Su aspecto estirado y el modo en que la miraba eran inconfundibles.

—Soy Agustina, la madre de Antía —se presentó, y ella agachó la cabeza.

Esmeralda había recibido más de cien llamadas de la mujer en las últimas semanas y no había contestado ninguna.

—Sí, lo sé —respondió.

La señora, con ojos acusadores, la miró usando ese halo de superioridad que la caracterizaba y la señaló con una de sus uñas esmaltadas.

—He intentado hablar contigo mil veces —le reprochó—. Pero como no coges el teléfono y en tu casa siempre me dicen que no estás, no me ha quedado más remedio que venir a buscarte.

La chica, con el pelo alborotado y el rímel corrido, le dio una patada a una lata que había en el suelo en señal de protesta.

—Disculpe, he estado muy liada… Muchos deberes, trabajos en la biblioteca… Ya sabe…

La jueza, alterada, intentaba ser amable, aunque no podía. Lo que más le apetecía en ese momento era coger a esa niñata por los hombros y zarandearla hasta que confesara dónde estaba su hija.

—Esmeralda, Antía lleva dos semanas desaparecida y me estoy volviendo loca. Solo he recibido un mensaje de ella diciendo que está bien y que deje de buscarla, pero poco más —continuó dejando que la angustia impregnara sus palabras—. ¡No sé dónde está! ¡Ni con quién! Y tú eres su mejor amiga… Seguro que sabes algo que me pueda ayudar… Lo que sea… ¿No se ha puesto en contacto contigo?

Esmeralda tragó saliva y negó con la cabeza. Doña Agustina le daba miedo, pero no podía delatar a su mejor amiga. Antía hablaba con ella todas las tardes e incluso habían quedado en el parque alguna vez.

—Ya le dije todo lo que sabía a la policía —le respondió la chica altanera—. Si supiese algo más, los habría llamado.

Menor de edad, menor de edad…

Antía era menor de edad y la estaban buscando.

La policía la había interrogado y ella había mentido.

Doña Agustina, que perdía pronto la paciencia, se agachó y pegó su rostro al de ella.

—¿Estás segura, Esmeralda? —le preguntó amenazadora—. ¿Crees que si pido a la compañía de teléfonos el registro de las llamadas entrantes y salientes del móvil de mi hija tu número no aparecerá?

Tragar saliva.

Doña Agustina era jueza del Tribunal Supremo y podía hacer eso y muchas cosas más. Antía se lo había dicho. La había advertido.

—Esto… Yo… —comenzó a balbucear.

La mentira tenía las patas muy cortas y aunque la mujer no pidiera el registro de llamadas, su número aparecería en la próxima factura de teléfono de Antía cuando llegara a su casa. ¿Qué le iba a decir entonces?

Con el miedo pintado en el rostro, Esmeralda arrugó la ceja donde tenía el *piercing* e intentó sonar lo más convincente posible.

—Le prometo que no sé nada… —continuó.

Doña Agustina inspiró profundamente antes de continuar. Estaba cabreada, furiosa, llevaba dos semanas sin dormir y aquella niñata poligonera estaba jugando con ella en vez de decirle la verdad. ¿Creía que era tonta? Doña Agustina perdió las formas y la agarró de la camiseta con fuerza haciendo que los ojos de los que estaban a su alrededor se dirigieran a ellas inmediatamente.

—¡Dime dónde está mi hija! —le exigió zarandeándola—. ¡Dímelo! ¡Tú lo sabes, estoy segura, así que no me mientas! ¡Dímelo! ¡Confiesa!

Los dientes apretados... Esmeralda estaba tan asustada que casi se hace pis encima. Doña Agustina era jueza del Tribunal Superior de Justicia. ¡Y no quería pasar los próximos veinte años entre rejas! La lealtad terminaba cuando ponía en riesgo su vida.

—¡Está con Acoydan! —terminó confesando.

Silencio.

Una lágrima escapó del ojo de Esmeralda y cayó por su mejilla hasta perderse en su escote.

—¿Acoydan? —le preguntó la señora desconcertada—. ¿Quién es Acoydan?

Esmeralda, con rostro compungido, se limpió las lágrimas con la manga de su camiseta. Había metido la pata, lo sabía. Había vendido a su mejor amiga.

—¡Dime! —insistió acercándose de nuevo a ella—. ¿Quién es Acoydan?

Un suspiro. La joven sacó un clínex y se sonó estruendosamente la nariz.

—Su novio —contestó sabiendo que ya estaba todo perdido—. Acoydan es su novio.

Doña Agustina no podía creer lo que estaba oyendo. ¡Era la primera noticia que tenía sobre él! Su hija no le había contado nada y cuando la policía

interrogó a sus amigas, todas habían dicho que estaba soltera. ¡Habían mentido! ¡Su hija tenía pareja y ella no se había enterado! ¿Cómo había sucedido? ¿No confiaba en ella? ¿Tanto se habían distanciado?

¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Antía se había ido con un hombre! ¡Aquello era peor de lo que imaginaba!

Controlarse, controlarse…

Inspirar y expirar…

Un, dos, tres.

Lo primero era averiguar dónde estaba y conseguir llevársela a casa… Luego se ocuparía de Esmeralda… ¡De Esmeralda y de todas sus amigas! Denunciaría a esas niñatas por ocultar pruebas a la policía y después iría a por él.

—¿Y dónde vive su novio? —la interrogó—. ¿Dónde están?

Esmeralda, apoyada en la reja metálica de la puerta, negó con la cabeza.

—No lo sé… —confesó sintiéndose cada vez más pequeñita—. ¡Le juro que no lo sé! Yo nunca he estado en su casa.

La mujer, desesperada, se aproximó más a ella haciendo que uno de los profesores del centro se percatara de la situación y las señalara desde la distancia.

—¿Y sus apellidos? ¿Los sabes? —insistió.

Esmeralda, con los ojos llorosos, negó con la cabeza.

—No sé nada más, de verdad… Le juro que no lo sé.

Doña Agustina se dio cuenta de que estaba siendo muy dura y decidió aflojar. Esmeralda solo era una cría y no tenía la culpa de lo que estaba sucediendo. ¡Solo estaba protegiendo a Antía!

Silencio.

La inquebrantable fuerza de la jueza viniéndose abajo.

Antía era su punto débil.

Miedo.

Nervios.

Estremecimiento.

Le dolía enormemente que su hija no confiara en ella, que le ocultara cosas, que se escapara de casa…

Antía se había convertido en una desconocida y ella era la culpable. ¡El

trabajo! ¿Acaso no era su hija más importante?

Los ojos de doña Agustina se empañaron y comenzó a llorar.

—Estoy aterrada —confesó la mujer de pronto, mostrándose vulnerable—. Desde que Antía se fue no he pegado ojo y ya no sé dónde buscar… Y ahora me dices que tiene novio y me quedo con la sensación de que no conozco a mi hija… —lamento, llanto—. ¡Antía no me coge el teléfono! ¡Y yo lo único que quiero es verla y comprobar que está bien!

Esmeralda, enternecida, asintió. Doña Agustina solo era una madre asustada que deseaba encontrar a su hija. Antía no estaba haciendo las cosas bien, no estaba siendo justa.

—Hablé con ella anoche y está tranquila —confesó mientras soplaba hacia arriba su flequillo oxigenado—. No tiene de qué preocuparse.

Doña Agustina, agradecida por sus palabras, suspiró y acarició su brazo con ternura. Era la primera vez que la trataba con cariño, que no la miraba como si fuese un gusano o una rata recién escapada de una cloaca.

Colaborar… Esmeralda comenzaba a colaborar.

—Solo una cosa más… —le pidió dando por zanjada la conversación— ¿Sabes dónde estudia o trabaja su novio?

Estaba mal… Lo que estaba haciendo Antía no era correcto. No debía seguir encubriéndola… Sus padres lo estaban pasando fatal… Debían hablar y arreglar las cosas.

—En la Residencia Cumbres Doradas —le contestó sabiendo que la estaba traicionando del todo.

DIECISIETE

Teguise (Lanzarote) – 1954

La langosta africana es un insecto ortóptero que se reproduce rápidamente y se traslada impulsada por las corrientes, tiene costumbres migratorias y es de la familia de los acrídidos.

En noviembre de 1954 Lanzarote fue invadida por las langostas. La plaga tiñó de rojo el cielo y se extendió a gran velocidad por la isla empujada por los vientos del sur.

Los insectos voladores golpeaban las ventanas como si fueran granizos, destrozaron las cosechas y causaron grandes pérdidas. Llantos y gritos de desesperación se escuchaban mientras morían los cultivos. Los agricultores se lamentaban y miraban al cielo sin entender por qué Dios les había mandado ese castigo.

—El mar se teñirá de sangre y llegarán el resto de plagas bíblicas —predecían algunos.

Mi familia lo perdió todo, mi padre enloqueció. Recuerdo que se pasó días enteros luchando contra los insectos hasta que al final desistió. Las langostas eran demasiado numerosas y fue incapaz de defender nuestro sustento.

—¿Qué será de nosotros? ¿Qué será?

La desgracia y la tristeza se ceñía sobre nuestra familia. Mi madre lloraba sin saber que lo peor estaba por llegar y que yo sería el responsable.

DIECIOCHO

Teguise (Lanzarote) 25.02.55

Queridísimo hermano:

Lamento comunicarte que mamá ha muerto.

El entierro fue ayer a las cinco de la tarde. Don Hermenegildo dio una misa preciosa y acudió mucha gente, pero otros, aunque les hubiera gustado ir, se quedaron en sus casas por miedo a parecer demasiado amigos de nuestra familia.

Sé que la noticia te habrá dejado destrozado y me gustaría decirte algo que te hiciese sentir mejor, pero sé es inútil, no existen palabras adecuadas para calmar el dolor cuando se pierde a una madre. Lo único que te puedo decir es que ella te amó hasta el último minuto y que fue la pena por estar separada de ti lo que ha terminado llevándosela.

Papá está mal, lleva semanas sin pasar por el campo y no deja de beber. Desde que murió mamá no ha pasado por casa, ni siquiera se presentó en el velatorio, aunque sí fue a la misa y al entierro.

Siento mucho no poder darte mejores noticias.

Espero que esto sea el final de todas nuestras desdichas y que a partir de ahora todo vaya a mejor.

Te quiere, tu hermana,

Marta

DIECINUEVE

Teguise (Lanzarote) – 1954

Los problemas surgen cuando menos te lo esperas y ponen tu vida del revés. Lorenzo y yo lo descubrimos una tarde, a finales de noviembre, cuando la puerta de mi habitación se abrió y nuestros corazones se pararon.

Un, dos, tres…

El tiempo se congela, deja de avanzar, de fluir.

Era un martes por la tarde. Mi padre estaba en el campo intentando salvar lo que quedaba de cosecha y mi madre había salido a comprar. Estábamos solos, como pocas veces sucedía, y Lorenzo y yo aprovechamos esos instantes para disfrutar del pequeño remanso de paz en el que podíamos ser nosotros mismos.

Un, dos, tres…

Un grito, un grito agudo saliendo de una boca que hizo que nuestra mayor pesadilla se hiciera realidad. Mi madre se había olvidado algo en casa, regresó a los veinte minutos y subió a mi habitación para averiguar qué sucedía, porque estaba escuchando ruidos extraños.

Un, dos, tres…

Ojos que no quieren ver.

Hombres que no quieren ser vistos.

Mi madre, con el rostro desencajado, entró en el cuarto sin dar crédito a lo que estaba sucediendo. Lorenzo, desnudo en mi colchón, gemía de placer mientras yo disfrutaba de su cuerpo.

Un, dos, tres…

—¡Madre del amor santísimo! —chilló escandalizada, y mi saliva se coaguló en su entrepierna.

Miedo. Pavor.

Aterrado, salté de la cama y me cubrí las vergüenzas mientras Lorenzo se escondía bajo el colchón.

¡Nos había visto! ¡Nos había descubierto!

Mi madre había entrado en la habitación sin llamar y la escena que estábamos protagonizando no dejaba ni la más leve duda de lo que estaba sucediendo.

—¡Madre del amor santísimo! —repitió—. ¿Pero qué abominación es esta?

El corazón se me paró.

Una langosta entró por la ventana y se posó en un jarrón.

Insecto ortóptero, voraz, asesino.

—Mamá, por favor, tranquilízate —le supliqué, pero sus gritos, escandalizados, rebotaban en las paredes y hacían temblar los cristales.

Un, dos, tres…

Un, dos, tres…

Sudor, escalofríos.

Lloraba, lloraba desconsolada y por el nivel de sus sollozos parecía que en vez de descubrir que su hijo era homosexual acabara de encontrárselo muerto.

—¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! —chillaba—. ¡En mi propia casa! ¡Qué deshonra! ¡Y con el sobrino del cura! ¿Qué dirá el pobre Hermenegildo cuando se entere? ¿Es que no hemos tenido suficiente desgracia este año?

La plaga de langostas, la plaga de langostas…

Lorenzo, aterrado, comenzó a vestirse temiendo que la policía llegara en cualquier momento.

Los insectos devorando nuestra felicidad, mordiendo nuestros sueños, nuestras ilusiones…

El rostro de mi madre cubierto de langostas y sus patas pegajosas desgarrándole el alma.

—Somos novios —le expliqué sacando valor de donde no lo tenía—. Llevamos dos años juntos y nos queremos.

La bofetada que me dio mi madre aún me duele en la cara. Me pilló desprevenido y las palabras que me soltó a continuación aún escuecen cuando las recuerdo.

—¿Pero qué gilipollez es esa? —me preguntó furiosa—. ¡Que sea la última vez que te oiga decir algo así! Dos hombres queriéndose. ¿Qué monstruosidad es esa? ¡Tú no eres maricón! ¿Me escuchas? Lorenzo es tu amigo. ¡Solo eso!

¡Aunque ahora tendrá que dejar de serlo! —Miedo, pavor—. ¿O es que quieres buscarnos la ruina? ¿Quieres ir a la cárcel? ¿Es eso? ¿Que nos metan presos a todos?

Yo, con lágrimas en los ojos, no podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero nos queremos, mamá —protesté.

Mi madre, sin mostrar un ápice de compasión, inspiró profundamente y escupió al suelo.

—Solo los ricos pueden permitirse ciertas cosas —alegó sin ocultar el desprecio en sus palabras—. Y Lorenzo es rico, ¡pero tú no! ¿No te das cuenta? ¡Él es el sobrino del cura! Si os cogen, a él no le harán nada, pero nuestra familia caería en desgracia. ¡Te culparían de todo! —continuó mientras apretaba los puños con fuerza—. ¿Y qué pasaría entonces? ¿Qué harían contigo? ¿Qué harían con nosotros? ¿Sabes a qué te estas exponiendo?

Lágrimas, lágrimas de rabia cayendo por sus mejillas, mientras Lorenzo, en silencio, terminaba de vestirse en una esquina de la habitación.

—¡Así que me da igual lo que sientas! —gritó mi madre fuera de sí—. ¡Tienes que dejar de verlo! Lorenzo ha muerto para ti ¿Comprendes? Corta con él y termina con esta abominación si no quieres que yo misma vaya a la policía a denunciaros. Así, por lo menos, no nos acusarán a tu padre y a mí por cómplices.

Un, dos, tres…

Sudor, escalofríos.

Actos inmorales.

Contrarios a la moral pública.

Vicio.

Sodomía.

—Te quiero —susurré en voz baja para que él lo pudiera escuchar, pero Lorenzo ya se había ido corriendo de la habitación.

VEINTE

El sol se ocultaba en el horizonte y sus últimos rayos, traviesos, se colaban a través de las cortinas iluminando vagamente los azulejos del suelo. Terminaba el día en la Residencia Cumbres Doradas y don Manuel, cansado, observaba cómo Acoydan recogía la bandeja de la cena.

—A descansar, que mañana tiene trabajo —bromeó el gerocultor; y el anciano, que se resistía a cerrar los ojos, negó con la cabeza.

—¿Has leído las últimas notas de Antía? —le preguntó.

Acoydan, que cada mañana durante el desayuno devoraba las páginas que su novia había escrito por la noche, asintió con la cabeza.

—Sí, claro, las estoy leyendo todas.

—¿Y?... —lo interrogó expectante.

El gerocultor se encogió de hombros. Aunque en general la historia le estaba gustando mucho, había una parte que no le cuadraba, pero no sabía si debía preguntárselo o no.

—Tengo una duda —terminó confesando.

El anciano, diligente, se incorporó en la cama.

—Realmente… ¿fue su madre? —le preguntó y, al hacerlo, sus ojos verdes se entornaron como si temiese escuchar su respuesta—. ¿Ella lo denunció?

—Los homosexuales en aquella época podíamos acabar en la cárcel por varios motivos —le explicó—. Denuncias particulares, redadas, pero también, en ocasiones, muchos fueron a prisión por investigaciones más o menos fundadas de los servicios de información de la Falange o la Guardia Civil.

Acoydan, que empezaba a impacientarse, insistió.

—¿Y cuál fue su caso?

Don Manuel, que todavía se entristecía al pensar en lo ocurrido, carraspeó para aclararse la garganta y finalmente contestó.

—Una denuncia particular —contestó—. Nunca me informaron de quién lo hizo, pero yo siempre lo he tenido claro. Me detuvieron tres días después de que mi madre nos descubriera —prosiguió—. Y no lo sabía nadie más.

Silencio.

La silla de ruedas apoyada en la pared.

Su madre. Su propia madre. Aquello era tan atroz que era mejor no pensarlo. ¿Cómo pudo hacer algo así? ¡Enviar a la cárcel a su propio hijo!

—¿Y sabe por qué lo hizo? —lo interrogó Acoydan desconcertado—. ¿Se lo preguntó?

El octogenario, que recordaba aquellos días como los más oscuros de su vida, negó con la cabeza.

—No tuve la oportunidad. —le confesó compungido—. Ella falleció mientras yo estaba en la cárcel.

Duelo, pena, aflicción.

El rostro de Acoydan deprimido.

—¿Y su padre? —insistió—. ¿No le contó lo que sucedió?

Don Manuel, que hasta ese momento había guardado la compostura, suspiró y sus ojos castaños se humedecieron.

—Mi padre desapareció poco después —le contó con un nudo en la garganta —. No sé si lo fusilaron o si dejaron que se pudriera en algún agujero peor que el mío.

La bandeja con los restos de comida en el carro y la luz de su lámpara de noche temblando, como si se fuera a fundir.

A don Manuel le dolía la espalda y se le estaban hinchando lo pies.

Furia, dolor, injusticia… Una familia destruida por una historia de amor. La vida de don Manuel estaba llena de desgracias que jamás debían haber ocurrido.

—¿Y sus hermanos? —le preguntó Acoydan barajando una última opción para desvelar ese misterio—. ¿No le contaron nada?

El octogenario se encogió de hombros y trató de sonreír, aunque no pudiera.

—Soy hijo único —respondió—. Mis padres eran toda mi familia y los perdí estando en la cárcel. No me quedó nadie. Cuando salí de aquel infierno estaba solo.

Dolor.

Traición.

Sufrimiento.

Primero una pérdida.

Después otra.

Estaba solo y encerrado en su peor momento.

—Entonces… —comenzó a argumentar Acoydan—. Realmente… No sabe si lo hizo ella ni sus motivos.

Don Manuel, que había asumido aquel episodio hacía muchos años, negó enérgicamente con la cabeza.

—Fue ella —sentenció—. Cuando nos sorprendió en la cama nos amenazó con denunciarnos para proteger a mi familia. Si nos acusaba, por lo menos, ella y mi padre quedarían libres.

Sus lamentos, sus gritos… La bofetada que le había dado todavía ardiendo en su cara.

—Pero no me denunció por eso —le explicó entristecido—. Creo que sus motivos fueron otros, yo la conocía bien.

El gerocultor, desconcertado, se rascó la cabeza.

—¿Por qué cree usted que lo hizo?

El anciano, convencido, sonrió con amargura.

—Una madre es una madre y piensa en sus hijos más que en sí misma —prosiguió—. Pero era otra época y la gente tenía otra mentalidad. Mi madre era una mujer recta y católica. Lo que vio en aquella cama fue más de lo que podía asumir. Para ella, tener un hijo gay era una desgracia. Denunciarme era la única opción que tenía para conseguir que volviese al buen camino, para que me curaran. Los falangistas les habían vendido que nos internaban para reinsertarnos.

Su madre le denunció para que lo salvaran de esas tentaciones insanas que iban a llevarlo al infierno. No lo aceptaba. No asumía su homosexualidad y lo hizo por él, pensaba que al entregarlo a la policía estaba haciendo lo mejor para él.

¡Monstruo!

¡Sarasa!

¡Pervertido!

Quería que lo internaran y le sacaran aquellas aberraciones de la cabeza.

Actividades contrarias a la moral.

¡Sodomía!

Una pausa.

El gerocultor le había puesto una almohada en la parte baja del colchón para que pusiera los pies en alto, pero aun así le molestaban.

—Eso es lo que creo que pasó —concluyó don Manuel—, pero la verdad no la sabremos nunca. En aquella fecha no hacía falta tener pruebas para denunciar. La simple sospecha valía para denunciar a alguien, así que pudo ser cualquiera.

El anciano recordando el rostro de sus vecinos y pensando que alguno de ellos pudo ser su verdugo. Don Hermenegildo, el cura, siempre había estado en su lista de sospechosos. Quizá su madre, en vez de a la policía, fue a la iglesia y le contó lo sucedido bajo secreto de confesión, y el hombre, al tratarse de su sobrino, tomó cartas en el asunto. Pudo ser el párroco, pudo ser su madre, pudo ser cualquiera.

—¿Y si fue Lorenzo? —se aventuró a preguntar Acoydan.

Los ojos de don Manuel abriéndose más de la cuenta.

—¿Lorenzo? —repitió desencajado—. ¿Estás loco? ¿Qué ganaba él haciendo algo así? ¡Él me quería! Y si me denunciaba se exponía a ser detenido también. Él era el único que tenía motivos para no hacerlo.

Silencio.

Un secreto que llevaba años enterrado y que nunca nadie iba a saber.

—Pudo ser cualquiera, cualquiera menos él —susurró en un lamento—. El que menos te esperas… Y por cualquier motivo…

Langostas.

Langostas voraces comiéndose su corazón.

VEINTIUNO

Teguise (Lanzarote) 29.02.55

Queridísimo hermano:

Ha pasado algo horrible. Parece que las desgracias se están cebando con nuestra familia y no nos van a dejar en paz. Hoy nuestro padre, enloquecido, ha atacado a don Hermenegildo a la salida de la iglesia.

El cura está bien, no quiero que te preocupes, solo ha sido un puñetazo, pero nuestro padre ha sido detenido y no sé qué harán con él.

Yo he llorado y suplicado que lo liberen. Les he explicado que desde la muerte de nuestra madre, él ha perdido la razón, pero no he conseguido ablandar el corazón de nadie.

Tengo miedo, Manuel, miedo por lo que dicen y por lo que ha gritado él.

Te echo de menos.

Hoy más que nunca me gustaría que estuvieses a mi lado.

Te quiere, tu hermana,

Marta

VEINTIDÓS

Teguise (Lanzarote) – 1954

El 23 de noviembre de 1954, a las dos y media de la tarde, una pareja de policías fue a arrestarme al campo donde trabajaba con mi padre. Era un día caluroso en el que el sol se escondía de las nubes y bañaba la tierra con sus ardientes rayos.

Recuerdo que tenía sed, sentía la lengua pastosa en la boca y estaba fantaseando con el jarro de agua fría que me bebería cuando hiciéramos el descanso. Ese fue mi último pensamiento como hombre libre antes de que llegara la camioneta.

Yo solo era un crío de dieciocho años que lloraba asustado, demasiado joven para lo que iba a vivir y lo suficientemente viejo para saber que no iba a escaparme.

Me acusaban de sodomía y delitos contra la moral pública. Alguien me había denunciado.

¡Monstruo!

¡Anormal!

¡Desviado!

Por mucho que intento esforzarme en explicar cómo me sentí en aquellos momentos, nunca encontraré las palabras exactas que describieran mis pensamientos. Todo se mezcló, se emborronó, se convirtió en una amalgama de emociones difusas donde el terror, la rabia y la impotencia fueron las principales protagonistas.

¿Cuál es tu mayor miedo? ¿Qué te atemoriza? Mis peores pesadillas se hacían realidad y no podía hacer nada para impedirlo.

Temblor, escalofríos…

Mi padre entró en cólera, gritó que aquello era un error y trató de defenderme, pero los policías, con una brutalidad desmedida, me pusieron un fusil en la boca y nos ordenaron que no me resistiera.

El sabor del hierro, el odio, la sangre, el tacto metálico del cañón entre mis

labios mientras pensaba que iban a dispararme.

Llorar, implorar…

El tiempo pasa lentamente cuando te están apuntando con un arma. Pánico, terror…. Mi cuerpo temblaba, pero mi mente era incapaz de asimilar lo que estaba sucediendo, el dedo de mi hostigador en el gatillo y el cañón entre mis dientes. ¡No quería luchar! ¡No podía! Lo único que deseaba en ese momento era sobrevivir, así que en vez de golpearlo o intentar salir corriendo, me limité a suplicar en voz baja que no dispararan mientras, aterrorizado, me orinaba encima.

La sonrisa de Lorenzo, en eso pensé mientras me arrastraban de los pelos. Cerré los ojos unos segundos y recordé los hoyuelos que se le formaban en las mejillas cuando me sonreía. Debía ser fuerte por él, por nosotros.

Insultos, gritos, patadas…

Las manos de Lorenzo cogiendo las mías y sus labios diciéndome sin palabras que me quería, porque no era necesario hablar. Cuando él me miraba yo sabía lo que sentía, y sus sentimientos por mí eran tan profundos y puros como los míos.

Impotencia, una enorme impotencia al sentir que mi mundo se derrumbaba de manera totalmente injusta y que era incapaz de hacer nada. La vida que había llevado hasta ese momento terminaba, los hechos traumáticos que iba a vivir a partir de ese instante cambiarían mi historia y me transformarían para siempre, nunca más volvería a ser el que era, me convertiría en un ser asustadizo que viviría eternamente en las sombras.

«Te quiero».

«Si esto es una enfermedad, espero que no nos curemos nunca».

«El amor no es malo… Es bueno».

Miedo. Terror. Historias sobre abusos y asesinatos pasando por mi cabeza.

«Juntos podremos con todo… Hasta con Franco».«Es preferible vivir con miedo que no atreverse a vivir».

Me metieron a empujones en la furgoneta y me trataron como si fuese un apestado. No pude despedirme de nadie. Mi vida acabó así, de improviso. No le dije adiós a Lorenzo ni a mis amigos ni a mi madre. Solo me dio tiempo a mirar a mi padre a los ojos y decirle sin palabras que lo quería.

Un pájaro no puede dejar de volar.
Un pez nadará, aunque no haya agua.

¡Invertido!
¡Depravado!

Estaba horrorizado, intentaba pedirles que me dejaran en paz, pero de mi garganta no salían sonidos, solo langostas.
Langostas.
Langostas devorando la cosecha y cualquier esperanza de vida en la isla.

El primer puñetazo me lo dieron en la camioneta. Un falangista me acusó de mirarlo mal al entrar y me partió el labio de un golpe.
Dolor. Angustia. Retraimiento.
Después, su compañero me escupió y me llamó «maricón de mierda».Frustración, impotencia.
El tercer ocupante del vehículo, que quería ser más gracioso, orinó en mi cara ensangrentada, lo que provocó la risa de los demás.
Humillación, deshonra.

¡Monstruo!
¡Anormal!
¡Desviado!

¿En qué momento mi vida había perdido su valor? Una hora antes estaba con mi padre en nuestra parcela intentando recuperar los cultivos, era un chico normal que estudiaba, trabajaba y que todos respetaban, y unos minutos después, la percepción sobre mí que tenían los demás había cambiado completamente; había pasado de ser un joven honorable a un bujarrón, alguien atroz, ¡un maricón!, un sarasa degenerado al que los demás podían atacar sin remordimientos.
¡Monstruo!
¡Anormal!
¡Desviado!
Nunca entenderé por qué algunos heterosexuales, para demostrar su virilidad, tienen que agredir y humillar a los homosexuales. Es algo absurdo, ridículo, pero en aquella camioneta parecía que los falangistas competían para ver cuál de los tres era más cruel conmigo para probar a los demás que no

tenían nada que ver con lo que yo representaba.

Solo. Herido. Asustado.

Lo que más me afligía era que yo conocía a los hombres que me llevaban. Eran tres mozos del pueblo con los que yo había bebido alguna vez; uno de ellos era Pascual, que me ayudó a cargar con Lorenzo hasta su casa el día que se cogió la borrachera.

—Maricón —me insultó al verme llegar a la furgoneta, y me dio una patada en la entrepierna.

Todo cambia, se destruye, se desvanece.

Los acontecimientos eran tan injustos que era incapaz de digerirlos.

Impotencia.

Estaba aterrado, no sabía dónde me llevaban ni qué pensaban hacer conmigo, creía que iban a fusilarme al bajar de la furgoneta, pero no fue así. El vehículo paró en la puerta de la comisaría y me sacaron a rastras por los pelos.

—¡Te vamos a quitar las ganas de follarte a otro chico del pueblo! —me chilló en la puerta un policía robusto que yo no conocía. Mis labios ensangrentados suspiraron, y yo sabía que mi pesadilla solo acababa de comenzar.

VEINTITRÉS

Antía apagó la grabadora y se quedó en silencio un rato observando al anciano mientras se secaba las lágrimas. Aquella parte de la historia era la más dura que habían compartido desde que habían empezado sus visitas y parecía que los quebrantos solo acababan de empezar. La voz de don Manuel se había encharcado en mitad del relato y ella había sentido cómo se le erizaba la piel. Había estado a punto de parar, de hacer una pausa, pero el anciano le había rogado con la mano que lo dejara continuar hablando y ella lo había grabado sin poder contener el llanto.

—¿No volvió a verlo? —le preguntó cuando los ánimos se habían calmado un poco.

Don Manuel, que había aprovechado el receso para beber un poco de agua, la miró con una tristeza infinita y negó con la cabeza.

—No —le confesó—. Lorenzo y yo nunca nos volvimos a ver. Estando en Tefía me enteré de que se fue a vivir a Argentina.

La chica, sorprendida, abrió mucho sus ojos azules.

—¿Argentina? —repitió.

El octogenario, que estaba en la cama, con la almohada doblada para estar más incorporado, asintió y dejó que una sonrisa triste se asomara entre los pliegues de su piel.

—Sí —le explicó—. Su madre tenía familia allí y decidió huir y empezar una nueva vida.

Antía, decepcionada, puso los ojos en blanco.

—¿No lo esperó? —insistió.

Don Manuel, que había llorado por Lorenzo todo lo que sus ojos le habían permitido, negó con la cabeza, y al ver la mueca de desaprobación de la chica decidió defenderlo esperando que Antía lo comprendiera.

—Lanzarote no era un sitio seguro para él. Yo estaba en la cárcel y las sospechas sobre su homosexualidad se triplicaron —argumentó—. Mi madre murió, a mi padre lo detuvieron… Lorenzo pensó que si se quedaba en la isla él sería el siguiente.

Se fue.

Cogió un barco y se marchó.

Huyó y no lo esperó.

Lo dejó pudriéndose en un agujero.

Silencio.

Antía, que soñaba con un reencuentro, se mordió el labio inferior y suspiró disgustada.

—¿Y no fue a buscarlo cuando salió de la cárcel?

Don Manuel, conmovido porque la chica buscara un final feliz a su historia, sonrió y le explicó emocionado lo que había sucedido después.

—Cuando terminó mi cautiverio lo intenté, pero no era fácil —le explicó —. Estuve un año exiliado viviendo en Fuerteventura, no tenía dinero, no tenía amigos y no me encontraba en mi mejor momento. ¡Buscarlo en esas condiciones era impensable! Todos mis esfuerzos en esos meses eran para recomponerme, conseguir comida y sobrevivir. —Recuerdos dolorosos, vender su cuerpo por un poco de pan duro—. Cuando regresé a Lanzarote, lo único que encontré fue una casa vacía y a la familia de Lorenzo haciéndome la vida imposible. ¡No querían que el maricón que había intentado mancillar el nombre de su familia compartiera calle con ellos! Don Hermenegildo en la Iglesia lanzaba sermones contra mí… No duré mucho… Malvendí lo poco que tenía: las tierras y la casa de mis padres, y me fui a vivir a Madrid. En mi isla nadie iba a darme trabajo, y aquí, por lo menos, podía luchar por tener un porvenir. —Tráfico, humo, polución, añorar la costa paradisíaca donde se había criado.

Antía, impaciente, se mordió una uña.

—¿Y no le escribió ni lo llamó por teléfono en todo ese tiempo?

El anciano, que había pasado meses enteros buscando información sobre él, suspiró.

—No tenía su dirección y su familia se negaba a dármela. ¡No tenía modo de dar con él! ¡Y Argentina es demasiado grande! Lorenzo había desaparecido y dudo mucho que alguien le informase de que yo ya había salido de Tefia.

Una historia de amor interrumpida, rota.

Don Manuel dándole otro sorbo al agua de la taza de cerámica que tenía sobre la mesita de noche.

—Un año después, me enteré por unos conocidos comunes que Lorenzo

había rehecho su vida. —Su voz seria, pausada, como si aquel descubrimiento lo hubiera hecho llorar—. Se casó con una costurera en Argentina y tuvo dos hijos.

Antía, sin creer lo que estaba escuchando, se levantó de la silla y bufó.

—¿En serio? —protestó malhumorada— Pero… ¿Lorenzo era gay o también le gustaban las mujeres?

El octogenario, melancólico, giró la cabeza y miró por la ventana como si a través de las cortinas pudiese contemplar el rostro del chico del que una vez se enamoró.

—Lorenzo me confesó una vez algo y no lo entendí hasta que fue demasiado tarde—recordó—. «Yo no soy tan valiente como tú«, me dijo, «a mí me da miedo el infierno, el pecado y la cárcel, yo no tengo el valor suficiente para dejarme llevar por los sentimientos y permitirme amar a un hombre».

—¡Cobarde! —masculló la joven enfadada, y don Manuel, molesto, negó con la cabeza.

—No te equivoques, Antía —la reprendió—. Ahora es fácil juzgar y decir algo así, pero era otra época, otros tiempos, había otras reglas… Si me preguntas a mí, después de todo lo que me tocó vivir, yo no diría que Lorenzo fue un cobarde; simplemente, fue más inteligente que yo.

Amargura, amargura en esas palabras y en esa confesión.

Manuel y Lorenzo se amaban, pero su relación estaba prohibida, maldita.

"Repugnantes aberraciones".

"Nefando tráfico sodomítico".

Se fue. Lorenzo se marchó dejando atrás esa injusticia y el sufrimiento. Los homosexuales en España eran unos proscritos y todo el mundo tenía derecho a abusar de ellos y pisotearlos.

¡Monstruo!

¡Invertido!

¡Sarasa!

El ruido de un carro pasando por el pasillo. Una gerocultora obesa lo empujaba cansinamente hasta la habitación de al lado.

Antía, frustrada, se encogió de hombros y le animó a proseguir esperando encontrar algo positivo en toda esa historia.

—Pero… volvió a enamorarse, ¿no? —le preguntó ilusionada, deseando

escuchar un «sí» como respuesta—. Después de Lorenzo supongo que habrá habido otros hombres y alguno de ellos habrá sido el gran amor de su vida.

Don Manuel, afligido, agachó la mirada como si se avergonzara.

—Después de Tefía tarde mucho en recuperarme —le explicó—. Años, décadas, es difícil de precisar… Y aun así, nunca volví a ser el mismo. Cuando te han dicho tantas veces que eres un monstruo, llegas a creértelo y es difícil lograr que alguien se enamore de ti cuando ni siquiera tú te quieres a ti mismo.

Silencio.

Las secuelas de las torturas y los insultos eran menos evidentes que las cicatrices de su espalda, pero parecía que lo habían marcado más.

Miedo, represión, vergüenza…

Llegar a pensar que era un enfermo que no se merecía amar.

La joven, apenada, cogió su mano y la acarició con ternura. No había abrazos suficientes para calmar la angustia que aquel anciano sentía por dentro. Le pegaron, lo violaron, lo ultrajaron… Rompieron su vida por la mitad y se mearon en los pedazos.

Recomponerse, reconstruirse.

Es difícil volver a hacer un puzle cuando han roto la mitad de sus piezas. Lo puedes montar (¡lo debes hacer!), pero el resultado no tiene nada que ver con la fotografía que venía en la tapadera de la caja.

Tefia… Tefía… Colonia agrícola de carácter reformador.

¿Qué le había hecho Tefia al anciano?

Una duda asaltando su mente y una pregunta que no había formulado a punto de aparecer. Había algo en su relato que no terminaba de cuadrarle.

—Solo una cosa más… —le comentó sacándolo de sus cavilaciones—. ¿Cómo se enteró en Tefía que Lorenzo se había ido a vivir a Argentina? ¿Quién se lo dijo?

Don Manuel, que había permanecido callado hasta ese momento, se enderezó y sonrió como si hubiera hecho una travesura.

—Estando en Tefía me mandó cartas —le contestó con picardía.

La chica, desconcertada, se rascó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Le entregaron cartas suyas? —le preguntó dudosa—. ¿Lo detuvieron por tener una relación con él y le daban su correspondencia? ¿No la retenían?

El octogenario, divertido, asintió con la cabeza. Aquello había sido un

problema, pero lo habían logrado solventar.

—Lorenzo me escribió varias cartas desde Lanzarote y una desde Buenos Aires, pero nunca las firmó con su nombre ni con su dirección —le aclaró.

Antía, perdida, se encogió de hombros.

—Firmaba como Marta, mi hermana —concluyó—. Y yo soy hijo único.

VEINTICUATRO

Teguise (Lanzarote) – 1954

Desnudo, vulnerable y de rodillas, con el rostro ensangrentado.

Las losetas del suelo estaban congeladas y las burlas de los policías me hacían estremecer. Me habían pegado, insultado y tenido veinticuatro horas en una celda sin comer ni beber y ahora, por fin, cesaba mi cautiverio.

¿De qué me acusaban? ¿Cuál era mi delito? ¿De verdad me habían condenado por amar?

—Ponte de rodillas y no te muevas —me habían ordenado.

Dos agentes que no conocía me sujetaron por los brazos para inmovilizarme mientras un tercero entraba en la habitación cargando una máquina de cortar el pelo vieja y oxidada.

—Vamos a esquilar a esta niñita —pronunció con voz sádica, y yo sentí que me moría.

Los mechones de pelo ensangrentados caían por mi cuerpo mientras el gendarme, despiadado, golpeaba a conciencia mi cuero cabelludo con la recortadora haciendo que las cuchillas arrancaran parte de mi piel.

Las lágrimas se derramaban de mis ojos mientras repetían insultos uno tras otro.

—Ahora sí que estás guapa —me dijo el más viejo de los tres, y antes de soltarme el brazo me escupió en la cara con odio.

Triste. Solo. Aterrado. Hundido.

Me encerraron otras veinticuatro horas en el calabozo, sucio, mugriento, sin ver más luz que la poca que entraba por la ventana.

Tenía hambre, sed, y los calambres se convirtieron en unos improvisados compañeros.

De vez en cuando alguien pasaba por mi celda y se encargaba de revisar que siguiera respirando. Por lo visto, a un superior le daba miedo que se les hubiese ido la mano.

—Sal de ahí muchacho —me ordenó una voz ruda la tercera noche—. Tienes que firmar tu declaración.

Mi declaración… ¿Cuándo había declarado?

Me llevaron a una oficina, me entregaron un documento y me obligaron que lo firmara. ¡No me lo dejaron leer! Y yo estaba tan asustado que les hice caso sin pensar en las consecuencias. En mi confesión yo reconocía que era homosexual, un invertido deplorable que había intentado mancillar el honor del sobrino de don Hermenegildo y lo había obligado a llevar a cabo actos repugnantes contra natura que ofenden al pudor y las buenas costumbres.

Inducir, incitar…

"Nefando tráfico sodomítico".

Mi declaración ya estaba firmada y mi pena impuesta.

Dos días después, ingresé en la prisión de Barranco Seco en Gran Canaria.

VEINTICINCO

Buenos Aires (Argentina) 05.07.55

Queridísimo hermano:

Perdóname por tardar tanto en escribirte, pero me ha sido imposible hacerlo antes. Como verás en el matasello, han pasado muchas cosas desde la última carta que te envié y ahora resido en Buenos Aires, en casa de la familia.

La situación en Lanzarote era insostenible. Tras la detención de nuestro padre había ojos que me acechaban por todas partes y llegué a temer por mi seguridad. Hice lo que pude por ayudarlo, pero como no encontré solución, decidí huir antes de convertirme en la siguiente.

Necesitaba dejar de llorar, parar de sufrir, pero por encima de todo ansiaba dejar de tener miedo.

¡No te imaginas lo que pené durante la travesía! Me dolía alejarme de la isla y distanciarme de ti. Sabía que al marcharme ponía un océano entre nosotros, pero no había otra solución para solventar este entuerto.

Argentina está muy lejos, pero no lo suficiente para distanciarme de ti.

Lo que más me hubiera gustado en el mundo es despedirme, verte unos segundos, tenerte entre mis brazos y susurrarte al oído lo mucho que te quiero, pero ni eso nos han permitido, por eso te lo escribo por aquí:

Te quiero, te quiero, ¡te quiero! Y que me marche no significa que haya dejado de quererte.

¡He sufrido mucho! No es fácil adaptarse a otro país, a otra gente, a otras costumbres… Sobre todo, cuando tu corazón ha dejado de latir.

Cada día, al levantarme, pienso en ti.

No sé cómo estás ni qué estarás haciendo. Tampoco sé si te acuerdas de mí. ¡Yo no te he olvidado ni pienso hacerlo nunca! Tu recuerdo sigue anidado en mi pecho y me da fuerzas para sobrevivir.

A veces por las noches, entre llantos, fantaseo con un mundo ideal en el que amar no esté condenado. Me da rabia pensar en lo que teníamos y lo que nos han arrebatado. A ti te quitaron la libertad y a mí me robaron mis sueños. Nunca volveremos a ser los

que éramos, nunca recuperaremos lo nuestro.

Llorar, sufrir, mendigar…

¿Lamentarse o pasar página?

No sé qué será de mí en este país y tampoco qué tendré que hacer para adaptarme, pero lo único que te puedo asegurar es que, pase lo que pase, al cerrar los ojos por las noches lo único que veré será a ti y tu sonrisa. ¡No lo olvides nunca! Te quiero y jamás renunciaré a ti ni a tu recuerdo.

Te quiero y siempre te querré.

Tu hermana,

Marta

VEINTISÉIS

El gerocultor estaba empezando su ronda cuando recibió el aviso. Encarna, con cara de pocos amigos, se acercó a él y le pidió que fuera al despacho de Mari Puri con urgencia porque lo estaba buscando.

—¿Otra vez? —protestó el joven—. ¿Qué he hecho ahora?

La limpiadora, disgustada, arrugó el gesto.

—Es importante —le avisó—. Así que, por favor, no tardes.

Acoydan, que llevaba varios días intentando cumplir las normas, como ella le había pedido, suspiró sin saber qué estaba sucediendo. Parecía que la tranquilidad en sus prácticas no iba a ser posible nunca.

Sudor en la palma de las manos.

Sus zuecos anatómicos avanzando por el pasillo lo más rápido que podían.

—Mari Puri, ¿se puede?

La jefa de gerocultores lo esperaba de pie junto a la ventana. Tenía unos papeles en la mano y el rostro sombrío. Estaba seria, firme, preocupada y no le sonrió al llegar, lo que hizo que Acoydan se pusiera más nervioso.

—Sí, pasa —le pidió con frialdad—. Siéntate.

El gerocultor, entró con timidez en el despacho y ocupó la silla que otras veces había usado. Su jefa, sin mediar palabra, se quedó de pie, observando decepcionada a aquel joven al que había comenzado a tomar cariño. ¡No era justo! Le dolía lo que tenía que hacer.

—¿Está todo bien? —balbuceó Acoydan alarmado.

El segundero del reloj de Ikea avanzaba lentamente, mientras Mari Puri se quitaba sus gafas de pasta y limpiaba los cristales con un trozo de papel. No sabía cómo empezar. ¡Estaba tan apenada!

Una mosca entrando en el despacho y posándose en su piel; el chico nervioso espantándola de un manotazo.

—¡Joder, Acoydan! —explotó la jefa de gerocultores como si no pudiese aguantar más—. ¿En qué mundo vives? ¿Cómo no me contaste que Antía era menor de edad?

El chico palideció. ¿Antía? ¿Qué tenía que ver ella con eso? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué ocurría? ¿Por qué su supervisora se había puesto tan seria?

Sudor en las manos, secarse la palma en la pernera del pantalón, saliva espesa en la boca.

Tic tac, tic tac, tic tac… El reloj corre y no va a parar.

—¿Antía? —repitió anonadado.

Mari Puri, disgustada, se puso las gafas y suspiró antes de continuar.

—¡Te avisé! —prosiguió como si necesitara justificarse—. Tenías una falta grave y con dos te suspendería las prácticas.

Temblor en los labios, en la pierna, en la boca.

¿Estaban hablando de eso?

¿De sus prácticas?

¿Lo iban a echar?

—No comprendo… ¿Qué ocurre?

La jefa de gerocultores, decidida, se acercó a la silla y se puso frente a él. Los ojos verdes del chico la miraban y seguían sin comprenderla. Su corazón acelerado… No sabía qué había hecho Antía y por qué su comportamiento iba a costarle las prácticas.

—Esta mañana he recibido una llamada de doña Agustina Cardona —le explicó Mari Puri como si aquello fuera realmente grave—. Me ha contado que su hija se fugó de casa hace veinte días y que desde entonces vive con alguien de mi personal. Al pronunciar el nombre de Antía le dije que la conocía.

Sudor en las manos, en la espalda, en los hombros.

—¡Joder, Acoydan! ¡Me has hecho quedar como una estúpida! ¡Tiene diecisiete años! ¡Diecisiete! ¡Y la policía la está buscando! ¿Cómo me has ocultado eso? —la jefa de gerocultores no podía creer lo que estaba pasando —. ¿Sabes en qué lío nos has metido por traerla aquí?

Un nudo en el estómago. Ganas de gritar, de llorar, de salir corriendo.

—¡Doña Agustina va a denunciarte por abusos sexuales a una menor! —le chilló desencajada—. ¡Y a nuestro centro por cómplice!

Temblor. Escalofríos.

Acoydan iba a abrir la boca, pero no supo qué decir. El corazón sobresaltado se le iba a salir del pecho.

¿Abusos sexuales? ¿Eso había dicho? ¿Denuncia?

Mari Puri, con los ojos llorosos, agachó la cabeza y le pidió que saliera del

despacho.

—Tienes diez minutos para recoger tus cosas y marcharte —le informó entristecida—. Si en ese plazo no te has ido de la residencia, no me quedará más remedio que llamar a seguridad. Así que vete sin protestar, por favor. No hagas esto más difícil.

PARTE III

TEFIA

UNO

Arrecife, 27 noviembre de 1955

INFORME MÉDICO

Nombre: Manuel Artiles Fajardo
Edad: 18 años
Altura: 1,78 m
Peso: 73 kg
Natural de: Teguise (Lanzarote)

El paciente presenta una salud física correcta y en su historial no aparece que haya padecido ninguna enfermedad grave.

Como resultado de la exploración física se observa que nos encontramos ante un homosexual femenino de amaneramiento leve en sus movimientos y en la forma de expresarse. Presenta dilatación esfinteriana, por lo que procedo a diagnosticar que el paciente es un desviado pasivo. Su patología lleva asociada una personalidad psicótica derivada de su perversión y puede ser un peligro para él mismo y los que lo rodean.

Recomiendo su internamiento inmediato en un centro psiquiátrico o institución de carácter reformador que proteja al paciente y a la sociedad de sus actos inmorales.

DOS

Franco, en una entrevista concedida en enero de 1939, indicaba que era obligación suya poner a disposición de los redimibles los medios necesarios para hacer posible su salvación, y que el modo para lograr que aquellos hombres y mujeres volvieran al buen camino era el trabajo.

Trabajos forzados en cárceles para lograr el arrepentimiento y la redención de sus almas.

Las justificaciones religiosas del Régimen a tales penas eran muchas. Afirmaban que era una gracia de España el rescate espiritual logrado por la retractación y el esfuerzo físico en el trabajo.

Visto desde fuera, se podía considerar que el sistema penitenciario español estaba formado por campos de concentración, pero su concepción era otra: en realidad se trataban de una obra de caridad cristiana para recuperar al recluso como español y como hombre.

«En España no se confina a los delincuentes con el único propósito de alejarlos del contacto con la sociedad», afirmaba Francisco Aylagas Alonso, director general de Prisiones del Régimen, el 30 de agosto de 1947 en el diario Falange, «sino que, interpretando el sentido humano y cristiano que define a nuestro régimen, se les recupera y devuelve a la convivencia nacional dignificados por el trabajo».

Dignificados por el trabajo.

Por el trabajo, por los insultos, por los latigazos.

Dignificados por el hambre, los abusos y la miseria.

Obras de caridad.

Obras de caridad con yagas en los ojos.

En 1953, don José María Herrero de Tejada, el nuevo director general de Prisiones, viajó a Lanzarote y Fuerteventura para buscar el emplazamiento ideal para una nueva colonia agrícola penitenciaria. El lugar elegido fue Tefía, donde existía un campo de aviación que ya no se estaba utilizando.

Don José María Herrero expuso en el diario *Falange* que dicha medida beneficiaría enormemente a la isla, dado que Fuerteventura tenía amplias

zonas improductivas y se le dotaría de muchos brazos dispuestos a redimirse para obtener frutos.

Como resultado de dicha visita, el 30 de enero de 1954 se publicó en el BOE número 30 la orden de 15 de enero de 1954, por la que se creaba una colonia agrícola para el tratamiento de «vagos y maleantes» en Tefía, en la isla de Fuerteventura.

TRES

Tefía (Fuerteventura) – 19 enero 1955

Cuando me trasladaron a Tefía, yo ya no era la misma persona a la que habían detenido el 23 de noviembre en Lanzarote. El tiempo que había pasado en la prisión de Barranco Seco sirvió para que me doblegara y perdiera la esperanza. ¡Me acostumbré a las injusticias! Cada una de las violaciones y palizas que sufrí sirvieron para arrancarme un trocito de mi ser. ¡Comencé a desnaturalizarme! Me convertí en un perro asustado que había llegado a pensar que se merecía ser golpeado con un palo. El Manuel que llegaba a Puerto de Cabras a bordo del correíllo solo era la sombra del que fue.

—¡Baja ya, maricón! ¿O es que te han roto tantas veces el culo que ya no puedes moverlo?

Nos recogieron en una lancha, a mí y a los cuatro presos que venían conmigo. Hambrientos, sedientos, esposados, así llegamos al espigón, donde una jauría curiosa nos observaba como si estuviera recibiendo a los elefantes de un circo.

—¡Ya llegan! ¡Ya llegan! —gritaban los niños—. ¡Pervertidos! ¡Sarasas! ¡Violetas!

Risas e insultos llegaban hasta nuestros oídos mientras esperábamos, pegados a la pared, a que el camión del ejército nos recogiera.

Tristeza, humillación y miseria.

Mis zapatos desgastados, la lengua seca…

Cincuenta y cinco minutos al sol.

Expuestos, vigilados, enfrentándonos a la vergüenza.

Calor, miedo y sed.

Los segundos avanzaban lentamente mientras el sudor se adhería a nuestras camisas.

—Dicen que Tefía es mucho peor que esto —me advirtió un compañero en Barranco Seco la última noche, y yo no pude contestarle.

Temblores, escalofríos. El temor a lo desconocido era insoportable.

No sabía qué me esperaba en la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía, pero las expectativas eran horribles.

—¡Maricones! ¡Invertidos!

Gritos. Burlas. Chillidos.

No éramos nada.

No éramos nadie.

Lo peor de la sociedad.

Lágrimas de frustración descendían por mis mejillas. No entendía por qué aquella gente se había reunido allí para vilipendiarnos. Madres con niños, hombres de rictus serio y miradas de desaprobación, ancianos que se reían y nos señalaban con sus huesudos dedos.

Monstruos, ¡enfermos!, ¡abominaciones! Eso éramos nosotros. En eso nos estaban convirtiendo.

Lorenzo… Aferrarme a su recuerdo me hacía aguantar, la forma en que sus ojos me miraban, sus brazos, sus besos, sus caricias… ¿Qué estaría haciendo en ese momento? ¿Estaría pensando en mí?

—No llores, mi niño, no llores —me susurró un preso a mi lado—. No les des el gusto de verte llorar.

Dignidad. Eso era lo único que nos quedaba y nos la estaban arrancando.

Nemesio Arrocha Fontes, así se llamaba el joven que acababa de hablarme, era bagañete, natural de Tazacorte, La Palma. Veintitrés años. Detenido en una redada en Las Palmas de Gran Canaria. Homosexual, carterista y reincidente. Guapo, muy guapo. Ojos oscuros, pelo negro y cuerpo fuerte.

—Es la segunda vez que vengo —me contó—. ¡Mala suerte! Y solo te puedo dar un consejo: intenta no destacar, ser invisible, transparente.

El traslado del espigón donde habíamos desembarcado hasta la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía duró una hora y media: un camino polvoriento y lleno de baches donde las risas del conductor y sus acompañantes se mezclaban con los lamentos de los presos.

—¡Un poco de agua, por favor! —le suplicó un recluso a uno de los guardianes, y este le propinó un fuerte puñetazo como respuesta.

Nemesio estaba a mi lado. Sus ojos negros observaban la carretera y no había abierto la boca en todo el trayecto. Estaba serio, concentrado. Yo lo miré un par de veces, pero no me hizo mucho caso. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba calculando?

—Hijos de puta —masculló en voz baja cuando llevábamos una hora—. Están dando vueltas para que no nos aprendamos el camino.

¿Es que algún insensato iba a ser tan estúpido de intentar escapar? Estábamos en una isla y nuestra prisión, en mitad del desierto.

—¡Abajo, gandules! —nos ordenó una voz tenebrosa al llegar, y antes de darnos tiempo a asimilar lo que estaba sucediendo, nos tiraron a empujones.

De los primeros segundos en la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía, solo recuerdo la hiriente claridad del sol y el viento que azotó nuestra cara.

Polvo, piedras, montañas rojizas y ansiedad.

La colonia estaba compuesta por varios barracones y un par de edificios anexos. Cerca de ella había un molino y sus aspas se movían lentamente como si fuese un monstruoso gigante que se alegraba de vernos llegar.

—¡Mueve el culo! —me gritó alguien, y me dio una patada en el costado para que no me entretuviera.

Lágrimas, lágrimas que intentaba retener y que se escapaban de mis ojos. Pensaba en mis padres, mi casa, mis amigos… ¿Tan horrible era el delito que había cometido para merecerme esto?

Lorenzo… Lorenzo… Mi amor por Lorenzo había sido mi perdición.

—Bienvenido al infierno —me susurró Nemesio al pasar por mi lado, y yo contuve las ganas de chillar.

CUATRO

Tefía (Fuerteventura) – 19 enero 1955

La primera noche fue la más dura.

Recuerdo la sensación de estar tumbado en el suelo con la humedad calándome los huesos mientras un viento gélido invadía el barracón.

Paredes sucias, techo mugriento.

La habitación, minúscula, olía a sudor y sufrimiento.

Una docena de desconocidos intentaba dormir a mi alrededor. Sus cuerpos crujían, tiritaban, estaban tan doloridos que se lamentaban con el más leve movimiento.

Gruñidos.

Oscuridad.

El miedo y la soledad eran insoportables.

Hacía frío, mucho frío. Intenté taparme la cabeza con la áspera manta que me habían dado, pero el olor que desprendía casi me hizo vomitar.

No conocía a nadie, estaba solo. A Nemesio le habían asignado otra barraca y los rostros que me rodeaban eran ajenos a mí.

Me miraban, me observaban y no aliviaban mi tormento, seres tristes, sucios y apagados, la viva imagen de la agonía y la desesperación.

Tenía hambre, mucha hambre… Solo nos habían dado un panecillo mohoso y algo de agua al llegar. La garganta seca, el corazón también.

El pánico que había pasado las primeras horas aún me hacía castañetear los dientes.

Insultos, golpes, hostilidad.

Mi encuentro con los vigilantes había hecho que se me pusieran los vellos de punta. Todos llevaban látigos, varas o fustas.

Incertidumbre. Terror.

Lágrimas, lágrimas saliendo de unos ojos que no sabían para dónde mirar. Cada lugar que observaban era más tétrico y deprimente.

Pensé en Lanzarote, en mi casa, en mi familia, en todas las comodidades que

había en mi hogar y que hasta ese momento no había reparado en que tenía: una cama grande, sábanas limpias, agua corriente, ropa de mi talla, luz, calefacción… Mi madre llevaba toda la vida quejándose de la vivienda, y yo, en ese momento, hubiera dado lo que fuera por estar allí.

Cambia el ángulo.

Cambia el prisma.

Cuando te arrebatan todo lo que tienes, valoras hasta lo más pequeño, lo más ínfimo.

Solo, triste, perdido, el cuerpo tiritando y el estómago vacío.

Frío, mucho frío.

¿Qué me esperaba al día siguiente en ese infierno?

—Tranquilo —pronunció una voz amigable a mi espalda—. No pasa nada. Aquí todos lloramos la primera noche.

Me sorbí los mocos y sonreí, aunque no sabía a quién lo hacía. Aquella voz dulce y agradable había surgido de la oscuridad más absoluta. Mi rostro, apenado, se giró buscando su origen, pero no pudo encontrarlo hasta que volvió a hablar.

—Es normal que tengas miedo —prosiguió tranquilizándome—, así que llora, eso no te hace menos valiente ni menos hombre.

El desconocido que intentaba calmarme era mayor que yo, un hombre delgado, con la cabeza rapada y barba hirsuta. Sonreía en la oscuridad y le faltaban varias piezas dentales. Yo ya me había fijado en él, me llamó la atención nada más llegar, porque era el único preso de la colonia que iba sin afeitar. «La Mujer Barbuda» lo llamaban los guardias entre risas, y él agachaba la cabeza sin protestar.

Dolor. Hambre. Miseria.

Mis ojos encharcados lo miraron llenos de tristeza. ¡Todo era tan injusto! Llevaba conteniendo mis emociones desde que llegué a la colonia. ¡No quería llorar! ¡No quería suspirar! ¡No podía moverme! ¡Deseaba pasar desapercibido! Pero era imposible, los sentimientos que retenía eclosionaron y lo hicieron convertidos en un mar de lágrimas.

—Llora, llora tranquilo —me aconsejó—. Y toma este pañuelo —me ofreció alargándome un trapo limpio que sacó de su regazo—. Ni se te ocurra

limpiarte la nariz con la manta o en el uniforme, que se te puede quedar pegada.

Cabeza afeitada, ojos marrones y un par de hematomas en la mejilla, barba larga, descuidada, dentadura amarillenta… No era guapo, y su cuerpo desnutrido mermaba su belleza, pero había algo en él que lo hacía diferente. En mitad de aquella tenebrosa negrura su presencia irradiaba luz, calidez, esperanza. Es difícil de explicar, pero aquel hombre con aquel aspecto tan desfavorecedor tenía un halo especial que lo hacía destacar en mitad del infierno.

—Gracias —le respondí.

Los dos nos quedamos callados dejando que la paz nos envolviera. Fueron solo unos segundos, el viento de Fuerteventura soplando y entrando por la ventana, oscuridad, hedor y el quejido mudo de nuestros acompañantes.

Los ojos del desconocido me miraban y hablamos sin hablar. Dejé que sus pupilas me consolaran, mientras desnudaba mi alma y su mano cálida, de uñas partidas, se acercó a mí e intentó acariciarme, pero yo lo esquivé con brusquedad. ¡Rehuí! No quería que me tocara. ¡Que nadie volviera a tocarme!

Era un perro apaleado al que habían violado más de veinte veces.

Instintivamente, me aparté de él y lo rechacé con rabia. Pensaba, que, al intentar acariciarme, ese desconocido iba buscando algo que yo no estaba dispuesto a darle. ¡A él ni a nadie! Nunca más.

Angustia, miedo, terror… La impotencia rodeando mi cuerpo, mientras gritos ahogados se enquistaban en mi garganta impidiéndome respirar.

Langostas, langostas voraces que lo devoraron todo, que se llevaron mi inocencia y mi felicidad.

Aterrado y hundido, escondí la cabeza bajo la manta y empecé a sollozar, mis dientes entrechocaban, los recuerdos de lo sucedido en la prisión de Barranco Seco, se repetían en mi cabeza.

Odio, terror, sufrimiento.

Desgarrado en cuerpo y alma por unos desaprensivos que hicieron de mí un muñeco roto que jamás iba a recomponerse.

El desconocido se acercó a mí lentamente.

No quería asustarme.

La forma en que me miraba me hizo sentir que sabía perfectamente lo que me pasaba, cómo me sentía, como si lo hubiese sufrido en sus propias carnes.

—Mi niño, mi niño… —susurró con la pena mojando cada una de sus palabras—. Te han hecho mucho daño —continuó, mientras su mano finalmente tocaba la mía y me infundía fuerza y cariño—. Espero que alguna vez esos cabrones paguen por lo que están haciendo.

Silencio.

Las lágrimas caían por mis mejillas y él las recogía con sus dedos.

Frustración, injusticia.

Me sentía tan solo y desamparado, que dejé que sus brazos me rodearan y me cobijé en su pecho. Lloré. Lloré durante una hora y le conté todo lo que me había sucedido. Descargué, me deshice, le hablé de Lorenzo, de mi madre, de don Hermenegildo, de la plaga de langostas… Le narré mi estancia en la prisión de Barranco Seco, mi miedo, las violaciones… Mi acompañante no contestó, se limitaba a asentir y a mostrarme su cariño. Me secaba las lágrimas y de vez en cuando me decía: «Mi niño».

Era extraño, muy extraño, desconcertante.

No podría describir con palabras las sensaciones que me transmitió en aquel primer encuentro. El desconocido, bajo aquella apariencia sucia, ruda y descuidada, era alguien totalmente diferente. Su forma de expresarse y sus ademanes no se parecían a los de ningún homosexual que hubiera conocido hasta entonces. Era una sensación rara, confusa y me costó entenderla. Había algo sutil pero evidente en él: mi acompañante no era afeminado, ¡era femenino!, y eso lo convertía en alguien distinto.

—Hace frío —comenté con los labios azulados—. ¿Por qué no cierran las ventanas?

Mi acompañante, conmovido, me acarició, dándome a entender que me quedaba mucho por aprender de las injusticias de aquella cárcel.

—Está prohibido —me explicó—. Esta ventisca forma parte de nuestro castigo, de la piadosa terapia que nos imponen para curarnos.

Curarnos.

Curarnos.

Torturarnos.

Cuerpos flacos, heridos, presos durmiendo en el suelo con mantas que daba grima tocar. Suciedad. Miseria. El sonido del viento rodeándolos y haciéndolos delirar.

El infierno, el infierno debía ser un lugar muy parecido a ese.

Yo me encogí de hombros y dejé que los brazos de mi nuevo amigo me rodearan y me hicieran entrar en calor. Si nos pillaban abrazados podían castigarnos, pero a esas horas nadie nos vigilaba.

—El uniforme que me han asignado me está grande y las botas pequeñas, me hacen daño —me quejé.

El desconocido, que empezaba a cogerme cariño, sonrió.

—No te preocupes —me calmó—. Mañana buscamos a alguien que tenga tu talla y lo quiera cambiar. Es normal, siempre pasa. Te dan lo que queda libre, no lo que necesitas. Creo que a la Marquesa le están grandes las botas y estará encantada de intercambiarlas contigo.

La Guapa, la Reina, la Marquesa… Terminaría acostumbrándome a esos motes.

Sueño, el sueño por fin empezaba a vencerme.

—Por cierto —susurré agotado—. No me has dicho cómo te llamas.

El desconocido, que empezaba a convertirse en alguien importante para mí, se aproximó y me dio un beso de buenas noches en la frente.

—Me llamo Remedios —me contestó mostrando un marcado acento andaluz que hasta entonces había ocultado—. Y ha sido un placer conocerte.

Yo sonreí, sonreí con ternura, y mientras cerraba los ojos, no dudé ni un instante de que me encontraba ante una mujer de los pies a la cabeza.

CINCO

Cuando llamaron a la puerta, Acoydan se sobresaltó porque no esperaba visita. Eran las cuatro y media de la tarde y, tumbado en el sofá, en pijama, terminaba su cuarta copa de ron.

Siempre elegía el ron miel cuando estaba deprimido, aunque sabía que le daba más resaca.

El joven, cabizbajo, arrastró las chanclas por el suelo y se dirigió a la entrada. El pijama olía mal. Llevaba dos días sin ducharse y las manchas de comida cubrían parte de la camiseta.

Fracasado, era la viva imagen del fracaso y la apatía.

—Pero… don Manuel… —exclamó anonadado al abrir la puerta—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo ha salido?

El gerocultor, sorprendido, no podía creer lo que estaba viendo.

El pañal, la bolsa de orina, el pantalón azul marino, la silla de ruedas, el flequillo engominado, la chaqueta… Don Manuel se había tomado muchísimas molestias para ir hasta allí. Encarna lo acompañaba y al verlo aparecer le plantó dos sonoros besos en las mejillas.

—Estoy en una residencia, no en una prisión —le contestó el octogenario cascarrabias—. Puedo salir cuando quiera.

—¡Pero usted nunca había salido de Cumbres Doradas! —insistió Acoydan alucinado, y él se limitó a encogerse de hombros.

—Nunca había tenido motivos para hacerlo —le respondió, y ambos sonrieron.

El chico, agradecido, animó a sus invitados a pasar, y mientras entraban en el salón, se avergonzó de inmediato del lamentable estado en que se encontraba todo. Había varias cajas con restos de *pizza* repartidas sobre la mesa, unos calcetines sucios tirados en un rincón, la botella de ron miel medio vacía, tres vasos, un plato manchado de kétchup y mostaza… Suciedad, tristeza y podredumbre.

—Disculpad —se lamentó el joven—. No esperaba recibir a nadie hoy.

Encarna, cotilla, observaba el apartamento con interés. Todo lo que viera en

esos momentos serían detalles con los que podría decorar el relato que después contaría a sus compañeras en el comedor de personal. ¡El caso de Acoydan había sido un escándalo en la residencia! Ella, al aceptar a acompañar a don Manuel, se había convertido en una reportera de guerra visitando la zona cero.

—Veo que te lo estás pasando bien —ironizó el anciano al contemplar la botella de ron y los restos del naufragio.

Acoydan, abochornado, liberó parte del sofá para que la limpiadora pudiera sentarse.

—¿Quieren algo de beber? —les ofreció, pero ambos negaron con la cabeza.

Una mosca volaba por el salón y se posó sobre el pepinillo de uno de los restos de *pizza*.

—Y bien… —balbuceó el chico dirigiéndose al anciano—. ¿Cómo está? ¿Cómo se encuentra?

El octogenario, que no había tenido una buena semana, prefirió mentir. La noticia de la marcha de Acoydan lo había deprimido y no había levantado cabeza. Se había negado a comer. Aunque Mari Puri y el resto de gerocultores lo habían intentado, él no había abierto la boca. Era cabezón, tozudo, insolente… Y el viernes por la noche, su tozudez provocó que le diera un nuevo brote: estuvo confundido durante horas, dando voces, y la enfermera, asustada, le tuvo que administrar calmantes.

Violento, en ocasiones puede ponerse violento.

Tijeras ensangrentadas.

—Bien —mintió, y Encarna lo miró con complicidad y no dijo nada—. Ninguna novedad, pero te echaba de menos.

Una sonrisa. La primera que salía de la cara de Acoydan en los últimos días. Su mano, insegura, buscó la de don Manuel y la acarició con cariño.

—¿Y Mari Puri? —preguntó—. ¿Me sigue odiando?

La limpiadora, que hasta ese momento había permanecido callada, negó con la cabeza para defender a su jefa.

—Mari Puri no te odia —le rebatió ofendida—. Solo hizo lo que debía hacer. A veces, su puesto de trabajo le obliga a tomar decisiones que no le gustan. No lo está pasando bien.

Silencio.

Doña Agustina había llamado por teléfono a la residencia y todo se había

vuelto del revés.

Un grifo goteaba en la cocina.

La mosca, juguetona, levantó el vuelo y se posó en una pared.

—Antía vino a verme ayer.

Don Manuel lo soltó así, sin avisar, y Acoydan, que hasta ese instante había estado relajado, se puso tenso de inmediato.

—¿Antía? —repitió sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

El anciano, con sus zapatillas de paño y calcetines de algodón, clavó en él sus ojos castaños y lo miró con ternura, analizándolo.

—Sí, vino para seguir con mi biografía —le explicó—. Me dijo que, si a mí no me importaba, no quería dejarlo.

Antía… Antía…

Cinco días sin verla, sin escucharla, sin tocarla…

La última conversación que mantuvieron cubierta de escarcha…

Muchas eran las lágrimas que el joven había derramado desde entonces por ella.

Su mano instintivamente se cerró, apretando el puño.

—¿Y qué hizo? —lo interrogó el chico desconcertado.

Don Manuel, contrariado, torció el gesto como si le estuviera regañando.

—¿Pues qué voy a hacer? —le respondió como si fuese muy evidente—. ¡Decirle que sí! Estuvimos un par de horas trabajando juntos.

Juntos. Juntos.

Acoydan daría lo que fuese por pasar unos segundos con ella.

Encarna, callada, asintió. Llevaba su melena pelirroja recogida en una cola y sus dientes torcidos escondidos tras el carmín de sus labios.

—¿Le habló de mí? —su voz débil, temerosa, mientras el anciano asentía con la cabeza…

—Sí —le contestó—. Y por eso he venido… Porque no lo entiendo… ¿Puedes explicármelo?

Silencio.

Acoydan avergonzado y dolido a la vez. No sabía por dónde empezar, ni siquiera él comprendía lo sucedido. Habían pasado tantas cosas en los últimos días que todavía estaba intentando asumirlas. Su mundo se había derrumbado

y él intentaba sobrevivir en mitad de aquel cataclismo.

—Esto… Yo… —comenzó a decir, pero no le salieron las palabras.

Una lágrima cayendo de sus ojos y escurriéndose por su mejilla.

La mano don Manuel se acercó a él, pero en vez de consolarlo, sorprendentemente, le dio una colleja.

—¿Cómo puedes ser tan tolete? —le riñó enfadado—. ¿Cómo se te ocurre romper con Antía? Solo los gilipollas dejan escapar al amor de su vida.

SEIS

Tefía (Fuerteventura) – enero 1955

El día comenzaba en la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía a las siete de la mañana. Los funcionarios, con sus silbatos, nos obligaban a levantarnos y lo primero que hacíamos era recoger nuestro jergón y dirigirnos al patio, donde, tras cantar el *Cara al sol*, los vigilantes procedían al recuento.

Uno, dos, tres…
Cara al sol con la camisa nueva,
que tú bordaste en rojo ayer…
Cuatro, cinco, seis…
Me hallará la muerte si me lleva
y no te vuelvo a ver...

Caras cansadas, rostros cenicientos, cuerpos anémicos decorados grotescamente con casacas y gorritos a juego…

Los efectos de la desnutrición eran evidentes: brazos extremadamente delgados, mejillas hundidas, costillas prominentes… El hambre se escondía en cada rincón de la prisión y susurraba al oído de los reclusos haciéndolos aullar de dolor.

Los presos trabajábamos por la mañana, a mediodía y por la tarde. No había tiempo para descansar.

Picábamos piedras, acarreábamos sacos, arrancábamos mala hierbas, levantábamos muros… Trabajo duro, físico, arduo, cansino, con el estómago vacío y el sol de Fuerteventura castigándonos las espadas.

Muchos reclusos se desmayaban, los que tenían menos resistencia perdían la conciencia y caían desplomados al suelo. Cuando eso ocurría, los funcionarios, en vez de ayudarlos, los golpeaban sin piedad hasta que se ponían de nuevo en funcionamiento.

—¿Qué cojones estás mirando, violeta?

Delante de mí, un chico delgado, afeminado, temblaba. Se había quedado observando horrorizado, durante unos segundos, cómo apaleaban a un compañero.

—No estaba mirando nada… Se lo juro —tartamudeó.

El guardia, furioso, se acercó a él y lo agarró por el cuello.

—¡Me estabas mirando! —lo acusó—. ¡Me mirabas y ponías cara de odio!

El rostro del chico se amorataba mientras el vigilante, sin soltarlo, lo levantaba del suelo.

—Perdóneme, por favor —balbuceó—. Se lo ruego… Perdóneme.

El guardia, colérico, lanzó al joven al suelo como el que tira un saco de patatas y, sin ningún miramiento, comenzó a propinarle patadas en la cara y en el estómago hasta que el chico, ensangrentado, se retorció de dolor.

—¡Que sea la última vez que me miras! —le advirtió—. ¡Y ahora, sigue trabajando!

Los funcionarios eran bestias rudas, secas, sanguinarias, siempre con su fusta en la mano, el silbato en la boca y ganas de matar. Falangistas sádicos que habían recibido como premio por sus servicios el traslado a esa colonia donde podían dar rienda suelta a sus instintos más cruentos si ningún tipo de cortapisas.

Sacar el agua del pozo, cargar los bidones a la espalda y subir la cuesta mientras las aspas del molino se agitaban, haciendo volar los sueños.

—¡Más rápido! ¡Más rápido!

El sol golpeaba nuestros cuerpos, y las fustas también.

Fatiga, cansancio, desvanecimiento…

La falta de comida nos mareaba y nos hacía delirar.

Dolor en la espalda, dedos engarrotados y calambres en el estómago.

Ganas de huir, de gritar, de vengarme.

¡Injusto! ¡Injusto! Toda aquello era muy cruel e injusto. Yo no había hecho nada malo, solo era culpable de amar.

Lorenzo, Lorenzo…

Langostas en el alma, en la boca, en el corazón.

Don Prudencio de la Casa de Dios, director de la colonia, era el centro de todo. Callado y sigiloso, vigilaba por la ventana.

—¡Ahora, de rodillas!

Doce horas trabajando a destajo, amenazados, sin descansar; un panecillo duro y un par de guisantes para almorzar; la comida esperando, pero para conseguirla, antes teníamos que arrodillarnos en el patio, rezar el rosario y repetir hasta la saciedad: «Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa…».

El sol arreciando.

Hombres exhaustos que suplicaban agotados que les dieran algo para llevarse a la boca.

«Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa…».

Algunos de los reclusos se mareaban y no lograban acabar. Era una prueba de fe, decían, de fe y resistencia.

—Si no rezas, no comes —recordaban.

«He pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión».Arrepentiros pecadores ¡Arrepentiros!

«Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa…».Curarnos.

Torturarnos.

Los que perdían el conocimiento no almorzaban.

Dignificados por el trabajo.

Por el hambre, los abusos y la miseria.

Obras de caridad.

¡Sádicos!

¡Homófobos!

¡Criminales!

Remedios siempre a mi lado, grande, fuerte, protectora.

—Ten cuidado —me advirtió Nemesio cuando me vio hablando con ella la primera vez—. Yo que tú no me arrimaría tanto a la putita del sargento Oramas. Te puede traer problemas.

Yo, extrañado, lo miré como si no lo comprendiera.

—Recuerda lo que te dije una vez —continuó—. Aquí no venimos a hacer amigos. Tu único objetivo es no llamar la atención, ser invisible.

Transparente.

Translucido.

Cristalino.

—Tu parte de conducta debe ser favorable —me explicó—. Lo hacen trimestralmente y de él depende el tiempo que vas a pasar aquí. Así que

pórtate bien y no hagas tonterías. No te juntes con personas conflictivas. Haz lo que te digan y no destaques. No existas.

SIETE

Tefía (Fuerteventura) – enero 1955

En la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía había tres clases de presos: los delincuentes comunes, los políticos y los homosexuales. Todos cumplían condena y tenían las mismas obligaciones, compartían sufrimiento e instalaciones, pero a los gais, los vigilantes los trataban con mayor inquina.

Mano dura. Eran las órdenes. «Hay que tener mano dura con esos depravados, porque si no, se rendirán a la tentación y a los placeres de la carne».

Vagos y maleantes.
Éramos seres oscuros, corruptos y degenerados.
Carne fresca para los lobos.
¡Lo peor de la sociedad!

—Las reglas aquí son fáciles —me explicó Remedios el segundo día—. Los homosexuales no somos nadie, no merecemos nada y debemos estar agradecidos por respirar.

Los dos estábamos trabajando en la cantera, el sol brillaba con fuerza y espesas gotas de sudor caían por mi espalda mientras golpeaba las piedras con el pico.

Manos arañadas y cuerpo dolorido. El primer día de trabajos forzados había sido excesivo para mí. Casi creí que no iba a aguantar hasta la tarde, estaba agotado. Me tuvieron toda la mañana picando piedras y llevándolas en una carretilla de un lado para otro. Por la tarde llené bidones de agua del pozo e hice un largo camino con ellos sobre los hombros; el tercer viaje se me hizo eterno, pensaba que no iba a acabar jamás.

—Hay que trabajar duro y no puedes protestar —continuó aconsejándome para librarme de las palizas—. A veces te pasas todo el día levantando un muro y te ordenan derribarlo por la tarde. ¡Solo por divertirse y demostrarte quién tiene el poder! Se ríen de ti y te humillan mientras te obligan a llevar

las piedras de nuevo al sitio donde las recogiste de madrugada —Suspiró—. Quieren reventarnos, agotarnos… ¡Sacarnos de nuestras casillas! —protestó dolida—. Nos encomiendan tareas costosas e inútiles que no sirven para nada…. Trabajar… Dignificarnos con el trabajo.

Remedios defendía que la tortura no era una excusa suficiente para despreocuparnos de nuestro aspecto físico y por eso, con los pocos recursos que tenía, intentaba lucir diferente. Le habían afeitado la cabeza, la obligaban a dejarse barba y le faltaban un par de dientes, pero, aun así, su femineidad seguía latente. Ella se doblaba los bajos de su casaca e imitaba un pequeño escote desabrochándose algún que otro botón.

—Reprimir deseos —prosiguió con su aterradora lista. Lo peor que te puede suceder aquí es que te pillen manteniendo relaciones sexuales con algún compañero. El castigo es horrible. Al último le dieron tal paliza que le sangraron los oídos y después lo tuvieron diez días encerrado sin comer. Te harán proposiciones —me advirtió—. Algunos presos te ofrecerán pan o patatas a cambio de sexo, pero no lo aceptes nunca.

Mirada agachada, labios partidos… El pico entre mis manos mientras el viento nos castigaba y mi estómago rugía de dolor. El sexo, evidentemente, no se encontraba entre mis prioridades, pero estaba tan hambriento que no sabía si podría decirle que no a un trozo de pan.

—Soporta burlas, golpes y humillaciones —le advirtió—. Controla tus impulsos y nunca respondas a lo que digan o pase a tu alrededor. Aprende a agachar la cabeza. No hables con nadie y mucho menos en grupo. Si ahora mismo nos vieran charlando nos caerían un par de latigazos.

Miedo.

Represión.

Aislamiento.

—Come lo que te ofrezcan los guardias, aunque esté podrido o tenga bichos —continuó—. Nunca sabes cuándo podrás volver a probar bocado y, para trabajar sin desfallecer, vas a necesitar fuerzas.

El calor de Fuerteventura derritiendo nuestra piel.

Montañas rojizas.

Aulagas resecas.

Lagartijas.

—Intenta cumplir estas reglas y no las olvides nunca —le avisó—. Y así tendrás más probabilidades de sobrevivir en este infierno.

OCHO

P–arece que te has tomado muy en serio la biografía de ese señor —le comentó doña Agustina amablemente al entrar en la habitación.

Antía, que desde que había regresado a su casa no abría mucho la boca, continuó mirando la pantalla de su ordenador como si no la hubiera escuchado, así que ella insistió.

—¿Me vas a dejar leerla algún día?

La chica, que intentaba darle forma a la última parte del relato, levantó la cabeza y la miró como si su presencia estuviera afectando negativamente a su concentración.

—Estoy intentando trabajar —se quejó—. ¿Puedes dejarme tranquila un rato?

Doña Agustina, que solo recibía rechazo y frialdad de su hija desde que había vuelto, agachó la cabeza frustrada. Cuando hablaba con ella, últimamente siempre tenía la sensación de estar caminando por un campo de minas.

—Adolescentes —le había dicho su marido como respuesta a sus quejas—. ¡Ya se le pasará! Dale tiempo.

Pero Antía llevaba casi una semana en la casa y la situación no mejoraba. Su comportamiento con ella cada vez era más cortante y ya no sabía cómo actuar para acercarse un poco y limar asperezas.

—Perdona… —se disculpó—. Solo quería saludarte y preguntarte si podía ayudarte en algo.

Antía, enfadada, bufó. No soportaba que su madre tomara una actitud comprensiva y afable cuando era el origen de todos sus problemas.

—¡Pues no puedes! —le contestó sin ocultar su odio—. ¡Así que déjame en paz, por favor! Ya estoy en casa, que es lo que querías. ¿También tengo que soportarte?

Una puñalada en el pecho y otra en su corazón. Aunque don Ignacio insistía en que aquella situación terminaría solucionándose, ella no veía la luz al final del túnel. Era insoportable sentir cómo la relación con su hija se deterioraba.

¡Antía no la quería! Era eso, podía percibir el odio en su mirada.

«Vosotros ni siquiera sois mis padres».

Su rostro empañándose, la mujer dándose la vuelta y saliendo de la habitación para que su hija no la viera llorar… Labios delgados, cabello castaño, cuerpo esbelto arrugándose como una oruga en el fondo de un cajón.

—¡Mamá, espera! —le pidió la chica antes de que cerrara la puerta.

Doña Agustina, intentando guardar la compostura, se giró y la miró fingiendo una sonrisa. Esperaba un nuevo hachazo, un golpe que la rematara, pero para su sorpresa encontró un cambio en la actitud de su hija.

—Perdóname —le pidió—. No debí hablarte así. Desde que Acoydan cortó conmigo, estoy muy borde.

Su madre, cariñosa, se acercó a ella. No necesitaba nada más. Un pequeño gesto por parte de su hija era suficiente para que ella la perdonara y la rodeara con sus brazos.

—No te preocupes, cariño —la consoló—. Es normal.

Antía, que se sentía culpable por lo mal que le había hablado los últimos días, la miró arrepentida y negó con la cabeza.

—Lo siento —susurró—. Intentaré controlarme.

Un nudo en la garganta, otro en el corazón, la angustia apretando sus cuerdas vocales, mientras escuchaba una y otra vez en su cabeza las crueles palabras que Acoydan había utilizado para romper con ella.

«Vete, quiero que te vayas, no quiero que sigas en mi casa, no quiero verte más».

Veneno, veneno saliendo de una boca que hasta hacía unos días la había estado besando.

Los ojos de Antía abrumados sin comprender lo que estaba sucediendo.

—¿Qué ocurre, Aco? ¿Qué pasa? ¿Por qué me estás haciendo esto?

Sudor en la palma de las manos. El chico no se atrevía a mirarla a la cara porque sabía que, si lo hacía, su voluntad flaquearía y no podría continuar.

—Te estoy pidiendo que te marches, Antía —balbuceó—. Así que, por favor, no lo hagas más difícil.

El rostro de la chica se cubrió de lágrimas. Aquello no tenía sentido. ¡Era una pesadilla! No podía creer lo que estaba sucediendo. ¿Acoydan estaba cortando con ella? ¿Así? ¿De pronto? ¿Sin una explicación? La chica estaba desconcertada.

—Antía, por favor… —insistió—. Recoge tus cosas y vete.

Palabras que quemaban, que ardían, que destruían.

La joven desesperada se acercó a él, lo intentó besar, abrazar, y Acoydan, con una armadura de hielo, esquivó sus muestras de cariño.

—Vete de una vez, por favor —le rogó—. No alarguemos más este sufrimiento.

Dudas, miedo, indecisión…

La estaba echando.

Le estaba pidiendo que se fuera y no volviera más.

La chica, estupefacta, era incapaz de asumir lo que estaba sucediendo.

—¿Qué ocurre, Aco? ¡Dímelo! —le suplicó—. Necesito una explicación. ¡Entenderlo!

El gerocultor, con los puños apretados, tragó saliva y contuvo las lágrimas antes de contestar.

—He dejado de quererte —le respondió—. Solo eso. Ya no te quiero.

Ya no te quiero.

Ya no te quiero.

Ya no te quiero.

Lágrimas, reproches.

Antía le suplicaba que reflexionara, pero por mucho que insistía, el joven no daba su brazo a torcer. ¡No lo reconocía! Acoydan mentía, le ocultaba algo. ¡La estaba engañando! Le ordenó que se fuera de su casa, la echó.

Madre e hija abrazadas mientras la pantalla del ordenador parpadeaba, la historia de don Manuel resumida en sesenta mil palabras. Doña Agustina le besó la frente y ella se dejó besar, mientras las lágrimas caían por sus mejillas.

—Lo echo de menos —confesó Antía, y Doña Agustina se encogió de hombros sintiéndose la peor madre del mundo.

—Es normal —le contestó—. Pero poco a poco dejará de doler, irá sanando.

Las dos se quedaron en silencio y los ojos de Antía, de pronto, se abrieron más de lo normal.

—Por cierto… —comenzó a decir como si se le hubiera ocurrido una idea brillante—… hay algo que sí puedes hacer por mí.

Doña Agustina, que en ese momento le hubiera prometido cualquier cosa, asintió ilusionada.

—Dime, cariño… Lo que sea.

La chica se mordió el labio y se rascó una ceja.

—Es sobre la biografía de don Manuel: hay un dato que nunca se ha llegado a saber… y creo que tú podrías ayudarnos.

La mujer, curiosa, se encogió de hombros y la animó a continuar.

—A don Manuel nunca le dijeron quién lo había denunciado. Él cree que fue su madre, pero no está seguro. ¿Podrías conseguirme una copia de su denuncia? Fue en noviembre de 1954, en Lanzarote.

La jueza, que había ido poniéndose seria según le contaba lo que necesitaba, arrugó el gesto antes de hablar.

—Lo que me estás pidiendo es muy complicado —le explicó—. Se ha perdido mucha documentación de aquella época y la mayor parte no está digitalizada o es confidencial.

Los ojos azules de Antía la miraban suplicantes.

—Por favor… —le pidió.

La pantalla del ordenador parpadeando. El nombre de don Manuel repetido varias veces en la última página.

—Lo intentaré… —concluyó, y su hija, emocionada, se lanzó a sus brazos y le dio un beso.

—¡Eres la mejor jueza y madre del mundo! —gritó, y ambas descubrieron que no era demasiado tarde para un nuevo comienzo.

NUEVE

Tefía (Fuerteventura) – enero 1955

Los métodos de tortura utilizados por los funcionarios dentro de la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía eran físicos y psicológicos. Recibíamos golpes, latigazos, quemaduras y nuestros cuerpos estaban expuestos a condiciones climatológicas extremas durante largos periodos de tiempo. No nos daban comida y, muchas veces, aunque estuviéramos muertos de sed, nos obligaban a cargar grandes bidones de agua para verterla en el suelo y que no pudiéramos bebérnosla.

Actos humillantes, privación de la libertad y del sueño.

Cuando torturaban a algún compañero, nos obligaban a estar delante y contemplarlo. Los funcionarios disfrutaban viendo la cara de horror que poníamos, mientras le arrancaban las uñas o lo azotaban con una barra de hierro.

Miedo, dolor, tristeza.

Aprendimos a agachar la cabeza y a no mirar a ningún vigilante a los ojos. Cualquier cosa que pasara delante de ti debías ignorarla por muy dolorosa que fuese.

¿Alguna vez me acostumbraría a eso?

Estrés, insomnio, ansiedad.

—Desarrolla mecanismos de defensa para sobrevivir —me aconsejaba Nemesio—. Es la única forma.

Que no te afecte.

Si te afecta terminarás cogiendo una piedra y reventándote tú mismo la cabeza.

La depresión era muy común entre los compañeros. Había presos que se suicidaban y otros que dejaban de vivir. Se limitaban a arrastrar las piernas por la colonia esperando que les cayera el palo o el latigazo definitivo.

—Busca algo que hacer en los ratos muertos —me advertía Nemesio— Entretén tu mente de alguna manera para que no se deje seducir por los cánticos de las sirenas.

—No tenemos muchas opciones —bromeé, y él se puso serio para que comprendiera que no estaba bromeando.

—Apréndete de memoria el nombre de todos tus compañeros del derecho y del revés —me sugirió—. Yo hice eso la primera vez, los repetía hasta la saciedad y eso me ayudó a ejercitar la mente, pero sobre todo, a no pensar en lo desgraciado que era.

DIEZ

Tefía (Fuerteventura) – enero 1955

En la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía no había agua corriente, luz eléctrica ni espejos. A las nueve de la noche nos mandaban a dormir y todo se sumía en el más profundo silencio. Muchos presos se quejaban, porque decían que, sin espejos, se olvidaban de su rostro y cuando por fin se veían reflejados en alguna parte, estaban tan desnutridos que ni siquiera se reconocían.

—Es un modo más de borrarnos —me había explicado un recluso en la cola del baño—. Quieren que dejemos de existir.

Remedios, que estaba a pocos pasos de él, asintió y luego negó con la cabeza.

—Pues yo lo prefiero —confesó—. Prefiero no verme y no saber qué aspecto tengo. Me moriría si tuviera que contemplar mi reflejo cada día.

Remedios echaba de menos su maquillaje. Añoraba el carmín, la sombra de ojos y las pestañas postizas, suspiraba por la laca y hubiera matado por recuperar el relleno de su sostén. Para ella, verse con apariencia masculina era como contemplar a un monstruo. ¡Odiaba su cuerpo! ¡Odiaba su sexo! Y la obligaban a llevar barba como castigo. «La Mujer Barbuda» la llamaban los funcionarios, y ella sonreía cortésmente como si no los hubiera escuchado.

—Por lo menos me llaman mujer —me decía, y yo intentaba contenerme.

Remedios me contó su historia una noche estrellada a mediados de enero. Ella y yo habíamos conseguido un hueco al fondo del barracón y la humedad de la pared nos entumecía los huesos.

El frío, el hambre y el viento eran nuestros compañeros.

—Me pusieron Remedios porque es el nombre del barrio donde vivía en Sevilla —me explicó con acento andaluz—. He sabido que era mujer desde pequeña. Cuando empecé a andar ya le cogía a mi madre los tacones y me los ponía —recordó dibujando en su boca una sonrisa—. Me gustaba ponerme faldas y pintarme los labios. Mi padre creía que era maricón, pero no era eso, a mí me pasaba otra cosa, pero ni yo misma sabía explicarlo.

Remedios estaba seria aquella noche. La jornada de trabajo había sido más dura de la cuenta y se había llevado más de un latigazo. Tenía un corte en la mano que se tenía que cuidar. Estaba triste, ojerosa y hablar del pasado parecía que la animaba un poco.

—Las personas como yo estamos destinadas a sufrir desde pequeñas —me narró resignada—. Recuerdo una vez, con seis años, que le robé un vestido a mi prima y salí con él puesto a la calle. Los niños se burlaron de mí y me lanzaron piedras. Recuerdo que uno, un poco más mayor, me acorraló en un callejón y me arrancó la ropa para demostrarme que yo tenía rabo en vez de rajita. —Silencio, un suspiro—. Me quedé sola, desnuda y asustada y regresé a casa ensangrentada y con el cuerpo ennegrecido por los palos.

Miedo, terror, sufrimientos…

La vida de Remedios había sido complicada desde el principio.

—Las transexuales no tenemos cabida en la sociedad —prosiguió como si lo tuviera muy asumido—. Para el Régimen de Franco es inconcebible que alguien como yo exista. Los homosexuales sois perseguidos, pero a nosotras nunca se nos ha permitido vivir.

El viento entraba por la ventana e inundaba el barracón con los olores de la barbacoa que los funcionarios estaban haciendo a pocos metros de allí. Los estómagos hambrientos rugían desolados, y sus dueños hubiesen dado cualquier cosa por poder lamer los huesos.

—Somos excluidas del mundo laboral, nadie nos quiere dar trabajo —me explicó—. Yo en Sevilla trabajaba en la mercería de mis padres, pero cuando me fui, mi única salida fue la prostitución. ¡Nadie quiso contratarme en Tenerife! —Ramiro, el nombre de Ramiro flotando en la habitación—. Sola, hundida y marginada, iba al puerto buscando marineros que me quisieran dar dinero a cambio de sexo. Hambre, mucha hambre. Me atacaron muchas noches, unas veces me pegaban, otras me violaban… Y siempre me quitaban el dinero. Me acostumbré a que me maltratara todo el mundo, pero tenía una cosa clara: podían golpearme, vejarme e insultarme, pero jamás dejaría de ser yo ni perdería mi sonrisa.

Su sonrisa, su sonrisa…

Una sonrisa desdentada que se escapaba de su barba y llenaba la noche de estrellas.

—Me detuvieron unas veinte o treinta veces, fueron tantas que dejé de contarlas —continuó su relato—. La policía siempre me tenía setenta y dos

horas en el calabozo y había burlas y humillaciones. Recuerdo con especial tristeza la primera vez, —confesó con voz apagada—. Yo era joven, inocente y hablé más de la cuenta».

—¿Qué pasó? —le pregunté. Silencio.

Una pausa.

Un suspiro cargado de resignación.

El olor a humedad y orines resecos impregnando mis labios.

Aunque Remedios era una mujer fuerte y valiente, a veces necesitaba un poco de tiempo para relatar las partes más dolorosas de su historia.

—Me pillaron en el puerto —comenzó a narrar de nuevo—. Era una de las primeras noches que salía a prostituirme y no sabía dónde esconderme. Me detuvieron, aunque no estaba con ningún cliente, solo por vestir de mujer. —Se estremeció—. Recuerdo que estaba muy asustada. Lloré y supliqué que me soltaran durante todo el trayecto. En la comisaría me tomaron declaración y yo me negué a admitir que era homosexual, porque no lo era. «¿Qué no eres maricón?», me preguntó con sorna un agente, y las risas de sus compañeros acuchillaron mis oídos. «Yo no soy homosexual», le expliqué, «a mí me gustan los hombres porque soy una mujer». Las carcajadas y los insultos se repitieron durante horas y fueron subiendo de tono. Uno me escupió en la cara, otro me sobó las tetas, hasta que al final uno de ellos, el más atrevido, se decidió a arrancarme la falda para que les enseñara a todos «mi chochito».

Otra pausa.

Inhala y exhala.

No podía imaginar lo humillante que todo aquello tuvo que ser para ella. Remedios odiaba su sexo, lo escondía, lo ocultaba, y tener que exponerse delante de aquellos hombres que la ridiculizaban tuvo que ser insoportable.

—Me tuvieron desnuda durante horas en una mesa en la entrada —repitió sin ocultar su enojo—. A cada agente que llegaba le preguntaban si yo era un hombre o una mujer y se reían. ¡Disfrutaban humillándome! Les hacía sentir más hombres degradar a una mujer.

Mi mano en su mejilla. No sabía cuándo había comenzado a acariciarla, pero lo estaba haciendo, y sus labios, agradecidos, me dieron un tierno beso en la yema de los dedos.

—Por eso yo llevo la prisión mucho mejor que vosotros —continuó—. Porque llevo toda mi vida encerrada en un cuerpo que no me pertenece y sé lo que es estar atrapada. A mí no me dan miedo las rejas, porque es lo primero

que vi cuando nací y abrí los ojos.

Calmarla, animarla, consolarla.

Remedios no lloraba. Sus ojos seguían firmes e impasibles como si todas las lágrimas que tuviera que derramar ya las hubiera vertido. Lo más triste de su historia es que se había resignado a que su suerte era esa y parecía que nada ni nadie podía ayudarla.

—Un error —susurró para concluir—. Un error de la naturaleza, eso soy yo.

Los funcionarios riendo y bebiendo en la barbacoa. Nuestros estómagos rugiendo. Salchichas, chorizos y morcillas. Nosotros llevábamos todo el día con una patata cocida y un mendrugo de pan. Lo jugos gástricos activándose y devorando nuestros órganos internos.

—No digas eso —le pedí apenado— Tú no eres un error.

Sus ojos marchitos me miraron como si aquellas palabras fueran las más bonitas que hubiera escuchado nunca.

—No eres un error —puntualicé—. Eres una mujer extraordinaria.

ONCE

Prisión de Barranco Seco (Gran Canaria) – noviembre-diciembre 1954

Es un hecho demostrado que los abusos sexuales fueron usados como arma represiva en las prisiones durante la Dictadura.

Los homosexuales detenidos, en algunas cárceles, eran obligados a formar parte de un abominable negocio sexual, donde todos se aprovechaban y nadie hacía lo más mínimo por defenderlos. La situación era insoportable. Jóvenes aterrados sufrían palizas y violaciones a diario. La impunidad de la que disfrutaron los funcionarios implicados y las secuelas que sufrieron las víctimas constituyen, hoy en día, uno de los episodios más vergonzosos de la historia reciente de nuestro país.

Los gais no éramos nada, no éramos nadie, y el único delito que habíamos cometido era amar y ser nosotros mismos.

A mí me violaron por primera vez la noche que llegué a la Prisión de Barranco Seco. Jamás lo olvidaré. Fue a las doce la noche, cuando las luces se apagaron y se produjo el silencio.

Yo estaba tumbado en la cama, solo, asustado, llorando, y cuando la puerta de mi celda se abrió me pilló por sorpresa. Ingenuo e inocente, pensé que por fin se habían dado cuenta de que se había producido un error con mi detención y que alguien iba a liberarme, pero mi sonrisa se congeló cuando vi a los tres presos que entraban en la habitación y advertí la forma en la que me miraban.

Maldad, vileza, perversión.

Eran tres hienas hambrientas rodeando a su presa.

Recuerdo que grité cuando el más alto de los tres se acercó a mi cama y me cogió por los pelos. Me dijo algo al oído que no escuché y su aliento me olió a cieno.

Chillé, aullé, pataleé, pedí ayuda, pero nadie vino a socorrerme.

Yo lloraba, suplicaba… ¡Era imposible que nadie me estuviera oyendo!

Intenté resistirme y me golpearon. El primer puñetazo fue en la cara y me

partió la nariz. Caí al suelo y me patearon. Sangraba. Lloraba. Suplicaba. Estaba aterrorizado e intentaba protegerme el rostro con las manos.

—¡Sujetad a esta putita! —ordenó una voz nauseabunda a mi espalda, y dos de ellos me levantaron del suelo y me inmovilizaron mientras el tercero se aproximaba a mí y me arrancaba la ropa.

Desnudo, herido, asustado… Pensando que si me resistía podían matarme. Aquellos depravados me tenían en sus manos y podían hacer conmigo lo que quisieran…

Dieciocho años, solo tenía dieciocho años… Era un crío. Jamás había salido de Lanzarote hasta entonces y vivía en casa de mis padres. Mi vida era estudiar, trabajar en el campo y pasear con mi novio. Era alguien normal. Puro, limpio, inocente.

Desgarraron mi cuerpo, desgarraron mi alma.

Me pusieron una navaja en el cuello y me advirtieron de que no me resistiera. Habían pagado a uno de los guardias por estar a solas conmigo y no podía negarme. Si desobedecía sería peor.

Las piernas me temblaban.

Cuando el primero me penetró deseé morir. El dolor que sentí no era nada comparado con la herida que se abría en mi alma. Estaban profanando mi cuerpo, profanando mi ser. Las lágrimas caían por mis mejillas, mientras los otros dos se reían y me escupían en la cara.

Recuerdo sus bromas y comentarios hirientes, me trataron con tal desprecio que llegué a sentir asco de mí mismo. Se quejaban de que en la cárcel no hubiera mujeres y tuvieran que follarse a una basura como yo. Se creían muy machos por abusar de mí. «Carne fresca» me llamaban. Me mordían, me arañaban y yo quería morirme.

Cuando el segundo empezó a violarme dejé de sentir, ¡de luchar! Era inútil gritar o intentar oponerme. Algo en mi interior me decía que a aquellos salvajes, para correrse dentro de mí, les daba igual que yo siguiera respirando o no.

Desgarraron mis sueños, mis ilusiones, mis fantasías.

Destrozaron la sonrisa del joven inocente que vivía en Teguise y que yo jamás volvería a ser.

Aquellas bestias estuvieron en mi celda una hora haciendo lo que quisieron con mi cuerpo y cuando terminaron conmigo, me dejaron tirado en el suelo, herido, amoratado y sin ganas de vivir. Hundido y desesperado. ¡Temblaba! ¡Gemía! ¡Lloraba! No entendía por qué los funcionarios habían consentido algo así.

Furioso y asustado, intenté ponerme de pie, pero mis piernas no aguantaban mi peso.

La sangre me inundaba la boca, el rostro y me caía por las piernas.

Me arrastré por el suelo clavando las uñas en el pavimento, y mientras lo hacía, me repetía a mí mismo una y otra vez que lo había logrado. ¡Había sobrevivido! Aquellas alimañas no habían acabado conmigo. ¡Y eso era lo más importante! ¡Estaba vivo! Aunque algo dentro de mí había muerto para siempre y nunca más volvería a ser el mismo.

Rabia, indignación. ¡Estaba en *shock*! Aunque intentaba asumir lo ocurrido, no terminaba de creérmelo.

Me sentía sucio, asqueado y no dejaba de temblar. Sentía sus nauseabundas manos en mi cuerpo y su sexo dentro de mí. Su tacto, sus alientos…

La puerta de mi celda abriéndose de nuevo. El chirrido de las bisagras haciéndome estremecer. Un guardia con rostro serio acercándose a mí. ¡No venía a ayudarme! ¡No venía a cuidarme! Yo, desnudo en el suelo, llorando y luchando para llegar hasta la cama.

—¿A dónde crees que vas? —me preguntó agarrándome cruelmente de los pelos—. Ahora comienza el segundo turno —me informó—. Y espero que no los decepciones, porque han pagado el doble.

El doble… El doble…

Segundo turno.

¡No me lo podía creer!

Desesperado, me agarré a la pierna del funcionario suplicándole piedad. Sus ojos inertes me miraron llenos de asco, sin un ápice de compasión ni misericordia.

Dieciocho años, solo tenía dieciocho años. Era un niño y acababan de

violarme tres energúmenos.

—¡Apártate de mí, violeta! —me chilló.

Mi cuerpo destrozado, la nariz partida y recto desgarrado. Había sufrido fuertes golpes en el abdomen y la región genital… ¡No podía pasar de nuevo por eso! ¡Prefería la muerte!

—Por favor… —supliqué, y sus ojos envenenados sonrieron como los de una serpiente.

Pisadas en el pasillo. Risas y bromas. El segundo turno estaba llegando. Había carne fresca en la prisión y ellos iban a poder comérsela. ¡Me clavarían los dientes! ¡Me morderían! ¡Me masticarían! Y cuando terminaran conmigo, escupirían los restos al suelo.

—Recuerdos de don Hermenegildo —me susurró el guardia al oído antes de desaparecer—. Él nos ha pedido que tengamos un trato especial contigo y te prometo que no vas a olvidarlo nunca.

No vas a olvidarlo nunca.

Don Hermenegildo.

El tío de Lorenzo.

Su mención en ese terrible momento hizo que se me helara la sangre.

No vas a olvidarlo nunca.

Desgarraron mi cuerpo, desgarraron mi alma.

Hienas salvajes.

Las visitas nocturnas duraron dos semanas. Durante catorce días, varios turnos de presos acudían a mi celda cada noche, previo pago, para saciar sus peores instintos. Algún funcionario depravado se animó a usarme también con la libertad de saber que a ellos les estaba todo permitido.

Yo no era nada, no era nadie, solo el hijo de un campesino que había firmado una declaración en la que había reconocido (bajo coacción) haber intentado seducir al sobrino del cura.

Lorenzo… Lorenzo…

Langostas voraces devorando mis sueños, mis ilusiones y lo poco que quedaba de mi corazón.

«Juntos podremos con todo… Hasta con Franco».

«Es preferible vivir con miedo que no atreverse a vivir».
«Si esto es una enfermedad, espero que no nos curemos nunca».

DOCE

Don Manuel se secó las lágrimas con un pañuelo de papel, mientras Antía, con la grabadora en la mano, lo observaba sin articular palabra. Estaba enmudecida. Aquella parte del relato le había impresionado tanto que no sabía qué decir ni cómo actuar.

—Hijos de puta —se limitó a balbucear.

El anciano, sentado en la silla de ruedas, con su rebeca de lana, el pantalón del pijama y sus zapatillas nuevas, se encogió de hombros apenado.

—¡Me parece increíble! —prosiguió—. ¿Cómo les permitieron hacer algo así? ¿A todos os trataron igual?

Don Manuel, que hasta ese momento había estado recuperándose, frunció el ceño y negó con la cabeza.

—El problema en aquella época no era ser maricón, sino serlo en el bando incorrecto —le explicó—. La Ley de Vagos y Maleantes no se aplicaba a todos por igual. En las redadas en los locales de ambiente, los jóvenes de familia bien siempre se libraban. Si eras un alto cargo, llevabas traje o sotana, estabas perdonado, siempre y cuando tu inmoral vicio se llevara en la intimidad.

Antía, desconcertada, se aproximó a él y accionó de nuevo el botón de su grabadora.

—¿A los franquistas se les permitía ser gais? —preguntó.

—No se les permitía ser homosexuales, pero si eran discretos, se les consentía—le aclaró—. Muchos simpatizantes del régimen, solteros, vivían en sus casas con un primo que nadie conocía y que había surgido de pronto en el árbol genealógico —le contó—. Se les consentía llevar una vida normal siempre y cuando no dieran muestras de su amor en público.

Secretos, secretos, secretos…

Vergüenza…

—Sin embargo —prosiguió—, ellos tampoco estaban libres de peligro. Ser gay en la Dictadura era signo de debilidad, un punto débil del que cualquier enemigo podía aprovecharse. Muchos de ellos sufrieron chantajes y extorsiones. Si no eras un alto cargo, cualquiera podía pedirte dinero o favores a cambio de no denunciarte. Muchos tuvieron que hacer cosas horribles para

lograr el silencio. Cada uno soportaba su propia cruz. Fueras del bando que fueses, ser homosexual te convertían en un blanco fácil. O te mataban a palos y te encerraban en centros penitenciarios o te tocaba soportar coacciones y amenazas.

Antía, mordiéndose el labio, asintió.

Era muy guapa, tanto que dolía mirarla.

Tez blanca, melena morena y mirada azulada.

—Pero… ¿cómo es posible? —insistió—. Abusos, palizas, violaciones… ¿Y nadie ha pagado por ello?

El octogenario, resignado, agachó la cabeza y suspiró.

—No —contestó con desidia.

Antía, que se crispaba ante las injusticias, levantó las cejas llena de indignación. No entendía cómo algo tan horrible había podido ocurrir sin que nadie pagara las consecuencias. Su madre la había educado bajo los ideales de igualdad y justicia. ¿Cómo aquellas personas habían salido impunes?

—¿Pero, por qué? —le preguntó sin salir de su asombro.

—¿Tú crees que a alguien le importa la memoria de unas maricas viejas? La gente está demasiado ocupada para eso —le contestó don Manuel resignado —. Hace años, el gobierno estudió indemnizarnos por nuestro sufrimiento. ¡Como si una pensión pudiera compensar todo el daño que nos hicieron! ¿Y sabes qué sucedió? De los miles de homosexuales que fueron expedientados durante el Franquismo, menos de cien fueron localizados: el resto murieron, se suicidaron o no deseaban recordar aquel infierno —Una pausa, silencio—. Nuestros verdugos tienen a su favor que lo que nos pasó fue vergonzoso y que casi todos los que lo sufrimos preferimos olvidar, vivir una vida alejada de lo ocurrido, aunque con ello los eximamos de su culpa.

Vergüenza. ¡Vergüenza! Esa era la palabra que más repetía.

Su estancia en la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía le grabó a fuego en la mente que sus tendencias sexuales eran una aberración, algo sucio y depravado de lo que debía arrepentirse… Después de aquello, pocos presos habían podido vivir libremente su sexualidad. El sentimiento de culpa y de deshonra los había marcado para siempre.

—Aunque hubiéramos querido denunciarlos durante la Dictadura, no hubiera servido de nada —prosiguió don Manuel—. Los homosexuales no éramos nadie, no éramos nada y nos merecíamos todo lo que nos pasara. Todas

esas canalladas que nos hicieron pasar eran por nuestro bien, actitudes piadosas de la patria con carácter reformador. La mayoría callaron por vergüenza y los que hablaron lo pasaron aún peor, porque las consecuencias fueron cruentas. Si acusabas a un funcionario en la cárcel de abusos sexuales, te encerraban en una celda de castigo, donde invitaban a los presos más sádicos a hacer gratis contigo lo que quisieran.

La joven, cabreada, apagó la grabadora y se levantó de la silla. ¡Le enfermaban las injusticias! Sus pasos agitados la llevaron a la ventana, donde, tras inspirar un poco de aire fresco, intentó tranquilizarse.

—Es injusto. ¡Injusto! —protestó—. Deberían haber pagado por lo que hicieron.

Don Manuel, enternecido por su asertividad, se acercó a ella y le regaló una caricia.

—Es tarde, demasiado tarde, la mayoría de los responsables ya murieron —le contestó apenado—. Solo espero que ese Dios que a mí me dio la espalda los juzgue a ellos cuando lleguen a su Reino.

TRECE

Tefía (Fuerteventura) – febrero 1955

Agapito de la Cruz se suicidó un martes de mediados de febrero. Se cortó las venas con una cuchilla y la sangre empapó su manta y tiñó de rojo el suelo del barracón. Lo hizo de noche, mientras dormíamos. Nadie se enteró. Al levantarnos por la mañana descubrimos su cadáver y nuestros rostros se mancharon de dolor.

Recuerdo los gritos, los silbatos y el silencio. Los funcionarios, enfadados, lo sacaron por los pies y lo dejaron tirado en el patio como a un perro. Estuvo allí todo el día, devorado por las moscas. Sus ojos vacíos nos miraban y a mí me causó una gran impresión.

—Pobre Agapito… —repetía Remedios, y a mí se me encogía el corazón.

Agapito de la Cruz era peluquero en Yeste, uno de los pueblos más bonitos de la provincia de Albacete, famoso por su castillo, el convento de San Francisco y la Iglesia de la Asunción.

—Lo que más echo de menos son los pinares —solía decir con nostalgia—. Aquí, mires donde mires, solo hay viento y tierra. Daría lo que fuera por regresar a mi tierra y pasear unos minutos por los montes.

Agapito de la Cruz se había criado en los cerros del Parque Natural de los Calares del Mundo y de la Sima. Añoraba el río, las charcas, la sierra caliza y la flora autóctona.

—No comprendo cómo los majoreros pueden vivir sin árboles —murmuraba—. Aquí lo único que da sombra son las aspas del molino y cada vez me da más miedo mirarlas.

Agapito de la Cruz llevaba nueve meses preso en la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía cuando yo llegué. Lo detuvieron en su pueblo y le aplicaron la Ley de Vagos y Maleantes.

—En Yeste había dos peluquerías y la mía funcionaba mejor —me contó una tarde—. ¡Mi único delito fue tratar bien a las clientas! Me denunció el otro peluquero sin pruebas, por avaricia, y nadie me defendió.

Celos, conspiraciones, envidias… Era algo muy común en los pueblos.

Agapito de la Cruz había sufrido mucho, había ido de prisión en prisión penando hasta que, finalmente, lo trasladaron a Fuerteventura para cumplir el resto de su condena.

—Esto es lo más lejos que he estado nunca de Albacete —me dijo con miedo—. A veces cierro los ojos y me da vértigo lo lejos que estoy. Me aterra pensar que me he alejado demasiado y que no voy a ser capaz de volver.

Volver, ese era su mayor sueño.

Agapito de la Cruz tenía un puesto de responsabilidad en el centro, además de picar piedras y trabajar en el huerto. Era el peluquero personal de don Prudencio de la Casa de Dios. Una vez a la semana iba a sus aposentos, lo pelaba, lo afeitaba y se controlaba para no rebanarle el cuello.

—Más de una tarde lo he pensado —había confesado una noche a luz de la luna—. Cuando lo tengo allí sentado con el cuello expuesto, pienso que sería muy fácil acabar con él, matar a ese hijo de puta que nos amarga la existencia….

—¿Y por qué no lo haces? —le preguntó un compañero—. Tu destino, al fin y al cabo, no sería muy diferente de este.

Agapito, que tenía las manos grandes y las cejas hirsutas, se encogió de hombros y sonrió como si fuese muy evidente.

—Porque soy maricón, pero no un asesino… —respondió—. Que esté en la cárcel no significa que sea un delincuente.

Muebles oscuros, paredes de cal… La habitación de don Prudencio era tenebrosa y sombría. Agapito la temía y no quería entrar.

—Prefiero mil veces los latigazos que estar en el cuarto con él.

Remedios, preocupada, frunció el ceño.

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Te ha hecho algo?

Agapito, que cuando hablaba de don Prudencio se ponía pálido, tragó saliva y negó con la cabeza.

—Nunca me ha tocado, ni me ha dicho nada —le contestó—. Pero es de esas personas que no necesitan hablar para aterrorizarte.

Agapito de la Cruz, por su trabajo, tenía un privilegio en la colonia. A veces, después de pelarlo, si don Prudencio de la Casa de Dios estaba de buen humor y quedaba satisfecho, dejaba que el peluquero se comiera las sobras que había en la basura. Agapito, con ansia, roía los huesos, masticaba las raspas e

incluso, alguna vez, había llegado a tragarse la cáscara de una naranja o un plátano.

—Puedes lamer la vajilla, ¡pero no la rayes! —le advertía—. Que los pervertidos tenéis la lengua muy áspera.

Agapito de la Cruz y don Prudencio no hablaban ni se sonreían. Sus conversaciones eran meramente estilistas y profesionales, pero aun así, algunos en la colonia habían llegado a insinuar que el interés del director por el peluquero iba más allá de sus habilidades.

—Lo peor que puede sucederte es que el Diablo se enamore de ti —había escuchado a Remedios decirle un día—. Lo sé por experiencia propia, así que por tu bien, espero que no te pase.

Agapito de la Cruz temblaba de noche y temblaba de día.

La sonrisa que lucía en su peluquería de Yeste desapareció.

La sombra de la depresión se apoderó de su rostro.

Lloraba, suspiraba y soñaba en todo momento con regresar a su pueblo. Echaba de menos a su madre, a sus primos y a su perro. Confundía el viento de Fuerteventura con la brisa que acariciaba los pinos en su monte. No sabía dónde estaba. A veces se levantaba de noche y creía que se encontraba en su propia casa.

Locura, depresión y estrés traumático.

—El nacimiento del río Mundo —decía con nostalgia—. ¿Algún día lo volveré a ver?

Una tarde ventosa a finales de diciembre, el peluquero, desesperado, tomó una determinación de la que más tarde se arrepentiría. Era Navidad y estúpidamente pensaba que el director, amparado por el espíritu navideño, iba a ser más benevolente.

—Don Prudencio —pronunció con voz temblona—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Espuma de afeitar cubriéndole el rostro y una palangana de agua caliente a sus pies. El director de la colonia estaba durmiéndose y la voz de Agapito lo espabiló, levantó la vista del suelo y lo miró cabreado por que Agapito hubiera tenido el atrevimiento de interrumpirle el sueño.

—Dígame —le contestó con rudeza.

Agapito de la Cruz, que aquella mañana había llorado recordando cómo su

familia preparaba la Nochebuena, tragó saliva antes de hablar, porque sabía que si lo disgustaba, las consecuencias serían tremendas.

—Don Prudencio… Llevo en Tefía casi un año… —comenzó a argumentar mientras densas gotas de sudor se formaban en su frente—. Hago todo lo que me piden y siempre me porto bien… Incluso soy su peluquero —apuntilló—. Y me preguntaba…ya que usted es el encargado de firmar los partes de conducta… si podría escribir algo bueno de mí… Es Navidad…, echo de menos a mi familia… y me gustaría reunirme pronto con ellos.

Don Prudencio, sorprendido, se incorporó en la silla alejándose de la navaja que el peluquero estaba usando.

—¡¿Pero qué atrevimiento es este?! —le chilló ofendido—. ¡Eres un desagradecido! ¿Es que no te das cuenta de lo que estamos haciendo por ti? —Agapito temblaba deseando morir—. Eres un enfermo ¡Un pervertido! Y aquí te estamos reformando para que te puedas reinsertar en la sociedad sin ser un peligro para ti y para los que te rodean. ¿Cómo te atreves a sugerir que te dejemos marchar ya? Si te dejara salir sucumbirías a la tentación y a los placeres de la carne, reincidirías en tu repugnante vicio practicando actos sodomíticos y libidinosos. ¡Eres invertido!

Agapito de la Cruz, aterrado, intentó que las lágrimas no se le escaparan de los ojos antes de continuar, pero no pudo contenerlas. ¡Todo era tan injusto! Él no había probado varón antes de entrar en la cárcel, no había estado con ningún hombre cuando lo detuvieron. En Yeste tenía un amigo, pero nunca se había acostado con él. ¡Lo acusaron sin pruebas y sin delito! Celos, traición… La rabia hizo que sujetara la navaja con más fuerza.

—¡Le juro que ya he aprendido la lección! —exclamó desesperado—. Jamás volveré a mirar a ningún hombre… Solo quiero regresar a Yeste y cuidar de mi madre… La pobre está mayor y no puede andar mucho… Solo deseo eso… Se lo juro, don Prudencio… ¡Se lo juro!

El director, a quien le molestaba que pusieran en duda lo piadoso que era, escupió con rabia al suelo antes de contestar.

—¡Eres un egoísta! ¡Solo piensas en ti! —lo acusó—. ¿Es que no te das cuenta? Si tú te vas, ¿quién me pelaría? ¿Acaso crees que es fácil encontrar peluqueros aquí? Mientras yo necesite pelarme, tú estarás en Tefía… ¿Te ha quedado claro? ¡Y si no estás de acuerdo, haberte reprimido antes de cometer esos abominables actos contra natura…!

La mano de Agapito dudando, mientras los demonios de su mente le

susurraban al oído: «Secciónale la yugular, secciónale la yugular…», pero él no era un asesino. ¡No era un criminal! Solo era un peluquero de Yeste que se había enamorado de su mejor amigo.

—¡Lo hago por ti! —insistió don Prudencio—. Con piedad ¡Con misericordia! Para que vuelvas a ser un buen español ¡Y un buen cristiano!

Agapito de la Cruz perdió la cabeza después de aquella conversación.

No reía.

No lloraba.

La razón se le nubló.

«Mientras yo necesite pelarme, tú estarás en Tefía».

Agapito de la Cruz se cortó las venas un martes de mediados de febrero.

No pudo esperar más. No quiso. No supo. Dejó que la depresión lo arrastrara y, con la navaja que afeitaba al gerente, terminó quitándose la vida.

Los guardias lo sacaron del barracón a rastras. Don Prudencio de la Casa de Dios pasó por su lado y ni lo miró. En la mano llevaba un rosario y al pasar por mi lado, suspiró.

—Parece que voy a tener que buscar otro peluquero —masculló incordiado, y le dio una patada a una piedra, fastidiado como el que acabara de perder un botón.

CATORCE

Tefía (Fuerteventura) – febrero 1955

—¡Sshh! ¡Conejero!

Una voz en la oscuridad llamándome, susurrando lo suficientemente alto como para que la oyera, pero a la vez bajo para no atraer la atención de ningún vigilante.

Eran las siete y cuarto de la mañana. El sol, perezoso, ascendía lentamente por el cielo y sus primeros rayos iluminaban las montañas tiñendo de colores rojizos sus laderas.

Un pitido. El sonido de un silbato indicaba el tiempo que tenías para estar en el baño y cuándo tenías que salir. El aseo era un cuarto mohoso y pestilente con dos bidones de agua, uno para lavarnos y otro para echarlo al retrete.

—¡Ssshhh! ¡Conejero!

Esta vez reconocí su voz. Aunque continuaba dormido y el hambre hacía crujir mi estómago, distinguí la voz de Nemesio que me llamaba cuatro puestos detrás de mí. Yo me giré y le sonreí, y él, con sus ojos vivaces, me hizo una señal con la mano para que dejara pasar delante de mí a unos cuantos presos y me quedara junto a él en la cola.

—Mira hacia adelante —me pidió—. Disimula.

—¿Qué ocurre? —le pregunté intentando no mover los labios.

Nemesio, que había sido apaleado recientemente por los guardias por haber cogido una ración extra de pan en la comida, me agarró levemente con su mano la cintura, como si aquella fuera la única muestra de afecto que nos pudiéramos permitir en ese momento.

—Vengo a despedirme —me comunicó.

—¿Despedirte? —susurré alarmado.

La puerta del baño abriéndose y un chico de unos dieciocho años saliendo de allí con las mejillas hundidas por el hambre.

—Sí —me contestó—. Voy a escaparme en un par de semanas y, como sé que voy a estar bastante ocupado, quería aprovechar este momento para despedirme de ti y pedirte una cosa.

—¿Escaparte? —le pregunté asustado—. ¡Estás loco! Hay vigilantes por todas partes… ¿Cómo lo vas a hacer?

Su pelo oscuro, sus brazos fuertes… Ni siquiera Tefía había logrado arrebatarle sus encantos.

—Lo tengo todo controlado —me explicó—. Un funcionario me debe un favor y va a ayudarme… Si me hubiera permitido que saliéramos dos, te habría avisado.

Plan de fuga…

Mi cabeza girándose un segundo y sus ojos encontrándose con los míos… Había tanto sufrimiento en ellos que era incapaz de mirarme sin que se le saltaran las lágrimas.

Un funcionario le debía un favor… ¿Qué había tenido que hacer para ganárselo? ¿Y cuántas veces?

—Ya no lo soporto más —me confesó con voz rota—. Es la segunda vez que vengo… No puedo más. Prefiero arriesgarme a que me pillen, a seguir así.

Escapar… Huir… Exponerse a los peores castigos.

El silbato del funcionario sonando… Nuevo turno para entrar al baño… Nuestros pies doloridos avanzando otra posición…

—¿Y qué necesitas de mí? —le interrogué preocupado.

Nemesio, que hasta ese momento había intentado guardar la compostura, dejó que una lágrima se escapara de sus ojos y cayera por sus mejillas.

—Hay un chico en Las Palmas, en La Isleta, se llamaba Efraín —me contó con tristeza—. Su padre tiene una pescadería cerca del Castillo de la Luz.

Silencio. La respiración de mi amigo entrecortada, el viento empezando a arreciar y levantando el polvo del suelo.

—¿Y? —le pregunté perdido.

La mano de Nemesio en mi cintura. Sus dedos volvieron a apretarme unos segundos, como si me hiciera una caricia.

—Si no salgo de esta —susurró con voz seria, rotunda—, dile que lo quiero.

QUINCE

Tefía (Fuerteventura) – febrero 1955

Los domingos por la mañana temprano, los reclusos, agotados, nos poníamos en fila india y emprendíamos el largo camino que nos llevaba hasta la iglesia de Casillas del Ángel para ir a misa. Era la única vez en toda la semana que los presos teníamos permiso para salir de la colonia y lo hacíamos acompañados de los funcionarios que nos vigilaban con sus armas apuntando a nuestras cabezas, mientras cantábamos el *Cara al sol.*

Éramos la excursión de las almas en pena, de los vagos, de los maleantes, de los sarasas, de los violetas… ¡Los residuos de la sociedad!

«¡Que llegan los presos! ¡Que llegan los presos!», chillaban los niños al vernos llegar, y nosotros nos moríamos de vergüenza.

Hambre, sed y cansancio.

Arrastraba las botas por el camino, mientras los ojos se me cerraban por el agotamiento.

Extenuado, fatigado y macilento.

A duras penas conseguía mantenerme en pie. La falta de comida y el exceso de ejercicio me estaban matando.

—¡Eh tú, violeta! —me regañó uno de los funcionarios—. No te retrases ni te salgas de la fila.

Un golpe en la espalda. El vigilante me asestó un golpe con la vara como si fuese un mulo, un animal, y yo lo asumí con entereza, como si aquello fuese normal y me lo mereciera.

Humillarse, doblegarse, someterse, postrarse a los pies de los guardias y dejarse insultar… poner el culo.

El párroco de la iglesia de Casillas del Ángel dando un sermón sobre la bondad y los pecados de la carne, la iglesia fría, oscura, con olor a incienso y a humedad… Los presos sentados en las últimas filas… Sus cuerpos escuálidos descansando en los bancos y poniéndose de rodillas…

«Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa».El mismo discurso.

Las mismas palabras.

«La mente puesta en la carne es enemiga de Dios».

El cura de Casillas del Ángel me recordaba a don Hermenegildo. Aunque era más joven que él, su rostro tenía la misma arrogancia, miraba a los presos con asco, con abominación.

«Serán imprudentes, se llenarán de soberbia y amarán el placer en lugar de amar a Dios».

Se creía con el don de la palabra, con el don de la verdad.

«Porque a los inmorales y a los adúlteros los juzgará Dios».

Hambre. Mucha hambre.

El hambre era tan extrema que a veces pensaba que iba a desfallecer, me faltaban las fuerzas.

—Mi niño… estás pálido… —me dijo Remedios alarmada, y me dio la mano temiendo que me fuese a caer.

«Podéis ir en paz».«Demos gracias a Dios».

—¡En fila india! ¡De uno en uno y sin hacer estupideces!

Caridad cristiana. Los vecinos del pueblo nos miraban con odio y repugnancia a la vez. Los niños nos insultaban y algunos nos tiraban piedras.

No soy nadie. No merezco nada. Soy lo peor de la sociedad.

Débil. Acabado. Consumido.

Arrastraba mis pies lentamente y la puntera de mis botas se llenaban de tierra.

No sabía cuándo había perdido la dignidad y había dejado de ser el que era.

El recuerdo de Lorenzo nublado, alejado, ambiguo. Una bruma opaca devorada por las langostas.

Las piernas me temblaban.

De pronto, una mano, una manita diminuta salió de la nada y se acercó a mí. Su dueña era una niña morena de unos cinco o seis años con los ojos oscuros y la nariz llena de mocos. Había venido corriendo. Salió de una de las casas y se acercó a mí.

Al principio me alarmé, no me gustaba que me tocasen. Mi experiencia en Barranco Seco me había convertido en alguien tosco y asustadizo. Pensaba que aquella niña venía a reírse de mí o a darme una patada, pero no lo hizo, solo metió su manita en el bolsillo de mi casaca y después salió huyendo.

No le dije nada. Nuestro encuentro fue fugaz, inesperado. Estaba tan asombrado por su comportamiento que no respondí. Sus ojos miraron los míos y sentí algo raro en mi interior, una punzada. ¿Qué pasaba? ¿Qué ocurría? No había odio. No había asco. Era eso. Por primera vez en mucho tiempo, unos ojos que no eran los de mis compañeros me miraban como si yo fuera alguien normal, ¡no un residuo tóxico ni el cáncer de la sociedad!

Turbado y confuso, metí mi mano en el bolsillo y, al averiguar qué había dejado, mis ojos se llenaros de lágrimas. Un higo. Un higo seco. Esa niña se había arriesgado a llevarse un golpe de un guardia para darme un higo seco, porque había visto que estaba a punto de desfallecer. Su abuela, a lo lejos, me sonrió. Sorpresa. Gratitud. Buena gente. En Fuerteventura había buena gente fuera de aquella prisión.

Lloré. Mientras me metía a escondidas el higo seco en la boca y lo masticaba, lloré. Lloré, porque había olvidado lo que era la caridad y las personas amables. Llevaban tanto tiempo torturándome, que había llegado a pensar que la vida era eso y que yo me merecía un trato así.

El párroco en su discurso nos había hablado de la bondad de Dios y yo no lo había entendido. Me parecía un concepto viejo y olvidado, que no se aplicaba a mí, pero en ese momento, mientras lloraba, me di cuenta de que estaba equivocado. El cura tenía razón, la bondad existía, aunque en mi caso no se encontraba en Tefía ni en la iglesia; yo acababa de contemplarla reflejada en los ojos de una niña.

DIECISÉIS

—Solo los gilipollas dejan escapar al amor de su vida.

El dolor de la colleja quemando en su cogote. Don Manuel le había dado un sopapo que todavía le estaba escociendo.

—¿De verdad eres tan cobarde? —le riñó enfadado—. ¿Cómo te dejas amilanar así?

Acoydan había roto con Antía. Le había dicho que no la quería y la había echado de casa, ¡pero todos sabían que mentía! Al nombrar a la chica, el gerocultor casi se pone a llorar. ¿Qué pasaba? ¿Qué sucedía?

—No lo entiendo…—repetía don Manuel—. ¿Surgen problemas y en vez de luchar, tiras la toalla? ¿Tan fácil eres de manipular? ¿De hundirte?

Cobarde. Otra vez esa palabra saliendo de su boca y dirigiéndose a él.

—Esto… Yo… —balbuceó.

La cabeza de Acoydan hecha un lío.

Una mosca distraída pasando por delante de ellos.

—¡Hice lo que era mejor para para todos! —exclamó finalmente.

Don Manuel, confuso, frunció el ceño.

—¿Lo mejor para todos? —repitió sarcástico—. ¡Sí! Todos estáis de putísima madre: Antía está dando saltos de alegría y tú… ¿Hace falta que te explique la pinta que tienes?

Acoydan, con la camiseta del pijama llena de manchas y las cholas colgando de sus pies, se encogió de hombros y suspiró. En momentos como ese, echaba de menos un cigarrillo. Llevaba cinco años sin fumar, pero aún los añoraba cuando se ponía nervioso.

—Su madre me llamó —confesó haciendo que los ojos del octogenario se abrieran más de la cuenta—. El día que me echaron de Cumbres Doradas, me telefoneó por la noche.

—¿Qué quería? —le interrogó.

Acoydan, recordando lo nervioso que se puso al recibir esa llamada, agachó la mirada. Se avergonzaba de confesar los verdaderos motivos de su ruptura.

—Me dijo que si rompía con su hija y la convencía para que volviera a su

casa, no me denunciaría ni a mí y ni a la residencia.

Doña Agustina era lista, escurridiza, sibilina, como una serpiente.

Silencio.

Las cajas de *pizza* descansando en el suelo.

Encarna, aprovechando la pausa, abrió su bolso y sacó un pintalabios y un espejo y, mientras esperaba que continuaran hablando, puso morritos disimuladamente y se aplicó carmín.

—¡¿Pero qué cojones os pasa a los jóvenes de ahora?! —chilló de pronto don Manuel, haciendo que espabilara—. ¿Dónde os han dejado las pelotas? ¿Has renunciado al amor de tu vida por no enfrentarte a tu suegra? ¿Es eso? ¿Te da miedo que te amenace con la cárcel?

Acoydan, que desde que había cortado con Antía lo único que hacía era llorar, se encogió de hombros y dejó que la congoja lo abrazara. En ese instante, más que un sermón, lo que necesitaba era que el anciano lo consolara, pero sabía que no lo iba a hacer. El octogenario estaba enfadado, decepcionado, y lo peor era que tenía razón.

—Cuando yo tenía tu edad me enfrenté a cosas mucho peores que eso por amor —prosiguió indignado—. ¡Me pegaron! ¡Me violaron! ¡Me arrancaron la dignidad a girones! Pero no cedí. —Sus ojos vidriosos, la garganta seca—. Seguí peleando hasta que me faltaron las fuerzas… ¿Y tú te has acojonado por una simple llamada? —le regañó—. ¿De verdad piensas que esa denuncia es peor que fallarte a ti mismo? ¡Mírate, por Dios! ¡Mira en lo que te estás convirtiendo!

El grifo de la cocina goteando.

—¡Eres un cobarde! —repitió acentuando cada una de las sílabas de su frase —. Antía se fugó de su casa por estar contigo y tú no has sido capaz de defenderla. ¡No has estado a la altura! Cuando han empezado los problemas has preferido renunciar a ella antes que luchar.

Una lágrima cayendo por la mejilla de Acoydan y perdiéndose en las manchas de su camiseta.

La mano del anciano temblando y Encarna acariciándole el hombro para que se calmara.

—Joder, Acoydan, ¡no seas tolete! —le pidió manchando sus palabras de ternura—. Habla con ella. ¡Habla con Antía! Dile lo que pasa, lo que sientes… Ella te quiere… Tú la quieres… No os hagáis esto… Y si te tienes que enfrentar a la denuncia de tu suegra, ¡te enfrentas! Pero no la pierdas,

Acoydan… No la pierdas, porque esa chica merece la pena y te arrepentirás.

El gerocultor triste, llorando.

Tenía razón.

Debía sacar el valor de donde no lo había y recuperar lo que le habían arrebatado.

—De todos modos —comenzó a explicarle el chico compungido—. Hay algo más.

Don Manuel, desconcertado, se encogió de hombros.

—Antía me mintió —le confesó como si fuese algo que le preocupara—. Cuando le pregunté los motivos por los que se había ido de la casa de sus padres, me dijo que lo había hecho por mí, que yo había sido la causa de la discusión y cuando hablé con su madre descubrí que ella ni siquiera sabía de mi existencia.

Silencio.

Tenía que haber una explicación.

¿Lógica?

—Quizá Antía no es tan clara como usted cree, don Manuel… —concluyó el chico apenado—. Quizá haya cosas que ni usted ni yo conozcamos.

DIECISIETE

Tefía (Fuerteventura) –marzo 1955

Cuando muere tu madre es como si te arrancaran las raíces de cuajo y desde ese momento nada te aferrara a la tierra. Te quedas quieto, en silencio, erguido, pero sabes que tus pies ya no se adhieren con la misma fuerza y que cualquier soplo de viento, por minúsculo que sea, te podrá tirar al suelo y ya no tienes esa mano firme que, desinteresadamente, siempre estaba a tu lado para ayudarte a levantarte sin esperar nada a cambio, solo tu cariño.

Las cartas llegaban los viernes. Los funcionarios, antes de entregarlas, las revisaban y si nos enviaban comida, se la quedaban. Solo nos daban sobres abiertos con cartas censuradas, pero para nosotros era todo un acontecimiento. ¡Yo ansiaba ese momento! Solía contar los días que faltaban para que llegara el cartero por si traía algo para mí.

Las cartas de Lorenzo eran mi salvación, las guardaba durante horas apretadas contra mi pecho y no soltaba ni media palabra.

—Un día os van a pillar —me avisaba Remedios, y yo me echaba a reír.

Recuerdo aquel viernes, de principios de marzo, como si estuviese sucediendo ahora mismo. Era un día gris, extraño, el funcionario hizo sonar su silbato y uno a uno fueron llamando a los afortunados que recibían correspondencia. Cuando el guardia pronunció mi nombre, no me lo podía creer.

—Manuel Artiles Fajardo… Manuel Artiles Fajardo.

¡Lorenzo! ¡Lorenzo! ¡Otra carta de Lorenzo!

Las manos me temblaban cuando la recibí. Un sobre abierto, un folio arrugado… Mis dedos sucios sacando el papel, conteniendo el aliento.

La primera frase demoledora.

Queridísimo hermano:

Lamento comunicarte que mamá ha muerto.

Mamá ha muerto.

Ha muerto.

¿Cómo se digiere esa noticia?

Tardé unos segundos en reaccionar y cuando lo hice, las lágrimas inundaron mis ojos.

Mamá ha muerto.

Inspirar. Expirar. Respirar.

Un, dos, tres…

Reaccionar. Asimilar.

Mamá ha muerto.

La relación con mi madre y el resto de mi familia había sido nula desde que me detuvieron. Lo poco que sabía de ellos era a través de las cartas de Lorenzo. El único de mi casa que sabía leer y escribir era yo.

Ha muerto.

Mamá ha muerto.

—No la quiero —le había confesado a Remedios una noche entre llantos—. ¡No la quiero! Ella es la culpable de que yo esté aquí.

Remedios, enfadada, frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No digas estupideces —me riñó—. Es imposible dejar de amar a una madre.

El entierro fue ayer, a las cinco. Don Hermenegildo dio una misa preciosa y acudió mucha gente. Aunque a otros les hubiera gustado ir, se quedaron en sus casas por miedo a parecer demasiado amigos de nuestra familia.

Vergüenza.

Mi familia se había convertido en una apestada de la noche a la mañana.

Tenían un hijo maricón, ¡un violeta!, un pervertido que había intentado seducir al sobrino del cura.

Don Hermenegildo.

Leer su nombre me hizo estremecer.

Recordaba perfectamente cómo el funcionario de prisiones me había dado recuerdos suyos cuando empezaron las violaciones. Ese monstruo despreciable se había encargado personalmente de que mi condena fuera una pesadilla.

«Dio una misa preciosa».

Aquel mismo hombre, aquella misma bestia, había dicho la homilía de mi madre. Me podía imaginar las palabras que había usado al referirse a mí.

Vergüenza.

«Recuerdos de don Hermenegildo… Él nos ha pedido que tengamos un trato especial contigo y te prometo que no lo vas a olvidar».

Lágrimas. Suspiros.

Mamá ha muerto.

¡Ha muerto!

Remedios dándome el pésame mientras los silbatos nos anunciaban que debíamos volver al trabajo.

—Yo seré tu madre a partir de ahora —me dijo en medio de un abrazo—. No estarás solo. —Y yo sonreí.

Un golpe en la espalda me hizo volver a la tierra.

—Venga, violeta… mueve el culo… —me chilló un funcionario—. La cantera te está esperando.

Con el corazón destrozado, me tragué las lágrimas y empecé a andar. Remedios me ayudó cogiéndome de la mano y sin ella me habría sido imposible avanzar.

—¡Además de maricón, huérfano! —me gritó uno de los vigilantes cuando salía por la puerta, y sus compañeros se echaron a reír.

DIECIOCHO

Tefía (Fuerteventura) – marzo 1955

El día que el general Oramas llegó a la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía el cielo se oscureció. Parecía que hasta el sol, asustado, se escondía entre las nubes para no verlo. Fue a mediados de marzo. La mañana era fría y los guardianes, con sus silbatos, comenzaron a llamarnos para que nos levantáramos y nos pusiéramos en formación en el patio.

Ojos cansados, cuerpos deshechos. La casaca gris cada vez me quedaba más grande. ¿Crecía ella o menguaba yo? ¿Cuántos kilos había perdido desde que me habían encerrado? ¿Quince? ¿Dieciséis?

—Tenemos visita —comentó alguien al fondo de la barraca, y a Remedios le cambió la cara por completo.

Don Anselmo Oramas Lemes era un invitado especial de don Prudencio de la Casa de Dios, director de la colonia. Acudía al centro una o dos veces al trimestre y siempre lo hacía sin avisar. Yo no lo había visto nunca, y la verdad es que, al encontrarlo en mitad del patio, con su pantalón y chaqueta gris con el emblema de la Falange bordado, la corbata, la gorra de plato y el cinturón, me impuso. ¡Daba miedo! Aunque no podía precisar con exactitud el motivo, don Anselmo no era especialmente alto ni fuerte, pero sus ojos, pequeños y oscuros, eran capaces de infundir el mayor de los respetos.

—Es la mirada de un asesino —susurró alguien el patio, y todos hicimos como si no lo hubiéramos escuchado.

Don Prudencio de la Casa de Dios nos saludó con su parsimonia correspondiente y, antes de instarnos a cantar el *Cara al sol*, nos informó de que ese día teníamos el honor de tener entre nosotros a un gran amigo de la colonia, don Anselmo Oramas, uno de los generales más condecorados de la Falange.

—Podríamos decir que casi es la mano derecha del Generalísimo en Canarias.

Don Anselmo, altivo, puso una leve sonrisa y fingió falsa modestia, mientras buscaba concienzudamente a alguien con la mirada entre los reclusos del

patio.

—Yo no diría eso, don Prudencio, no es para tanto.

Era de dominio público que el general Oramas y Franco mantenían una estrecha relación. Había quien aventuraba que era mucho más que eso, pero no había nada demostrado, lo que sí estaba comprobado era que cuando el Caudillo necesitaba un perro de caza, siempre lo mandaba a él y don Anselmo regresaba con sangre en los dientes.

Frío.

Miedo.

Viento.

Estómagos vacíos sufriendo, mientras don Prudencio sacaba una fuente de truchas de batata para degustarlas con su invitado y los vigilantes hacían el recuento.

Remedios, pálida, inmóvil, callada… Desde que habíamos salido del barracón no había abierto la boca, y eso no era habitual en ella. Temblaba, temblaba más que nunca. Desde que había visto al general Oramas, su cuerpo se había puesto rígido y no podía vocalizar.

Sus ojos pequeños, oscuros, de rapaz, de alimaña, buscándola en el patio. Cuando finalmente la encontraron, sonrió con la sonrisa más cruel que había visto en mi vida. Su rostro reflejaba deseo, poder, desgarro, y mi amiga, aterrada, no pudo evitar estremecerse.

—¿Estás bien, Remedios? —le pregunté.

Su rostro pálido, su gesto ambarino.

—Manuel, por favor, aléjate de mí —me susurró—. Que no te vea hablando conmigo.

Cara al sol con la camisa nueva…

Un, dos, tres, cuatro…

El general Oramas mordiendo una trucha y pequeñas migas de repostería cayendo sobre su chaqueta.

Que tú bordaste en rojo ayer…

Cinco, seis, siete y ocho…

Su lengua afilada pasándose por sus labios mientras mostraba unos dientes incisivos, caninos, de depredador.

Me hallará la muerte si me lleva…

Nueve, diez, once y doce…

Bigote pequeño, negro, sobre su labio superior, con migajas de trucha y los pelos mojados en café.

Y no te vuelvo a ver.

Un pequeño revuelo comenzó a formarse en el patio. Preocupado, miré a ambos lados para comprender qué sucedía. Uno de los vigilantes, nervioso, comenzó a darle gritos a los otros, que haciendo sonar fuertemente el silbato, nos contaron otra vez.

—¡Mierda! ¡Mierda! —mascullaba.

—Don Prudencio… tenemos un problema —le dijo en voz baja uno de los funcionarios, aunque todos lo pudimos oír—. Falta uno… No sé qué ha pasado.

Los ojos del director endemoniados saliéndose de sus órbitas. ¡Eso no podía ser! ¡Era imposible! ¡Y menos en un día como ese! ¡Delante del general Oramas! ¿En qué posición lo dejaba eso?

Voces, cuchicheos, los funcionarios gritándonos y poniéndonos en fila india mientras yo buscaba a alguien con los ojos.

«Falta uno. ¡Falta uno!», exclamé para mis adentros, y no pude evitar sentirme feliz al comprobar que no veía el rostro de Nemesio en el patio.

—¡¿Es que nadie ha visto nada?! —chilló don Prudencio fuera de sí—. ¿Quién falta? ¡¿Quién falta?!

La voz de un vigilante acercándose al director y susurrándole en voz baja el nombre de mi amigo al oído.

El general Oramas lo miraba y le exigía sin palabras que nos castigara, que nos diera un repulsivo para que aprendiéramos la lección.

—¡Hoy no iréis a trabajar! —nos gritó el director desquiciado—. ¡Os quedaréis aquí en el patio! ¡De pie! ¡En formación! ¡Sin moveros! ¡Nadie comerá ni beberá hasta que aparezca! Y si esta noche no está aquí, tampoco dormiréis… Y si alguno se mueve o se desmaya, recibirá una paliza. ¡No iréis al baño! Os mearéis y cagaréis encima… ¿Lo habéis entendido? Así que espero que si alguien sabe algo sobre ese malnacido, que hable ahora mismo.

El corazón latiéndome con fuerza, Remedios a mi lado tocándome levemente la mano con la yema de sus dedos, el general Oramas terminándose el café y encendiéndose un cigarro…

—Don Prudencio, no se preocupe —dijo con voz firme y rotunda, y haciendo que todas las miradas se dirigieran a él—. Yo lo ayudaré a atrapar a ese pervertido y le prometo que antes de que caiga el sol lo tendré de vuelta con nosotros.

Sádico. Sanguinario. Torturador.

El general Oramas disfrutaba con juegos como ese.

El cuerpo de Remedios poniéndose tenso.

—Solo una pregunta… —dijo en voz alta para que todos lo oyéramos— ¿Tienen perros de caza?

Uno de los vigilantes, que estaba junto a él, frunció el ceño.

—Señor, tenemos motos y coches —le informó—. No ha podido ir muy lejos. Con los vehículos será suficiente.

Don Anselmo, aprovechando esos segundos de protagonismo para dirigir de nuevo la mirada a Remedios y hacerla temblar, sonrió y escupió al suelo antes de contestar.

—Lo sé… —respondió—. Pero con los perros será más divertido.

DIECINUEVE

A veces le sucedía. Empezaba a hablar y paraba, porque no recordaba lo que estaba diciendo, se le iba la cabeza, se confundía, se perdía en la densa niebla de la desmemoria que cada vez lo cercaba más. Se quedaba callado, con la mirada perdida, y Antía le cogía mano y lo hacía regresar, porque él estaba lejos, muy lejos, flotando en ninguna parte.

Sus silencios se quedaban plasmados en la grabadora, en las primeras sesiones apenas había, pero en las últimas se habían producido con más frecuencia. Antía, preocupada, se lo había comentado a Mari Puri, y esta, como única respuesta, había asentido con tristeza como si ya lo supiera.

Alzheimer, alzhéimer… maldita enfermedad.

Se desinflaba; la mente de don Manuel se estaba vaciando poco a poco y cada vez era más evidente. Una de las últimas veces que había ido a visitarlo ni siquiera habían podido trabajar en la biografía; se había encontrado al anciano llorando, porque no recordaba en que día vivía, y ella se había tumbado en la cama junto a él y lo había abrazado para que se calmara.

—Ten cuidado —le había advertido Remedios—. Cuando se pone así, puede ser peligroso. Cuando lo veas actuar raro, sal de la habitación y avisa a un «gero».

Raro. ¡Raro!

A Antía se le partía el corazón cuando lo veía dudar.

—A veces me cuesta recordar quién soy —le había confesado una tarde avergonzado—. Me ocurre pocas veces, pero cuando me pasa, la angustia me devora por dentro. No hay nada peor que mirarse al espejo y no saber quién está al otro lado.

Alzheimer, alzhéimer… Maldita enfermedad.

—¿Quién eres?

—Soy yo, Antía… ¿No me recuerda?

VEINTE

Tefía (Fuerteventura) – marzo 1955

Lo tiraron al suelo, lo lanzaron como si fuese un saco de patatas podridas y lo dejaron a nuestros pies. Lo traían entre dos funcionarios sujeto por los brazos. No caminaba. Estaba desnudo, ensangrentado, y su mirada era la más triste que había visto nunca.

Cuatro horas. Cuatro horas llevábamos en el patio de pie y sin movernos. Hambre acumulada, sed, calambres en las piernas. Varios reclusos no aguantaron la situación y, al intentar apoyarse en la pared, recibieron un par de latigazos.

—¡Aquí tenéis al valiente! —exclamó el general Oramas con satisfacción, como si estuviera exhibiendo la cabeza de un león que hubiese cazado en África—. Lleva todo el camino llorando y suplicando que lo soltemos. ¡Incluso se ha meado encima!

Humillarlo no era necesario, pero él disfrutaba haciéndolo.

Mis ojos, horrorizados, observaron a Nemesio. Estaba tan desfigurado que costaba trabajo reconocerlo. Un ojo hinchado, el labio partido. ¡El cuerpo lleno de magulladuras! Sangre, mucha sangre.

—¡Marcas de dientes! —exclamó Remedios aterrada—. Esos hijos de puta han obligado a los perros a atacarle.

Tres presas canarios. Dos machos y una hembra. Pelajes oscuros. Todos corriendo hacia él. El primer mordisco fue en el gemelo izquierdo. Uno de los perros lo alcanzó y le clavó los dientes en la pierna. Se desgarró la tela gris de su pantalón. Se desgarró su piel. La sangre saltó a borbotones.

—Dios mío. ¡Dios mío!

Nemesio cayó al suelo. Perdió el equilibrio. Su cuerpo tendido en la arena vulnerable, indefenso, expuesto a aquellas fieras de dientes afilados que parecía que tenían incluso más hambre que él.

Pelaje marrón y negro. El perro más grande se encontraba en la mejor

posición. Era un macho de unos sesenta y cinco kilos y era el que le había mordido primero. Su hocico chorreaba sangre y quería más.

Entrenados para atacar.

Para matar.

Para enloquecer a su presa.

Don Anselmo Oramas disfrutaba del espectáculo desde la camioneta.

—Mi general, por favor —le había suplicado un guardia—. Pare esto… ¡Lo van a descuartizar!

El general Oramas sonriente.

—Un poco más —contestó regocijándose—. Un poco más y lo paro.

Un gruñido.

Nemesio, desesperado, empezó a gritar cuando el perro más grande saltó para atacarlo de nuevo.

No pudo correr, no pudo huir, lo único que le dio tiempo a hacer, fue cubrirse la cara con las manos.

«Si no salgo de esta… dile que lo quiero».

Negro. Todo se volvió negro. El dolor era tan intenso que no pudo soportarlo y perdió la conciencia. Su cabeza golpeó el suelo y lo último que vio antes de que todo se desvaneciera era como el presa canario, aturdido, lo miraba con los tres dedos que le había arrancado colgado de su boca.

El sol lucía con fuerza, mientras don Prudencio de la Casa de Dios se acercaba al fugitivo y lo miraba desafiante.

—¡Podéis darle las gracias a vuestro compañero por esta vigilia! —nos recordó—. Si no se hubiese escapado, ya habríais tomado el pan y el agua del desayuno. Para que esto no vuelva a suceder, ¡hoy no comerá nadie! Así, si otro quiere escapar, le quitaréis las ganas vosotros mismos.

Quejas. Lamento. Sufrimiento. Yo tenía el estómago pegado y ganas de vomitar. Un chico rubio, desesperado, en la esquina, empezó a llorar. No tenía más de diecinueve años y por su aspecto parecía que no llevaba mucho tiempo en la colonia (todavía le quedaba grasa adherida a los huesos y conservaba todas sus piezas dentales).

El general Oramas, altivo, buscaba a Remedios con la mirada. Cada vez que hablaba, parecía que ella disminuía quince o veinte centímetros de tamaño.

—Y en cuanto a este desgraciado —continuó don Prudencio—. Se merece un castigo ejemplar para que no intente de nuevo escapar.

Nemesio, en el suelo, desesperado, intentaba contener la hemorragia de su mano izquierda presionando con la derecha.

—Salvajes, son unos salvajes —criticó Remedios, y yo reprimí las ganas de chillar.

Los ojos de Nemesio se cruzaron con los míos, nuestras pupilas se rozaron y yo lo abracé sin moverme dándole mi apoyo. Él lo sintió y su boca esbozó una media sonrisa que duró unas milésimas de segundo.

—¡Le asestaremos cien latigazos! —gritó el director para que todos lo oyéramos—. Se los daremos en el patio, atado a ese poste, y nadie se podrá marchar de aquí hasta que hayamos acabado.

El sol, el viento, las aspas del molino agitándose mientras mi corazón se aceleraba. ¡Nemesio no iba a aguantarlo en el estado en el que estaba! ¡Tenía que hacer algo! ¡Debía actuar! La mano de Remedios prudente sujetándome para que no me moviera.

—¿Eres bobo? —me riñó en voz baja—. ¿Acaso crees que vas a conseguir algo protestando? Lo único que lograrás es que te flagelen a ti también. ¿Quieres que te aten a su lado?

La voz de Nemesio en mis oídos.

«Transparente, invisible».

Hambre. Sed. Ganas de llorar.

Mi amigo desangrándose a pocos metros de mí.

—Don Prudencio… —El general Oramas, que hasta ese instante se había mantenido callado, se acercó a él y lo interrumpió—. Quizá… si realmente quiere dar un castigo ejemplar a este invertido, debería darle otro tipo de correctivo.

El director de la colonia, que se pasaba el día intentando impresionar a la mano derecha de Franco en Canarias, se encogió de hombros y lo dejó continuar. Le ofendía enormemente que don Anselmo pensara que sus técnicas de castigo no eran lo suficientemente duras.

—Mi general, si tiene usted otra idea… —comenzó a articular—, por mi parte dispone de toda la libertad para llevarla a cabo.

Anselmo Oramas sonrió con la sonrisa más pérfida que yo había visto hasta entonces.

—Voy a daros un espectáculo que no olvidaréis jamás —pronunció feliz dirigiéndose a los presos—. Después de esto, dudo que ninguno de vosotros se aventure a salir sin permiso.

Silencio. Las aspas del molino girando al compás de nuestro corazón. El chico rubio de la esquina hipando, presa de un ataque de pánico.

—¿Podéis traerme una maza? —preguntó inocentemente el general—. Una de las que usáis para picar piedra.

¿Una maza? ¿Un martillo? ¡¿Es que ese hombre estaba perdiendo la cabeza?!

Nemesio, aterrorizado, intentó levantarse del suelo, pero uno de los vigilantes lo frenó con una patada en la boca.

El viento soplando, todos los reclusos de pie aterrados mirando, mientras un funcionario se acercaba y le entregaba a don Anselmo un mazo de cinco kilos con el mango de madera.

—¡Está loco! —chilló el chico rubio desesperado—. ¡Lo va a matar!

Nemesio, espantado, gateaba por el suelo mientras otro de los sicarios volvía a golpearlo.

—Tranquilos —nos pidió el general Oramas, sabiéndose el Maestro de Ceremonias de ese macabro espectáculo—. Solo voy a convertir a este invertido en lo que es… ¡para que no se le olvide nunca! A partir de ahora dejará de ser un hombre y se convertirá en una babosa.

Don Prudencio de la Casa de Dios, horrorizado, abrió mucho lo ojos, pero no intervino; dejó que la mano derecha de Franco hiciera su trabajo, aunque aquellos métodos de tortura iban mucho más allá de los que él hubiera utilizado.

—Necesito un voluntario para sujetarle la pierna —anunció el general, y el director de la Colonia, solícito, se apresuró a empujar a un funcionario, pero don Anselmo, poderoso, negó con la cabeza—. ¡Tú! —le ordenó al joven que había gritado, haciendo que su rostro palideciera—. Ven y agárralo con fuerza —le indicó con soberbia—. ¡Y no llores! —lo amenazó—. Porque si lloras puedo ponerme nervioso y darte con el mazo en la cabeza.

El chico rubio de la esquina, dudoso, rompió la formación y avanzó hacia él temblando. Sus piernas daban pequeños pasos como si no pudiese correr más.

Estaba tan atemorizado que daba pena mirarlo.

—¿Cómo te llamas, princesa? —le preguntó el general Oramas con sorna, acariciándole la cara.

—Miguel… —balbuceó—. Me llamo Miguel, mi general.

Don Anselmo, que disfrutaba como nadie martirizando a inocentes, sonrió.

—Pues bien, Miguel, pórtate bien y no te pasará nada. Lo único que necesito es que gires levemente la pierna de este invertido a la derecha y la sujetes con fuerza. Voy a destrozarle el tobillo con la maza y no debe moverse.

Un alarido.

Alguien había gritado asustado, pero no pude reconocerlo.

El general Oramas era un sádico y había perdido la cabeza.

Loco. ¡Loco!

Don Prudencio lo observaba sin actuar.

Machacarle el tobillo. Iba a destrozarle el tobillo con la maza que usábamos para romper piedras.

Nemesio, Nemesio…

La forma en que me había tratado el día que llegamos a la colonia… Si no hubiera sido por él, me habría venido abajo al llegar a Puerto de Cabras. Su sabiduría, su compañía, sus consejos… Siempre estaba cuidando de mí. ¿Cómo iba a consentir que le hicieran aquello? Algo en mi interior estaba hirviendo y Remedios me sujetaba la casaca para que no me moviera ni se me ocurriera salir.

—¡No, por favoooor! ¡Por favoooor! —suplicaba Nemesio fuera de sí, pero el general Oramas, inquebrantable, agarró el mango de la maza con sus dos manos y la levantó al cielo.

Tobillo expuesto.

Huesos, músculos, tendones, nervios.

Tobillo expuesto.

La pierna temblando, el corazón también.

—¡Noooooooooooooooooo! —chillaba Nemesio.

Miguel sufría, Miguel lloraba. Tres semanas antes estaba estudiando Magisterio en Madrid con muy buenas notas y ahora era coprotagonista de una película de terror. Lo pillaron en una redada. Era la primera vez que

acudía a un local de ambiente, y cuando lo detuvieron estaba descubriendo el sexo con un desconocido en un reservado.

Sarasa. Violeta. Bujarrón.

Tobillo expuesto.

Huesos, músculos, tendones, nervios.

La pierna temblando, el corazón también.

Miguel sujetaba con fuerza la pierna de Nemesio mientras dos funcionarios lo inmovilizaban por los brazos. Mi amigo chillaba, aullaba, se retorcía desesperado y lanzaba todo tipo de improperios, intentaba patalear, pero sin éxito.

Don Anselmo lo observaba con una sonrisa y alargaba deliberadamente los segundos que quedaban antes de lisiarlo para siempre. Quería seguir disfrutando, aspirando su miedo.

La maza en el aire.

El pie derecho de Nemesio extendido con el tobillo al aire.

Huesos, músculos, tendones.

Expuesto.

Gritos. Miedo. Pavor.

El martillo bajando a gran velocidad mientras el general Oramas lanzaba una sonora carcajada.

Crac.

¡Un golpe! El golpe.

Solo fue eso, un golpe seco, mudo.

Nemesio lanzó un alarido tan inmenso, que hizo que se nos helara la sangre.

Dolor absoluto. Indescriptible.

La cara de Miguel manchada de sangre y fragmentos de hueso.

Crac.

Tobillo fragmentado. Tobillo palpitando.

Huesos, músculos, tendones y nervios machacados.

La pierna entumecida, el corazón también.

El sufrimiento era tan intenso, que no lo podía soportar. Se mordió la lengua al cerrar la boca. Casi se la corta. Sangre. Mucha sangre. Su mano derecha con tres dedos amputados. Su pierna hirviendo. El tobillo incendiado.

—¡Y vamos a por el segundo golpe! —anunció el general Oramas como si estuviera jugando con un niño.

El rostro de Nemesio palideciendo.

Don Anselmo levantando la maza con majestuosidad y altivez.

—¿Estás preparado, violeta? —le preguntó entre risas—. ¡Vaaaaaaaaaaaaamos!

—¡Noooooooooo! ¡Nooooooooooo! —berreaba mi amigo—. ¡Pare, por Dios! ¡Pare! ¡No siga! Haré lo que usted quiera…. ¡Lo que me pida!

Rápido. Muy rápido.

El general Oramas, sin oírlo, lo golpeó con rabia.

¡Crac!

Un segundo golpe.

Fuerte, certero.

Dolor, mucho dolor.

Parte de la carne de su pierna se desprendió dejando al descubierto el puré blanquecino en el que se estaban convirtiendo sus huesos.

Nemesio, afortunadamente, perdió el conocimiento.

Don Prudencio de la Casa de Dios, aunque intentaba guardar la compostura, tuvo que girar la cabeza.

Uno de los presos vomitó y Miguel, ensangrentado, cerró los ojos y deseó no haber nacido nunca.

—Agarra ahora la otra pierna. ¡Vamos a por el tobillo izquierdo! —le ordenó el general Oramas a Miguel—. Aunque esté desmayado, prevenimos que se mueva.

Loco. ¡Loco!

Don Anselmo estaba loco y le iba a destrozar las dos piernas.

La macabra tortura del general Oramas duró veinte minutos. Despedazó a conciencia los dos tobillos de Nemesio, primero el derecho y después el izquierdo. Un charco denso de sangre rodeaba sus pies y, cuando pensábamos que no podía ser más cruel, le ordenó a su ayudante que le inmovilizara las rodillas.

Nemesio, Nemesio… Sus ojos oscuros, el color de su piel.

«Si no salgo de esta… dile que lo quiero».

Golpes. Gritos. Martillazos.

Don Anselmo, excitado, disfrutaba triturando el cuerpo de mi amigo.

Todos los presentes callábamos, éramos incapaces de hablar. Observábamos horrorizados aquella abominación.

Los ojos del general Oramas brillaban extasiados cuando la sangre salpicaba su rostro.

«Si no salgo de esta… dile que lo quiero».

¿Lograría sobrevivir?

—Ahora sí —concluyó don Anselmo limpiándose el sudor de la frente—. Ya te puedes ir Miguel… Ahora Nemesio es inofensivo: no volverá a correr. ¡No volverá a andar! A partir de ahora a este violeta no le quedará más remedio que arrastrase como las babosas.

VEINTIUNO

Tefía (Fuerteventura) – marzo 1955

Ella sabía que la iba a matar, que tarde o temprano aquel juego macabro se le escaparía de las manos y acabaría con su vida. Lo tenía asumido: iba a morir y no podía hacer nada para evitarlo, solo llorar y suplicarle que la dejara tranquila, pero aquel malnacido no la iba a olvidar, estaba dolido, enamorado y pensaba que ella le pertenecía.

—Remedios, te esperan en la sala de interrogatorios.

Remedios salió del barracón con el rictus serio, marchito. Se despidió de mí con una simple caricia y noté cómo temblaban sus dedos. Estaba aterrada. Aunque intentaba parecer fuerte, sus ojos la traicionaban y reflejaban el miedo que sentía.

—Parece que no te alegras de verme. ¿No me has echado de menos?

La puerta se cerró a su espalda, y Remedios, apoyada en la pared, deseó fundirse con el moho y la humedad para que él no la tocara.

Había miedo, asco. ¡Resentimiento! El recuerdo de lo ocurrido aquella mañana en el patio con Nemesio la atormentaba: el general Oramas le había destrozado las piernas a mazazos y con cada golpe disfrutaba un poco más. ¿Qué iba a hacerle a ella ahora? ¿Qué tipo de tortura le tenía preparada?

Presa, indefensa, cautiva, encerrada en esa habitación sin poder escapar. No importaba que gritara o golpeara la puerta. Aunque la oyeran, nadie la ayudaría. Ella no era nadie, no era nada y sus intentos de resistirse solo lo excitaban más. Aquel ser demoniaco disfrutaba con su sufrimiento, y con los años aprendió que lo único que podía hacer para sobrevivir era someterse y dejar que hiciese con ella lo que quisiera.

—¡Te estoy hablando! —insistió— ¿Es que no me vas a contestar? Te he preguntado si has pensado en mí todo este tiempo.

Al maniaco le gustaba atarla y arrastrarla de los pelos. A veces se divertía poniéndole una soga en el cuello, ahorcándola y viendo cuánto tiempo

aguantaba sin respirar, otras veces simplemente la violaba, la penetraba con su sexo o con cualquier objeto oxidado que encontrara en el lugar, todo valía, todo estaba permitido. Ella lloraba mientras al otro lado de la puerta, la vida continuaba sin inmutarse, aunque sabían lo que estaba sucediendo.

Don Anselmo Oramas Lemes, uniforme gris con botones dorados, la insignia de la Falange bordada en rojo en el bolsillo, cinturón negro, gorra de plato.

—¡Desnúdate! ¡Quiero que te desnudes y te arrodilles ante mí! Eres mía ¿Entiendes? ¡Mía! Y puedo hacer contigo lo que quiera.

Remedios, nerviosa, se desprendió lentamente de la casaca dejando al descubierto su cuerpo. Cuerpo débil, blanquecino y anémico, con un sexo que detestaba colgando entre sus piernas y cicatrices marcadas de sus últimos encuentros.

—Mira lo que he traído —le dijo el general sonriente, y Remedios al verlo se estremeció: era la maza. ¡La maza ensangrentada que había usado con Nemesio! ¿Qué demonios hacía allí? —. Mientras la usaba para romperle las piernas a ese malnacido estaba empalmado pensando lo que te haría después con ella.

Lágrimas. Sufrimiento. Cerrar los ojos y desear que todo acabara. Permitirle que la pegara, que la insultara, que la humillara. ¿Cuándo terminaría ese tormento?

—Anselmo, por favor… —le suplicó desesperada, aunque sabía que no servía para nada.

Ella sabía que la iba a matar, que tarde o temprano aquel juego macabro se le escaparía de las manos y acabaría con su vida.

Ella sabía que iba a morir, pero hacía años que la vida le daba más miedo que la muerte.

—¡Ponte a cuatro patas! —le ordenó—. ¡Y no chilles! Sabes que no te servirá de nada.

VEINTIDÓS

Las mejores noticias llegan cuando menos te las esperas. Estás tumbado en el sofá mirando al techo, sin hacer nada, y de pronto suena el teléfono y la voz que se oye al otro lado de la línea telefónica puede darle un giro de ciento ochenta grados a tu existencia. Es la belleza de la vida: la felicidad puede aparecer de repente y quedarse a tomar el té contigo.

—Dígame…

—¿Acoydan? ¿Eres tú?

Duda, apatía, desconcierto.

—Sí, soy yo… ¿Quién es?

—Soy yo, Mari Puri.

Silencio.

De todas las llamadas que podía recibir esa mañana, esa era lo que menos esperaba. No había vuelto a hablar con su exjefa desde que lo echó de Cumbres Doradas.

—Hola, Mari Puri… —la saludó—. ¿Cómo estás?

Aspecto cansado. No hacer nada lo agotaba. Las ojeras colgaban de sus ojos y se perdían entre las manchas de su pijama.

—Bien… —le contestó—. Ayer hablé con Encarna y me contó que estuvo en tu casa con don Manuel…

Pausa.

No había dudas de que la limpiadora estaba detrás de eso. Todo lo que escuchó en el salón había sido registrado concienzudamente en su cabeza y ahora formaba parte de la lista de cotilleos más candentes del comedor de personal.

—Sé lo que hiciste por nosotros… —prosiguió—. Sé que has renunciado a Antía para que doña Agustina no pusiera la denuncia.

Otra pausa.

—Y quería darte las gracias.

Perplejidad. Extrañeza

No sabía qué decir. No entendía qué sucedía. ¿Por qué lo llamaba Mari Puri? ¡Ella lo había despedido! ¡Echado de la residencia! Y desde entonces, él

no levantaba cabeza.

—Y hablar contigo…

Acoydan tragando saliva.

—¿De qué? —le preguntó nervioso, indeciso.

—Ahora que no hay denuncia… —comenzó a argumentar su antigua jefa —. No hay ningún motivo para que no regreses a Cumbres Doradas… Los usuarios estaban muy contentos contigo, sobre todo don Manuel… Y yo también…

Otra pausa. Acoydan sin responder.

—Nunca llegué a cursar la baja de tus prácticas —le confesó—. Tenía la esperanza de que todo se arreglara y pudieras volver… Y, afortunadamente, no me equivoqué. ¿Te gustaría acabar las prácticas con nosotros?

Ganas de brincar, de gritar, de lanzarlo todo por los aires.

Estaba tan emocionado que no podía articular palabra.

—¿No vas a decir nada?

Silencio.

—¿Acoydan?

El chico saltando en el sofá, gritando, riendo y sin poder contener la emoción del momento.

—¡Claro! ¡Claro que sí! —chilló pletórico—. ¡No sé cómo voy a poder agradecértelo!

VEINTITRÉS

Tefía (Fuerteventura) – marzo 1955

—Pasa, no te quedes ahí.

La Marquesa ayudaba en la enfermería. Cuando el médico no daba abasto, solía avisarla y ella se ponía la bata blanca, cosía cuerpos y administraba calmantes.

A ella le encantaba ese trabajo porque cuando la requerían, se libraba de cavar durante unas horas en el huerto, y además, don Francisco, a escondidas, siempre le daba pan y alguna pieza de fruta.

—No puedo arriesgarme a que mi enfermera se desmaye —se solía justificar, pero la Marquesa sabía que el médico lo hacía porque era buena persona.

Aquel jueves de mediado de marzo, cuando la llamaron, la Marquesa ya sabía qué iba a ocurrir. Había presenciado la carnicería del patio y era consciente de que el médico iba a necesitar su ayuda con Nemesio.

—No es para él —le informó el doctor preocupado al abrir la puerta—. Necesito que me ayudes con Remedios.

—¡Hijo de puta! —masculló la Marquesa al verla, y el médico actuó como si no la estuviera oyendo.

La enfermería era distinta a como yo me imaginaba: no era blanca, limpia ni impoluta; parecía más bien una cuadra que la sala de un médico, pero aun así, el doctor y la Marquesa, con los medios que tenían, lo hacían lo mejor que podían.

Yo nunca había estado allí. Una vez iba a ir a que me cogieran un par de puntos, pero al final desistí.

—Don Francisco en realidad es el veterinario de la comarca —me había contado Nemesio entre risas—. Si quieres que te revise la pezuña, es su especialidad.

—Pasa, no te quedes ahí.

Yo entrando tímidamente.

Una bombilla colgando del techo, la ventana cerrada, tres camas tapadas con visillos y una mesita desconchada. Gasas, muchas gasas manchadas de sangre repartidas por el suelo, medicinas, utensilios… La estancia olía a alcohol, sudor y sufrimiento.

—¿Cómo está Nemesio? —pregunté angustiado.

La Marquesa, que casi vomita cuando vio sus piernas de cerca, agachó la cabeza y suspiró.

—Sigue vivo —me contestó—. Pero ojalá estuviera muerto. Tiene unos dolores terribles que seguramente lo acompañarán el resto de su vida. El doctor ha tenido que dormirlo y no sabemos si despertará.

Silencio.

Un suspiro.

—Está cosiendo, remendando… —prosiguió—. Intentando en la medida de lo posible arreglar algo de lo que ha hecho ese salvaje, pero posiblemente tenga que amputarle las piernas.

El rostro del general Oramas salpicado de sangre mientras lo golpeaba con la maza, sus ojos oscuros brillando, su bigote afilado.

—Remedios está despierta —me informó—. Pasa, se pondrá contenta de verte.

Cabeza rapada. Parche en el ojo. Puntos en el labio. Parte de su barba afeitada.

El aspecto de Remedios era deprimente. Al verla, un nudo se me cogió en el estómago y casi me hace llorar.

La Marquesa la había curado, cosido, adecentado, pero aun así, era un despojo, la superviviente del holocausto.

Desprendimiento de retina, hematoma en la región abdominal, dos costillas rotas, desgarro anal, lesiones en la zona escrotal y púbica…

—¡Manuel! —exclamó mi amiga emocionada sin apenas mover los labios para que no se le soltaran los puntos, y yo me quedé en silencio observándola y sin evitar que dos enormes lágrimas cayeran de mis ojos,

—¡Dios mío, Remedios! —exclamé—. ¿Qué te han hecho? ¿Qué te ha hecho ese hijo de puta? —Y ella se encogió de hombros y se estremeció al recordar la maza que don Anselmo había llevado hasta el cuarto.

VEINTICUATRO

Tefía (Fuerteventura) – marzo 1955

–l general Oramas era uno de mis clientes habituales cuando me prostituía en el puerto —comenzó a contarme Remedios como si temiese que en cualquier instante don Anselmo la pudiese oír y entrar a la enfermería—. Lo conocí una noche a finales de abril y recuerdo que una de las chicas me advirtió que tuviera cuidado con él porque se le solía ir la mano.

Una sonrisa a pesar de todo lo que había sufrido. Remedios recordaba aquellos días con nostalgia.

—Yo era boba, inocente y tenía mucha hambre —prosiguió—. Llevaba dos años haciendo la calle en Santa Cruz y estaba cansada de pasar la mitad de las noches en el calabozo. Anselmo era un hombre rico, tenía dinero, pagaba bien, y cuando se encaprichaba con una chica, solía repetir. Le gustaban los transexuales. Cuando me invitó a su casa, la primera vez me sentí afortunada, porque si quedaba satisfecho, pagaría la pensión todos los meses.

Remedios tenía puntos de sutura en el labio y un esparadrapo tapando su ojo derecho, la mejilla izquierda inflamada. Los hematomas no tardarían en aparecer.

—Reconozco que fue un error por mi parte —continuó mientras su mano buscaba la mía encima del colchón—. La primera noche me pegó, pero sus golpes no eran diferentes a los que recibía en la calle. En el puerto estaba acostumbrada a que me atracaran y me violaran. Con él por lo menos solo lo hacía un hombre. Pensé estúpidamente que con el general Oramas estaría más segura.

Mis dedos tocando los de ella y acariciándola para que se sintiera mejor. Su vida había sido espantosa desde el principio… Remedios no se merecía algo así.

—Don Anselmo se encaprichó de mí y a los tres meses de conocerme me pidió que me fuera a vivir con él a su mansión en La Laguna. ¡Yo no me lo podía creer! —recordó riéndose de su ingenuidad—. «Te contrataré como chica del hogar», me dijo. «Y así no tendré que venir al puerto. En casa

podremos hacer lo que queramos. ¡Todos los días!».Todos los días…

Boba, boba, ¡boba! Remedios no sabía que se estaba metiendo en la boca del lobo.

—Pronto descubrí que mi príncipe azul en realidad era un demonio —me confesó—. No me pedía que se la chupara, lo que realmente le excitaba era provocar dolor y sufrimiento. Con los transexuales, el general Oramas había encontrado un nicho de mercado al que torturar sin que a nadie le importara ni interfiriera. —No éramos nadie, no nos merecíamos nada… Carne de cañón —. Más de una de sus criadas acabó muerta y tirada en una cuneta —me contó ante mi espanto—. Pero yo… dentro de lo que cabe, tuve suerte… O mejor dicho, una desgracia… Porque el general Oramas se enamoró de mí.

Se enamoró de mí.

Una confesión de amor que sonaba terrorífica.

Nuestras manos enlazadas. Remedios había tomado muchos calmantes, y al hablar parecía que la lengua se le enredaba.

—Me ataba a la cama —prosiguió—. Cuando salía me encadenaba y me ponía grilletes para que no pudiera escapar. A veces estaba fuera cinco horas, otras veces un día y en una ocasión, todo un fin de semana. Ese tiempo yo lo pasaba sola, desnuda, sin agua y sin comer.

Atada como un perro esperando a que llegara su amo y le diera de beber.

—Le gustaba desnudarme y ponerme frente al espejo—prosiguió—. Me gritaba que yo era un hombre y me tocaba el sexo para hacerlo crecer. Se divertía metiéndome cualquier cosa por detrás. Recuerdo una ocasión en que me negué a que me penetrara con una botella de cristal y me amenazó con quemarme viva si no me estaba quieta, y por su cara supe que no estaba bromeando.

Horror, tortura, tragedia… Aquel monstruo se había enamorado de ella y le había hecho la vida imposible.

Remedios, con la cara destrozada, intentaba no llorar. Había pasado tanto en la vida, que sabía que las lágrimas no servían de nada.

—Una noche me revelé —continuó con su relato—. Tras recibir una fuerte paliza, me levanté del suelo y le dije que así no se trataba a una mujer, me puse brava, me puse ofensiva y me dio tal golpe en la cara que hizo que me saltaran tres dientes.

Su sonrisa, esa sonrisa especial llena de huecos con la que yo había

disfrutado más de una vez, también era culpa suya.

—Duré en su casa tres meses, y finalmente, uno de los días que me dejó atada, conseguí desatornillar el cabecero de la cama y hui aterrada por la puerta de atrás con grilletes en las piernas.

La Marquesa y Don Francisco luchaban por curar las heridas de Nemesio en la misma habitación, a pocos metros de distancia.

—Estuve escondida dos semanas —me narró—. Sabía que en cuanto saliera a la calle iba encontrármelo, me estaba buscando… ¡Y me daba pavor! Pero no tenía dinero, tenía que pagar la pensión y conseguir comida, así que no me quedó más remedio que volver al puerto y hacer la calle.

Una pausa.

Don Francisco y su ayudante estaban hablando muy serios. Yo intenté aguzar el oído para escuchar algo, pero no lo logré; se me escapó de qué estaban debatiendo.

—Me pillaron la primera noche, nada más llegar. Anselmo me estaba esperando —confesó entristecida—. La policía me metió en el coche y de allí me trajeron directamente a Tefía tras pasar una noche en el calabozo.

Otra pausa.

Parecía que los efectos de los analgésicos se le estaban pasando y comenzaba a sentir las molestias. Su ojo derecho tapado, desprendimiento de retina.

—No me detuvieron por transexual ni por maricón ni por puta —me explicó con pena—. En mi condena pone que soy un preso político. El mismísimo general de la Falange en Canarias me denunció, porque según él tengo información vital sobre personas peligrosas contrarias al Régimen —sonrió con tristeza—. Por eso me encerraron con urgencia y él mismo se ofreció voluntario para acudir personalmente a donde me tuvieran a interrogarme con la periodicidad que fuese conveniente.

Interrogarme.

Torturarme.

Enjaulada.

Enjaulada esperando que el lobo llegara.

Obligada a pasar periódicamente por una habitación donde don Anselmo podía hacer con ella lo que quisiese.

Era su penitencia.

Su castigo.

Según el general Oramas, Remedios conocía a alguien que estaba planeando

atentar contra el Caudillo.

No éramos nadie, no merecíamos nada.

—¡Pero Remedios! —protesté—. ¡Tienes que denunciarlo! Este hombre no puede actuar así. No podemos consentir que venga cuando quiera, te viole y te dé una paliza.

Su mano apretando la mía y su cabeza asintiendo con resignación.

—¿Es que no has escuchado nada? Anselmo es la mano derecha del Generalísimo en Canarias… Si él dice que soy una espía contraria al Régimen, no hay más que hablar… Me tiene en sus manos. ¿Comprendes? Siempre ha sido así. ¡Desde el principio! Yo no soy nadie. No soy nada. Y el día que se canse de mí, me matará como hizo con las otras.

Silencio.

Tristeza.

Las imágenes de esa mañana volviendo a mi cabeza, las piernas de Nemesio destrozadas.

—¡Pero habrá algo que podamos hacer! —chillé desesperado.

Mi amiga, mirándome con una seriedad con la que no me había mirado nunca, asintió.

—Sí… hay algo… —me dijo—. Prometerme una cosa.

Mis dedos enlazados con los suyos, lágrimas de frustración cayendo por mis mejillas. Le habría jurado cualquier cosa que me hubiera pedido en ese momento.

—Si al final me mata —comenzó a decir con entereza—, hazme un favor… Cuéntalo… Que mi muerte sirva de algo… Que no se olvide…. Que las nuevas generaciones sepan lo que tuvimos que pasar… Lo que luchamos para defender el derecho de ser quienes somos.

VEINTICINCO

Antía, en silencio, apagó la grabadora.

La tarde estaba llegando a su fin y los últimos rayos del sol se perdían en el horizonte.

Don Manuel y ella estaban en el patio, junto a una pared triste y fría de hormigón. Poco a poco, el resto de usuarios de la residencia habían regresado a sus habitaciones; estaban solos.

—Cuéntalo… Que no se olvide —repitió Antía pensativa—. Ahí es donde entro yo, ¿no?

El octogenario, melancólico, encendió un cigarro.

—Sí —le contestó mientras le daba la primera calada ignorando la cara de desaprobación de la chica—. Me iba a ayudar Úrsula, pero se fue y te tocó a ti. Ahora me alegro de que sucediera. Dudo mucho que nadie la pueda escribir mejor que tú.

Los ojos de la chica le sonrieron con cariño.

El destino había querido que ella fuera la pluma que diera voz a esa historia. Una historia dura, real, cruenta… Un relato que, según avanzaba, la estaba atrapando y afectando cada vez más.

—Me duele… A veces, cuando estoy en casa escuchando los audios y trasladando sus palabras al papel, siento que se me parte el alma.

Don Manuel, con la bolsa de orina colgando de la silla de ruedas, se encogió de hombros y suspiró.

—Fue muy duro, demasiado, y es muy complicado recuperarse de una experiencia así. Yo creo que todavía no lo he conseguido —le confesó con tristeza—. A veces, cuando cierro los ojos, creo que todavía estoy allí y me estremezco asustado.

La mano de Antía en su hombro y él asintiéndole agradecido.

—¿Sabes qué fue de ellos?

El octogenario, que estaba cerrándose la rebeca porque le había entrado un poco de frío, la miró como si no la hubiera comprendido.

—De don Hermenegildo, el cura —le explicó.

El anciano, que todavía sentía nauseas el escuchar su nombre, le dio otra

calada al cigarro y le contestó.

—Don Hermenegildo murió de viejo —le contó—. Estuvo oficiando misa en Teguise hasta el último día. Siempre fue amado y respetado en el pueblo. Sus sermones, según me contaron, se fueron ablandando con los años, siempre hablaba de la paz y la humildad, aunque por su culpa, a mí me violaron y fue el responsable de la desaparición de mi padre.

Una última calada.

Inspira y expira.

La colilla lanzada al suelo.

Antía, molesta, recogiéndola y poniéndola en un cenicero.

—¿Y el general Oramas? —le interrogó curiosa—. ¿Sabe si vive aún?

Don Manuel, sin ocultar su odio, negó con la cabeza.

—Me dijeron que murió en extrañas circunstancias —le respondió con satisfacción—, así que supongo que al final alguien le dio su merecido.

La chica, afectada, asintió sin saber exactamente a qué se refería.

Las primeras estrellas apareciendo en el cielo. Se hacía tarde.

—Tengo que irme ya —le anunció—. ¿Quiere que lo lleve a su habitación o lo dejo en la sala de la tele?

Don Manuel, que se divertía metiéndose con el resto de usuarios, frunció el ceño.

—¡A mi cuarto! —le gritó—. Ni se te ocurra dejarme con todos esos viejos chochos que solo hablan de enfermedades.

La chica sonrió y se puso detrás de él para empujar su silla.

—Antía… —le dijo de pronto, con voz seria y profunda—. ¿Sabes que han readmitido a Acoydan?

La joven, sorprendida, se paró y se mordió el labio nerviosa.

—Empieza mañana… Así que cuando vengas, quizás lo veas —le explicó—. Solo quería avisarte.

Las luces del patio encendiéndose. Bombillas sucias. Antiguas. De luz amarillenta.

—Antía… ¿Me has oído?

Silencio.

La joven se quedó callada, no contestó.

VEINTISÉIS

Tefía (Fuerteventura) – marzo 1955

Mi padre era un hombre sabio. Cuando era pequeño, todas las mañanas, en el desayuno, se sentaba conmigo en la mesa y, mientras tomábamos un vaso de leche de cabra, me hacía siempre la misma pregunta: «¿Qué vas a hacer hoy para conseguir que el mundo sea un sitio mejor?».

Cuando era niño, yo respondía esa pregunta con inocencia. Le decía que iba a ayudar a mi madre en las tareas del hogar o que iba a estudiar mucho en la escuela para convertirme en un gran científico, y él siempre sonreía y me abrazaba con cariño.

—Recuerda: todos los días debemos aportar nuestro granito de arena para hacer de este planeta un mundo mejor.

Un mundo mejor…
Un mundo mejor…

Mientras atravesaba el patio, con mil demonios devorando mi mente, pensaba en mi padre y en esa pregunta que me hacía todos los días en mi infancia. ¿Estaba cumpliendo mi promesa? ¿Hacía lo suficiente? ¿Estaba luchando para que Tefía fuera un sitio mejor?

Insostenible, insostenible.
La situación en la colonia era insostenible.
No había defendido a Nemesio.
No había defendido a Remedios.
No destacar… Ser invisible… Transparente.
¿En qué me convertía eso?
¿En un hombre inteligente o en un cobarde?
Si Nemesio moría esa noche… ¿Podría volver a mirarme a la cara sabiendo que no había intentado salvarlo?

«No sirve de nada, no sirve de nada».La voz del palmero en mi cabeza convenciéndome de que lo que iba a hacer era una estupidez.

Remedios a la deriva, atiborrada de analgésicos.

¿Iba a permanecer con los brazos cruzados?

¿Qué vas a hacer para que el mundo sea un sitio mejor?

Actos heroicos. ¿Heroicos o una estupidez? Todavía hoy me lo cuestiono.

Si no lo hubiera hecho, posiblemente Remedios seguiría viva. ¡O tal vez no! Eso nunca lo sabré, pero en ese instante, mientras avanzaba decidido, tenía claro que no podía seguir aguantando. ¡Debía luchar! ¡Reaccionar! ¡Pelear por mis amigos! ¡Defenderlos!

Un héroe sin capa, un héroe flaco y desnutrido, lleno de pretensiones… No tenía superpoderes para atacar, solo mi valor, mi coraje… Mis nudillos tocaron en la puerta.

¿Me estaba equivocando?

¿Qué vas a hacer hoy para que el mundo sea un sitio mejor?

Aquella tarde hice algo valiente y a la vez tremendamente estúpido. Sin reflexionar en exceso, dejándome llevar por la ira, toqué violentamente la puerta de don Prudencio exigiéndole que me abriera, y cuando este apareció, ante su sorpresa, me puse a chillarle que don Anselmo era un sádico pervertido, que estaba enamorado de Remedios y que mi amiga no era una espía contraria al Régimen, solo una mujer inocente que no tenía quien la defendiera y que él, que era tan piadoso y honorable, debía hacer algo por ella. ¡No podíamos consentir que eso siguiera pasando!

—¡Los homosexuales no somos monstruos! —grité para terminar mi discurso—. ¡No somos desviados! ¡No estamos enfermos! El monstruo es el general Oramas. ¿Es que no ha visto lo que le ha hecho hoy en el patio? A él es al que deberían internar en una cárcel de carácter reformador. ¡Sus vicios son mucho peores que los nuestros! ¡Él disfruta matando! ¡Haciendo daño! Y nosotros, lo único que hemos hecho ha sido amar. ¡Y eso no debería ser un delito!

VEINTISIETE

Tefía (Fuerteventura) – marzo 1955

Cien latigazos: esa fue la condena por mi atrevimiento, por mi ofensa, por mi acto de rebeldía.

Cuatro vigilantes me sacaron a patadas de la habitación de don Prudencio y me ataron al poste que había en el centro del patio para los ajusticiamientos.

Miedo. Terror.

Mis manos amarradas y mis ojos cubiertos de lágrimas.

Pensaba que me iban a matar.

No estaba preparado para eso.

Los funcionarios haciendo sonar los silbatos.

Los reclusos debían dejar sus tareas para ir a presenciarlo.

¿Cuántas veces había vivido yo aquello? ¿A cuántas torturas me habían obligado a asistir sin poder hacer nada para evitarlas?

Esta vez sería distinto. Sería a mí a quien ajusticiarían y, aunque cerrara los ojos, la pesadilla no se diluiría, la sentiría en mi cuerpo, ¡en mi piel! No sería suficiente con apartar la mirada e ignorar los gritos, esta vez el horror iría mucho más allá.

«Ser invisible… Ser transparente».Hubiera dado lo que fuera en esos momentos por licuarme y filtrarme por el suelo hasta llegar a las entrañas del planeta.

Me daba miedo morir.

No quería hacerlo.

Mientras mis compañeros llegaban, las lágrimas caían por mis ojos y los miraba lamentándome de lo desgraciados que éramos.

Injusto. ¡Injusto! Todo era muy cruel. Muy injusto.

No éramos nadie. No teníamos nada. Éramos lo peor de la sociedad. Vagos y maleantes.

Pensé en mis padres. Por estúpido que parezca, en ese momento pensé en

ellos, en las tardes que pasábamos jugando en mi casa cuando era pequeño. Mi padre siempre decía que yo me convertiría en alguien importante, que llegaría mucho más lejos que él, y mi madre, más sensata, me besaba en la frente y afirmaba: «Yo me conformo con que sea feliz».

Feliz. ¿Feliz? Estaba amarrado a un poste esperando mi ajusticiamiento por su culpa.

La quería, Remedios tenía razón: es imposible no querer a una madre. Ella había muerto y yo la había perdonado, pero aun así, había rencor. No la odiaba por denunciarme, la odiaba por no haberme aceptado tal y como era.

—¡¿Solo lo van a azotar después de lo que ha insinuado?! —preguntó el general Oramas fuera de sí.

Don Prudencio, que todavía no se había repuesto de mi asalto a su habitación, se tomó de un trago un vaso licor de hierbas antes de contestar:—Le darán cien latigazos delante de sus compañeros y luego le echarán vinagre y sal… Con eso será suficiente.

Suficiente… Suficiente…

El honor de don Anselmo se había puesto en entredicho y su cara de hiena exigía más sangre, más dolor. ¡No podía conformarse con eso!

—De ser así… —protestó furioso—, déjeme que sea yo el que lo golpee. ¡Yo he sido el ofendido!

El director de la colonia, que ya había presenciado una carnicería esa mañana, contó hasta diez antes de contestar. El general Oramas era la mano derecha de Franco en Canarias y no quería contrariarlo, pero no podía permitir que hiciera en Tefía lo que quisiera, no podía perder el mando, la autoridad.

—Está bien —le contestó condescendiente—. Pero procure que no muera. No podemos seguir acumulando muertos.

Cien latigazos, el general Oramas me azotaría y decidiría cómo se llevaría a cabo.

Caras de pánico, de pena… Los rostros de mis compañeros, mientras llegaban, eran un poema. Yo era un niño, era demasiado joven para estar allí.

Me daba miedo morir.

Lorenzo… Su recuerdo empujado por el viento, entrando en mi pecho dentro, muy dentro de mí.

—Así que tú eres el novio que se ha buscado esa putita —me dijo don Anselmo al oído y yo sentí ganas de vomitar—. Veremos si ahora, en este palo, eres tan hombre y tienes tantas ganas de decir estupideces.

Estupideces.

Estupideces.

Defender a mis amigos no era ninguna estupidez.

Acusarlo de sus delitos tampoco.

La única estupidez que había cometido era pensar que hacerlo iba a servir para algo.

«Ser invisible… Ser transparente».

—¡Traigan a la Mujer Barbuda! —gritó—. Quiero que esa zorra vea en primera fila lo que voy a hacer.

Me daba miedo morir, pero no iba a poder evitarlo.

VEINTIOCHO

La habitación 112 estaba a oscuras cuando llegó. Acoydan, en silencio, encendió la luz de la mesita de noche y se dirigió a la cama intentando no hacer ruido para sorprenderlo, pero el sorprendido fue él, porque antes de llegar a la altura de su almohada, don Manuel se incorporó en el colchón y le regaló una sonrisa.

—Ya deberías haber aprendido que, en esta residencia, teniendo a Encarna de limpiadora, es imposible sorprender a nadie.

Acoydan, feliz de volver a verlo, se acercó a él y lo estrechó entre sus brazos.

—Encarna me contó ayer que Mari Puri te había readmitido —continuó el anciano—. Y estaba deseando verte… Sabía que vendrías a verme antes de iniciar el turno. ¡Y no me equivocaba!

El gerocultor, contento, se acercó a la ventana y abrió las cortinas. La claridad del día le sorprendió, porque al salir de su piso, esa mañana el cielo estaba completamente nublado.

—¿Y cómo se encuentra hoy? —le preguntó.

El octogenario, que no quería preocuparlo en exceso, agachó la cabeza y sonrió.

—Bien… Aunque el doctor dice que el alzhéimer está avanzando más rápido de la cuenta.

Alzhéimer, alzhéimer… Maldita enfermedad.

Posiblemente, en un par de meses, cuando el chico llegase a su habitación, no lo reconocería.

—Bueno… tranquilo —le contestó Acoydan para tranquilizarlo—. Eso es porque yo no estaba aquí. ¡Ya verá como juntos lo logramos!

Sonrisa.

Acoydan lo hacía sentir bien, lo hacía sentir a gusto, lo hacía sentir en casa.

Los sonidos de la residencia colándose por debajo de la puerta. La mano del chico cogiendo la del anciano. La bolsa de orina colgando en la cama. ¿Estaba oscura? ¿Tenía sangre?

—Antía llegará sobre las dos —le dijo don Manuel, sabiendo que él le agradecería la información—. Si vienes al finalizar el turno la encontrarás

aquí.

Acoydan, avergonzado, torció el gesto y se encogió de hombros.

—¿Usted cree que después de todas las cosas que le dije ella tendrá ganas de verme?

Don Manuel, que odiaba que fuera un cobarde, arrugó el entrecejo y se contuvo para no darle una colleja.

—Tenga ganas de verte o no, debes hablar con ella y aclarar las cosas…

El gerocultor, agobiado, se quedó en silencio mirándose la puntera de los zuecos.

—Los dos habéis callado demasiado.

Las palmas de las manos sudando… Cuando Acoydan pensaba en ese encuentro, se sofocaba, se sentía mal.

—Tengo miedo —le confesó aterrado, y el anciano sonrió.

—Si no te asustara, no sería amor —le contestó don Manuel, y él asintió.

VEINTINUEVE

Tefía (Fuerteventura) – marzo 1955

La trajeron entre dos funcionarios, agarrada por los brazos, porque no podía andar, y la sentaron a pocos metros de mí en una silla de hierro. Remedios, con el ojo tapado, era la imagen pura de la ansiedad y la desidia. Nuestras miradas se cruzaron y vi que la tristeza más absoluta se había apoderado de ella. Lloraba, lágrimas amargas empapaban su rostro y apenas si podía hablar.

Había sucedido algo horrible, lo presentía. Sus labios se movían para formar palabras, pero parecía que la pena no las dejaba escapar.

—Nemesio ha muerto —logró balbucear, y yo sentí que se me secaba el mar.

Muerto…. Muerto…

Una jarra de agua helada cayendo por mi cabeza.

La Marquesa y don Francisco no habían podido hacer nada por él.

Nemesio había fallecido.

Había perdido demasiada sangre, demasiada vida.

Atado al palo, en mitad del patio, sintiendo cómo el mundo se abría bajo mis pies. Las manos que sujetaban el látigo que iba a azotarme eran las del verdugo que había matado a Nemesio, mi compañero y amigo.

Muerto… Muerto…

—¡Hijo de puta! ¡Asesino! —chillé, y recibí un golpe tan fuerte que me hizo estremecer.

Nemesio había muerto y la carnicería no había hecho más que empezar. Podía verlo en sus ojos, en sus pequeños y oscuros ojos de alimaña. Don Anselmo no había quedado satisfecho con la sangre vertida esa mañana. Pensaba que Remedios y yo éramos pareja, y quería castigarme y hundirla en la miseria.

—¡Desnudadlo! —chilló.

Dos funcionarios me arrancaron la ropa. La casaca gris quedó tirada en el suelo junto con el gorro y el pantalón. Mi cuerpo anémico quedó expuesto al

látigo y a todas las miradas. Mis manos amarradas. La silla de hierro, en la que se encontraba Remedios, a pocos metros de mí.

Miedo. Pavor. No quería morir, pero cada vez tenía más asumido mi destino.

Mis piernas temblaban, pero mi rostro, bañado en lágrimas, intentaba conservar cierto grado de dignidad.

Pensé en mi padre. Él trató de defenderme cuando me detuvieron: gritó, peleó y estuvo a punto de pegarle a un policía. Frenó cuando me metieron el cañón del fusil en la boca. No tuvimos tiempo de despedirnos, solo pude mirarlo a los ojos y decirle sin palabras que lo quería.

Estúpidos.

¡Cobardes!

¿Qué pensaban que estaban haciendo?

Un pájaro no puede dejar de volar.

Un pez nadará, aunque no haya agua.

—¡Esta tarde voy a daros otra lección! —gritó el general Oramas en todas las direcciones—. Parece que lo que presenciasteis esta mañana no ha sido suficiente. —La maza, la maza ensangrentada destrozando los tobillos de Nemesio, destrozando sus rodillas, acabando con su vida—. Hoy voy a enseñaros que la gente como vosotros no merece vivir. ¡Ni tenéis derechos! No debéis protestar, no debéis quejaros. ¡Y mucho menos inventaros historias y acusar a los demás! —Sus ojos mirándome, señalándome—. Los maricones no sois nadie. ¡No sois nada! Sois un fallo de la naturaleza. ¡Una aberración! Una vergüenza para España, para el Régimen y vuestras familias.

Silencio.

Caras de asco, de pena, de indignación.

No hay nada peor que un homosexual que no se acepta a sí mismo.

Nada más peligroso que un animal que ve reflejado en ti su propio dolor.

—Este invertido que está aquí —prosiguió cogiéndome de los pelos—, en vez de concentrarse en el trabajo y su recuperación, se ha atrevido a levantar falsos testimonios sobre mí, un hombre digno y respetable que se deja la piel a diario para enaltecer el nombre de nuestra Patria.

Su olor, su aliento… El perfume de don Anselmo era el aroma de la muerte.

—Por eso lo vamos a castigar con cien latigazos —continuó—. Yo lo habría mandado directamente al garrote vil, pero este desgraciado ha tenido la inmensa suerte de estar en la colonia de la piadosa figura de don Prudencio de la Casa de Dios, que vela por su vida, además de por su alma.

Los rostros de los reclusos tristes, apagados, mirándose unos a otros.

—Así que Manuel Fajardo Artiles vivirá —prosiguió—, pero yo me encargaré personalmente de que su vida sea un infierno, las marcas y dolores crónicos que voy a dejar en su espalda le recordarán cada día que no merece vivir y que si está respirando es gracias a la misericordia del director de esta colonia.

Remedios triste, Remedios desesperada. Don Anselmo levantando el brazo para fustigarme y ella gritando para que parara.

—¡No le hagas daño, por favor! —le suplicó—. Es culpa mía, ¡solo mía! Pégame a mí, Anselmo, por favor. ¡Ponme en su lugar! Manuel solo es un crío.

Solo tenía dieciocho años y me acababa de enterar de la muerte de mi amigo.

Lágrimas en los ojos, lágrimas en el corazón.

—¡Lo siento! —le escupió el general Oramas con rabia—. Pero un desequilibrado como tú, que piensa que es mujer, teniendo rabo y barba, no me va a decir a mí lo que tengo que hacer.

El primer latigazo me hizo estremecer. Sentí el cuero ardiente clavándose en mi espalda y levantando mi piel. Fue un golpe fuerte, duro, certero y Remedios, aterrada, se tapó la cara con las manos.

El segundo latigazo me dio en el costado y casi me hace caer. La soga que tenía en las manos me apretaba.

Nemesio… Nemesio…

Si Nemesio estuviera allí, en esos momentos me estaría regañando; me diría que soy un estúpido, un insensato y que no había aprendido nada de sus consejos. ¿Cómo se me había ocurrido ir a la habitación del director?

«Ser invisible, ser transparente».El tercer latigazo más potente, más cruel, hizo palpitar la piel de mi espalda. Las primeras gotas de sangre mancharon el rostro de mi hostigador.

Cuarto. ¡Quinto! ¡Sexto! ¡Séptimo!

—¡Maricón! ¡Sarasa! ¡Violeta! —me chillaba—. ¡Llora, bujarra! Pídeme

perdón… ¡Dile a don Prudencio que es mentira lo que has dicho! ¡Que te lo has inventado!

Sangre… Sangre cayendo por mis lumbares… Mis piernas cediendo, yo colgado de las manos.

—¡No pierdas el conocimiento, maricón! —me advertía don Anselmo enloquecido—. Quiero que sientas cada uno de mis golpes.

No eres nadie.

No eres nada.

Invertido. Violeta. Desviado.

Una langosta. Una langosta volando bajo y posándose cerca de mí. Sus ojos saltones observándome.

¡Ocho! ¡Nueve! ¡Diez!

Sois un fallo de la naturaleza. ¡Una aberración! Una vergüenza para España, para el Régimen y vuestras familias.

Lorenzo, Lorenzo… El último beso que nos habíamos dado todavía duraba en mi boca. Guardaba su recuerdo escondido en mi memoria y solo lo saboreaba en ocasiones especiales. En ese momento lo usé. Me refugié en ese beso durante unos segundos para olvidarme del dolor y la penitencia que estaba pasando.

¡Once! ¡Doce!

Yo no era un error, no era un monstruo. ¡No debía sentir vergüenza! Aquella bestia se equivocaba. Yo era chico normal al que le gustaban los hombres.

Amor… Amor…

¡Yo era capaz de amar y había amado! ¿Realmente era un pecado estar enamorado?

¡Trece! ¡Catorce!

El suplicio era insoportable.

La langosta moviendo sus patas.

«Desarrolla mecanismos de defensa para sobrevivir».

La voz de Nemesio hablándome al oído, recordándome una conversación que habíamos mantenido hacía mucho tiempo.

«No tenemos muchas opciones», bromeé yo.

Nemesio se puso serio para que comprendiera que lo que decía era importante.

«Apréndete de memoria el nombre de todos tus compañeros, del derecho y del revés. Yo hice eso la primera vez, los repetía hasta la saciedad y eso me ayudó a ejercitar la mente, pero sobre todo, a no pensar en lo desgraciado que era».

¡Dieciséis!

—¡Octavio García! —grité.

El nombre de un preso con cada latigazo, cada uno de mis tormentos dedicado a uno de mis compañeros. Quizá no sirviera para nada, pero era mi modo de revelarme, de homenajearlos, de decirles sin palabras que estaba allí, que al azotarme nos estaban golpeando a todos. ¡Pero no me iba a doblegar! El general Oramas no iba a conseguir que me disculpara por lo que yo le había contado a don Prudencio, ¡porque era verdad! ¡Don Anselmo era un sádico y un asesino! Estaba enamorado de Remedios y le estaba haciendo la vida imposible.

¡Diecisiete!

—¡Nemesio Arrocha!

Aguantaría los golpes, aguantaría el dolor, aguantaría el sufrimiento, aguantaría lo que hiciera falta, porque alguien tenía que dejar de ser invisible para luchar por los demás. Nemesio había muerto y no iba a consentir que le pasara lo mismo a ningún compañero. Alguien debía protestar y, por lo visto, parecía que ese papel me estaba tocando jugarlo a mí.

«¿Qué vas a hacer hoy para conseguir que el mundo sea un sitio mejor?».

Mi padre. Los ojos tristes de mi padre mirándome mientras me llevaba la policía. Sus manos temblando.

¡Dieciocho!

—¡Remedios Jiménez!

Don Anselmo parándose.

—¿Qué dices? —me preguntó cabreado—. ¿Te atreves a hablar? ¿Estás protestando?

Yo, desnudo, ensangrentado, con las manos atadas y sin poder sostenerme en

las piernas, saqué fuerzas de donde no las tenía y me puse de pie.

Remedios, a mi lado, me miró aterrada y me rogó sin palabras que por favor me callara, que no me enfrentara a él.

¡Alguien debía hacerlo! ¡Alguien debía hacerlo! Nemesio había muerto y cualquiera podía ser el siguiente.

—Estoy diciendo el nombre de mis compañeros —le contesté—. Uno por cada latigazo… Y me los sé del derecho y del revés.

El general Oramas, que no soportaba la arrogancia, se aproximó a mí y me miró con asco.

—¿Y por qué estás pronunciando el nombre de esos pervertidos, si se puede saber?

El viento de Fuerteventura agitando las aulagas. La langosta que se había posado a mi lado alzando el vuelo.

—Porque todos y cada uno de ellos —le contesté en voz alta, para que me oyeran—, aunque los llame maricones o desviados, son mucho más hombres que usted. Es muy fácil ser valiente teniendo el Régimen de su parte. ¡Nosotros no somos nadie! ¡No tenemos nada! ¡Pero nos tenemos los unos a los otros!

Furia. Furia en sus ojos.

—Me siento terriblemente orgulloso de pertenecer al bando de los violetas. ¡Por eso los llamo! ¡Por eso pronuncio sus nombres!

Optimista. Valiente. Empoderado.

Lo siguiente que sentí fue un golpe en la sien que hizo que perdiera la consciencia. No me lo esperaba, me pilló por sorpresa. El general Oramas, enfurecido, me golpeó con la culata de su revólver y silenció mi discurso.

Me quedé desnudo, inconsciente, colgando de los brazos, mientras él, enloquecido, alzaba la mano de nuevo y me daba un latigazo tras otro con todas sus fuerzas.

Piel saltando, sangre, dolor, escalofríos…

Sus golpes eran terribles, inhumanos, y Remedios contuvo la respiración.

El mundo paralizado.

Rostros mustios, aterrados.

Don Anselmo Oramas descargando todo su odio contra mi cuerpo.

Silencio absoluto… Y de pronto, un grito, una luz al final del túnel, una brizna de valentía, una llama incendiaria en mitad de aquella grotesca escena. El cambio llegaba de donde menos esperábamos: del eslabón más débil.

Miguel estudiaba magisterio y esa mañana había sido protagonista involuntario de uno de los episodios más escalofriantes que había sucedido en la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía. Él había sido la mano inocente que don Anselmo había elegido para sujetar las piernas de Nemesio mientras las trituraba. Desde entonces no había dejado de temblar, seguía pálido, ojeroso y había vomitado tres veces.

—Espabila, chaval —le había dicho otro preso—. Que al final te vas a llevar una paliza.

Pero Miguel no podía evitarlo. El miedo se había instaurado dentro de él y no lograba soltarlo. Los dientes le castañeteaban y, mientras me pegaban con el látigo, había estado a punto de orinarse encima. Por eso ni él mismo entendió por qué lo hizo. Semanas más tarde, en el barracón, me contó que le embargó un sentimiento de hermandad y camaradería y, aunque estaba aterrado, sentía que me debía algo e inexplicablemente lo hizo.

¡Veintitrés! ¡Veinticuatro!

Una mano, una mano temblorosa se alzó en una esquina, una mano tímida, dudosa y esquiva, pero a la vez cargada de humanidad.

¡Veinticinco! ¡Veintiséis!

Miguel era su propietario y, mientras la alzaba, las piernas le temblaban y sentía que se iba a desmayar.

¡Veintisiete! ¡Veintiocho!

Los ojos de un funcionario mirándolo, amenazándolo, apretando una vara con fuerza que posiblemente en unos segundos rompería en su costado.

¡Veintinueve! ¡Treinta!

Miedo, terror.

En Tefía todos nos convertíamos en cobardes.

Vivíamos atemorizados bajo la intensa opresión a la que nos tenían sometidos nuestros captores.

¡Treinta y uno! ¡Treinta y dos!

La mano alzada.

Su rostro pálido.

Miguel gritó y el sonido de su voz sonó por encima de todos.

—¡Miguel Betancourt! —chilló.

Pronunció su nombre. Pronunció su nombre como yo lo había estado haciendo hasta entonces. Lo gritó con fuerza, con rabia, retando al general Oramas, a don Prudencio, a la Ley de Vagos y Maleantes, a la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía ¡A Franco! ¡A la Iglesia! ¡Al Régimen!

Miguel gritó y su voz fue un cántico de esperanza para todos los que estaban siendo oprimidos en ese momento.

Despertaban.

¡Despertaban!

El rostro de don Anselmo, contrariado, lo miró un segundo y continuó con lo que estaba haciendo.

¡Otro latigazo!

—¡Felipe Gutiérrez!

Otra voz, otro voluntario, otro valiente…

Otro maricón osado que se atrevía a retarlo.

¡Veintiocho!

—¡Marcial Acuña!

Otro desviado que se revelaba ante el Régimen.

Los presos gritaban como si estuvieran pasando lista. Don Anselmo, enfurecido, me golpeaba con fuerza y cuanta más violencia usaba, más altas eran las voces que usaban mis compañeros como protesta.

Orgullosos. Valerosos. Empoderados. Unidos por la desgracia.

Mi cuerpo desfallecido colgando de la columna con riesgo de desangrarse.

Mi castigo había servido para que los vagos y maleantes se juntaran para defender sus derechos, daba igual que fueran gais, presos políticos o ladrones; en esa lucha todos se unieron y gritaron como si tuvieran una única voz.

—¡SUÉLTALO!

Una orden, una orden rotunda hizo que todo se paralizara.

El general Oramas, desprevenido, se giró sin poder creer lo que estaba viendo.

—¡SUÉLTALO! —insistió.

Remedios, heroica, había aprovechado su ubicación y la crispación de don Anselmo para acercarse a él lo suficiente y le había robado el revólver. Su mano temblorosa lo apuntaba.

—Anselmo, ¡suéltalo ahora mismo si no quieres que te reviente la cabeza!

TREINTA

Tefía (Fuerteventura) – marzo 1955

Yo no viví la escena porque seguía inconsciente, atado a la columna, desangrándome, pero los testigos que la presenciaron me contaron que a pesar del miedo, Remedios no vaciló, permaneció de pie, imbatible, mientras los funcionarios sacaban sus armas y apuntaban a su cabeza.

—Anselmo… ¡Suéltalo!

Su mano temblaba. Remedios sujetaba la pistola como el que agarra un clavo ardiendo, el general Oramas la observaba serio, firme, impoluto, sin creer lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué vas hacer, Remedios? —le preguntó con sorna—. ¿Vas a matarme? ¿En serio? ¿Serás capaz de hacer algo así?

Mi amiga aterrada.

Por su cabeza pasaban a gran velocidad todas las injusticias que había sufrido desde niña: le habían pegado, la habían insultado, la habían violado… y siempre lo había asumido con entereza. ¡Nunca se había revelado! Porque sabía que, si lo hacía, las consecuencias serían funestas… ¡Pero esta vez era distinto! Nemesio había muerto y si no hacía algo, Manuel correría la misma suerte.

—¿Vas a matarme? —insistió entre risas—. Si lo haces, los guardias te cogerán, asesinarán a tus amigos y finalmente acabarán contigo. ¡Sabes que lo harán! Morirás, pero antes tendrás que ver con tus ojos cómo muere este violeta.

Miedo, dolor, el sentimiento de culpa la atormentaba. Todo lo que había sucedido ese día en la colonia era culpa suya. Ella había llevado a ese monstruo hasta allí. El general Oramas la buscaba a ella, la deseaba y convertía en muerte todo lo que había a su alrededor.

—Suéltalo, Anselmo… Suéltalo —le suplicó.

Ramiro, el recuerdo de Ramiro invadiendo su mente. Él había sido el culpable de que dejara Sevilla, que robara a sus padres y abandonara la

seguridad de su hogar. Él la había arrojado a los leones y también la había enseñado a amar.

¿Lo quería? No, ya lo había olvidado, pero echaba de menos lo feliz que se sentía cuando estaba a su lado.

—¡Remedios, tira la pistola! —le ordenó don Prudencio usando por primera vez en la vida su nombre de mujer—. Tírala y no hagas tonterías, por favor… No tiene sentido lo que estás haciendo… No tienes escapatoria.

Cinco rifles apuntándola y uno de los funcionarios poniéndose nervioso, a punto de disparar.

Mi amiga seria, decidida. Por una vez no estaba dispuesta a tolerar la injusticia.

—Manuel está en esa columna por mi culpa —le explicó—. Por tener agallas. ¡Por defenderme! Todo lo que le dijo en su habitación es verdad. ¡Y usted lo sabe! Don Anselmo es un sádico, ¡un pervertido! Y usted le consiente que haga conmigo lo que quiera porque es la mano derecha de Franco en Canarias… Pero el general Oramas es un peligro para él y todos los que lo rodean, ¡no nosotros!

Silencio.

Todos observando a aquella mujer que, con puntos en el labio, la retina desprendida, hematomas en la cara y barba a medio afeitar, estaba enfrentándose a sus miedos. No luchaba contra el general Oramas, peleaba con los niños que le tiraron piedras cuando se puso el vestido de su prima, con los policías que la humillaron cuando la detuvieron la primera vez, con los hombres que le pegaron, con los que la violaron, con todo aquel que se negó a ver que bajo aquel cuerpo masculino había una mujer, con los que la llamaron «loca», con los que la llamaron «monstruo»… Remedios llevaba toda la vida sufriendo y en ese instante se le habían inflado los ovarios.

—No somos nadie, no somos nada… Pero nos tenemos los unos a los otros —prosiguió usando la frase que yo había utilizado hacía unos minutos—. Hay que acabar con esto para que este monstruo no se lleve a otro de mis compañeros por delante… ¡Nemesio ha muerto! —gritó—. Lo ha despedazado ante nuestros ojos y no hemos hecho nada por ayudarle… ¡Eso no puede volver a ocurrir! —chilló encolerizada—. ¡Podréis insultarnos! ¡Golpearnos! ¡Pegarnos! Pero a partir de ahora estaremos unidos, dejaremos de ser corderos asustados… ¡Porque no somos vagos! ¡No somos maleantes!

Somos seres humanos que han tenido la mala suerte de vivir en un tiempo donde no se nos permite ser nosotros mismos.

El viento aullando.

El general Oramas acercándose a ella y Remedios levantando amenazadoramente el arma y poniéndoselo cerca de la cabeza.

Sus ojos, su boca, su aliento… Aquellas manos que tantas veces la habían golpeado a pocos centímetros de ella. El revólver en la mano. Ganas de apretar el gatillo.

—Si vas a matarme, mátame ya —le dijo don Anselmo con chulería—. No nos hagas aguantar más discursos estúpidos y tonterías.

Remedios, cabreada, inspiró profundamente antes de contestar y dicen que sus ojos me miraron unos segundos antes de responderle.

—La muerte no sería suficiente castigo para ti.

Don Prudencio, aterrado, le hizo señales a los guardias para que se acercaran más, para que la rodearan.

—Entonces… —le preguntó el general Oramas perdido—. ¿Qué vas a hacer?

Silencio.

Hay silencios que cortan el aire, que cortan la respiración.

La mano de Remedios temblando.

—Voy a quitarte lo único que amas en la vida —le contestó, y antes de que a nadie le diera tiempo de moverse o actuar, Remedios se puso la punta de la pistola en la boca y apretó el gatillo.

TREINTA Y UNO

Antía se apoyó en la pared cuando salió al pasillo. Tenía los ojos llorosos y, aunque intentaba controlarse, sus pulmones se inflaban y desinflaban, pero no le llegaba oxígeno. Estaba mareada.

—¡Antía!

Su voz… ¡Su voz!

Estaba tan agobiada que no lo vio llegar. Llevaba días ansiando ese encuentro y ahora que por fin se producía, tenía un nudo en el pecho que no le permitía hablar.

Temblaba. Sudaba. Todo se nubló.

—Antía, ¿estás bien? —le interrogó preocupado.

La joven, angustiada, negó con la cabeza mientras densas gotas de sudor caían por su espalda.

—No puedo respirar —susurró.

Acoydan, alarmado, le puso la mano en el pecho y notó que tenía el pulso acelerado.

—Es un ataque de ansiedad —le dijo al ver sus pupilas dilatadas—. Mírame a los ojos, por favor… Antía, mírame y respira despacio… Intenta tranquilizarte.

Su mano en su pecho.

Antía inspiraba y expiraba lentamente.

Sentía los dedos del gerocultor tocando su cuerpo, acariciando su corazón.

Sístole y diástole.

Sus ojos verdes la miraban y ella se sintió morir.

—Te he echado de menos, Aco—confesó, y él sonrió.

Antía tardó cinco minutos en volver a la normalidad. Acoydan estuvo a su lado cuidándola, mimándola, sin hablar, solo cogiéndole la mano y ayudándola a regresar.

—¿Mejor? —le preguntó con cariño, y ella asintió.

—Contigo siempre —le respondió.

Los dos se quedaron callados en mitad del pasillo. Tenían mil cosas que

decirse, pero no sabían cómo comenzar.

—¿Tienes tiempo para un café? —le preguntó tímidamente el chico, y ella asintió con la cabeza.

La pareja, en silencio, se dirigió hasta la máquina de autoservicio del comedor de personal y el gerocultor introdujo unas monedas. Café solo para ella, expreso, sin azúcar, y un capuchino extradulce para él. El vaso quemaba y el miedo también.

—Perdona por el numerito de antes —se disculpó la chica, y él le indicó con una mueca que no se preocupara—. Acababa de hablar con don Manuel y la última parte de su relato me sobrepasó. —Silencio, los dos sentándose en una mesa y él cogiéndole la mano con cariño—. Remedios se voló la cabeza —le explicó con un nudo en el pecho—. Se pegó un tiro para que el general Oramas dejara de atormentarla, de torturarla, ¡para que la dejara en paz!

Acoydan tragó saliva y sus dedos jugaron con los de ella.

—Eso sí son problemas, y no los nuestros —prosiguió la joven conmovida —. Pienso en todo lo que pasó don Manuel en Tefía y, a su lado, lo que nos pasa a nosotros es una gilipollez.

El gerocultor calmándola, tranquilizándola.

—A él lo violaron, lo torturaron, asesinaron a sus amigos… Y siguió adelante… ¿Y yo me hundo porque tú has dejado de quererme?

Acoydan, que había permanecido en silencio hasta ese instante, negó con la cabeza.

—Antía, yo…

Miedo. Terror.

Cobarde, era un cobarde.

—Yo…

La mano de la chica agarrándolo, sujetándolo, dándole fuerzas.

—Dime —le animó.

Sus ojos azules mirándolo, contemplándolo, pidiéndole sin palabras que lo dijera, que lo soltara, que estaba deseando escucharlo.

—Antía, yo no he dejado de quererte —le confesó.

Acoydan, avergonzado, se encogía, se ruborizaba, pero no estaba dispuesto a seguir callando.

—No he dejado de quererte ni un solo segundo desde que te conocí —prosiguió tartamudeando—. Y dudo mucho que pueda conseguirlo algún día.

Silencio.

Ser fuerte, ser valiente.

Antía callada y él esperando una respuesta.

La máquina de café goteando.

No podía mirarla. Le daba demasiado miedo que su boca, en vez de sonreírle, mostrara frialdad.

—Cierra los ojos —le pidió la chica ante su sorpresa.

Acoydan, desconcertado, bajó los párpados y, cuando menos lo esperaba, los labios de Antía se juntaron con los suyos y le regalaron el beso más dulce que nadie le había dado en la vida.

—Te quiero —le susurró al oído, y él supo en ese instante lo que era la felicidad.

TREINTA Y DOS

—¿Por qué me mentiste?

Esa pregunta todavía estaba ahí, en el aire, agobiándolo, preocupándolo, haciéndolo desconfiar y, al pronunciarla, Antía arrugó el entrecejo extrañada como si no lo estuviera comprendiendo.

—Cuando te pregunté por qué te habías ido de casa… —le explicó el gerocultor—, me dijiste que habías discutido con tus padres por mí y no era cierto… Tus padres ni siquiera sabían de mi existencia.

La joven, avergonzada, se encogió de hombros y cogió una servilleta de papel del servilletero para apretarla en su mano mientras contestaba:—No te mentí… Solo dosifiqué la información… Mis padres no querían separarme de ti, pero indirectamente iban a conseguirlo.

Acoydan, extrañado, le indicó con un gesto que continuara.

—Quieren que me vaya a estudiar a Nueva York el año que viene —soltó como si fuera un fastidio—. El viaje que hicimos juntos fue para que conociese la ciudad y me entrara ganas de ir. ¡Ellos ya lo tenían planeado desde hacía tiempo! Han hecho una reserva en una residencia a mi nombre e incluso han conseguido los impresos de solicitud para la facultad.

Acoydan, con los ojos muy abiertos, asintió con la cabeza.

—¡Pero eso es una pasada! —exclamó emocionado—. Muchos matarían por estar en tu pellejo. ¡Es una gran oportunidad! Quieres ser periodista, escritora… Y tus padres quieren enviarte a Nueva York… ¿Sabes la cantidad de puertas que te va a abrir eso? No todo el mundo tiene la misma suerte que tú. Yo no pude estudiar Medicina porque en casa no había dinero suficiente para pagarme la matrícula, tuve que elegir algo más modesto. ¿Y tú te enfadas por eso? ¡¿Estás loca?! ¿Cuál es el problema?

El rostro de Antía se descompuso, no podía creer que Acoydan, después de lo que le había contado, no lo entendiera.

—¿En serio? —protestó— ¿Me lo estás preguntando en serio? —repitió—. Mis padres se meten en mi vida, deciden sobre mi futuro y no me dejan intervenir. Ellos han pensado lo que más me conviene sin dejarme opinar sobre ello… —Su mano, cabreada, estrujando la servilleta—. ¿Y qué pasa con

lo que yo quiero? ¡Me mandan al otro lado del mundo! ¿Comprendes? ¿Qué habría pasado con nosotros?

El gerocultor, sorprendido, se estremeció.

—¡¿Nosotros?! —le preguntó el chico sin salir de su asombro—. ¿Es eso? ¿Renunciabas a Nueva York por mí? ¿Pensabas que, si te ibas, yo iba a romper contigo?

Antía, avergonzada, se mordió el labio y miró al suelo.

—Sabía que tú me apoyarías, pero yo no quiero una relación a distancia —confesó la joven—. Por eso no te lo dije… Yo no quería separarme de ti y, si te lo contaba, estaba segura de que me dirías que hiciera la matrícula. Sabía que tú te pondrías de parte de ellos.

Silencio.

La mano de Acoydan acercándose a su cara y regalándole una caricia.

—Antía… No puedes renunciar a tus sueños… ¡Y mucho menos por mí! Deberías aceptar la oferta de tus padres.

La chica, apenada, se apoyó en su mano y le besó los dedos.

Lo quería, lo amaba y él siempre pensaba en lo mejor para ella.

Acababan de reconciliarse y estaban pactando un alejamiento.

—¿Es que quieres tenerme a mil kilómetros? —bromeó—. Hemos hecho las paces hace media hora… ¿y ya te has cansado de mí?

Acoydan, cariñoso, se acercó a ella y le dio un beso en los labios.

—No —le contestó con ternura—. Pero no soportaría convertirme en el muro que frene tus sueños.

TREINTA Y TRES

Tefía (Fuerteventura) – marzo 1955

Cuentan los testigos que cuando se oyó el disparo y Remedios se voló la cabeza, el general Oramas enloqueció y empezó a azotarme con tal grado de violencia que yo convulsionaba.

—¡Hijo de puta! —chillaba enfurecido—. ¡Por tu culpa! ¡Por tu culpa!

Mi cuerpo inerte colgaba del poste y mi espalda era un espectáculo grotesco, desagradable de mirar. El charco de sangre a mis pies se mezclaba con el que había formado Remedios, y el uniforme gris de don Anselmo estaba lleno de salpicaduras.

Dicen que, en un determinado momento, el general Oramas, endemoniado, dejó de fustigarme y se acercó a mí, sus ojos oscuros escupían fuego, y rodeó mi cuello con su látigo.

Nadie habló, nadie se movió, todos estaban tan impactados que no podían creer lo que estaba sucediendo. ¡Me estaba estrangulando en directo delante de todos los presentes! Mis piernas pataleaban, pero dejaron de moverse al cabo de unos segundos.

—¡DÉJELO!

Una voz, un grito surgió en ese momento y mi salvador era alguien que nadie esperaba. Mis compañeros lo miraban estupefactos. ¡No podía ser!

—¡DÉJELO! —insistió don Prudencio mientras mi rostro pasaba de rojizo a morado.

El director de la colonia avanzó furioso hacia él apartando de un empujón a los reclusos que se encontraba en su camino.

—¡Déjelo ya, don Anselmo! —insistió—. ¡Esto está yendo demasiado lejos!

Silencio.

Una ofensa. Un desafío.

El general Oramas, sorprendido, se giró como si no comprendiera. Yo no era nada. ¡No era nadie! Y don Prudencio de la Casa de Dios se estaba enfrentando a él para defenderme.

No me soltó.

Don Anselmo hizo caso omiso a la advertencia y sus manos, temblorosas, agarraron nuevamente el látigo y me apretó el cuello con más fuerza.

Me asfixiaba.

Me moría.

Mi cuerpo convulsionaba mientras una sonrisa de hiena satisfecha aparecía bajo su minúsculo bigote.

Se acababa mi tiempo.

Se acababa mi vida.

El cadáver de Remedios tirado en el suelo, sus sesos esparcidos, agitados por el viento.

Don Prudencio, orgulloso y altivo, le hizo una señal a sus guardias para que lo siguieran y se puso frente a él.

—¡LE HE DICHO QUE PARE! —insistió.

Su voz cabreada, más que rendirle pleitesía, parecía que lo estaba amenazando.

El general Oramas, ignorándolo, disfrutaba con sadismo de los últimos segundos de mi estrangulamiento.

—¡SUÉLTELO! —repitió mientras las pistolas de los guardias lo apuntaban.

El rostro de don Anselmo contraído. Los fusiles lo encañonaban y él se resistía a soltarme.

—¿Es que no lo entiende? —le preguntó a don Prudencio fuera de sí—. ¡Este violeta tiene la culpa de todo! ¡DE TODO!

Las aspas del molino girando.

Los reclusos aterrados, escondiéndose unos detrás de los otros.

—Sí lo entiendo, don Anselmo —le contestó—. Comprendo perfectamente lo que ha pasado y lo que está sucediendo… —Don Prudencio de la Casa de Dios mostrando todo su poder, su potencia—. ¡Por eso le pido que pare! ¡Que lo deje ya!

El general Oramas hundido, sus ojos de hiena empañándose mientras abría lentamente la mano y dejaba que el látigo con el que me estrangulaba cayera al suelo.

—Yo la quería —susurró sin poder contener las lágrimas.

Don Prudencio, asqueado, dio un paso hacia atrás y escupió al suelo.

—Ella tenía razón —musitó el director ante la atónita mirada de todos—. Usted es el mayor monstruo de esta colonia. Le ruego que salga por esa puerta y no regrese más porque si lo hace no me quedará más remedio que internarlo.

Destruido. Humillado. Vencido. Don Anselmo lloraba con las manos manchadas de sangre.

—Yo la quería —repitió, pero ya nadie lo estaba escuchando.

TREINTA Y CUATRO

«Llamada entrante: Mamá».
«Llamada entrante: Mamá».
«Tiene 4 llamadas perdidas».

Antía miraba su móvil enfadada, sin saber cómo actuar. Estaba tan cabreada con ella que no sabía cómo se comportaría cuando le viera la cara. ¡Acoydan le había contado lo que había hecho! ¿Cómo se le había ocurrido amenazarlo con denunciarlo si no cortaba con ella? ¿Cómo podía ser tan manipuladora? ¿Tan cínica?

Irritada. Furiosa. Esas eran las palabras que mejor definían su estado de ánimo.

Un wasap, dos.
Su madre no paraba. ¿Qué quería? ¿Es que no iba a dejarla tranquila?
La chica atravesó el *parking* de la residencia alterada, y avanzó hacia la parada de autobús. ¡No quería hablarlo con ella por teléfono! ¡No le apetecía! Lo que tenía que decirle se lo diría cuando estuviera frente a ella, ¡Quería ver su reacción!

¡Que no se metiera más en su vida! ¿Tan difícil era comprenderlo?

Abusos sexuales a una menor. ¿Cómo había podido hacer algo así?¿Cómo podía ser tan sucia?

«Llamada entrante: Mamá».
¿Es que no iba a dejarla tranquila?
—¡Dime! —le gritó malhumorada.
Al otro lado de la línea telefónica hubo una pausa. Doña Agustina había notado la hostilidad de su hija, pero la información que iba a darle conseguiría que se le pasara. Era crucial. ¡Importante! Y Antía se lo agradecería.
—¡Ya sé quién denunció a don Manuel! —anunció con voz de presentadora de televisión—. Me ha costado bastante lograrlo, pero he conseguido la

denuncia de noviembre de 1954.

Antía, que había olvidado por completo ese encargo, dejó lo que estaba haciendo y paró en seco. Ese enigma seguía pendiente de resolver.

—¿Fue su madre? —le preguntó ansiosa.

El autobús llegando, el número 34 iluminado en el panel y varios viajeros aproximándose, corriendo hacia él.

Antía tensa, Antía nerviosa.

¿Por qué tardaba tanto en contestar? Disfrutaba alargando la espera, manteniendo el suspense.

—No —le contestó finalmente, haciendo que su corazón se acelerara—. Fue un hombre.

¿Un hombre?

Otra pausa.

Antía mordiéndose el labio y poniendo los ojos en blanco.

—¡Dime! —le suplicó—. ¡Suéltalo ya!

Doña Agustina, contenta de que su noticia le interesara tanto, prosiguió.

—Fue un tal Lorenzo Pérez Espínola.

Lorenzo…

Lorenzo…

¡No se lo podía creer!

—Lo acusó de ser homosexual y de algo más…

¿Algo más?

El autobús arrancando y Antía con ganas de gritar.

—¿De qué? ¡Dilo ya, mamá! Me estás poniendo histérica.

Un segundo.

Dos.

Tres.

Doña Agustina generando otra pausa.

—De intento de violación.

¿Intento de violación?

¿En serio?

Antía, aterrada, no pudo contestar.

PARTE IV

NUEVA YORK

UNO

Antía caminaba deprisa por la Quinta Avenida con los auriculares puestos escuchando su lista de reproducción favorita de Spotify. Iba a la New York Public Library; había quedado allí con Mathew para estudiar y antes iban a tomarse un café.

Era un día normal, uno más de su nueva vida, en el que no esperaba sorpresas.

La chica había cambiado mucho en los últimos años. Desde que llegó a Estados Unidos y vivía sola, era más fuerte, más libre y más independiente, y su *look* era más agresivo. ¡Se había cortado el pelo! La larga melena morena, que antes la caracterizaba, había desaparecido y ahora llevaba el pelo rapado en la nuca y con el flequillo largo. Le quedaba muy bien, acentuaba su belleza. Hacía tiempo que la joven había dejado de parecer una turista y se había mimetizado con la ciudad.

Su teléfono sonó cuando pasaba junto al Empire State Building. Esos enormes rascacielos que antes la impresionaban, ahora formaban parte de su paisaje cotidiano. Ya no levantaba la vista al cielo y observaba sus cumbres con vértigo.

«Llamada entrante: Acoydan».

Una sensación extraña se apoderó de su estómago haciendo que la nostalgia la devorara. ¿Cuánto tiempo hacía que no hablaba con él? ¿Cinco meses? ¿Seis? La chica dudó unos segundos antes de descolgar. Quería hablar con él, le apetecía, pero prefería hacerlo en un lugar adecuado, más tranquilo, fuera del bullicio de la Gran Manzana rodeada de turistas y el sonido del tráfico.

—Antía…

Su voz, esa voz que tantas noches le había dicho que la amaba, sonando de nuevo en su oído a través del altavoz. La joven, sin querer, sintió un escalofrío. Mariposas, mariposas que pensaba que estaban extinguidas volviendo a aletear.

—Hola, Aco, ¿cómo estás?

La distancia, la distancia había sido la culpable de su separación, cuando Antía se fue a vivir a Nueva York terminaron distanciándose, pero no fueron los kilómetros los que los separaron, sino su nueva vida. Antía conoció a mucha gente, hizo grandes amigos, vivía nuevas experiencias, y Acoydan cada vez pintaba menos en su rutina.

Una tarde lluviosa de invierno, delante de un café, en el Dunkin´ Donuts, Antía se dio cuenta de que ya no había espacio para él. Lo quería. ¡Lo amaba! Lo seguía sintiendo en el centro de su pecho, pero la mujer que paseaba por Nueva York era muy distinta a la chica que iba al Retiro con Acoydan de la mano. Ella había cambiado, y el gerocultor en esos momentos ya formaba parte de su pasado, no de los planes que estaba construyendo para el futuro.

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—También. Iba para la biblioteca, he quedado para estudiar con Mathew.

Mathew, Mathew… Antía se arrepintió al instante de haberlo nombrado. No era necesario, no era justo, y el silencio que se produjo en la línea proveniente de su interlocutor le confirmó que estaba en lo cierto.

—Ok, no quiero robarte mucho tiempo —prosiguió el chico—. Solo te llamaba para informarte de algo.

Frío, distante, el Acoydan que ella conocía, el que extrañaba, no estaba en ese momento. Parecía que el joven que la llamaba se había cubierto con una coraza de hielo para protegerse y no iba a dejar que ella la traspasara.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó ella preocupada.

Una pausa.

Más de cinco segundos.

Todo indicaba que no eran buenas noticias.

—Don Manuel ha muerto —le soltó intentando que las emociones no enturbiaran en exceso el momento—. Falleció ayer. Solo quería que lo supieras y te enteraras por mí.

Un pellizco en el pecho y otro en el corazón. Su respiración entrecortándose. Culpa. Sentimiento de culpa. Llevaba meses diciendo que iba a llamar al anciano, pero esa llamada a la residencia siempre se retrasaba. Desde que su enfermedad había avanzado, cada vez le costaba más. Cuando hablaba con él no la reconocía. Era duro. Muy duro. Y quizá por eso no lo había telefoneado más.

La joven tuvo que apartarse de la acera y buscar una pared donde apoyarse.

—¿Qué pasó? —le preguntó aturdida.

Acoydan, que había estado las últimas horas llorando, suspiró antes de contestar.

—No sufrió, tranquila —le contestó—. Murió mientras dormía, ni siquiera se enteró.

Una pareja de italianos pasando por su lado hablando en voz alta, pegando voces…

—Ha dejado algo para ti —continuó el gerocultor—. Lo tengo en mi casa. Cuando vengas, podemos quedar y te lo doy, si te apetece.

Don Manuel ha muerto.

Antía todavía estaba haciéndose a la idea.

—¿Qué es? —le preguntó intrigada.

Acoydan, que tenía el obsequio en la mano, liado con papel de estraza y un cordón, no supo qué contestar.

—Es el paquete que tenía en su caja fuerte —le respondió—. Hace meses, en un momento de lucidez, me pidió que, si fallecía, te lo diera.

Otro silencio.

Antía no sabía cuándo iba a regresar. La relación con sus padres no era muy buena y no los visitaba con frecuencia. Ese verano había decidido recorrer la Costa Oeste con Mathew. Iba a visitar Los Ángeles, San Francisco, Las Vegas y el Cañón del Colorado… Madrid no estaba entre sus planes a corto plazo.

—¿Por qué no lo abres y me dices qué es? —le pidió la chica.

Acoydan, que estaba reprimiendo sus emociones, negó con la cabeza, aunque Antía no pudiera verlo.

—No… Don Manuel preferiría que lo hicieses tú.

DOS

Quedaron en la Plaza Mayor, como en su primera cita. Era principios de septiembre y el calor todavía hacía derretirse los adoquines y a los turistas.

Acoydan se pidió una cerveza y se sentó. No la esperó de pie junto a la estatua como hacía antiguamente. Se fue directamente al bar donde solían quedar y se puso a mirar el móvil, como si la situación le aburriera. Pero la realidad era otra: el chico estaba muy nervioso, tanto que le costaba respirar, le sudaban las palmas de las manos y, cuando la vio aparecer, sintió como le temblaban las piernas.

«Solo los gilipollas dejan escapar al amor de su vida».

—¡Aco!

Ella se lanzó a sus brazos y lo besó, lo besó en las mejillas. Era la primera vez que se veían desde que habían roto y a ambos se les hizo muy extraño no besarse en los labios.

—Estas muy guapa —la piropeó él haciendo referencia a su nuevo corte de pelo—. Diferente, pero guapa, te queda bien.

Antía se ruborizó.

—Gracias —le contestó—. Tú también estás cambiado. Más fuerte. Más ancho, ¿no?

El gimnasio. Salir de trabajar y encerrarse en el gimnasio. Esa era su nueva vida.

—Sí, he estado entrenando.

Dos cañas sobre la mesa y una tapa de tortilla. Los ojos azules de Antía mirándolo, analizándolo. ¡Tenía tantas cosas que decirle que no sabía por dónde empezar!

Era extraño, complicado. Ambos habían cambiado mucho desde la última vez que se vieron, pero al estar allí, donde siempre, en el bar de la Plaza Mayor, el uno frente al otro, parecía que todo seguía igual y no había pasado el tiempo. Ella era Antía y él su Acoydan, el canario que la devoraba a besos.

Tensión sexual. Aunque ambos quisieran ignorarla, la tensión sexual estaba allí, envolviéndolos, flotando en el ambiente.

Él con ganas de hablar, de interrogar, de preguntarle lo que más le atormentaba.

—¿Tienes pareja? —el gerocultor lo soltó así, de pronto, sin avisar, y la cara de la chica se llenó de sorpresa.

—Sí —le confesó aturdida—. Llevo siete meses saliendo con un chico de Kansas. Se llama Mathew y estudia Periodismo como yo.

Silencio.

Una pausa.

Los ojos de Acoydan se llenaron de desilusión. Aunque el joven había estado preparándose para esa posibilidad, tenía la esperanza de que ella siguiera enamorada y también lo estuviera esperando.

—¿Y tú? —le interrogó Antía cogiendo su mano por encima de la mesa—. ¿Tienes novia?

Acoydan, avergonzado, se encogió de hombros y prefirió mentir.

—Sí, claro —le contestó y no dio más detalles.

Otra pausa.

Parecía que los silencios se estaban convirtiendo en los protagonistas de su conversación.

La risa de una señora que estaba tomando un vermú con sus amigas llegando hasta allí…

—¿Y cómo te va en la residencia? —le preguntó la chica cambiando de tema— . La última vez que hablamos me contaste que te iban a hacer jefe de planta.

Un trago a la cerveza. Sus labios se mancharon de espuma.

—Sí —le contestó él—. Y el año que viene, con un poco de suerte, seré jefe de gerocultores. Mari Puri me está formando para ello.

El rostro de Antía llenándose de sorpresa.

—¿Se va?

Acoydan, que cuando hablaba de su supervisora no podía evitar llenarse de ternura, sonrió.

—Sí, conoció a un dominicano en clases de baile y se enamoró. Llevan un año y medio juntos —le explicó—. Él quería volver a su país y ella ha decidido que prefiere estar con él que seguir en la residencia.

Una sonrisa.

La sonrisa de Antía seguía siendo igual de bonita.

Acoydan se moría por besarla.

—Me alegro un montón —le respondió la chica sincera—. Se lo merece. Don Manuel estaría orgulloso de ella. Dejarlo todo por amor. Luchar.

El recuerdo del anciano enterneciéndolos y haciendo que sus dedos se entrelazaran con más fuerza…

—Yo no luché lo suficiente por ti.

No fue una pregunta, fue una afirmación. Acoydan lo dijo serio, rotundo, y Antía supo que esa conversación que nunca habían mantenido estaba a punto de producirse.

Silencio.

Los ojos verdes del chico buscando los suyos.

—Cuando te fuiste dejé que la distancia nos separara más de la cuenta —prosiguió.

El recuerdo de aquellas noches en las que la llamaba y ella no cogía el teléfono. Antía siempre estaba ocupada y no tenía tiempo para él. Acoydan se sentía cada vez más desplazado y en vez de coger un avión e ir a visitarla, dejó que el orgullo lo fuera enquistando y se volvió un rencoroso. ¿Cuántas peleas? ¿Cuántos reproches?... ¿Por qué no se había limitado a decirle que la echaba de menos?

—No te sientas mal —le pidió Antía con ternura—. Eso ya pasó… Está superado… Ahora estamos aquí… juntos… y no tengo nada que echarte en cara… Ambos hemos rehecho nuestras vidas y somos felices… Podemos ser amigos… No te atormentes ni te quedes con mal sabor de boca… Cuando pienses en mí… en lo que fuimos… recuerda el tiempo que viví en Madrid… Quédate con eso… Lo de Nueva York ha sido otra etapa, y ambos nos equivocábamos cuando pensábamos que no nos iba a afectar…

Don Manuel mirándolo. En alguna parte de la Plaza Mayor podía sentir cómo sus ojos castaños lo observaban y lo animaban a actuar. ¡No podía perder esa oportunidad! Si lo hacía, estaría decepcionándolo.

«Solo los gilipollas dejan escapar al amor de su vida».Sus manos enlazadas. Acoydan se bebió lo que le quedaba de cerveza de un trago buscando el valor que le faltaba.

—Antía… Yo…

Ella callada, ella en silencio. Sus ojos azules mirándolo y recordando todos esos momentos felices que habían pasado juntos. Lo extrañaba. Debía reconocer que lo echaba de menos y, al estar frente a él, muchos sentimientos estaban reviviendo.

—Dime…

Animarlo a hablar. Siempre había tenido que empujarlo para que Acoydan tomaras las riendas. Seguía siendo el mismo. Aunque sus hombros hubieran ensanchado y tuviera más musculatura, seguía faltándole fuerza.

—Antía… yo… te he mentido… —Una pausa, lo ojos de ella alarmados—. Antes, cuando me lo preguntaste… no te dije la verdad… no tengo novia.

Sus manos soltándose. La chica apoyándose en la silla y analizando su rostro con sorpresa.

—Te sigo queriendo, Antía… —le confesó—. Aunque lo he intentado, no he conseguido olvidarte.

TRES

Acoydan dejó el paquete sobre la mesa, una cajita misteriosa forrada con papel de estraza y atada con un cordón. Los dos se quedaron en silencio observándola, llenos de intriga y curiosidad. Antía la acarició y finalmente la cogió entre sus manos.

—¿No tienes ni idea de lo que es? —le interrogó.

Acoydan, perdido, dijo que no con la cabeza.

La tercera caña ya la habían servido y les habían puesto para acompañar una tapa de carne con tomate.

Hacía calor, mucho calor. El gerocultor estaba sudando y le costaba trabajo respirar. Seguía muy nervioso.

El anciano, donde quisiera que estuviese en ese momento, estaría feliz. Se lo imaginaba mirándolos y riéndose, burlándose de él. Había logrado que Antía y él volvieran a encontrarse y que él le confesara sus sentimientos.

—Don Manuel sigue jugando con nosotros hasta el final —comentó el chico mientras su rostro se entristecía, y ella asintió—, dándonos lecciones.

La mano de Antía dejando el paquete sobre la mesa y cogiendo de nuevo la suya. Acoydan necesitaba hablar del anciano y ella lo agarró para darle fuerza.

—Los últimos años fueron complicados —le confesó—. El alzhéimer siguió avanzando y la persona que tú conociste dejó de existir. La mayoría de los días, al hacer mi ronda, don Manuel no lograba reconocerme. Fue muy doloroso, muy triste. Se fue apagando lentamente. Era duro verlo partir.

Silencio.

Don Manuel no tenía familia y Acoydan se tomó su caso como algo personal. Lo cuidó como si fuese de su sangre y Mari Puri, al hablar de él, se emocionaba.

—Va a verlo antes, durante y después de su turno, e incluso lo visita sus en días libres. ¡Lo trata mejor que un hijo! —solía decirle a las enfermeras—. Muchas veces, he pasado por la habitación 112 y, cuando está confundido, Acoydan se mete con él en la cama y lo abraza hasta que deja de temblar. El

cariño… Eso es lo único que funciona con pacientes como él, y Acoydan, con su actitud, lo está consiguiendo, le está transmitiendo a don Manuel el amor que no ha tenido en su vida.

—Ábrelo ya —le pidió el chico.

Las manos de Antía, nerviosas, rasgando el papel de estraza y desatando la cuerda que lo unía… Los ojos de Acoydan observándola curiosos… Llevaba tanto tiempo preguntándose qué habría dentro del paquete, que cuando vio su contenido se decepcionó.

Una cartera, una cartera pequeña, de piel, de bolsillo, con los bordes gastados y pocos papeles dentro.

—¿Y eso? —le interrogó extrañado—. ¿Para qué te da su monedero?

Antía, que se estaba convirtiendo en una periodista sagaz y meticulosa, al ver su contenido lo comprendió de inmediato.

—Mira —le dijo a Acoydan, sacando algo de su interior—. No es suya. Él sabía que yo seguiría investigando, me conocía, por eso me lo dejó a mí, quería que lo supiera.

Un DNI, un DNI viejo y caducado con una foto de un señor de unos cincuenta años con cara de pocos amigos. A su lado un nombre. Un nombre que hizo que se le helara la sangre y se le cortara la respiración. Anselmo Oramas Lemes.

Acoydan, extrañado, la miró dándole a entender que no lo comprendía.

—Don Anselmo murió en 1982, en Santa Cruz de Tenerife —le explicó—. Encontré varios artículos de prensa de la fecha que hablaban de lo ocurrido. Por lo visto, un desconocido lo asaltó por la espalda cuando iba a montarse en su coche y le robó la cartera. Nunca pillaron al ladrón. El periódico habló de carnicería y ensañamiento. Su asaltante le asestó cincuenta puñaladas.

Silencio.

La tapa enfriándose en la mesa mientras Acoydan le daba un trago a su cerveza…

Cincuenta puñaladas.

Una por cada uno de los reclusos que estaban con él en la colonia.

Se sabía sus nombres, del derecho y del revés.

Podía imaginárselo recitándoselos al oído mientras le asestaba las puñaladas…

Cincuenta. ¡Cincuenta!

—Lo mató él —susurró aterrado—. Es eso, ¿no? Se vengó de Nemesio, de Remedios… y de todo lo ocurrido.

Antía, acariciando la mancha de sangre que había en la cartera, frunció el ceño.

—O quizá no —se aventuró a decir—. Eso nunca lo sabremos. Pero esta cartera llegó a sus manos, lo que quiere decir que, si no lo hizo él mismo, lo encargó o conocía a su asesino.

Cien latigazos y la cabeza de Remedios saltando por los aires.

Langostas… Langostas voraces…

El rostro de don Manuel flotando en la Plaza Mayor.

Lorenzo… Lorenzo…

«Juntos podremos con todo… Hasta con Franco».

«Es preferible vivir con miedo que no atreverse a vivir».

Un pájaro no puede dejar de volar.

Un pez nadará, aunque no haya agua.

Invertido, depravado, violeta.

No lo podía creer…

No podía ni imaginarlo.

—Internaron a un niño asustado en Tefía y lo convirtieron en un asesino —susurró decepcionado—. Para eso sirvió la colonia agrícola de carácter reformador.

Antía, entristecida, se encogió de hombros y asintió.

—Si te encierran con pirañas, terminas dando bocados.

CUATRO

Las sábanas revueltas, sus labios impregnados de besos y sudor, sus cuerpos abrazados, los dedos de Acoydan descendiendo por su abdomen mientras su lengua se sumergía entre sus piernas…

¿Qué estaban haciendo? ¿Qué estaba pasando? ¿En qué momento los dos habían decidido traspasar la línea de la amistad para dar rienda a la pasión? ¿Eran novios? ¿Eran pareja? ¿Rompería Antía con Mathew? Acoydan no lo quería pensar. En esos instantes, lo único que hacía era dedicarse en cuerpo y mente en hacer gozar a la mujer que más había amado en su vida y, por el nivel de volumen que alcanzaban sus gemidos, lo estaba consiguiendo.

—Conocí a la hija de Lorenzo.

El gerocultor, que acababa de eyacular, la miró contrariado, sin entender lo que le estaba diciendo.

—Cuando terminé de escribir la biografía de don Manuel —le explicó—, seguí investigando por mi cuenta y encontré la dirección de su hija y, en una de mis últimas visitas, la llamé y fui a conocerla a Tenerife.

Lorenzo había tenido dos hijos, un niño y una niña, y la chica había regresado a Canarias.

—Lorenzo estuvo viviendo en Buenos Aires hasta su muerte. Se casó con una costurera y tuvo dos hijos, Manuel y Carmela.

Los ojos de Acoydan brillando… No podía creerse que hubiera elegido ese nombre para el varón.

—Carmela me contó que Lorenzo había sido un buen padre y un gran esposo. Tuvo una vida plena, feliz, pero había algo que lo atormentaba.

La denuncia…

Lorenzo era el culpable del infierno que don Manuel había tenido que vivir.

—Una noche, en una fiesta, Carmela sorprendió a su padre llorando. Lorenzo había estado bebiendo y se pasó con el Sauvignon Blanc. Su hija, preocupada, le preguntó qué le ocurría y él le confesó que, en el pasado, hizo algo horrible de lo que se arrepentía y que, todavía en aquellos días, cargaba con la culpa como si fuese una gran losa.

Acoydan incorporándose en la cama y mirándola con la boca abierta…

—Le confesó que la madre de un amigo les pilló haciendo algo prohibido juntos y él se asustó.

Algo prohibido, algo prohibido…

¿Se puede prohibir el amor?

—Lorenzo tenía tanto miedo de que los denunciaran que fue a hablar con su tío para pedirle consejo, y don Hermenegildo, furioso, le cruzó la cara de un guantazo.

No le extrañaba…

Esa historia cuadraba, podía ser real.

—El cura lo convenció de que la única opción que tenía para salvarse era ir a la policía, y él lo acompañó. ¡Lo indujo a que lo denunciara! Lo acusó de todo y suplicó perdón. Lo vendió. Lo entregó a los leones.

Acoydan serio, Acoydan compungido…

Solo eran unos críos, unos críos de dieciocho años a los que aquella situación se les hizo demasiado grande.

—Carmela me dijo que su padre nunca se perdonó a sí mismo por lo que hizo. Sufría insomnio, migrañas y pesadillas. ¡Y nunca se lo contó a Manuel, porque le daba miedo su reacción! Por eso nunca lo buscó. Se avergonzaba de lo que hizo, pero ansiaba su perdón.

Antía, apenada, cogió el sujetador del suelo y se lo puso lentamente.

—¿Llegaste a contarle a don Manuel la verdad? ¿O falleció pensando que lo había denunciado su madre?

Acoydan, afectado, sonrío con tristeza.

—No se lo conté… —le confesó—. A su madre ya la había perdonado y saber que lo había denunciado Lorenzo le habría roto el corazón… No merecía la pena.

Silencio.

Antía apoyándose en su pecho y contemplando las aspas del ventilador.

—He vuelto a escribir —le anunció.

El gerocultor, que estaba viviendo un sueño en esos momentos con ella en la cama, asintió.

—¿Sí? ¿Con qué estás? —le preguntó.

La chica, ilusionada, se incorporó en el colchón y le dio un tierno beso en los labios.

—La biografía de don Manuel me dejó con el gusanillo y hace poco me he animado a empezar otra.

El chico, curioso, se encogió de hombros y la interrogó.

—¿Otra biografía? ¿Y sobre quién estás escribiendo ahora? ¿Se puede saber?

Antía, coqueta, se mordió el labio inferior y puso los ojos en blanco.

—Pues no te lo vas a creer…, pero, curiosamente estoy escribiendo sobre el hijo de Carmela, el nieto de don Lorenzo.

—¿Y eso? ¿Qué tiene ese hombre de especial?

Antía cerró los ojos unos segundos y, al abrirlos, sus pupilas tenían un curioso destello violeta.

—Él vivió su infancia en Buenos Aires, y al regresar a Canarias con su madre, fue el único miembro de la familia que se animó a trasladarse a Lanzarote.

Silencio.

El nieto de don Lorenzo…

El sonido de un bandoneón llenando la habitación.

—Se llamaba Juan y le encantaban los tangos instrumentales —prosiguió —. Cuando llegó a la isla se enamoró de una chica llamada Dora, que trabajaba como cajera en un supermercado, pero él no la conoció en la tienda, la encontró en el fondo del mar, y por eso, desde el primer día, la llamó: la Sirena de Famara.Acoydan, curioso, se aproximó a ella y la acarició.

—¿Y qué pasó? —le preguntó besando la punta de su nariz.

Antía, seductora, se quitó el sostén que acababa de ponerse y sonrió picaruela.

—Si me haces el amor de nuevo, te lo cuento —le susurró al oído, y Acoydan no se lo pensó.

AGRADECIMIENTOS

A **Jose Barreto de León**, de la Asociación Altihay de Fuerteventura, por hablarme de la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía en la presentación de "*Todavía no me he ido*" en la Feria del Libro de Puerto del Rosario. Gracias a él descubrí este hecho histórico que me ha obsesionado y se convirtió en el telón de fondo de la historia de amor de Manuel y Lorenzo.

A **Alby** y **Maria**, que me llevaron a Tefía para que sintiera las vibraciones de aquellos muros en mi piel. Gracias a **Gara** y **Alma**, que nos acompañaron y jugaron entre las piedras, sus risas me enseñaron que hasta en los peores escenarios hay hueco para la esperanza.

A **Javier Larrauri**, por compartir conmigo su documental "*Testigos de un tiempo maldito*" y ayudarme a comenzar mi trabajo de investigación, recomendándome bibliografía. Gracias a él, escuché por primera vez hablar a Octavio García, una entrevista que ha impregnado cada una de las páginas de mi libro.

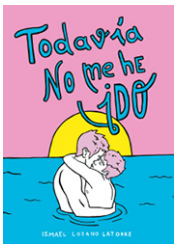
A **Dani Curbelo,** por su inspirador trabajo en la página en Facebook y documental *"Memorias Aisladas",* por su amabilidad y por sus palabras alentadoras. Sus post me animaban a seguir escribiendo.

Y sobre todo a ti que estás leyendo este libro, por seguir creyendo en mis historias y ayudarme a hacer visible lo invisible.

INDICE

PARTE I: VAGOS Y MALEANTES
PARTE II: INVERTIDO, SARASA, VIOLETA
PARTE III: TEFIA
PARTE IV: NUEVA YORK
AGRADECIMIENTOS

OTRAS NOVELAS DEL AUTOR EN EDITORIAL SIETE ISLAS:



TODAVÍA NO ME HE IDO /
ISMAEL LOZANO LATORRE

El amor aparece cuando menos te lo esperas, te aborda de improviso y esa persona que no conocías se vuelve imprescindible para ti. Dejas de ser autosuficiente, tu felicidad está condicionada a su risa, a su mirada, a su forma de caminar.

La primera vez que lo vio Joel estaba envuelto en su capa negra en mitad de un escenario, el pulso se le aceleró y Aday supo que aquellas manos alguna vez acariciarían su cuerpo.

¿Amar o ser amado? ¿Conquistar o ser conquistado?

Magia, misterio y pasión se mezclan en esta historia donde nada es lo que parece.

¿Comenzarías un romance condenado al fracaso?

Atrévete a descubrir la diferencia entre amor e ilusionismo, sumérgete en las aguas de Fuerteventura y encuentra el corazón de Joel.

#todavíanomeheido

LA LEYENDA DE GARA Y JONAY /
ISMAEL LOZANO LATORRE

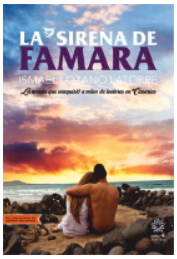
Gara siempre supo que su destino estaba ligado a la antigua leyenda guanche de la princesa de Agulo y el hijo del Mencey, sus suspiros pertenecían a un joven que no conocía pero que sabía que no tardaría en aparecer ¿Había un Jonay para ella o los príncipes azules sólo existen en las novelas románticas?

Dos amantes destinados a encontrarse, un amor prohibido, un final trágico que los persigue y del que desean escapar ¿Puede una leyenda guanche cumplirse en el mundo moderno? ¿Es más fuerte el amor o la amistad?

Secretos y mentiras acompañan a Gara en este viaje a través de los paisajes y fábulas canarias. Vive la pérdida de la inocencia y recuerda lo que es enamorarte por primera vez.

¿Te atreves a reescribir la historia?

#laleyendadegarayjonay



LA SIRENA DE FAMARA /
ISMAEL LOZANO LATORRE

Cuando Dora conoció a Juan trataba de huir de un futuro que ya estaba escrito para ella, él llenó su vida de magia y durante dos años dejó de ser una simple cajera para convertirse en una sirena enamorada del pescador de sueños.

Pero la fantasía no duró eternamente, Juan desapareció sin dejar rastro y Dora tuvo que reinventarse a sí misma, renacer de las cenizas y enfrentarse a la realidad.

Esta es la historia de una búsqueda cargada de secretos, un relato de amor, amistad y misterio que transcurre en uno de los lugares más cautivadores de la Tierra, Famara, un pueblo costero de la isla de Lanzarote donde los sueños se mezclan con el rumor de las olas y cualquier acontecimiento se engrandece por la espectacularidad del paisaje.

¿Se puede perdonar lo imperdonable? ¿Se puede ser feliz tras la felicidad?

#lasirenadefamara

ÓRZOLA /
ISMAEL LOZANO LATORRE

"La mujer sin nombre" despertó amordazada en un sótano oscuro, no sabía dónde estaba, cómo se llamaba, ni conservaba ningún recuerdo.

El terror se adhería a su cuerpo como una segunda piel, pero no podía chillar, porque si lo hacía, su secuestrador bajaría a castigarla y eso la asustaba más que nada en el mundo.

Intriga, misterio y pasión se mezclan en esta historia donde cada capítulo es en una pieza de un puzle adictivo lleno de giros y sorpresas.

¿Qué sentimiento prevalece el miedo o el amor? ¿Podrías enamorarte de tu enemigo?

Atrévete a descubrir este thriller donde nada es lo que parece, atrévete a leer la novela con la que Ismael Lozano regresa a Lanzarote tras el elogiado éxito de "La sirena de Famara" y "La isla de los dragones dormidos", atrévete a sumergirte en las aguas de "Órzola", desearás perderte en él.

#órzola

LA ISLA DE LOS DRAGONES DORMIDOS /
ISMAEL LOZANO LATORRE

La vida de Claudia cambia para siempre cuando viaja a Lanzarote a cuidar de su hermano. Daniel está en coma, pero sus recuerdos, forman parte de un cuento que escondía bajo su cama.

Mentiras y secretos familiares salen a la luz en un relato donde un príncipe mudo busca el amor verdadero y cada personaje está inspirado en uno real ¿Era Claudia una princesa cautiva en un palacio de marfil? ¿Era su marido un ogro malvado? ¿Quién era esa chica misteriosa a la que no podía darle el sol?... Y sobre todo una pregunta: ¿Por qué Daniel intentó suicidarse?

Enigmas sin respuesta, amores prohibidos, ficción y realidad se mezclan en esta historia en la que una joven intenta superar sus miedos enfrentándose a dragones para ayudar a su hermano a despertar de un sueño eterno.

#laisladelosdragonesdormidos